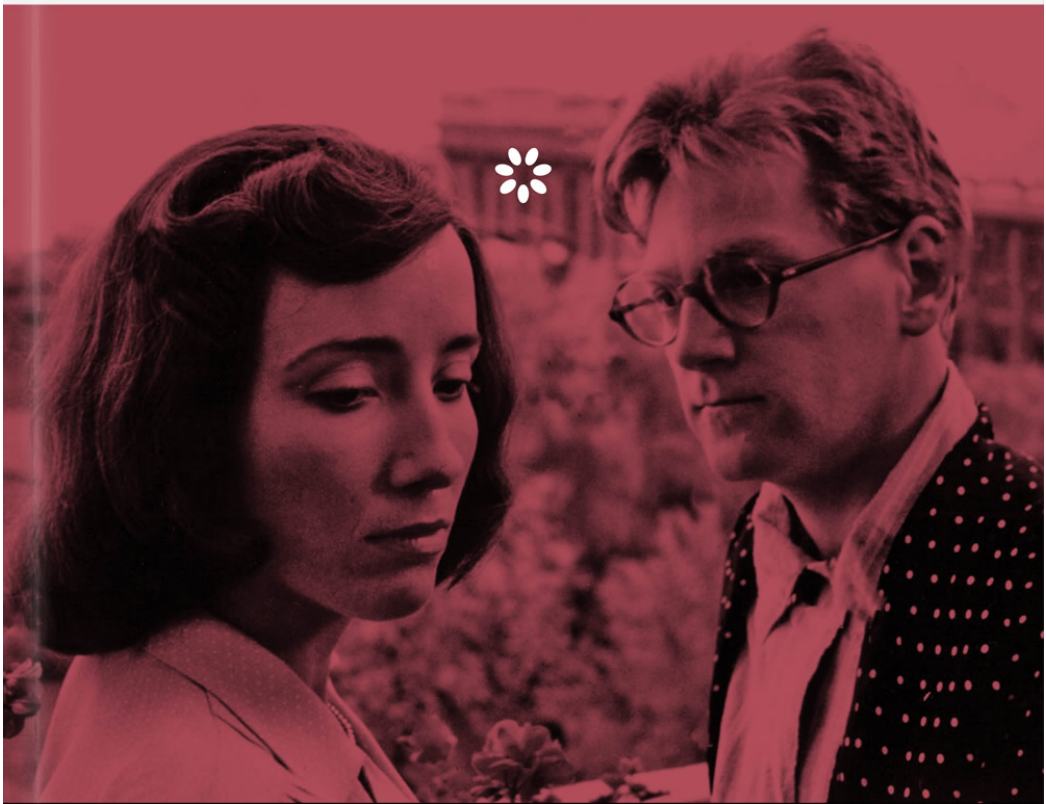
Libros del Asteroide

Olivia Manning

La ciudad expoliada

Traducción de Concha Cardeñoso



Olivia Manning

La ciudad expoliada

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide

Índice

Portada
Primera parte.
1
2
3
4
5
Segunda parte. El capitán
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Tercera parte. La revolución
15
16
17
18
19
20
21
Cuarta parte. La invasión
22
23
24
25
26
27
28
29
Colofón
Nota biográfica

Título original: *The Spoilt City*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
Copyright © Olivia Manning, 1962
© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2022
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Fotografía de cubierta: © Everett/Cordon Press
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-17-5
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

A Ivy Compton-Burnett

PRIMERA PARTE

El terremoto

1

El mapa de Francia desapareció del escaparate de la Oficina de Información Alemana y su lugar lo ocupó uno de las islas británicas. La gente se tranquilizó. Era una lástima que la siguiente víctima tuviera que ser su antigua aliada, pero al menos no le había tocado a Rumanía.

A finales de junio hizo un calor seco y polvoriento en Bucarest que agostó la hierba de los parques públicos. A lo largo de la Chaussée las hojas de los tilos y de los castaños, abanicadas por una brisa que parecía el aliento de un horno, se enrollaron, se pusieron marrones y quebradizas y empezaron a caer como si hubiera llegado el otoño. Cada nuevo día empezaba con una luz blanca y feroz que se colaba entre los postigos y las persianas. Cuando la gente desayunaba en los balcones el aire olía a calor. A mediodía el lingote del sol se disolvía en el cielo como en una tinaja de plata fundida. En las calles, que rezumaban alquitrán, se veían espejismos. La luz del sol hacía daño en los ojos.

Por la tarde el aire caliente que se concentraba entre los farallones de los edificios parecía visible y tangible en la calima de polvo ocre. La gente, anestesiada, dormía. A la hora de comer, cuando cerraban las oficinas, los empleados se colgaban como podían de los vagones del tranvía para llegar cuanto antes a la penumbra de sus habitaciones. A las cinco, cuando el ambiente era como de fieltro, las oficinas abrían otra vez, pero los ricos y los parados seguían inactivos hasta el anochecer.

Y fue al anochecer cuando empezaron a correr los rumores del ultimátum. Las calles hervían de gente que paseaba a la luz del temprano crepúsculo.

Mientras los viandantes echaban un vistazo al mapa del escaparate de la Oficina de Información Alemana y especulaban sobre el tiempo que resistirían los británicos, se enteraron de la exigencia de los rusos y se olvidaron de Gran Bretaña.

Naturalmente no era una exigencia oficial, no se había anunciado. La prensa de la tarde no hacía la menor alusión. Las autoridades intentaban guardar el secreto, como de costumbre con las noticias que pudieran ser motivo de alarma, pero en Bucarest los secretos nunca duraban mucho. Los detalles del

ultimátum llegaron a los periodistas extranjeros del hotel Athénée Palace casi en el mismo momento en que el ministro soviético los anunciaba. Rusia exigía la devolución de Besarabia y, con ella, una parte de Bucovina sobre la que no tenía ningún derecho. El ultimátum expiraría la medianoche del día siguiente.

Minutos después de que la noticia llegara al hotel corrió también por las atestadas calles, los restaurantes y los cafés. Rápidamente la aprensión cuajó como fermento, porque el pánico empezaba a apoderarse de la capital. La alarma cundió hasta la histeria.

Aquella noche, Guy Pringle, profesor de inglés en la universidad, estaba en Mavrodaphne's con Harriet, su mujer. Entró una persona en el amplio y luminoso café, dio unas voces y al momento se desató el desorden como una ola gigante. La gente se levantó como movida por un resorte y todo el mundo empezó a vociferar a diestro y siniestro, extranjero contra extranjero, haciéndose reproches. Los Pringle los oyeron protestar contra los judíos, contra los comunistas, contra los aliados vencidos, contra *madame* Lupescu, contra el rey, contra Urdureanu, el odiado chambelán del rey, pero… ¿de qué los culpaban?

A Harriet, una joven morena y delgada que había adelgazado más aún en los meses que llevaban en esa sociedad en proceso de desintegración, le irritó muchísimo la antinatural agitación.

—Seguro que es por los alemanes —dijo—. Nos quedaremos aquí atrapados.

Y es que los rumores de una invasión alemana eran continuos. Guy intentó enterarse de algo en la mesa de al lado. El hombre al que se dirigió reconoció su procedencia inglesa y al momento lo acusó en inglés:

—Todo esto es por culpa de sir Strafford Cripps.

—¿Qué es «todo esto»?

—Ha entregado nuestra Besarabia a los rusos.

—Y —añadió su compañera— nos ha robado nuestra Bucovina y sus hermosos hayedos.

Guy, un hombre alto cuyo aspecto afable y cándido

acentuaban las gafas que llevaba, respondió con su habitual buen humor señalando que Cripps acababa de llegar a Moscú esa misma mañana y no había tenido tiempo de convencer a nadie de nada, pero el hombre le dio la espalda con impaciencia.

—Cualquiera diría que, hasta ahora, nadie consideraba que los rusos representaran un peligro —comentó Harriet.

En realidad, los rumanos temían a los comunistas, con su credo marxista y ateo, más que a los nazis.

Al oír que hablaban en inglés, un anciano de otra mesa cercana se levantó de repente, recordó a todos que Gran Bretaña había protegido a Rumanía y preguntó qué iba a hacer ahora que Rumanía estaba amenazada.

—¡Nada de nada! —se respondió él mismo a gritos, enfurecido—. Los británicos están acabados —y amenazó a los Pringle con su sombrilla de tela.

Harriet miró a un lado y a otro con inquietud. Diez meses antes, recién llegada a Bucarest, se respetaba a los británicos; sin embargo en esos momentos ya no, porque estaban en el lado de los perdedores. Llegó a temer un ataque físico… pero no sucedió nada. Todavía quedaba cierto sentimiento, afecto incluso, por la antaño gran potencia protectora, a la que últimamente se consideraba caída en desgracia.

Para que no los tomaran por miedosos, los Pringle prefirieron quedarse en su sitio, en medio de la algarabía, que de pronto cambió de tono. Se levantó un hombre que logró llamar la atención hablando razonablemente, con calma, y preguntó si esos temores no serían prematuros. Ciertamente, los británicos no podían hacer nada por Rumanía, pero ¿qué decir de Hitler? ¿Acaso el rey no acababa de cambiar las alianzas? Ahora podía solicitar ayuda a Alemania. Cuando el Führer se enterara del ultimátum, obligaría a Stalin a retractarse.

¡Oh, maravilla! El vocerío se apagó. Los presentes se agarraron a este halagüeño argumento y asintieron entre ellos. La esperanza devolvió la alegría a los que más temor habían expresado y los que más alto habían protestado vocearon aún más con confianza. Todavía no se había perdido nada. Hitler los protegería. Por una vez todos estaban a favor del rey. La

soberana artería que durante tanto tiempo había sufrido el país se ganó en ese momento un aplauso unánime. Se había aliado con el eje justo a tiempo. Sin la menor duda, al final su majestad sería el salvador del país.

La euforia se contagió con la misma rapidez que antes el pánico. Los Pringle se fueron a casa andando; la gente se felicitaba en las calles como si la victoria fuera suya. Pero a la mañana siguiente empezaron a llegar coches de refugiados del norte, grises de polvo y con la baca cargada de bultos bien sujetos, que recordaban mucho a los que habían entrado en Bucarest hacía diez meses procedentes de Polonia.

Eran los terratenientes alemanes de Besarabia, que, tras un aviso de la Legación alemana, habían huido, pero no por temor a los rusos, sino a los campesinos, que los odiaban. Este éxodo trajo consigo una preocupación más, porque si se había advertido a alguien de las intenciones de Hitler sin duda había sido a ellos.

El piso de los Pringle daba a la plaza principal. A lo largo de la mañana la plaza se fue llenando de gente silenciosa que miraba hacia palacio.

El príncipe Yakimov, un inglés de origen ruso al que Harriet, a su pesar, toleraba en casa, volvió de su guarida, el English Bar, y dijo:

—Están todos muy optimistas, querida niña. Estoy convencido de que se hallará una solución —y, después de comer, se retiró a dormir con la conciencia tranquila.

Guy estaba vigilando en los exámenes de final de trimestre y no fue a casa a comer. Por la tarde, Harriet salió al balcón y vio que la gente seguía en la plaza bajo el tórrido sol. La hora de la siesta era, por tradición, la de hacer el amor, pero nadie tenía ánimos para dormir ni para el amor. Todavía no se había confirmado el ultimátum oficialmente, pero se sabía que el rey había convocado al Consejo de la Corona. Se presentaron los ministros, inconfundibles con su uniforme blanco. Todo el mundo los vio llegar.

Justo debajo del balcón de Harriet había una pequeña iglesia bizantina con cúpulas doradas y cruces enlazadas con cuentas. La puerta del templo crujía sin cesar para dar paso a los

que entraban a rezar y a pedir ayuda en esos tiempos de crisis.

La iglesia estaba rodeada de edificios cuya demolición había quedado incompleta porque la guerra había puesto fin a las «reformas» del rey. A continuación de estas ruinas se encontraban la plaza en la que esperaba la gente bajo el sol inclemente y el palacio en el que entraban y salían los oficiales del estado. Detrás de las vallas del recinto del palacio había muchos coches. Los que llegaron después tuvieron que aparcar fuera.

A Harriet le llegó olor a tostado de su propio pelo. El calor era como una carga en la cabeza, pero se quedó un rato más mirando a un campesino que cruzaba la calle empedrada. Era un vendedor de pollos. Llevaba dos jaulas con aves vivas colgadas de un palo cruzado sobre los hombros. Cada pocos minutos levantaba la cabeza y cacareaba como una gallina. Un criado le dio una voz desde uno de los balcones bajos y después bajó a la calle. Entre el vendedor y el criado repasaron los pollos abriéndoles las alas y tocándoles la pechuga. Al final eligieron uno y el campesino le partió el pescuezo en medio de un sonoro aleteo.

Harriet entró en la habitación. Cuando salió de nuevo, el campesino estaba sentado en un peldaño de la iglesia, desplumando el pollo, con todas las plumas a sus pies. Antes de seguir su camino tapó las jaulas con arpillera para proteger a las aves del sol.

A las cinco en punto volvieron los funcionarios a sus oficinas y se produjo un movimiento entre la multitud de la plaza. Poco después, cuando los niños que vendían periódicos empezaron a anunciar una edición especial, la plaza entera cobró vida. Harriet bajó rápidamente a enterarse de las noticias. La gente se apelotonaba alrededor de los niños, les quitaban los periódicos de las manos y los hojeaban con frenesí. Un hombre, al llegar a la última página, sacudió el suyo en el aire, luego lo tiró al suelo y lo pisoteó con furia.

Harriet temió que esto significara que habían perdido Besarabia, pero cuando compró un ejemplar, vio que los titulares destacaban que el príncipe había aprobado el bachillerato con una nota de 98’8 sobre 100. El rey, pálido y

aparentemente preocupado, había salido de la cámara del consejo para felicitar a su hijo. Oyó pronunciar por todas partes las palabras *bacalaureat*, *printul* y *regul* con sorna y con rabia, pero no había noticias de Besarabia.

El sol tiñó el cielo de rojos y morados y el gentío que esperaba empezó a impacientarse. El tiempo pasaba. La mayoría de la multitud de la plaza era obreros. A última hora aparecieron las mujeres, ataviadas con colores claros que espejeaban en la penumbra del crepúsculo. El primer soplo de aire fresco sacó a los rumanos prósperos a las calles. Aunque, por la fuerza de la costumbre, se fueron a pasear por Calea Victoriei y por el bulevard Carol, atravesaban una y otra vez la plaza, el centro de la tensión.

Cuando Guy volvió de la universidad Harriet le dijo que tenían que cenar rápidamente para ir a ver lo que sucedía.

En la calle se encontraron con algunos conocidos; se enteraron de que el rey había pedido ayuda a Hitler y que este había prometido mandar un mensaje personalmente antes de que expirara el ultimátum. La esperanza renació de pronto. El rey y los ministros aguardaban en palacio a que llegara el mensaje. Se informó de que el rey había dicho: «Tenemos que apelar al Führer. No nos abandonará en momentos de necesidad».

Anochecía. En el patio de palacio sonó una corneta como una llamada a las armas. Un hombre empezó a cantar el himno nacional en la plaza. Lo secundaron algunas voces más, pero, entrecortadas por la incertidumbre, se apagaron enseguida. Se encendieron las arañas en palacio. Alguien gritó reclamando al rey y el grito se repitió, pero el rey no compareció.

Salió la luna, grande e insulsa, y se quedó en suspenso sobre la ciudad. A medida que entraba y salía gente de palacio se oía un continuo abrir y cerrar de portezuelas de coches. Entre otros, llegó una mujer. Al momento se corrió el rumor de que *madame* Lupescu había sufrido un atentado, que había huido de su villa en Alea Vulpache y había acudido al rey en busca de protección.

Se produjo otra leve conmoción cuando llegó Antonescu, un hombre orgulloso que había perdido el favor del rey por apoyar

al jefe de la Guardia de Hierro. Se decía que, al reconocer que la situación era desesperada, el general había rogado ser recibido por su majestad. Aumentó la presión en la plaza. Ahora iba a pasar algo. Pero el general se fue poco después y no sucedió nada.

—Vamos a tomar un trago —dijo Guy al pasar de nuevo por el Athénée Palace.

Si se producía alguna noticia más, llegaría allí inmediatamente.

Había muchos coches de Besarabia en los alrededores del hotel, la mayoría cargados todavía con sus baúles, maletas, alfombras enrolladas y muebles pequeños y valiosos. En el vestíbulo, debajo de las brillantes luces, se apilaban más baúles, cajas, tapices y objetos de lujo. Los Pringle se abrieron camino entre los obstáculos y se encontraron de frente con el barón Steinfeld, que vivía en Basarabia, pero pasaba más tiempo en Bucarest que en su finca. Les sorprendió que se acercara a ellos porque solo se habían visto una vez. Les había resultado un hombre encantador, pero en ese momento había perdido todo el encanto. Su rostro, cuadrado y rubicundo, no parecía el mismo, y enseñaba unos dientes largos; les habló con una rabia y una angustia tales que daba la impresión de que le sacaran las palabras a sacudidas:

—Lo he perdido todo. ¡Absolutamente todo! Las tierras, la casa, el huerto de manzanos, la plata, la porcelana de Meissen, las alfombras Aubusson… Ni se lo imaginan. Todas estas cosas que ven aquí… las han traído los afortunados. Pero yo… yo estaba en Bucarest, así que lo he perdido todo. ¿Qué hacen ustedes, los ingleses, luchando contra los alemanes? ¡Contra quienes tienen que luchar es contra los bolcheviques! Únanse a los alemanes, que son buena gente, y luchen juntos contra esos cerdos rusos que me lo han robado todo.

Guy, conmocionado por el cambio que había sufrido el barón, no supo qué decir.

—Besarabia no se ha perdido aún… —dijo Harriet.

Pero, confusa, tuvo que callarse al ver al barón deshacerse en lágrimas.

—He perdido hasta a mi perrito.

—Lo siento —dijo Harriet.

Pero el hombre rechazó las muestras de compasión levantando una mano. Lo que quería era acción.

—Es necesario luchar. Tenemos que destruir a los rusos todos juntos. No sean necios. Únanse a nosotros ahora que todavía están a tiempo.

Y con esta dramática recomendación, empujó la puerta giratoria y los dejó solos.

No había nadie en el vestíbulo ni en el salón. Hasta el recepcionista había salido a ver lo que sucedía en la plaza, pero en la siguiente sala oyeron voces inglesas.

—Los periodistas han vuelto al bar —dijo Guy.

El bar, el famoso English Bar, había sido hasta hacía un mes el coto de los ingleses y sus socios. Habían mantenido fuera al enemigo. Después, el día en que cayó Calais, una muchedumbre de alemanes —hombres de negocios, periodistas y funcionarios de la embajada— había entrado en masa y había tomado posesión de la plaza. Ante la triunfal avalancha, los únicos ingleses presentes —Galpin y su amigo Screwby— se habían retirado al jardín del hotel. Pero ya habían vuelto.

Galpin era uno de los pocos periodistas que residían permanentemente en Bucarest. Trabajaba por cuenta de una agencia, vivía en el Athénée Palace y apenas salía del hotel; tenía un «rastreador» rumano que recorría las calles en busca de noticias y se las llevaba al hotel. Los demás periodistas del bar habían venido de las capitales cercanas para cubrir la crisis de Besarabia.

Cuando los Pringle llegaron, Galpin se les echó encima y al instante empezó a contarles que había entrado en el bar a la cabeza de los recién llegados y había dicho al camarero: «¡Vodka, *tovarish*!».

Fuera cierto o no, la verdad es que en ese momento estaba bebiendo whisky. Dejó que Guy le rellenara el vaso y luego, echando una mirada a los desanimados alemanes, a los que habían arrinconado en una esquina, brindó por el ultimátum:

—Un bofetón en la cara del maldito *boche* —dijo, como si considerara el movimiento ruso un triunfo británico.

Harriet pensó que sin duda era más bien una burla a los

aliados. En 1918 habían consentido que Rumanía se anexionara la provincia rusa y ahora, en 1940, aprovechando la debilidad del país, los rusos se habían animado a exigir que se la devolvieran.

Empezó a decirlo en voz alta, pero el viejo Mortimer Tufton, mirándola con altivez por encima de la cabeza, le quitó la palabra:

—La Conferencia de Paz de París jamás reconoció la anexión de Besarabia.

Tufton, a quien habían dedicado una calle en Zagreb, era una persona relevante en los Balcanes. Se decía que tenía un olfato infalible para los acontecimientos inminentes y, cuando se producían, allí estaba él. Siempre informado, seco y consciente de su capacidad para intimidar, sostenía una actitud de quien está acostumbrado a un trato deferente, pero Harriet no estaba dispuesta a dejarse desautorizar.

—¿Quiere decir que en realidad Besarabia nunca formó parte de la Gran Rumanía?

Harriet dio una falsa impresión de seguridad y Tufton, despreciándola por ser mujer e insolente, respondió con indiferencia:

—Podría decirse así —y le dio la espalda.

Ella no se lo creyó, pero le faltaban conocimientos para argumentar en contra y miró a Guy en busca de apoyo.

—Los soviéticos nunca reconocieron que Besarabia fuera rumana —dijo él—. Es justo que se la queden —y, entusiasmado por la súbita e insólita popularidad del país que profesaba su fe, añadió—: Ya verás como al final Rusia nos hace el favor de ganar esta guerra.

—Puede que la gane, pero no a nuestro favor —replicó Tufton con una carcajada.

Esto fue excesivo para los periodistas: ridiculizaron la idea de que Rusia ganara una guerra, y la presente con menor motivo. Un hombre que había estado en Helsinki habló largo y tendido de «el fiasco finlandés», a lo que Galpin respondió diciendo que el famoso poder del armamento soviético era un gran farol y contó que, en la guerra civil española, un amigo suyo había chocado contra un tanque ruso y lo había abollado

como si fuera de cartón.

—Eso es una tontería —dijo Guy—, el típico cuento que contaban los gacetilleros de tres al cuarto cuando no tenían nada mejor que escribir.

Se puso a la defensiva al ver sus ideales atacados, dejó de ser afable, estaba dispuesto a discutir con quien fuera. Aunque a Harriet no le interesaban los ideales por ser demasiado políticos y desinteresados, estaba preparada para ponerse del lado de Guy; Galpin, en cambio, se encogió de hombros, como dando a entender que el asunto carecía de importancia.

Antes de que Guy siguiera hablando, Mortimer Tufton, que no soportaba las conjeturas de los jóvenes inexpertos, empezó a contar una historia de las relaciones entre Rusia y Rumanía que demostraba que, de no haber mediado la influencia de los aliados, los rusos habrían devorado los Balcanes hacía mucho tiempo. Dijo que Rusia había invadido Rumanía en ocho ocasiones diferentes, además de varias «ocupaciones amistosas», y que nadie había olvidado ni perdonado ninguna.

—Lo cierto es —concluyó— que la amistad de Rusia ha sido más nefasta para Rumanía que la enemistad del resto del mundo.

—Eso fue en tiempos de la Rusia zarista —dijo Guy—. Los soviets son otra cosa.

—Pero la raza es la misma. Véase, si no, esta última muestra de oportunismo.

Harriet sorprendió a este ser pequeño, egoísta y petulante mirándola fija y duramente y, con intención de ganárselo, sonrió y preguntó:

—¿A quién concedería usted Besarabia?

—Hummm —dijo Tufton, y desvió la mirada como si estuviera tragando algo amargo, pero, aplacado por el atractivo de la joven, se dispuso a responder—. Rusia, Turquía y Rumanía llevan quinientos años peleándose por esa provincia en particular. Los rusos la consiguieron por fin en 1812 y les duró hasta 1918. Opino que ha sido suya más tiempo que de otro país; por lo tanto, pensándolo bien… —hizo una pausa, carraspeó otra vez y sentenció—: Sería partidario de devolvérsela.

Harriet sonrió a Guy, le cedió el mérito y Galpin hizo un gesto de asentimiento.

Los pliegues del rostro oscuro y afilado de Galpin colgaban sobre el raído cuello de la camisa. Con un codo en la barra, amargamente encantado de haber recuperado su puesto de siempre, miraba sin cesar en busca de un público moviendo unos ojos tan amarillentos como el whisky que tenía en la mano. Cuando tomaba un trago, la muñeca macilenta y el hueso de la muñeca, que parecía medio huevo, le sobresalían con crudeza de la manga del arrugado, encogido y ceniciento traje oscuro. Una colilla húmeda le colgaba, olvidada, del grueso labio inferior, amoratado y blando, y temblaba cada vez que hablaba.

—Esos rusos se juegan el tipo reclamando el territorio precisamente cuando Carol se arrima al eje.

—Me imagino —dijo Guy— que la declaración los animó a pedirlo. Lo reclaman antes de que los alemanes se hagan demasiado fuertes allí.

—Podría ser —dijo Galpin con reservas. Habría preferido ser él quien teorizara—. De todos modos, se juegan el tipo. —Buscó la aprobación de Tufton con la mirada y, cuando la consiguió, gruñó dándose la razón a sí mismo y añadió—: Si los alemanes los atacan, no creo que los rusos duren ni diez días.

Mientras hablaban del potencial ruso para la guerra, en el que solo creía Guy, un hombrecito vestido de ajado algodón gris y con un viejo sombrero tirolés estrujado contra el pecho se acercó furtivamente a Galpin y le dio un codazo. Era su rastreador, una sombra que vivía de husmear noticias y llevar una versión a los periodistas alemanes del Minerva y otra a los ingleses del Athénée Palace.

Galpin se agachó un poco y el hombrecito le susurró algo al oído. El periodista lo escuchó con interés. Todos esperaron a saber lo que le decía, pero no tenía prisa por contárselo. Con una expresión sardónica y aturdida sacó un puñado de billetes sucios y le dio el equivalente a seis peniques, recompensa que mereció una gratitud reverente. Después hizo una pausa y sonrió a los presentes.

—Ha llegado el mensaje que tanto deseábamos oír —dijo

por fin.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó Tufton, impaciente.

—El Führer ha pedido a Carol que ceda Besarabia sin conflicto.

—¡Ja! —La risa de Tufton significaba que eso era lo que esperaba.

—¿Es una directiva? —preguntó Screwby, el gran amigo de Galpin.

—Nada de directivas —contestó Galpin—. Es una orden.

—Pues ya está —dijo Screwby en un tono sombrío—. ¿Sin pelear?

—¿Rumanía sola contra Rusia? —dijo Tufton en son de burla—. Imposible. Su única esperanza era que el eje respondiera si se mantenían firmes. Pero Hitler no tiene intenciones de declarar la guerra a Rusia… o al menos no por Besarabia.

Los periodistas apuraron las bebidas antes de irse a los teléfonos del vestíbulo. Nadie parecía tener ninguna prisa. La noticia era negativa. Rumanía cedería sin presentar batalla.

Cuando los Pringle salieron del hotel les sorprendió la calma de la calle. Todo el mundo debía de conocer ya la orden del Führer, pero no había asomo de revuelta. Si se había producido alguna muestra de ira, no quedaba ni rastro. Había algunas personas en los alrededores de palacio, como si les quedaran esperanzas de algo, pero la mayoría se había dispersado en silencio sabiendo que ya no había más que hacer.

Después de la tensión de las horas de incertidumbre, seguramente habían aceptado el ultimátum con tanto alivio como decepción. Fueran cuales fueren las consecuencias, significaba que la vida en Bucarest seguiría igual que hasta el momento. No habría reclutamiento para morir por una causa desesperada.

Al día siguiente la prensa lo anunció del modo más favorable posible: Rumanía estaba de acuerdo en ceder Besarabia y el norte de Bucovina, pero Alemania había prometido que después de la guerra les serían devueltas. Entretanto, acatando la voluntad del Führer, el país se sacrificaba por conservar la paz en la Europa del Este. Era una

victoria moral y los oficiales podían retirar a sus hombres de los territorios cedidos con orgullo y con la cabeza bien alta.

Se pusieron las banderas a media asta. Se ordenó el cierre de los cines durante los tres días de duelo público. Según los rumores, los oficiales rumanos, en desbandada hacia el sur, habían abandonado a sus unidades, su equipamiento militar e incluso a su familia y habían huido atemorizados ante el avance de los rusos. A finales de junio, Besarabia y el norte de Bucovina ya eran parte de la Unión Soviética.

Cuando los Pringle pasaron de nuevo por el English Bar, Galpin dijo:

—¿Os dais cuenta de que estamos a menos de doscientos kilómetros de la frontera rusa? Esos desgraciados podrían echársenos encima en un visto y no visto.

2

Harriet creía que al final del trimestre podrían irse donde quisieran. Tenía muchas ganas de escapar de allí, aunque solo fuera unas semanas, y no solo por la intranquilidad que se respiraba en la capital, también porque su situación era incierta. Pensaba que tal vez pudieran irse de Rumanía definitivamente. Había un barco de Constanza a Estambul, y de allí a Grecia. Emocionada con la idea de este viaje, se lo contó a Guy.

—Lo siento —respondió él—, pero en estos momentos no podemos irnos. Inchcape me ha pedido que organice unos cursos de verano. En cualquier caso, le parece que nadie tendría que irse del país, tal como están las cosas. Daría mala impresión.

—Pero nadie pasa el verano en Bucarest.

—Este año sí. La gente teme que, si se va y sucede algo, tal vez no pueda volver. Y, ahora que lo dices, ya se han inscrito doscientos estudiantes.

—¿Rumanos?

—Unos cuantos, pero sobre todo judíos. Son muy fieles.

—Yo no lo llamaría simplemente fidelidad. Es que quieren irse a países de habla inglesa.

—No se lo reprocho.

—Yo tampoco —dijo Harriet.

Pero estaba decepcionada y necesitaba reprochárselo a alguien. Seguramente a Guy.

Empezaba a conocerlo y, por lo tanto, a juzgarlo. Se habían casado hacía diez meses y lo había aceptado sin sentido crítico, como un dechado de virtudes. No puso ninguna objeción cuando Clarence dijo que era «un santo». Y quizá seguía sin ponerle objeciones, pero había descubierto que, en cierto sentido, esa santidad suya era mera debilidad humana.

—No creo que la idea de los cursos de verano haya sido de Inchcape —dijo—. Ha perdido interés en el Departamento de Inglés. Creo que ha sido idea tuya y solo tuya.

—Lo hablé con él. Los dos opinamos que no puede uno pasarse el verano holgazaneando por ahí mientras otros están luchando en la guerra.

—¿Y qué va a hacer él? Es decir, aparte de leer a Henry James en la oficina.

—Ya es mayor —dijo Guy.

Quería evitar las críticas, tanto a él como a su superior. Desde que a Inchcape, que era el profesor titular, lo habían nombrado director de la Oficina de Información, Guy había dirigido el Departamento de Inglés únicamente con la ayuda de tres exinstitutrices mayores y de Dubedat, un maestro de enseñanza elemental al que la guerra había estancado en los Balcanes. Guy hacía mucho más de lo que se esperaba de él con entusiasmo y sin quejarse; pero nadie lo mangoneaba. Hacía lo que quería y, según Harriet, lo hacía para mantener la realidad a raya.

En la época de la caída de Francia se había zambullido en el montaje de *Troilo y Crésida*, y en esos momentos, como sus amigos rumanos empezaban a evitarlos, se había tirado de cabeza a organizar los cursos de verano. No solo estaría tan ocupado que no se daría cuenta de lo aislados que estaban, sino que además, al tener tanto que hacer, no le preocuparía. Quería acusarlo de escapista… pero ¿cómo, si aparentemente seguía al pie del cañón en medio del peligro, como un candidato al martirio? Al parecer, la escapista era ella.

—¿Cuándo empiezan las clases? —le preguntó.

—La semana que viene. —Se rio del tono de resignación de Harriet y, rodeándole los hombros con el brazo, añadió—: No te pongas tan triste. Nos iremos antes de que termine el verano. Iremos a Predeal.

—De acuerdo —dijo ella sonriendo.

Pero en cuanto se quedó sola fue a buscar consuelo en el teléfono y llamó a la única mujer inglesa de su generación que conocía en la ciudad: Bella Niculescu, que tenía muy poco que hacer y por lo general estaba más que dispuesta a conversar. Sin embargo esa mañana cortó a Harriet bruscamente so pretexto de estar vistiéndose para asistir a un almuerzo. Le propuso que fuera a tomar el té a su casa por la tarde.

Harriet esperó casi hasta las cinco para aventurarse a salir al calor de la calle. A esa hora, los edificios empezaban a proyectar un poco más de sombra, pero en el bulevar Breteanu, donde vivía Bella, los habían demolido todos para construir bloques de viviendas, aunque solo habían llegado a terminar dos

o tres antes de que las obras cesaran por la guerra. Ni una sola sombra aliviaba el calor de la blanca tierra recocida de las parcelas vacías.

El bloque de Bella se levantaba verticalmente del suelo como la proa de un barco del agua. Un campesino había montado una cabaña contra una de las paredes laterales para vender verdura y tabaco. Unos mendigos que dormían a su sombra intentaron incorporarse al oír los pasos de Harriet y gimieron con desánimo. A uno lo conocía muy bien. Lo había visto el primer día que pasó en Bucarest: un tipo exigente y malhumorado que, al reconocer a una extranjera, había sacado la pierna ulcerosa de repente y no se había conformado con la limosna que ella le había dado. En aquellos momentos la horrorizaban los mendigos, particularmente el de la pierna ulcerosa. Después de un viaje de tres días para llegar al extremo este de Europa, le había parecido un augurio de la vida en esa capital desconocida y casi oriental a la que la había llevado el matrimonio.

Guy le había recomendado que se acostumbrara a los mendigos y, en cierto modo, lo había conseguido. Incluso se había reconciliado con ese hombre, y él con ella. Le dio las mismas monedas sueltas que le habría dado cualquier rumano y él las aceptó, con mala cara, pero sin protestar.

Los olores del bulevar no llegaban al bloque de viviendas, que tenía aire acondicionado. A Harriet se le despejó la cabeza en ese ambiente templado e inodoro y, animada y estimulada, pensó en Bella, de cuya compañía podría disfrutar en el árido verano que se le presentaba. Le apetecía pasar la tarde con ella, pero, al entrar en la sala de estar se dio cuenta de que ocurría algo. Notó que no era bien recibida y se detuvo al primer paso.

—Bueno, siéntate —dijo Bella de mal humor, como si Harriet cometiera un error por esperar a que la invitara.

—¡Qué fresquito se está aquí! —dijo, sentada en el borde del gran sofá azul—. Fuera hace más calor que nunca.

—¿Qué esperabas? Estamos en julio.

Bella tiró de la cuerda de una campanilla y se quedó mirando la puerta con impaciencia, como si ella, que era siempre tan locuaz, no supiera de qué hablar con la invitada.

Entraron dos criadas, una con el té y otra con los dulces. Bella la miró con el ceño fruncido, como descontenta, mientras dejaban el servicio en la mesa. Harriet, incómoda, tampoco sabía de qué hablar y echó un vistazo a una edición temprana del periódico de la tarde, que estaba a su lado en el sofá. Cuando las muchachas se fueron, hizo un comentario sobre el titular.

—Por lo visto, al final van a juzgar a Ducker.

—Por mí —dijo Bella inclinando la cabeza—, que se pudra. Dio a entender que era probritánico, pero el tipo de cambio que impuso era a favor de Alemania. Son muchos los que opinan que su banco ha arruinado al país.

Hablaba ásperamente, pero en un tono refinado que a Harriet le recordó a su primer té juntas, en el que Bella, temiendo que su invitada pudiera ser de una familia importante o muy rica, la abrumó con toda clase de atenciones y, cuando por fin se tranquilizó, resultó ser una entusiasta del cotilleo y netamente procaz, cualidades de las que Harriet, que necesitaba una amiga, llegó a disfrutar. Y ahora, ahí estaba, como una gran escultura clásica, en una postura antinatural, refugiada de nuevo detrás de la barricada de su mejor servicio de té galvanizado. No sabía por qué, pero estaban otra vez en el punto en el que habían empezado.

—Vi una vez a Drucker —dijo Harriet—. Su hijo era alumno de Guy. Tenía un gran corazón y era muy atractivo.

—¡Bah! —exclamó Bella—. No creo que siete meses en la cárcel lo hayan mejorado nada. —Incapaz de contenerse porque sabía más que nadie, adoptó una postura más cómoda y asintió con conocimiento de causa—. Era un casanova, como la mayoría de los hombres atractivos. Y, en cierto modo, de eso se valió siempre. Si *madame* no hubiera creído que era un blanco legítimo, jamás habría intentado que se deshiciera de sus acciones del petróleo. Cuando él le dijo que no, se lo tomó como una afrenta personal. Estaba furiosa, como le habría pasado a cualquier mujer. Así que se lo contó a Carol, y Carol, al ver la oportunidad de hacerse con un dinero, se sacó de la manga una acusación de comerciar con moneda extranjera. Entonces detuvieron a Drucker y su familia salió pitando.

Bella no pudo evitar sonreír de satisfacción por el conciso resumen de las circunstancias que habían arrastrado a Drucker a la perdición. A Harriet le pareció que el ambiente se relajaba un poco entre ellas, y dijo:

—¿Qué crees que le van a hacer?

—¡Ah! Lo declararán culpable… huelga decirlo. Le confiscarán las acciones del petróleo, seguro; pero tiene una fortuna a buen recaudo en Suiza. Eso Carol no se lo puede quitar, así que, si Drucker se la transfiere, a lo mejor sale bien librado. Los rumanos son muy humanos, ya sabes.

—Pero no se la puede transferir —dijo Harriet—, la tiene a nombre de su hijo.

—¿Quién te ha dicho eso?

Bella habló con brusquedad y Harriet, incapaz de revelar la fuente, deseó haberse mordido la lengua.

—Lo oí por ahí hace algún tiempo. Guy apreciaba a Sasha. Quiere averiguar qué ha sido de él.

—El chico habrá huido con su familia, ¿no?

—No. Se lo llevaron cuando detuvieron a su padre, pero al parecer no está en la cárcel. No se sabe dónde está. Ha desaparecido sin más.

—¡En fin…!

Bella, que estaba acostumbrada a ser la máxima autoridad en todos los asuntos rumanos, se aburría con la cháchara sobre los Drucker, así que Harriet cambió a un tema que siempre despertaba interés.

—¿Qué tal está Nikko? —le preguntó.

El marido de Bella, que había sido llamado a filas como la mayoría de los varones rumanos, estaba casi siempre de permiso. Bella pagaba por su libertad.

—Lo han llamado otra vez —dijo en un tono lúgubre—. Desde luego, están todos acojonados con el asunto de Besarabia.

En tiempos pasados, Bella se lo habría contado nada más llegar y se habría pasado una hora o más quejándose.

—¿Adónde han mandado a su regimiento? —la animó Harriet.

—Al frente húngaro. A esa maldita línea de Carol, aunque no se puede decir que sea una línea. Para lo que serviría, si los

hunos avanzaran por ahí…

—Espero que te lo devuelvan, ¿no?

—Sí, sí. Tendré que soltar más pasta.

Bella no tenía nada más que decir y Harriet, en un intento de que la conversación no decayera, habló del cambio de actitud de los rumanos con los ingleses.

—Nos tratan como si fuéramos enemigos: un enemigo derrotado, culpable pero digno de lástima.

—No puedo decir que lo haya notado —contestó Bella altivamente—, pero, claro, mi caso es distinto.

Hubo un largo silencio. Harriet, cansada de intentar que Bella se soltara, dejó la taza y dijo que tenía que ir de compras. Se imaginó que sería un alivio para ella, y sin embargo Bella la miró con inquietud, como si todavía quedara algo por resolver entre ellas.

Salieron juntas al vestíbulo y, en un último intento, Harriet le propuso quedar para tomar café en Mavrodaphne's, como solían.

—¿Qué te parece mañana por la mañana? —le dijo.

Bella se llevó las blancas y largas manos a las perlas y miró al ajedrezado suelo de mármol.

—No sé —dijo sin precisar, poniendo el zapato blanco exactamente en el centro de un cuadrado blanco—. Es difícil.

Harriet sabía que Bella no tenía prácticamente nada que hacer, así que le preguntó con impaciencia:

—¿Difícil? ¿Cómo? ¿Qué es lo que te pasa, Bella?

—Pues… —Hizo una pausa sin dejar de mirarse la punta del zapato mientras la movía de un lado a otro—. Como soy inglesa y estoy casada con un rumano, tengo que tener cuidado. Es que, claro, debo pensar en Nikko.

—Sí, naturalmente.

—Es que… creo que es mejor que no nos vean juntas en Mavrodaphne's. Y en cuanto a llamarnos por teléfono, tendríamos que dejarlo mientras las cosas estén como están. Seguramente me han pinchado el teléfono.

—Seguro que no. La compañía telefónica es británica.

—Pero los empleados son rumanos. No conoces este país tan bien como yo. Son capaces de detener a Nikko con cualquier

excusa solo por conseguir un soborno para soltarlo. Siempre lo han hecho así.

—De verdad que no entiendo… —empezó Harriet, pero se cortó al ver la mirada tan abatida de Bella, y dijo—: Pero ¿vendrás tú a verme de vez en cuando?

—Sí, sí —asintió Bella—, te lo prometo. Pero no puedo arriesgarme mucho. Tengo que reconocer que ojalá nunca hubiera aparecido en *Troilo*. Fue como una declaración o algo así.

—¿De qué? ¿De que eres inglesa? Eso lo sabe todo el mundo.

—No estoy segura. —Retiró el pie—. Hablo rumano prácticamente a la perfección. Eso me dicen siempre.

Ligeramente ruborizada por el esfuerzo de decir lo que acababa de decir, levantó la cara con un gesto desafiante.

Seis meses antes, tres incluso, Harriet habría quitado importancia a los temores de Bella, pero en ese momento sintió compasión. Tal vez los ingleses tuvieran que marcharse de Bucarest de repente y entonces Bella se quedaría sola, sin ningún compatriota. Necesitaba protegerse contra esa posibilidad. Harriet le tocó el brazo.

—Entiendo lo que te pasa. No te preocupes. Puedes confiar en mí.

Bella se tranquilizó un poco. Con una risita nerviosa, soltó las perlas y puso la mano sobre la de Harriet.

—Pero iré a verte —dijo—; espero que nadie me vea. Y, al fin y al cabo, no pueden quitarme a mis amigas.

3

Por la tarde, cuando los Pringle se dirigían al parque Cișmigiu, se encontraron con Clarence Lawson.

Clarence no estaba en la organización. El British Council lo había transferido al Departamento de Inglés y al comienzo de la guerra se había ido con Inchcape a la Oficina de Información Británica. Aburrido de este trabajo, o de la falta de trabajo, se había hecho cargo de la administración del fondo de ayuda a los polacos y organizaba escapadas de soldados retenidos en Bucarest.

—Vamos al parque a tomar algo —le dijo Guy—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Clarence, tan alto como Guy pero mucho más delgado, se encorvó lamentablemente mientras lo pensaba; se frotó el flaco rostro con vacilación y dijo:

—No sé si puedo.

Se alejó un poco, como si tuviera algo muy urgente que hacer, y Harriet le dijo:

—¡Vamos, Clarence! Te sentará bien el paseo.

Él la miró de soslayo, con suspicacia, y murmuró algo de un trabajo. Harriet se echó a reír, vio que deseaba estar con ella y, agarrándolo del brazo, se lo llevó Calea Victoriei adelante.

—Bien, bien, de acuerdo —farfulló mientras andaban—, pero no puedo quedarme mucho rato.

Siguieron andando entre el gentío, que, después de aceptar la pérdida de Besarabia, estaba tan alegre como de costumbre. Harriet se había acostumbrado a la rapidez con la que se recuperaba este pueblo, que había sobrevivido a más de doce conquistas y a ochocientos años de opresión, aunque le pareció que ahora estaban casi encantados.

—Es como si tuvieran motivos para felicitarse unos a otros —dijo.

—Puede que los tengan —dijo Clarence—. El nuevo gabinete ministerial ha rechazado el respaldo anglofrancés. El nuevo ministro de Exteriores era un pez gordo de la Guardia de Hierro. Ahora saben exactamente dónde están: comprometidos con Hitler, y él tiene que protegerlos. Creen que lo peor ha pasado… —señaló la placa del *Bukarester Tageblatt*, que decía:

frieden im herbst—,* que la guerra ha terminado. —Al llegar a las puertas del parque se detuvo y murmuró—: Bueno, ahora sí que me parece que… —pero los Pringle hicieron caso omiso de sus desvaríos y los siguió.

Dejaron la calle de moda y entraron en el anticuado parque, cambiaron el bullicio por la tranquilidad. A medida que el ruido de la calle quedaba atrás lo único que se oía era el siseo de los aspersores. El aire olía dulcemente a tierra mojada. Solo había algunos campesinos admirando el *tapis vert*. Únicamente las cannas prosperaban con el calor: la exuberancia del cielo al final del día se reflejaba en los rojos, amarillos y anaranjados de estas flores.

En la orilla del lago se encontraban los vendedores de galletas de sésamo y delicias turcas, que llevaban allí todo el día en silencio, humildemente, a la sombra de los castaños. Al fondo, una pequeña pasarela llevaba al café, al que acudían sobre todo empleados de comercio y oficinistas de poco rango. Guy había quedado allí con su amigo David Boyd.

Al cruzar por los flexibles tablones de la isla artificial, Harriet vio a David sentado junto a la barandilla del café en compañía de un economista judío que se llamaba Klein.

Guy y David se habían conocido en 1938, ambos recién llegados a Bucarest. David, que estudiaba historia y lenguas balcánicas, estaba de visita en Rumanía. Reapareció el invierno siguiente, lo habían destinado a la Legación británica como autoridad en asuntos rumanos. Tenían la misma edad, se parecían físicamente, eran del mismo estilo y los dos creían que la economía marxista era el único remedio a la mala administración feudal de la Europa del Este.

Al verlos llegar, Klein se levantó y salió a su encuentro con los brazos abiertos de par en par. Solo había visto a los Pringle un par de veces, pero Guy, como un oso cariñoso, se pegó inmediatamente al fornido hombrecito de mejillas sonrosadas y se dieron unos cálidos golpecitos en la espalda. A David le hizo gracia el abrazo y cogió aire ruidosamente por la nariz.

En cuanto lo soltó, Klein se acercó emocionado a saludar a Harriet y el color sonrosado de las mejillas se le subió hasta la calva.

—¡Y *doamna* Priin-gal! —exclamó—. ¡Qué grata sorpresa!

Quiso incluir a Clarence en su eufórico saludo, pero el hombre se quedó atrás sonriendo incómodamente.

—¡Qué alegría, pero qué alegría! —repitió Klein, mientras ofrecía a Harriet su asiento al lado de la barandilla.

Hacía mucho calor esa tarde. Guy llevaba una chaqueta de algodón en el brazo y se había remangado la camisa, una desnudez que los rumanos consideraban indecente. A pesar de la ropa vieja y el sudor, los parroquianos del café, a solo un par de generaciones del campesinado, llevaban traje oscuro abotonado hasta el cuello como muestra de respetabilidad. Miraron a Guy con recelo, pero Klein se quitó la chaqueta y dejó a la vista los tirantes y los aros de metal que le sujetaban las mangas de la camisa de rayas. También se quitó la corbata que lucía debajo del cuello duro y, riéndose de sí mismo, dijo:

—En este país no se visten para quitarse la chaqueta, pero ¿qué importancia tiene, digo yo?

Entretanto David, que se había levantado un poco para recibirlos, volvió a sentarse dando a entender que ya era hora de terminar con los cumplidos y de ponerse a hablar en serio. Buscaron sillas y por fin todo el mundo se sentó.

David, que parecía abultar más porque llevaba un traje de lino que había encogido al lavarlo, con la cara larga y cuadrada brillante de sudor, se ajustó las gafas sobre la húmeda nariz y le dijo a Klein:

—Estabas hablando ¿de…?

Tras esta llamada al orden, Klein los miró a todos y dijo:

—En primer lugar, deben saber que han metido a Antonescu en la cárcel.

—¿Por decir la verdad otra vez? —preguntó David.

Klein sonrió y asintió.

Harriet no sabía qué cargo ocupaba David en la Legación y, si Guy lo sabía, se había reservado la información; se ausentaba a menudo de Bucarest diciendo que iba al delta del Danubio a observar a las aves.

Inchcape afirmaba que en una ocasión había reconocido a David en Braşov disfrazado de sacerdote ortodoxo griego. Que le había dicho: «Hola, ¿qué demonios haces?» y que David,

pasando de largo, le había respondido: *Procul, o procul este, profani*. Tanto si la anécdota y todas sus implicaciones era cierta como si no, David, cuya especialidad era la historia de los Balcanes, destacaba por su conocimiento de los asuntos rumanos desde dentro, conocimientos que obtenía en parte de asociados como Klein.

—¡Es una larga historia! —dijo Klein, y pidió otra botella de vino. Guardó silencio mientras les llenaban los vasos, pero siguió mirándolos a todos con ojos brillantes. Cuando el camarero se fue preguntó—: ¿Qué soy? Un inmigrante ilegal al que han sacado de la cárcel para aconsejar al gabinete. ¿Qué sé? ¿Por qué tendrían que hacerme caso? Me dicen: «Klein, eres un judío muy tonto».

—Pero —lo interrumpió David con impaciencia— ¿por qué han encarcelado a Antonescu?

—¡Ah, sí! Bueno… como sabrás, fue a palacio la noche del ultimátum. Pidió audiencia con el rey y se la negaron. Urdureanu se lo impidió. Llegaron a las manos. Eso lo sabías, ¿no? Sí, a las manos, en palacio. Un gran escándalo.

—¿Lo detuvieron por eso?

—No, por eso no. Ayer lo llamó el rey en persona. Temía quedarse sin habla de la emoción y prefirió escribir una carta en la que decía: «Majestad, el país se desmorona a nuestro alrededor». Bien, pues ¿no lo había dicho yo ya, que el país se iba a desmoronar? Te acordarás de que dije que Rumanía era como una persona que hereda una gran fortuna y la pierde por pura locura.

—¿Qué más dijo Antonescu? —preguntó Clarence con una voz lenta y profunda que sorprendió a Klein y le hizo volverse.

—Pues dijo —continuó Klein, encantado de oír hablar a Clarence—: «Con lágrimas en los ojos suplico a su majestad que salve a nuestra nación», y le rogó que se deshiciera de los falsos amigos que rodeaban el trono. El rey ordenó que lo detuvieran tan pronto como terminó de leer la carta. Es una gran victoria para Urdureanu —concluyó como si lo lamentara.

—¿Qué más da? —preguntó Guy—. Urdureanu es un maleante y Antonescu es fascista.

Klein sacó el labio inferior y movió la silla de un lado a

otro.

—Cierto —dijo—. Antonescu apoyó a la Guardia de Hierro, pero es un patriota… a su manera. Desea acabar con la corrupción. Lo que no sabemos es cómo actuaría si estuviera en el poder.

—Sería otro dictador, ni más ni menos —dijo Guy.

La conversación derivó en críticas a la dictadura del rey y de pronto Clarence dijo:

—El rey tiene sus inconvenientes, pero no es insensible. Lloró al saber que había perdido Besarabia.

—Lloró por las ostras que se había comido* o, mejor dicho… tosió —dijo David, riéndose de su propia gracia.

—Cualquiera puede llorar —dijo Harriet—; en este país no significa gran cosa.

Clarence la miró con gesto dolido e, inclinando la silla hacia atrás como alejándose de tanta incomprensión, dijo, arrastrando las palabras:

—No estoy muy seguro de eso. —Después de una pausa en la que nadie intervino, añadió—: Es el único amigo que tenemos. Cuando se vaya, nos iremos nosotros… si tenemos la suerte de poder escapar.

—Cierto —dijo David—, y podemos darnos con un canto en los dientes. Si hubiéramos protegido al país del rey en vez de al rey del país, la situación sería muy diferente.

Klein estiró los cortos y gordezuelos brazos desnudos y sonrió a todos.

—¿No les dije que se quedaran, que sería muy interesante? No han visto ni la mitad. El nuevo gabinete ya ha racionado la carne y la gasolina. —Lo miraron todos con asombro, echó la cabeza atrás y empezó a reírse—. ¡El nuevo gabinete ministerial! En mi vida me he reído tanto. Primero rechazan el apoyo anglofrancés. Eso era fácil, a todo el mundo le parece que han hecho un gran trabajo… pero ahora… ¿qué? A uno se le ocurre una cosa: «Pidamos una gran mesa de despacho, una silla giratoria y una alfombra buena para cada uno». «¡Bien, bien!», dicen los demás. A continuación se levanta el nuevo ministro de Exteriores. Antes no era nadie, ahora es el gran hombre. Me pide que me acerque y dice: «Klein, dame una lista de nuestros

poetas».
Hago una inclinación de cabeza: «¿En qué orden la desea?», le pregunto. «A veces esa clase de listas se hacen por orden de méritos. ¡Qué ingenuidad! ¡Qué arbitrariedad! ¿Por qué no por orden de altura, de peso, de ingresos o del año en que hicieron el servicio militar?» «Sí, eso», responde el ministro de Exteriores, «que así sea: según el año en que hicieron el servicio militar. Propongo que esos poetas escriban poemas en honor de Codreanu, el gran cabecilla de la Guardia de Hierro, que ha muerto, pero su espíritu vive entre nosotros». «*Domnul* primer ministro, ¿qué opinión le merece esta propuesta?» «Hum, hum…», musita el primer ministro, «¿Qué puedo decir? ¿Acaso Codreanu no era enemigo del rey? En mi opinión… en mi opinión… ¡ah!». Me ve y me mira severamente. «Klein, ¿qué opinión me merece esta propuesta?», me pregunta, y yo le contesto: «Le merece una buena opinión, *domnul* primer ministro».

Klein continuó con la historia y los demás lo dejaron explayarse tan satisfechos.

El crepúsculo llegó a su fin. Se encendieron bombillas de diferentes colores a lo largo de la barandilla del café. El último resplandor rosáceo tiñó el cielo por el oeste y destelló en la oscuridad verde oliva del agua. Harriet miró los árboles de la otra orilla del lago, que se iban fundiendo en uno solo en el anochecer, sombríos y densos como en un tapiz antiguo.

—El otro día —dijo Klein— entró su majestad diciendo: «He decidido vender a mi país el palacio de verano de Dobrudja. Será como un regalo a la nación, porque solo pido un millón de millones de lei». «Pero cuando Bulgaria se quede con Dobrudja, se quedará también con el palacio», gritó el primer ministro. «¿Cómo? ¿Acaso eres un traidor?», exclamó el rey. «Bulgaria jamás nos quitará Dobrudja. Antes lucharemos hasta la muerte del último rumano. Yo mismo llevaré a los hombres al combate en mi caballo blanco.» Todo el mundo se puso en pie lanzando vivas y cantando el himno nacional; pero al final se encontrarán con que tienen que comprar el palacio por un millón de millones.

Harriet se rio como los demás sin dejar de mirar el lago, del

que llegaba el crujido de remos y el chapaleo de las barcas que pasaban. Se fijó en la blanca y cremosa espuma del agua, en la que flotaban como puntillas flores aplastadas de saúco, que arrancaban y tiraban los remeros. Un olor a ganado se hizo presente de pronto, desapareció y no volvió. En la radio sonaba *El cisne de Tuonela,* que le recordó a un país nórdico verde con lagos que reflejaban un cielo de plata. Pensó que estaban rodeados de los componentes de la paz y, sin embargo, ahí seguían todos hablando y riéndose, con los nervios de punta por la tensión de la ciudad.

Se acordó de Inglaterra, de la última vez que había visto los blancos acantilados, el cielo limpio, claro y azul, el mar centelleante y erizado por el viento. Ese espectáculo tenía que haberlos emocionado, tenía que haberles dado remordimientos, pero le dieron la espalda con la ilusión del cambio y de iniciar una vida juntos. Guy había dicho que volverían por Navidad. Si les hubieran preguntado cómo se tomaban la vida, habrían dicho: «Tal como viene». El azar y la incertidumbre formaban parte de la existencia. Lo último que hubiera deseado para los dos habría sido una convivencia aposentada y pacífica en una ciudad. Pero su actitud había cambiado: empezaba a desear la seguridad.

—… después el nuevo primer ministro pronuncia un gran discurso. —Klein levantó la mano y miró solemnemente a los presentes—. Y dice: «Ha llegado el momento de las grandes cuestiones. No debemos preocuparnos de las nimiedades…», y de pronto se para. Señala las cosas que tiene encima de la mesa. Echa fuego por los ojos. «Cigarrillos, pastillas, agua mineral, grajeas para la indigestión, aspirinas», dice, y luego exclama: «¡Auguste! Venga aquí inmediatamente. ¿Cuántas veces le he dicho las cosas que tiene que haber en mi mesa? Dígame, Auguste, ¿dónde están las aspirinas? ¡Ah, ya! Bien, como decía, ha llegado el momento de las grandes cuestiones…».

Una gitana que vendía flores y arrastraba un viejo y vaporoso vestido de noche de color verde oliva se acercó a la mesa y dejó unos ramilletes de flores de aciano pequeños y apretados junto al codo de David. Sin decir nada, puso la mano esperando unas monedas. David apartó las flores y le dijo que se

fuera. Ella se quedó donde estaba, con la mano tendida, callada como un caballo cansado que se alegra de no moverse. Si no le prestaban atención a lo mejor no se iba en toda la noche.

—¡Por amor de Dios! —dijo David, muy irritado de pronto.

Le dio unos cuantos lei y con una sonrisa irónica le pasó tímidamente las flores a Harriet.

El parque se sumió en la oscuridad. A principios de verano lo iluminaban, pero tras la caída de París habían apagado las luces y no las habían vuelto a encender. El café flotante, una isla luminosa en el agua, atraía a las barcas. Aunque era modesto, tenía ciertas pretensiones. No se admitía a campesinos vestidos de campesinos, pero se les permitía alquilar las barcas, viejas y baratas. Los barqueros que se detenían en el límite del agua iluminada miraban con envidioso respeto a los parroquianos en traje de ciudad.

Klein seguía hablando:

—… entonces el primer ministro dice: «Este es el informe. *Domnul* secretario, este informe no debe verlo *herr* Dorf bajo ningún concepto. ¿Entendido?». El secretario escribe en el informe: «No enseñar a *herr* Dorf». Al minuto siguiente se abre la puerta y entra *herr* Dorf. El secretario se pega el informe al pecho. No se lo enseñará jamás, antes morirá. Pero ¿qué dice el primer ministro? «No, no; *herr* Dorf tiene que ver el informe. Yo siempre juego con todas las cartas sobre la mesa».

Guy soltó una carcajada y los de la barca más cercana se dieron cuenta de que eran extranjeros: una oportunidad que no podían perderse. Hundieron los remos en el agua y salieron a la parte iluminada. El hombre que iba en el centro empezó a hacer unos sencillos ejercicios acrobáticos y al final, con torpeza, consiguió hacer el pino, con las manos en el suelo y las piernas en el aire. Entretanto sus compañeros miraban a los ingleses con expectación. Cuando terminaron las acrobacias, cantaron todos juntos una cancioncilla triste y a continuación empezaron a pedir tímidamente. Harriet, la única que había visto la actuación, les tiró unas monedas. Se quedaron quietos con la esperanza de que les dieran algo más, pero no se atrevieron a pedirlo y al final se fueron.

La conversación derivó hacia el juicio a Drucker. Guy había

contado a Klein lo poco que sabía de la desaparición de Sasha Drucker. A cada pregunta que le hacían sobre el juicio, él respondía con una mueca, diciendo que no tenía mayor interés en ese Drucker «que se había dado la buena vida y ahora la había perdido».

—¿Lo protegerán los alemanes? —preguntó Guy.

Klein hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Puesto que tenía tratos con los alemanes —dijo Clarence —, ¿podría interpretarse el juicio como un gesto antialemán?

—Un gesto —respondió Klein, riéndose—, es posible, pero no antialemán. Quieren demostrar que Rumanía sigue siendo un país libre, para que el mundo vea que no temen llevar a este rico banquero ante la justicia. Y el juicio distrae al público, que deja de pensar en Besarabia. Pero ¿qué más les da a los alemanes? Drucker ya no les sirve para nada. ¡Ah, *doamna* Priin-gal! —dijo, sonrojándose levemente al inclinarse hacia Harriet —. ¿No tenía yo razón cuando les dije que se quedaran, que las cosas se pondrían muy interesantes? Cada vez es más necesario comprar a los alemanes con víveres. Llegará el día en que esto —señaló los platillos de queso de oveja y aceitunas que les servían con el vino— será un banquete, créame. Está usted contemplando la historia, *doamna* Priin-gal. Quédese y verá la muerte de un país.

—¿Usted también se quedará? —le preguntó ella.

Klein volvió a reírse… tal vez porque la risa era la única respuesta a la vida tal como la veía él; pero a ella se le ocurrió de pronto, por primera vez, que era la risa de un hombre ligeramente chiflado.

—¿Puedes quedarte? —le preguntó David con seriedad—. ¿Estás a salvo aquí?

—Lo dudo —contestó Klein con un encogimiento de hombros. Los ministros de antes me decían: «Klein, es usted judío, además de un granuja; eche la cuenta», y bromeaban a mi costa. Pero estos de ahora no bromean. Cuando ya no les sirva no sé qué harán conmigo.

—¿Alguna vez tiene miedo? —preguntó Harriet.

—Siempre tengo miedo —respondió, y soltó otra carcajada mientras le cogía la mano a Harriet y, mirándola, le dijo—:

Quizá *doamna* Priin-gal no debería quedarse mucho tiempo.

Una hora después, Clarence todavía estaba con ellos, aunque no había dicho nada desde el comentario sobre el juicio de Drucker. Cuando se fueron, dejó pasar delante a Guy, a David y a Klein y se rezagó con la esperanza de salir con Harriet. Apenas se habían visto; desde la fiesta del estreno de *Troilo y Crésida* Harriet no había podido tomarse en serio el consejo de que volviera a Inglaterra con él. Suponía que ahora la amistad entre ellos había llegado a su fin, y lo lamentaba. Cuando la conversación se ponía muy competitiva, ella solía guardar silencio; al contrario que a Guy, no le gustaba tener tanto público alrededor. Sin embargo siempre estaba dispuesta a hablar con una sola persona y, como hija de padres divorciados, ninguno de los cuales había querido darle un hogar, sentía una gran simpatía involuntaria por Clarence, que había tenido una infancia atroz. No quería compartir la desconfianza que le inspiraba el mundo a él. Lo había regañado, habían discutido, pero la simpatía seguía intacta. En ese momento, mientras salían juntos del café, vio que desconfiaba de ella. La había acusado de darle esperanzas y rechazarlo después… y tal vez fuera cierto. Caminaron en silencio por debajo de los castaños evitando a los clientes que se habían aposentado para pasar allí la velada y se desviaron por un camino flanqueado de árboles fragantes, donde el aire, húmedo y fresco, olía de vez en cuando a flores invisibles.

Para darle ocasión de hablar le preguntó si tenía mucho que hacer, aunque sabía que no. Él respondió un tanto enfurruñado:

—No… —Y después de una larga pausa, añadió—: No sé qué hago aquí. La oficina está parada desde lo de Dunquerque. A Inchcape le da igual, desde luego, aunque tampoco hacía gran cosa. ¿Qué información hemos emitido, aparte de la evacuación de las islas del canal y la pérdida de Europa? —Se rio con amargura.

—¿Y los polacos?

—Ya se han ido todos prácticamente. Me he dejado sin trabajo yo solo.

—¿Por qué no vuelves al Departamento de Inglés? Guy necesita ayuda.

—¡Uf! —suspiró Clarence. Harriet adivinó la cara de culpabilidad y abatimiento que ponía cuando dijo—: Aborrezco la enseñanza y los alumnos me aburren hasta las lágrimas.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No sé. A lo mejor me dan algo para descifrar en la Legación.

—Creía que despreciabas la Legación y a todos los que trabajan en ella.

—Algo hay que hacer.

Clarence caminaba a cierta distancia por el estrecho sendero fingiendo indiferencia de una forma muy poco convincente. Harriet sintió la tentación de hacer algo para recuperarlo por pura necesidad de distraerse, pero no hizo nada. Era un romántico y no resultaba fácil complacerlo con su prosaica compañía, que era lo único que podía ofrecerle.

Se acercaban ya a las puertas del parque, se oía el tráfico de la calle principal. Clarence aminoró el paso; ahora que había empezado a hablar no quería salir del acogedor refugio del parque a las interrupciones y el bullicio de la calle.

Suspiró otra vez y, pensativamente, dijo:

—¡No sé! —Dio rienda suelta a unos desvaríos metafísicos que bordeaban la autocompasión y la falta de amor propio—. La vida debe de ser mucho más fácil cuando se tiene ese poquito más de algo que lo inclina a uno al frenesí en vez de a la depresión.

—¿Crees que es una pura cuestión de química?

—¿Y no es así? ¿Somos algo más que un conglomerado químico?

—Seguro que somos algo más.

—Lo cierto es —dijo él, que prefería hablar de su situación particular en vez de en general— que he estado frustrado toda la vida. De eso es de lo que me moriré, aunque ya me estoy muriendo. Dejar de desear vivir es empezar a morir.

—Bueno, todos nos estamos muriendo —respondió Harriet, impaciente.

—Algunos están vivos… al menos de momento. ¡Fíjate en Guy!

Miraron a Guy, que iba delante: la camisa blanca destacaba

en la oscuridad. Oyeron su voz. Hablaba de su tema predilecto: el sufrimiento de los campesinos, el sufrimiento del mundo. Unos sufrimientos, pensó Harriet, que continuarían hasta mucho después de que Guy se muriera de tanto hablar. Al oír la palabra «Rusia» sonrió. Clarence también la oyó.

—¿Por qué está tan enamorado de Rusia? —preguntó en un tono agudo de queja, como si se le hubiera ocurrido de pronto.

—Creo que necesita tener fe en algo. Su padre era un radical anticuado. Lo educaron en la libertad de pensamiento, pero tiene un temperamento religioso. Por eso cree en Rusia. Es otra clase de refugio celestial para niños.

—Es sencillamente lo que los psicólogos llaman «un hijo rebelde de un padre rebelde», la verdad.

Una idea novedosa para Harriet, tal vez pensara en ella después, pero en ese momento no estaba dispuesta a permitir que Clarence despreciara a Guy así como así.

—No es tan fácil —dijo.

Y seguramente no lo era. Cuando Guy era pequeño se cerraron los molinos y las minas. Casi todos los hombres que conocía quedaron en el paro, incluido su padre, cuya decadencia había visto: un hombre diestro, capaz y muy inteligente que, enfermo de desesperación, se había convertido en un inútil. Este desperdicio de energía humana le había producido un resentimiento que lo había llevado a implicarse en la política de las tierras desperdiciadas y en el bienestar de los desperdiciados.

—Y David, otro tanto —continuó Clarence en un suave tono burlón—. Los dos creen que el materialismo dialéctico puede mejorar las condiciones de vida.

—David es más realista —dijo ella— y seguramente más inflexible.

—¿Y Guy?

—No sé. —Era cierto, no lo sabía. Había descubierto que el estilo de vida de su marido era resueltamente impracticable, pero todavía no lo entendía del todo—. En una ocasión le dije que el día de nuestra boda creía que me casaba con una fortaleza invencible. No tardé en descubrir que era capaz de las mayores chifladuras. Por ejemplo, llegó a pensar en casarse con Sophie solo por proporcionarle un pasaporte británico.

El tono crítico de Harriet hizo cambiar de actitud a Clarence inmediatamente.

—De todos modos, no es como la mayoría de esos idealistas de izquierdas —dijo en tono de reproche—. No se limita a hablar, hace cosas. Por ejemplo, fue a visitar a los prisioneros políticos de la cárcel de Vecaresti, una cosa bastante arriesgada en un país como este.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Harriet, alarmada.

—Antes de la guerra. Les llevó libros y comida.

—Espero que no siga haciéndolo.

—No lo sé, no me lo cuenta.

A Harriet tampoco. Comprendió que no le gustaba que se entrometiera en sus actividades y que podía tener secretos. Y tampoco le gustó pensar que, cuando salía de casa, cosa bastante frecuente, fuera para hacer algo arriesgado.

—Es un idealista, desde luego —dijo Clarence.

—Eso me temo.

—Estás empezando a criticarlo.

—No es que haya dejado de apreciar sus virtudes, pero me sobrepasan. Es excesivamente generoso y paciente, deja que se aprovechen de él en exceso. La gente cree que puede pedirle cualquier cosa, pero cuando soy yo quien lo necesita, siempre está en otra parte.

—Y sin embargo, ¿podrías encontrar algo mejor?

No se atrevió a responder. Tenía la sensación de que la había engañado, y con toda facilidad: tal vez porque era tan diferente de ella. Al principio de la adolescencia era una chica delgada y sin encanto. Creía que no la querían y se había vuelto agresiva y retraída; su tía la regañaba: «¿Por qué no puedes ser un poco más amable con la gente? ¿No quieres que te quieran?».Tanto si lo quería como si no, enseguida aprendió a no esperarlo. Cuando hacía un esfuerzo por ser agradable le parecía que inspiraba desconfianza en vez de afecto. Como no iba a triunfar en la vida, tenía que encontrar a alguien que triunfara en su lugar. ¿Y quién mejor que Guy Pringle, esa persona alta, acogedora, generosa y adorable? Pero tenía que haber reconocido las señales de aviso. Por ejemplo, que tenía muy pocas posesiones. Lo había achacado a la pobreza, pero

pronto descubrió que perdía rápidamente cuanto le regalaban. Empezó a sospechar que consideraba las posesiones como una atadura. Revelaban demasiado. Definían a su dueño y al mismo tiempo lo limitaban. Guy no se dejaba definir, ni limitar ni poseer.

Reconocía que era tímido emocionalmente, pero esa característica esquiva tenía un origen más profundo. Y sin embargo, como había dicho Clarence, ¿podría encontrar algo mejor? Se imaginó un ser semejante pero dependiente, alguien a quien ella pudiera abarcar, a quien pudiera poseer; un hijo, supuso. Eso tal vez fuera posible algún día, pero de momento Guy insistía en que las circunstancias no eran nada seguras para los niños. ¿Era un motivo o una excusa? Al fin y al cabo los hijos eran posesiones. También ellos definían y limitaban a su dueño.

Entretanto, Clarence decía:

—Creo en Guy. Eres afortunada por haberlo encontrado. Es una persona con integridad, aunque supongo que ahí radica la dificultad. Tú quieres destruírsela.

—¿A qué te refieres?

—Le llenas la cabeza de ideas pequeñoburguesas. Lo obligas a bañarse a diario y a cortarse el pelo.

—Tiene que madurar —dijo Harriet—. Si no se hubiera casado conmigo, seguramente habría sido el eterno estudiante que desperdicia la vida, que vive de lo que lleva en la mochila. Es posible que agradeciera tener una excusa para comprometerse.

—A eso me refiero precisamente. El compromiso corrompe. Y la respetabilidad es un compromiso. Yo, sin ir más lejos: fui a una escuela cara en la que me azotaban como a un animal. Quise rebelarme y no me atreví. Quise ir a la guerra de España y no me atreví. Podía haber hecho carrera en la profesión que hubiera elegido, no elegí nada. Esa fue la manera de rebelarme contra mi propia respetabilidad… y no me llevó a nada. Me comprometí con la respetabilidad y me corrompí.

—Supongo que el resultado habría sido el mismo hicieras lo que hicieras. Te prestas a la corrupción tú solo.

Clarence se quedó un momento pensando en silencio y al

final concluyó:

—Sea como fuere, estoy perdido. He defraudado a todo el mundo. Incluso a Guy.

—Lo dudo.

—¿Por qué estás tan segura?

—No significas tanto para él.

—¡Ah! —exclamó Clarence, sombríamente satisfecho de que Harriet lo menospreciara de esa forma.

Los demás se habían parado en la puerta. En cuanto vieron aparecer a Clarence y a Harriet se dispusieron a cruzarla, pero súbitamente alguien salió de entre las sombras y se dirigió a ellos. David y Klein siguieron andando, pero Guy se quedó hablando con el recién llegado.

—¿Qué desgraciado ha recogido Guy ahora? —preguntó Clarence con cara de asco—. ¿Es un mendigo?

—No lo parece —dijo Harriet.

A pesar de no estar de acuerdo, ambos desaprobaron al instante la disposición de Guy para dar cuerda a cualquiera.

En cuanto se acercaron lo suficiente, Guy, muy emocionado, llamó a Harriet.

—¿A que no sabes quién es?

Harriet no lo sabía y no entendía tanta emoción. El hombre, que no le sonaba de nada, llevaba un uniforme viejo y sucio de recluta. Le había parecido joven al verlo desde lejos, pero de cerca, a la luz incierta de la calle principal, lo vio decrépito, como los ancianos que viven en la pobreza.

Era alto, esquelético, estrecho de hombros y se encorvaba como un tísico. Le habían rapado la cabeza y empezaba a crecerle un cortísimo pelo gris. El rostro, blanco grisáceo, con las mejillas hundidas a ambos lados de una nariz prominente, parecía el de un cadáver, de no ser por los ojos, juntos y oscuros, que la miraban fijamente, vivos de angustia, de aprensión, de necesidad.

Tanta miseria le resultó repelente. Quería perderlo de vista. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pero, cielo, ¡si es Sasha Drucker!

Harriet se quedó sin habla. La única vez que lo había visto, hacía nueve meses, estaba bien alimentado, bien vestido, era el

hijo de un hombre rico. Ahora olía a tumba.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde ha estado?

—En Besarabia. Cuando detuvieron a su padre se lo llevaron para hacer el servicio militar. Lo mandaron a la frontera. Cuando llegaron los rusos los oficiales rumanos se largaron por piernas. Se produjo un caos y Sasha escapó. Desde entonces no ha parado de andar. Está muerto de hambre. Cielo, tiene que venir con nosotros.

—Sí, claro.

El impacto fue de tal calibre que no pudo decir nada más, se apartó del aura de Sasha y siguió andando con Clarence preguntándose adónde iría el joven después de que le dieran de comer.

Al cruzar la plaza en dirección al bloque de los Pringle, Harriet sintió la necesidad de contar con alguien más con quien compartir la carga de las condiciones en que se encontraba Sasha y pidió a Clarence que los acompañara.

—Ni en sueños —dijo él, desentendiéndose.

—¿Qué demonios vamos a hacer con este chico?

Lo preguntó en un tono de llamada de socorro, pero esa noche no podía esperar ni ayuda ni comprensión por su parte.

—Que duerma con Yakimov —dijo riéndose, y se fue.

En la cocina no había nada de comer, solo pan y huevos. Con el calor que hacía en un país en el que casi no se conocían las neveras, había que comprar la comida fresca a diario. Mientras hacía una tortilla, oía roncar a Despina, la criada, y a su marido en la habitación de al lado, que era del tamaño de un armario.

Sasha se comió la tortilla con ansiedad, pero como disculpándose, y recobró un poco de color en la cara. Harriet pensó que parecía un árbol joven devastado por una tormenta. Recordaba al muchacho como un joven moreno, amable y protegido, un niño mimado de una gran familia que tenía el aire afable y cándido de una mascota doméstica, pero en ese momento, cuando la miraba, parecía un animal acosado.

Guy, sentado enfrente de él, lo observaba con una expresión de preocupación. El estado del muchacho le dolía profundamente. Se dirigió a Harriet y, en el tono persuasivo del

que ella empezaba a recelar, le dijo:

—Podemos hacerle un sitio, ¿verdad? ¿Puede quedarse?

—No sé —dijo ella.

La exasperaba que planteara la cuestión tan abiertamente. Consideraba que había que tratarla en privado antes de tomar una decisión. Por ejemplo, ¿dónde iba a meter a Sasha?

El muchacho guardaba silencio. En otras circunstancias, seguro que habría puesto objeciones a que se lo impusieran a Harriet de esa forma, pero en ese momento ella era su única esperanza. Cuando terminó de comer, la miró y le dedicó una sonrisa angustiada y vacía.

Guy le ofreció el sillón.

—Ponte cómodo.

Sasha se movió respetuosamente, pero no se levantó.

—Prefiero esta silla de madera. Es que… verá, tengo piojos.

—¿Quieres bañarte?

—Sí, por favor.

Le dio toallas, le enseñó el cuarto de baño y volvió a la habitación para hablar con Guy.

—No podemos tenerlo aquí de ninguna manera —le dijo—. No estamos seguros del todo. ¿Qué pasaría si descubrieran que damos asilo a un desertor… sobre todo tratándose del hijo de Drucker?

Guy se quedó mirándola y, con una expresión dolorosa, preguntó:

—¿Cómo vamos a negárselo? No tiene adónde ir.

—¿No tiene amigos?

—Ninguno se atrevería a acogerlo. El chico no puede más. No podemos mandarlo a la calle. Tenemos que dejarle dormir aquí, al menos esta noche.

—Bien, ¿dónde?

—En el sofá.

—¿Y Yakimov?

Guy se desconcertó y, un poco sonrojado, dijo:

—¡Ah, no pasa nada!

Pero sabía que pasaba algo. No podían fiarse de Yakimov. Harriet se compadeció de Guy al ver la cara de consternación que ponía, pero la situación la había provocado él. La había

convencido de acoger a Yakimov en contra de su voluntad y no pudo evitar sentir cierta satisfacción mientras esperaba a que él encontrara la forma de solucionarla. Pero no se le ocurrió ninguna.

—¿Sabes de alguien que pueda dejarle una cama? —le preguntó, angustiado.

—¿Y tú? —Hubo una larga pausa; Guy se angustió más y Harriet le propuso —: Dile a Yakimov que se vaya.

—¿Adónde va a ir? No tiene un penique.

En el silencio que siguió, Harriet reflexionó sobre lo diferentes que eran. Guy, como era de esperar, quería que Sasha se quedara en el piso sin pensar en las consecuencias de tenerlo allí. Ella era tal vez excesivamente consciente de las dificultades. Si fuera solo por él, no las habría, confiaría en Yakimov y a lo mejor acertaba. La irritaba esa disposición de Guy a quedarse con Sasha en casa, porque le parecía un síntoma de evasión espiritual: se evadía de una responsabilidad insignificante, la que se tiene para con la pareja en el matrimonio.

Guy la miró con una súplica en los ojos, como si ella pudiera, si quisiera, encontrar la solución. Y así fue. Finalmente, compadeciéndose de él, dijo:

—Hay una habitación o algo parecido en la azotea: el cuarto del segundo criado.

—¿Es nuestra?

—Es del piso. Pero hay que decírselo a Despina, porque tiene algunas cosas allí.

—¡Cariño! —Su alivio fue tal que la miró con deleite. Se levantó al instante y le rodeó los hombros con los brazos—. ¡Qué mujer! ¡Eres maravillosa!

«Muy bien», pensó ella.

—Solo una noche. Tienes que buscarle otro sitio. No sé si podemos fiarnos de Despina.

—¡Claro que sí!

—¿Cómo lo sabes?

—Es una mujer decente.

—Bueno, si te parece que podemos, tienes que ir a despertarla. Ella sabe dónde está esa habitación, yo no.

Guy, que estaba a punto de ir tan contento a decirle a Sasha que ya estaba todo arreglado, se paró en seco, anonadado porque le tocara la comprometida tarea de despertar a Despina.

—Despiértala tú —le dijo, zalamero, pero ella negó con un movimiento de cabeza.

—No, la despiertas tú.

Mientras él se iba de mala gana hacia la cocina, ella estuvo a punto de decirle: «De acuerdo, la despierto yo», pero se contuvo a tiempo y, por primera vez en su vida de casada, se plantó.

4

Yakimov había hecho el papel de Pándaro en *Troilo y Crésida*. Terminada la obra y olvidado su éxito, tenía ahora una decepcionante sensación de agravio. Guy lo había mimado durante todo el proceso y después lo había abandonado. «¿De qué han servido todas las horas de ensayo? —se preguntaba—. De nada, de nada en absoluto.»

Iba por Calea Victoriei con su triste cara de camello cubierta de sudor bajo el calor del mediodía, que apretaba cada vez más; llevaba un sombrero panamá, un traje de cordón de seda, una camisa rosa y una corbata que alguna vez había sido de color violeta de Parma, todo muy sucio. El sombrero, amarillento de puro viejo, tenía el ala rota. La chaqueta estaba hecha trizas, con manchas marrones en la parte de las axilas y tan encogida que le quedaba ajustadísima.

En invierno la nieve le había helado los pies a través de los agujeros de las suelas, y en verano sufría el calor del empedrado con la misma intensidad. El vigor de los viandantes lo había ido empujando hacia el bordillo y el aliento ardiente de los coches que le pasaban a ras lo sofocaba más aún. Lo inquietaban el fragor de los tranvías, los destellos de los parabrisas, el aullido de las bocinas y el chirrido de los frenos… y todo a una hora en la que, por lo general, habría estado a salvo en brazos del sueño.

Esa mañana lo había despertado una insistente llamada telefónica. Aunque, a juzgar por la luz, no debían de ser más de las diez, parecía que Harriet había salido. Empapado y sin fuerzas bajo una sola sábana, le faltaba energía para moverse y esperó a que el teléfono dejara de sonar. Pero no paró. Por fin la tortura lo despertó del todo, se levantó como pudo y descubrió que la llamada era para él: su viejo amigo de la Legación, Dobbie Dobson.

—Encantado de oírte —dijo.

Se sentó dispuesto a conversar agradablemente sobre la temporada que habían pasado ensayando *Troilo*, pero Dobson, como todos los demás, ya no se acordaba de la obra.

—Oye, Yaki —le dijo—, eso de los visados de tránsito…

—¿Qué visados de tránsito, mi querido muchacho?

—Ya sabes a lo que me refiero —le dijo Dobson en un tono

de buena persona al borde del hartazgo—. Se ordenó que todos los súbditos británicos tuvieran visados de tránsito válidos en previsión de una evacuación inmediata. El cónsul ha revisado el registro y ha comprobado que tú no los tenías.

—Pero, mi querido muchacho, ¿esa orden iba en serio? No hay motivo de alarma.

—Una orden es una orden —respondió Dobson—. Te he excusado como he podido, pero lo cierto es que si no los sacas hoy te mandarán detenido a Egipto.

—Pero, mi querido muchacho, ¡no tengo un penique!

—Cárgalo a mi cuenta. Te lo cobraré de la próxima asignación que recibas.

Antes de salir del piso se le ocurrió ver si encontraba algo útil en algún rincón. Guy era descuidado con el dinero. Más de una vez había cogido billetes que su anfitrión perdía al sacar el pañuelo del bolsillo. La verdad era que nunca había registrado el piso en busca de dinero, pero en ese momento tan apurado le pareció que Guy le debía todo el que pudiera encontrar. En la habitación de matrimonio revisó pantalones y bolsos, pero en vano. En la salita revolvió los cajones del aparador y los del escritorio y perdió el tiempo mirando los talonarios gastados de Guy, con el resguardo de los pagos que había hecho a bancos de Londres en favor de los judíos de Bucarest. Como Drucker estaba en espera de juicio por un delito técnico de tráfico en el mercado negro, pensó en la posibilidad de un chantaje. Pero no era una buena idea. El mercado negro estaba tan generalizado que hasta los judíos se reirían de él.

En el cajoncito central del escritorio encontró un sobre que decía *Top Secret*. Esto lo animó al momento. No era el único que sospechaba que la actividad de Guy en Bucarest no era tan inocente como parecía. En su opinión, la afabilidad, la comprensión y la transparencia características de Guy eran perfectas para ser agente secreto.

El sobre no estaba bien cerrado y se abrió nada más tocarlo. Dentro había un croquis de una sección de… ¿qué? Una canalización o un pozo. Había oído hablar mucho de sabotaje en el English Bar y pensó que podía ser un pozo de petróleo. Se veía una especie de tapón en el que decía: «Detonador». Era una

sencilla explicación para que el saboteador aficionado supiera dónde poner la gelignita.

¡Menudo hallazgo! Volvió a cerrar el sobre y lo dejó donde estaba, pero se guardó el dibujo en el bolsillo. No sabía qué uso podría darle, pero se divertiría un rato enseñándolo en el English Bar como prueba de las peligrosas misiones que le imponían el rey y el país. Tuvo un momento de euforia. Después, yendo de un consulado a otro, se olvidó del croquis por completo y la euforia desapareció.

Aprovechando las circunstancias, los consulados cobraban precios altos. Yakimov, asqueado por tener que gastar dinero en esas cosas, sacó el visado de Hungría, el de Bulgaria y el de Turquía. Solo le faltaba el de Yugoslavia, el país del que lo habían expulsado hacía nueve meses, además de confiscarle el coche por deudas. Entró en el consulado con aversión, presentó el pasaporte y, como no podía ser de otra forma, tuvo que esperar media hora.

Cuando el empleado volvió con el pasaporte, hizo un gesto como de correr una cortina entre los dos y le dijo: *Zabranjeno*.

Le habían denegado el visado. Siempre había tenido la intención de remitir la deuda en cuanto le fuera posible y reclamar su Hispano-Suiza. Pero comprendió que ya no se lo permitirían.

Se fue por Calea Victoriei con una indignación creciente en el estómago en forma de molestia nerviosa. Empezó a acordarse de su coche, el último regalo de su querida amiga Dollie; el último recuerdo, aparte de la ropa, en estado de desintegración ya, de su maravillosa vida juntos. De repente la pérdida se convirtió en dolor. Pensó en ir a ver a Dobson, pero antes necesitaba consolarse con un trago.

Mientras duraron los ensayos, Guy lo retenía a fuerza de invitarlo a beber en el Doi Trandifiri, pero como era un hombre sencillo que tomaba cerveza con *ţuică*, nunca se le ocurrió que Yakimov pudiera querer otra cosa. El príncipe echaba de menos la compañía del English Bar, más flamante, y, en cuanto terminaron con la obra, volvió allí esperando honores y ovaciones. Lo que encontró lo dejó atónito, y no solo porque su aparición pasara desapercibida, sino porque no conocía a nadie.

El bar estaba más lleno que nunca y hasta el aire había cambiado, ya no olía a cigarrillos, sino a puros.

Se abrió paso y empezó a oír alemán por todas partes. «¡Alemán en el English Bar, Dios santo!» Estiró el cuello buscando a Galpin o a Screwby con la mirada y de pronto se dio cuenta de que era el único inglés de la sala.

Recibió varios codazos hostiles en el camino hacia la barra. A un hombre alto le susurró: «Suave, mi querido muchacho», y el hombre, todo pecho y hombros, lo apartó violentamente y le dijo: «*Verfluchter Lümmel*!».

Pero no se inmutó. Levantó la mano para captar la atención de Albu que, por su actitud distante y neutra, tenía fama de ser un *barman* inglés modélico. Albu no lo vio.

Comprendió que estaba solo en territorio enemigo y, cuando estaba a punto de marcharse, vio al príncipe Hadjimoscos al fondo del local.

El rumano —que con su cara cerosa, su fino pelo negro y sus ojos negros parecía un muñeco mongol—, de puntillas sobre sus blandos zapatos de gamuza, ceceaba en alemán con un compañero. Yakimov se alegró mucho de ver a alguien conocido, se acercó enseguida y lo agarró por el brazo.

—Mi querido muchacho —le dijo—, ¿quién es toda esta gente?

Hadjimoscos volvió la cabeza lentamente, sorprendido por la intrusión.

—¿No es evidente, *mon prince* —le respondió con frialdad —, que estoy ocupado?

Al volverse de nuevo, vio que su compañero alemán había aprovechado la oportunidad para plantarlo y entonces lanzó una mirada asesina a Yakimov.

Para aplacarlo, Yakimov recurrió al sentido del humor y, con una risita nerviosa, le dijo:

—¡Cuántos alemanes en el bar! No tardarán en pedir un plebiscito.

—Tienen tanto derecho como usted a estar aquí. Más, en realidad, porque ellos no nos han traicionado. Personalmente, me parecen encantadores.

—Ah, sí, y a mí, mi querido muchacho, y a mí —afirmó

Yakimov—. En el año treinta y dos tenía muchos amigos en Berlín. —Y, cambiando a un tema más interesante, le preguntó —: ¿Por casualidad vio la obra de teatro?

—¿Qué obra de teatro? ¿Se refiere a la que pusieron en escena en el Teatro Nacional para recaudar fondos? Según me han dicho, hizo usted el ridículo.

—No tuve más remedio, mi querido muchacho —se disculpó Yakimov, sabiendo que merecía el desprecio por haber infringido la ley de los ociosos—. Estamos en guerra, ya sabe. Tenía que poner mi granito de arena.

Hadjimoscos cerró la boca y, sin más comentarios, se fue en busca de compañía más provechosa. Se unió a un grupo de alemanes y lo invitaron a tomar una copa. Yakimov, mirándolo con envidia, se preguntó si al ser hijo de padre ruso y madre irlandesa podría insinuar que el Reich contaba con su simpatía. Desechó la idea al momento. La Legación británica había perdido poder allí, pero no sobre él, por desgracia.

El English Bar volvió a ser el de siempre. Los periodistas ingleses retomaron la posición y los alemanes, hartos de roces, volvieron poco a poco al Minerva. Los pocos que quedaban todavía ya no parecían tan audaces.

Hadjimoscos volvió a mostrarse favorable a la compañía de Yakimov, pero con reservas. No participaría en un grupo inglés con él —sería un vínculo demasiado definido en un mundo tan cambiante—, pero si Yakimov tenía dinero se uniría a él en tierra de nadie y lo ayudaría a gastárselo.

Aunque el príncipe no era rencoroso por naturaleza, de vez en cuando lo ofendía un poco ese comportamiento. Era un gorrón con mucha experiencia, pero no tanta como Hadjimoscos. Cuando tenía dinero lo gastaba, pero el rumano, lo tuviera o no, nunca se lo gastaba. Adoptaba una actitud suavemente insidiosa y pegajosa, su presencia afectaba a los hombres igual que la de las mujeres. No esperaban nada de él. Se quedaba el tiempo suficiente, primero apoyado en un pie, después en el otro, y aguantaba con tanta paciencia y tanta insistencia que al final lo invitaban solo por ganarse la libertad de no prestarle atención.

Aquella mañana, cuando Yakimov entró en el bar, vio a

Hadjimoscos con su amigo Horvatz y Cici Palu, cada cual con un vaso vacío en la mano a la caza de alguien que se lo rellenara.

Antes de acercarse pidió y pagó su copa. Al ver que los otros tres miraban el whisky que llevaba en la mano, se defendió quejándose de lo caros que se habían puesto los visados que se había visto obligado a comprar. Hadjimoscos, con una sonrisa maliciosa, se adelantó un paso y le puso la mano en el brazo.

—*Chère prince* —le dijo—, ¿qué importancia tiene gastar el dinero si se gasta en uno mismo?

Palu soltó una risita. Horvatz se quedó impávido. Yakimov sabía desde siempre que no les gustaba su compañía. Tampoco se gustaban entre ellos. Estaban juntos, hartos de no saber qué hacer, porque nadie los apreciaba. Yakimov cayó en la cuenta de que solo era uno más: él, que había sido el centro de la diversión en un círculo social muy vivaz. Intentó animar el ambiente:

—¿Se han enterado? Cuando llamaron de nuevo al ministro francés, pobre muchacho, para que se presentara en Vichy, Francia, la princesa Teodorescu le dijo: *Dire adieu, c'est mourir un peu*.

—¿Es posible que precisamente la princesa tuviera semejante falta de tacto?

Hadjimoscos le dio la espalda en un intento de excluirlo de la conversación y dijo:

—Las cosas se están saliendo de quicio. ¡Esta mañana, en el *cordonnier*, me he enterado de que hay que esperar tres semanas y pagar cinco mil por un par de zapatos hechos a medida!

—Igual que en el *tailleur* —dijo Palu—. El material inglés se ha puesto por las nubes, es un escándalo. Y ahora anuncian días sin carne. Y yo me pregunto, ¿qué vamos a comer?

Miró a Yakimov como si fueran los ingleses, y no los alemanes, los que estaban saqueando el país.

—Pues… pescado —dijo tímidamente Yakimov, intentando participar—, caza de temporada. Personalmente, nunca digo que no a una porción de pavo.

—Eso son solo *entrées* —lo cortó Hadjimoscos con desprecio —. ¿Cómo vamos a preservar la virilidad los hombres sin comer

carne?

Yakimov se desconcertó y rebuscó en la cabeza algún pretexto con el que acaparar la atención que deseaba. Se acordó del croquis que había encontrado por la mañana. Lo sacó y lo miró suspirando. La conversación se entrecortó y, al ver que les interesaba, bajó el papel para que pudieran verlo todos.

—¿Qué me pedirán ahora? —le preguntó al mundo.

—Le aconsejo, *mon prince* —dijo Hadjimoscos desviando la mirada—, que si tiene algo que ocultar, es el momento propicio para hacerlo.

Yakimov comprendió que esa mañana no podía hacer nada por complacerlos, así que guardó el croquis y miró a otra parte. Entonces vio a un desconocido que había intentado averiguar lo que era el papel. El desconocido sonrió. Tenía un aspecto pobretón y desaliñado que no auguraba nada bueno, pero Yakimov, siempre tan amable, se acercó y le tendió la mano.

—Mi querido muchacho —le dijo—, ¿no nos conocemos de algo?

El joven se sacó la pipa de debajo del enorme y esponjoso bigote y, borboteando como un sifón en las últimas, consiguió decir por fin:

—Me llamo Lush, Toby Lush. Nos vimos una vez con Guy Pringle.

—¡Ah, ya! —dijo Yakimov, aunque no se acordaba de nada.

—Permítame invitarlo a un trago. ¿Qué le apetece?

—Pues, whisky, claro, querido muchacho. No puedo con el matarratas autóctono.

Lush se fue a la barra desternillándose de risa y Yakimov pensó que este conocido nuevo era «un poco burro»; lo sorprendió que se lo llevara a propósito a una de las mesas pegadas a la pared. No recibió su vaso hasta que se sentó, y entonces se dio cuenta de que le iba a pedir algo a cambio. Lush dio unas chupadas nerviosas a la pipa y por fin dijo:

—Esta vez vengo para quedarme.

—¿De verdad? ¡Qué gran noticia!

Tenía los codos pegados al cuerpo y las rodillas encogidas como si lo comprimieran la holgada chaqueta deportiva y los pantalones de franela. Chupó y carraspeó, carraspeó y farfulló,

hasta que finalmente habló.

—Cuando los rusos esos se quedaron con Besarabia, me dije: «Toby, viejo amigo, ha llegado la hora de que te vayas a otra parte». Quedarse mucho tiempo en el mismo sitio siempre es peligroso.

—¿De dónde venía?

—De Cluj. Transilvania. Allí nunca estuve seguro. Tampoco sé si lo estoy aquí.

Yakimov pensó que había oído el nombre de Toby Lush alguna vez. ¿No era el tipo que apareció en primavera, que había salido pitando de Cluj por los rumores sobre el avance de los rusos? Comprensivo con el miedo, como siempre, procuró tranquilizarlo.

—Aquí se está bien, hombre. Esto es un remanso de paz. Dan a los alemanes todo lo que quieren, así que a nosotros nos dejan tranquilos.

—Espero que tenga razón. —Los pálidos ojos saltones de Lush echaron un vistazo general al bar—. Aunque hay muchos por todas partes. No creo que les guste que estemos aquí.

—Es lo de siempre —dijo Yakimov—: se infiltran y luego se quejan de los nativos. De todos modos, la semana pasada fue peor. Le dije a Albu: «Dry Martini», y me puso tres martinis.

—¡Qué bromista es usted! —dijo Lush, juntando más las rodillas, balanceándose, ahogándose de risa—. ¿Otro trago?

Cuando volvió con el segundo trago, se le había pasado la risa y procuró hablar de lo que lo había llevado allí.

—Usted es amigo de Guy Pringle, ¿verdad?

—Sí —dijo Yakimov—, es un viejo amigo, y lo quiero mucho. ¿Sabe que hice el papel de Pándaro en su espectáculo?

—Su nombre llegó hasta Cluj. ¿Y se aloja usted en su casa?

—Compartimos un piso. Es un pisito muy mono. Tiene que venir a comer un día con nosotros.

Lush asintió, pero quería algo más.

—Busco trabajo —dijo—. Pringle lleva el Departamento de Inglés, ¿no es eso? Voy a ir a verlo, claro, pero he pensado que a lo mejor usted podía interceder por mí. Solo dígale: «Me he encontrado con Toby Lush. Es buen tipo», o algo así —dijo, y se quedó mirándolo con expectación.

—A una palabra mía —respondió Yakimov inmediatamente — tendrá el trabajo mañana mismo.

—Si es que hay trabajo para mí.

—Esas cosas siempre se pueden arreglar.

Yakimov vació el vaso y lo dejó en la mesa. Lush se levantó, pero, con una firmeza inesperada, dijo:

—Uno más, después tengo que conducir hasta la Legación. Por hacer bulto.

—¿Tiene coche? ¿Me lleva?

—Con mucho gusto.

El coche de Lush era un Humber de color barro, alto y con capota, como un palanquín.

—Un buen autobús —dijo Yakimov.

Se sentó en un asiento recto del que se salía el relleno y se acordó de los atractivos de su Hispano-Suiza.

La Legación, una villa de ladrillo situada en una calle secundaria, estaba rodeada de coches. Había una multitud de hombres —altos, con aspecto práctico, vestidos de dril de color caqui— en el césped seco de la entrada, todos esperando con la misma actitud de abatimiento. Vieron llegar el Humber y lo miraron como si trajera algo para ellos. Al pasar entre la gente, Yakimov se sorprendió al oír que hablaban inglés. No conocía a nadie.

Dejaron entrar a Lush en la cancillería. A Yakimov lo interceptó una secretaria, como de costumbre.

—¡Ah, príncipe Yakimov! ¿Qué puedo hacer por usted? —le dijo con un forzado encanto de señora anciana—. El señor Dobson tiene muchísimo trabajo. Todos los jóvenes caballeros tienen mucho trabajo últimamente, pobrecitos. A su edad y en este empleo, la vida tendría que ser todo fiestas y bailes, pero con esta guerra horrible tienen que trabajar como los demás. Supongo que viene por su *permis de séjour*, ¿no es así?

—Es un asunto personal bastante importante. Me temo que debo ver al señor Dobson.

La mujer chascó la lengua, pero lo llevó a ver al señor Dobson.

Dobson, al que no había visto desde la noche de la obra de teatro, levantó la cabeza del escritorio con aire cansado.

—Hola, ¿qué tal está?

—Bastante peor por culpa de la guerra —dijo Yakimov.

Dobson sonrió por cortesía, pero la expresión de su cara, generalmente distendida, era de agotamiento: tenía los ojos enrojecidos y toda su actitud era de desánimo.

—Ha sido una semana terrible con la crisis. Y ahora, para rematar, han echado a los ingenieros de los campos de petróleo.

—¿Son esos que hay ahí fuera?

—Sí. Les han dado ocho horas para salir del país. Un tren especial los llevará a Constanza. Pobres hombres, andan por ahí con la esperanza de que podamos hacer algo.

—¡Cuánto lo siento, querido muchacho!

El sincero tono de comprensión de Yakimov le hizo soltar el bolígrafo y frotarse la cabeza.

—Su excelencia lleva dos horas al teléfono, pero no le ha servido de nada. Los rumanos lo han hecho para complacer a los alemanes. Algunos ingenieros llevan aquí más de veinte años. Todos tienen casa, coche, perros, gatos, caballos… en fin, de todo. Y para nosotros supone mucho trabajo extraordinario.

—¡Ay, Dios, ya veo! —Yakimov se sentó discretamente y esperó el momento de abordar sus propias preocupaciones. Cuando Dobson hizo una pausa, se atrevió a decir—: No quisiera molestarlo en estos momentos, pero…

—Dinero, supongo, ¿no?

—No exactamente. Se acordará de mi Hispano-Suiza. Los yugoslavos pretenden quedárselo. —Le contó la historia—. Querido muchacho —le rogó—, no puede permitírselo. El Hispano vale una fortuna. Solo el chasis costó dos mil quinientas libras. La carrocería, de Fernández… Solo Dios sabe cuánto pagaría Dollie por él. Es una magnífica obra de arte y lo único que tengo en el mundo. Consígame el visado, querido muchacho. Présteme unos pocos miles. Recuperaré el coche y lo venderé. Nos daremos un festín, una noche regia en Cina's, con champán y todo. ¿Qué me dice?

Dobson lo escuchó, paciente y pesimista, y dijo:

—Supongo que sabe que en Rumanía están requisando los coches.

—Pero no los británicos, ¿verdad?

—No. —Tuvo que reconocer que, a pesar de todo, los privilegios de los británicos todavía prevalecían—. Sobre todo los de los judíos; siempre tienen mala suerte, pero es cierto que los coches más grandes son los suyos. Lo que quiero decir es que no son buenos tiempos para vender. Nadie quiere comprar un coche caro que le pueden requisar.

—Es que en realidad no quiero venderlo, querido muchacho. Adoro ese autobús… Sería muy útil si hubiera que evacuar…

Dobson se tiró de la mejilla y se pellizcó los redondos labios rosados.

—¡Tengo una idea! Alguien de aquí va a Belgrado dentro de una semana o así, seguramente Foxy Leverett. Tienes el recibo, las llaves del coche y todo lo demás, ¿no? Pues que vaya a recogerlo y vuelva con él. Supongo que estará en condiciones, ¿verdad?

—Estaba en plena forma cuando lo dejé.

—Bien, veremos lo que se puede hacer.

Dobson se levantó y despidió a Yakimov.

Fuera, los hombres del petróleo seguían esperando, pero el Humber se había ido. Yakimov se puso en marcha para volver a pie con el bochorno que hacía y se dijo: «Se acabó ir andando con mis pobres pies. Y —añadió, reflexionando— vale mucho dinero. Ganaría una fortuna si lo vendiera.»

5

Una semana después de la visita al café del parque, una cancioncilla cantada a voces llevó a Harriet al balcón; vio dos hileras de hombres desfilando alrededor de la iglesia que estaba justo debajo. Después cruzaron la plaza principal.

En Bucarest se hacían muchos desfiles. Se organizaban con motivo de cualquier acontecimiento público, desde grandes celebraciones, en las que también desfilaban los ministros del gobierno, hasta desordenados grupos de niños con el uniforme del movimiento juvenil del príncipe.

Este era completamente distinto. No era solemne, parecía avanzar con un propósito violento. Los que iban delante llevaban camisa verde. Harriet no conocía la canción, pero entendió una palabra, que se repetía una y otra vez con fuerza: *Capitanul, Capitanul*…

El capitán. Tampoco sabía a qué capitán se refería. Vio que la columna viraba bruscamente hacia Calea Victoriei, hasta que los hombres, marchando de dos en dos, desaparecieron de la vista. Harriet se quedó en el balcón con la sensación de no tener nada que hacer, solo estar allí.

A su espalda, el piso estaba en silencio. Despina había ido al mercado. Yakimov no se había levantado (a veces deseaba poder aislarse en el sueño, como él). Sasha —porque seguía con ellos a pesar del decreto de «solo una noche»— estaba en alguna parte de la azotea (igual que Yakimov, no tenía dónde ir). Guy tenía trabajo en la universidad, naturalmente.

La palabra «naturalmente» expresaba una resignación cada vez mayor. Había esperado con ilusión que se terminara la obra de teatro y que finalizara el trimestre para poder disfrutar de su compañía y de su apoyo ante la creciente inseguridad. Pero en realidad lo veía tan poco como antes. Los cursos de verano, que se habían planeado como una ocupación de pocas horas, habían atraído a tantos judíos que esperaban el visado para ir a Estados Unidos que habían tenido que abrir nuevos grupos. Ahora Guy daba clases incluso a la hora de la siesta.

El día en que expulsaron a los ingenieros del petróleo de Ploiești, los Pringle y todos los súbditos británicos recibieron el primer aviso de que debían abandonar el país. Guy iba a salir de

casa en el momento en que un mensajero de la *prefectura* le entregó un sobre de color tostado claro. Se lo pasó a Harriet.

—Llévaselo a Dobson, él sabrá qué hacer.

Se lo dijo con toda naturalidad, pero a Harriet le preocupó la orden de hacer las maletas y abandonar el país.

—Pero imagínate que tenemos que irnos dentro de ocho horas —le respondió.

—No será necesario.

Tanta indiferencia solo consiguió aumentar su inquietud; sin embargo tenía razón, como se demostró después. Dobson había rescindido su orden y la de otros cuantos súbditos británicos residentes en Bucarest, pero los ingenieros habían tenido que ser evacuados.

Harriet había visto a sus mujeres e hijos sentados en cafés y restaurantes a diferentes horas del día. Los rumanos miraban mal a los niños, que estaban irritados y latosos, porque ellos no llevaban a los suyos a los cafés. Las mujeres, obligadas a abandonar su casa, parecían atónitas pero confiadas; tal vez se imaginaban que al final todo sería un error y que volverían a casa. Sin embargo, tuvieron que subirse al tren de Constanza y al barco de Estambul.

Aunque Rumanía alegaba que la expulsión había sido orden de Alemania, se sabía que el ministro alemán había dicho: «Ahora sabemos cómo nos trataría Carol si fuéramos los perdedores».

Con todo, los ingenieros habían partido a un sitio más seguro, aunque fuera contra su voluntad. Harriet casi deseaba que a Guy y a ella los hubieran obligado a marcharse también.

Mientras pensaba en estas cosas, la ciudad se estremeció. Por un momento tuvo la sensación de que el balcón se caía. Vio, o creyó ver, cascotes en el suelo, en la entrada de la iglesia. Aterrorizada, alargó la mano como para sujetar algo, pero fue como si el mundo se hubiera quedado flotando en el espacio. Todo se movía con ella y no había donde sujetarse. Un instante… y el temblor pasó.

Entró inmediatamente en la habitación y cogió el bolso y los guantes. No podía soportar estar allí, en el noveno piso. Necesitaba pisar tierra. Cuando llegó a la acera, que ardía como

la arena del Sáhara, tuvo el impulso de tocarla.

Poco a poco, mientras cruzaba la plaza entre edificios intactos e inmóviles y el gentío de costumbre, que no daba muestras de alarma, desapareció la sensación de extrañeza sobrenatural que le había provocado el temblor. Tal vez los terremotos fueran algo normal en esta ciudad interior, con su cielo limpio y abrasador y la conciencia de tener al oeste toda la masa de tierra de Europa. Pero cuando se encontró con Bella Niculescu en Calea Victoriei, la llamó a voces sin acordarse de la barrera que se había interpuesto en su amistad.

—Bella, ¿has notado el terremoto?

—Hace un momento —respondió en el tono de costumbre —. Me he quedado tiesa de miedo. Todo el mundo habla de ello. Acaban de decir que no ha sido un terremoto, sino una explosión en Ploiești. Corren rumores de que unos agentes británicos están reventando los pozos de petróleo. Esperemos que no. Ya se nos han puesto las cosas bastantes feas.

Superada la emoción del encuentro, Bella, desconcertada, miró a un lado y a otro por si alguien había presenciado la escena. Harriet pensó que no había hecho bien abordándola en la calle. No sabían que decir, ni la una ni la otra, y estaban a punto de disculparse y de separarse cuando las distrajeron unas voces vigorosas que cantaban a lo lejos. Harriet reconoció el estribillo de *Capitanul*. Los hombres de camisa verde habían vuelto.

—¿Quiénes son? —preguntó Harriet.

—La Guardia de Hierro, desde luego. Nuestros fascistas locales. Pero creía que los habían eliminado.

—Eso fue lo que nos dijeron.

Al pasar los cabecillas levantando las botas y moviendo las armas de delante atrás, Harriet supo que eran los mismos jóvenes que había visto en primavera, los exiliados que volvían del entrenamiento en los campos de concentración alemanes. Los había visto sucios y solos, sin nada que hacer, en las esquinas de las calles. En esos momentos desfilaban por el centro de la calle obligando al tráfico a arrimarse a los bordillos, llenando el aire con su himno y dando una impresión de agresiva confianza en sí mismos.

Ante los gritos de *Capitanul*!, las dos mujeres se quedaron en silencio, como todos los demás, mientras pasaba la columna. Era más larga que por la mañana. Los primeros, bien vestidos y entrenados, llamaban la atención e inspiraban respeto, pero todo cambió con los que venían detrás. Las filas del centro, sin uniforme, no sabían marcar el paso, y las de la cola no eran más que un pelotón de gente en paro que sin duda se había convertido al movimiento esa misma mañana. Algunos no llevaban más que harapos. Arrastraban los pies, tropezaban y miraban nerviosamente a los lados sonriendo a los que los observaban, y su única contribución al coro era solo un *Capitanul* de vez en cuando. La estampa era demasiado para el sentido del humor rumano; la gente empezó a hacer comentarios y a burlarse, hasta que estalló en francas carcajadas.

—¿Habías visto cosa igual en toda tu vida? —dijo Bella.

—¿Quién es ese *capitanul*? —preguntó Harriet.

—Pues el creador del movimiento, claro, Codreanu: contra el que «dispararon cuando intentaba huir» cumpliendo órdenes de Carol, huelga decir. Dispararon contra muchos de sus compinches. Algunos se escaparon a Alemania, pero el movimiento se desintegró. ¿Quién podía imaginarse que reaparecerían así? Carol está perdiendo poder, seguro.

A juzgar por los comentarios que oían alrededor, estaba claro que había más gente que opinaba lo mismo. El desfile se acabó, lentamente se reanudó el tráfico y cada cual siguió con lo suyo. A lo lejos se oía de vez en cuando el estribillo de *Capitanul*, hasta que cesó por completo.

—Quisieron convertir a ese tal Codreanu en un héroe —dijo Bella—. Les habría costado lo suyo. Lo vi en una ocasión. Tenía una pinta asquerosa, con el pelo grasiento y sucio por encima de las orejas. Y necesitaba un buen afeitado. ¡Ah, por cierto! —añadió de repente—. Hablando de ese hijo de Drucker... es curioso que lo mencionaras la última vez que nos vimos. Un par de días después me llegó una carta de Nikko, él también había oído hablar del muchacho. Al parecer solo se lo llevaron para que hiciera el servicio militar. (Seguro que el padre lo había librado pagando. ¡Menudo pez!) Bueno, el caso es que el chico

ha desertado y ahora lo buscan. Tienen órdenes de encontrarlo sea como sea. Supongo que es por lo de la fortuna que tiene a su nombre. Lo obligarán a entregársela.

—¿Y si se niega?

—No se atreverá. Nikko dice que podrían matarlo de un tiro por desertor.

—Rumanía no está en guerra.

—No, pero estamos en un momento de emergencia nacional. Han reclutado al país. Están dispuestos a pillarlo como sea. Y apuesto a que, cuando lo encuentren, desaparecerá para siempre. ¡En fin! —Bella se olvidó de Sasha con un gesto—. Estoy pensando en ir a Sinaia. Estoy harta de esperar a que pase algo mientras me cuezo con este calor. En mi opinión no va a pasar nada. A ver si convences a Guy de que te lleve a las montañas.

—No podemos irnos. Ha empezado unos cursos de verano.

—¿Hay estudiantes en esta época del año?

—Un montón.

—Judíos, seguro.

—Sí, la mayoría son judíos.

—Yo no lo animaría con eso, querida —dijo Bella, haciendo un puchero y enarcando las cejas—. Si la Guardia de Hierro vuelve a las andadas, quién sabe lo que podrá suceder. La última vez les dieron una paliza a los estudiantes judíos. Pero, además de antisemitas, son antibritánicos. —Asintió significativamente, con mala cara y, al ver que había impresionado a Harriet, volvió a sonreír—. Me voy ya —dijo animosamente—. Tengo hora en la peluquería.

Levantó la mano diciendo adiós con los dedos y desapareció en dirección a la plaza.

Harriet no podía moverse. La gente pasaba empujándola; los peligros la habían dejado helada y confusa. Por un lado, el peligro de cobijar a Sasha bajo el mismo techo que a Yakimov, un informador en potencia; no sabía cuál podía ser el castigo por acoger a un desertor, pero se imaginó a Guy en una de las infames cárceles de las que hablaba Klein; y, por otra parte, el peligro más inmediato, el de los desfiles de la Guardia de Hierro.

El instinto le decía que fuera inmediatamente a ver a Guy y lo instara a cancelar los cursos de verano, pero sabía que no debía hacerlo. Guy no aprobaría semejante intromisión. La había dejado al margen de la producción teatral so pretexto de que no se podía «hacer bien un trabajo con la mujer de uno por el medio». Siguió andando a modo de calentamiento para entrar en acción, aunque no sabía qué acción emprender.

Cuando llegó a la Oficina de Información Británica se detuvo pensando en Inchcape, que, si quería, podía poner fin a los cursos de verano. ¿Por qué no iba a recurrir a él?

Estuvo unos minutos mirando las fotografías de acorazados y una maqueta de las playas de Dunquerque, que llevaban un mes en el escaparate y seguramente se quedarían allí, porque no había nada que poner en su lugar.

Se detuvo, pero no porque temiera a Inchcape, sino a Guy. En otra ocasión, hablando con el profesor, había conseguido que relevara a Guy de una de sus actividades, y eso había sido el motivo de su primer desencuentro. ¿Acaso quería provocar otro?

Se dijo que lo realmente importante era que, gracias a su intromisión, lo había librado de una situación peligrosa. Tal vez volviera a suceder lo mismo.

Entró en la oficina. La secretaria de Inchcape, que tejía detrás de la máquina de escribir, fingió dudas. Probablemente el *domnul* director estaba demasiado ocupado y no podía recibirla.

—Será solo un momento —dijo Harriet.

Y echó a correr escaleras arriba antes de que la mujer pudiera avisarlo por teléfono. Lo encontró tumbado en un sofá con los tomos de *En busca del tiempo perdido* abiertos a su alrededor. Llevaba una camisa y pantalones. Al verla, se levantó con desgana, cogió una chaqueta del respaldo de una silla y se la puso.

—Hola, señora Pringle —dijo, con una sonrisa que disimulaba mal el fastidio que le causaba la interrupción.

Harriet no había estado en ese despacho desde el entierro de Calinescu. Aquel día, las habitaciones estaban patas arriba y los obreros montaban estanterías. En este momento estaba todo pintado de blanco, las estanterías, llenas de libros y el suelo,

enmoquetado de un tono azul grisáceo muy delicado. En el escritorio Biedermeier había unos cuantos libros abiertos, además de unos comunicados de Reuter.

—¿Qué la trae por aquí? —le preguntó Inchcape.

—La Guardia de Hierro.

—¿Se refiere a ese puñado de neuróticos inútiles que acaban de arrastrarse por debajo de la ventana? —dijo, mirándola de mal humor—. ¡No me diga que le dan miedo!

—Así empezaron los nazis, como un puñado de neuróticos inútiles.

—¡Ya lo creo! —dijo Inchcape, sonriendo como si lo hubiera dicho de broma—. Pero en Rumanía el fascismo no es más que un juego.

—No lo fue en 1937, cuando tiraron a los estudiantes judíos por las ventanas de la universidad. Estoy preocupada por Guy. Está solo allí, con las señoras mayores que lo ayudan.

—También está Dubedat.

—¿De qué le serviría Dubedat si los nazis asaltaran las aulas?

—Yo estoy solo aquí, menos cuando a Clarence le da por personarse, que no es muy a menudo, pero estoy tan tranquilo.

A punto estuvo de responder: «La Oficina de Información pasa desapercibida a todo el mundo», pero se contuvo a tiempo.

—Los cursos de verano son una provocación. Todos los alumnos son judíos —dijo en voz alta.

Aunque Inchcape no cambió su actitud de despreocupación civilizada, las arrugas en torno a la boca se le tensaron. Tiró de los puños de la camisa y se quedó mirando los granates de los gemelos.

—Supongo que Guy sabe cuidarse solo —dijo.

El limpio rostro napoleónico adoptó tal expresión de distanciamiento para ocultar el fastidio que hizo callar a Harriet. Había ido al despacho convencida de que los cursos de verano habían sido idea de Guy… y en ese momento descubrió que se había equivocado. Inchacape era un poderoso miembro de la organización en la que Guy tenía esperanzas de hacer carrera. Aunque el hombre no la disgustaba —habían llegado a un entendimiento desde el principio—, le seguía pareciendo un

completo desconocido. Acababa de tocarle las fibras de la vanidad. Quién sabía lo que podía callar sobre Guy en los informes que mandaba a Inglaterra.

En el pasado, ella alguna vez lo había criticado diciendo: «Es tacaño, pero curiosamente ahorra en comida y bebida y en cambio se gasta una fortuna en porcelana o muebles solo para impresionar a sus invitados». Guy le había explicado que, para Inchcape, las posesiones eran un escudo que ocultaba el vacío emocional de su vida. Fueran lo que fuesen, eran una manera de darse importancia. En ese momento comprendió que los cursos de verano también lo eran. Y también que no lo convencería de que los cerrara, así que prefirió aplacarlo.

—Supongo que son importantes, claro —dijo.

Él la miró con satisfacción y cambió el tono inmediatamente.

—No lo dude. Es una señal de que aquí no nos han derrotado. Tenemos la moral alta. Y haremos cosas mejores. Tengo grandes planes para el futuro…

—¿Cree que tenemos algún futuro?

—¡Naturalmente! Nadie va a entrometerse en nuestros asuntos. La política de Rumanía siempre ha consistido en tener un pie en cada campo. En cuanto a los alemanes, ¿qué más les da, siempre y cuando consigan lo que quieren? Confío en que sigamos aquí, hasta el punto de que estoy en trámites para traer a un antiguo amigo, el profesor lord Pinkrose. Está de acuerdo en dar la Conferencia Cantacuzino.

Al ver la cara de asombro de Harriet, Inchcape sonrió con satisfacción.

—Es el momento de enarbolar la bandera —añadió—. Por lo general, esa conferencia versa sobre algún aspecto de la literatura inglesa. Recordaremos a los rumanos que nuestra literatura es una de las más excelsas del mundo. Además, es un gran acontecimiento social. La última vez tuvimos a ocho princesas en primera fila. —Empezó a acompañarla hacia la puerta—. Como es natural, requiere mucha organización. Tengo que encontrar un salón y reservar habitaciones para Pinkrose en un hotel. No sé si vendrá solo.

—¿Es posible que venga con su mujer?

—¡Cielos, no! No está casado —dijo, como si el matrimonio fuera una costumbre ridícula de tribus primitivas—. Pero ya no es tan joven como antes. Tal vez venga con alguien. Querida niña —añadió, al tiempo que abría la puerta y se despedía—, es necesario mantener el equilibrio. No es fácil, lo sé, con este calor, que parece que se nos licúa el cuerpo dentro de la ropa. Bien, adiós.

Cerró la puerta inmediatamente y Harriet bajó a la calle con la sensación de no haber conseguido nada.

Poco antes de que la Guardia de Hierro pasara por la universidad, Sophie Oresanu había ido a ver a Guy a su despacho, que era el antiguo estudio de Inchcape; en el escritorio al que se sentaba Guy todavía había papeles de su antiguo dueño, además de varios libros suyos en las estanterías de alrededor.

Sophie Oresanu se sentó en el brazo de un sillón de piel, enfrente de Guy; se había matriculado en los cursos de verano con entusiasmo.

—No puedo trabajar con este calor —dijo, echándose hacia atrás con una despreocupación que puso de relevancia su principal belleza: el tipo. Arrugó los oscuros labios, suspiró y se llevó un dedo a la mejilla, rellena y pálida—. La ciudad está insoportable a esta hora —dijo.

Guy contempló la languidez de la joven con indiferencia y se acordó de una conversación entre dos estudiantes que había oído sin querer:

—La Oresanu no es guapa, es una calientapollas.

—¡Ah, *j'adore* las calientapollas!

Sonrió al verla retorcerse en el brazo del sillón: coqueteaba con él moviendo la rabadilla. ¡Pobre chica! Huérfana, sin dote y dueña de una libertad que la devaluaba a los ojos de los rumanos, tenía que encontrar marido cuanto antes. Al recordar el disgusto que se había llevado cuando él volvió casado a Bucarest, le dijo con mayor indulgencia:

—Parece que los demás estudiantes lo soportan bien.

Ella despreció a los demás estudiantes con un encogimiento de hombros.

—Tengo la piel delicada. No tolero el sol.

—Sin embargo, este verano estás más segura en la ciudad.

—No. Dicen que los rusos se alegran de que no haya más complicaciones. Por otra parte —hizo un pequeño gesto de desconsuelo—, no estoy satisfecha con el curso. Todos los estudiantes son judíos. No me tratan bien.

—¡Ah, vamos! —se rio Guy—. Antes te quejabas de que, como eres medio judía, eran los rumanos los que no te «trataban» bien.

—Es cierto —convino ella—: Nadie me trata bien. No soy de ninguna parte. No me gustan los rumanos. Viven a costa de las mujeres y las desprecian. Son muy vanidosos. Y las rumanas… ¡son tontas! Quieren que las desprecien. Les gusta que su amigo les dé *un coup de pied*. —Se retorció otro poco y levantó la mirada haciendo una parodia de éxtasis sexual—. Yo quiero que me respeten. Soy moderna, por eso prefiero a los ingleses.

Guy asintió, entendía su preferencia. Había evitado casarse con ella, pero le habría encantado casarla con algún amigo que tuviera pasaporte británico. Había intentado que Clarence se interesara por su desgraciada situación, pero la había rechazado diciendo: «Es aburrida y afectada», y ella de Clarence había dicho: «¡Qué horror, ser un hombre tan poco atractivo para las mujeres!».

—Además —continuó Sophie —, Bucarest es muy caro. Todos los trimestres me quedo sin blanca. Otros veranos, para ganar algo, alquilaba mi piso y me iba a un hotelito de la montaña. Y es lo que habría hecho este año, pero me he gastado toda la asignación.

Hizo una pausa y lo miró inclinando la cabeza de una forma muy triste, esperando la pregunta de siempre: «¿Cuánto necesitas?». Sin embargo él le dijo:

—El mes que viene la tendrás otra vez. Espera un poco.

—El médico dice que me voy a resentir. ¿Me dejarías morir?

Guy sonrió un poco cohibido. Harriet lo había obligado a reconocer los trucos de Sophie y se preguntó cómo había podido dejarse enredar tantas veces. Antes de casarse, le había prestado hasta lo que no tenía; consideraba esos préstamos, que nunca le

devolvía, como el precio de la amistad. Su mujer dependía de él, además de sus padres, y se había visto obligado a no prestarle más dinero, así que la había mantenido a raya los últimos meses, pero la idea de decirle que no una vez más lo incomodaba profundamente.

Sophie se inclinó hacia delante con un gesto muy convincente y eficaz que había utilizado en *Troilo* y dijo:

—Me esforcé mucho con la obra. El éxito que tuvimos fue gratificante, pero no soy fuerte y me agotó. He perdido dos kilos. A lo mejor te gustan las chicas delgadas, pero aquí no les parecen guapas.

¡Ah, claro! Quería cobrar los servicios prestados. Guy bajó la mirada al escritorio: con esos argumentos, no tenía la menor idea de cómo negarse. Solo podía pensar en Harriet, no sabía si para protegerse o como una forma de amenaza. Fuera como fuese, podía utilizarla de excusa. Sophie sabía que de Harriet no sacaría nada.

Guy empezaba a reconocer que su mujer era más fuerte que él en algunos aspectos. Aunque tal vez no más fuerte exactamente. Tenía una fe inquebrantable en su moralidad y no consentiría que ella se le impusiera; pero podía obstinarse mucho en cosas que él no y, aunque era capaz de hacerle frente, porque sabía que si no estaría perdido, tenía una visión tan clara de las cosas que lo influenciaba bastante, a su pesar. Era físicamente corto de vista, seguro que eso significaba algo. No reconocía a la gente hasta que la tenía casi encima. Las caras le parecían bollos. Bollos con buen corazón, diría, pero Harriet no estaba de acuerdo. Ella las veía detalladamente, y no por eso le caían mejor.

Le preocupaba lo crítica que era con sus amistades. Él prefería apreciar a todo el mundo y sabía que precisamente por eso podía ejercer más influencia. La gente notaba su buena voluntad y así se ganaba su confianza y su aprecio. Comprendía que la influencia de Harriet, si se lo permitía, podía socavar su fórmula de vida, y por eso se resistía. Sin embargo, en algunas ocasiones daba vía libre a la obstinación de su mujer.

Mientras pensaba en todo esto, Sophie se calló y, al levantar la vista, vio que lo estaba mirando, confusa y dolida,

porque la dejaba hablar sin las consabidas interrupciones.

Cuando terminó diciendo: «Solo necesito unos cinco mil, nada más», con una vocecita desilusionada, y dejó de hacer poses, Guy vio lo ingenua que había sido su actuación. En el pasado había pensado a menudo que Sophie había vivido en circunstancia muy injustas. Desde muy joven se había visto obligada a afrontar la vida sola, sin más armas que las que le procuraba su sexo. Pensó: «La verdad es que no es más que una cría asustada», aunque en el fondo se alegró de no tener cinco mil para darle.

—Ahora es Harriet la que lleva la economía familiar —dijo, en el tono más ligero que pudo—. Se le da mejor que a mí. Si me piden prestado, tengo que preguntárselo a ella.

La expresión de Sophie cambió bruscamente. Se sentó con la espalda recta, le ofendía que pusiera a Harriet entre los dos. Se levantó indignada, dispuesta a irse, pero un ruido de pies en marcha y un cántico la distrajo. Oyeron el insistente estribillo: *Capitanul*.

—Pero si esa canción está prohibida… —dijo.

Se acercaron a una ventana abierta a tiempo para ver las primeras camisas verdes que pasaban de largo por la universidad. Sophie contuvo el aliento. A Guy, que había hablado con los informantes de David, no le sorprendió tanto el resurgimiento de la Guardia de Hierro. Creyó que Sophie gritaría del susto, pero ella no dijo nada hasta que terminó de pasar el último rezagado, y luego solo añadió:

—¡Vaya! Se nos complican las cosas otra vez.

—Seguro que estabas en la universidad cuando los pogromos de 1938, ¿verdad?

—Fue horrible —dijo ella, asintiendo—, pero no me pasó nada. Mi apellido es rumano.

Se acordó de pronto de que estaba enfadada con él y, sin una palabra, dio media vuelta y se fue. Al parecer, el desfile de la Guardia no la había afectado en exceso; sin embargo Guy, cuando volvió al escritorio, se quedó sentado un largo rato, abstraído. Acababa de ver una amenaza manifiesta y sabía exactamente a lo que se enfrentaba.

Cuando estaban preparando los cursos de verano, le había

dicho a Inchcape:

—El único inconveniente que encuentro es que atraerán a muchos estudiantes judíos y, con la nueva política antisemita, podrían correr peligro.

—La política rumana siempre ha sido antisemita y lo único que han conseguido es que los judíos se enriquezcan cada vez más —respondió Inchcape sin darle mayor importancia a la objeción.

Guy no podía alegar nada más si no quería parecer asustado. Inchcape, que conservaba el control del Departamento de Inglés, estaba empeñado en abrir los cursos de verano. Tenía que hacer algo que justificara su presencia en la organización. Y lo más importante: necesitaba rivalizar con la Legación.

—Si ese viejo brujo —llegó a decir del ministro británico— no tiene miedo de quedarse, ¿por qué habría de tenerlo yo?

Y si alguien argüía que el ministro y sus hombres gozaban de protección diplomática, pero él no, replicaba: «Nosotros también gozamos de protección mientras la Legación siga aquí».

Guy sabía que Inchcape lo apreciaba y solo por eso él lo apreciaba a su vez. Además lo admiraba. No confiaba mucho en su propio valor y las personas audaces, como su jefe y Harriet, le inspiraban admiración. Sin embargo al mismo tiempo las compadecía. Inchcape le parecía un solterón solitario, sin nada en la vida más que la autoridad que le daba el cargo. Si los cursos de verano lo hacían feliz, lo apoyaría hasta las últimas consecuencias.

En cuanto a Harriet, pensaba que tenía que protegerla de la desconfianza nacida de una infancia sin amor. Lo enternecía el cuerpecillo delgado que contenía su alma y se decía: «Ah, plántate entre ella y esa alma luchadora que tiene». Y la consideraba desgraciada porque la vida, que él se tomaba con tanta facilidad, a ella se le hacía innecesariamente difícil.

Cogió una fotografía que estaba apoyada en el tintero del escritorio. Se la había hecho en Calea Victoriei; era pequeña, de las que pedían cuando se solicitaba el *permis de séjour*. La expresión —en la que destacaban el óvalo de la cara y los grandes ojos— era una imagen fija de tristeza contemplativa. Parecía diez años mayor de lo que era. No tenía nada que ver

con la vivacidad que le era propia, hasta el punto de que la primera vez que la vio dijo: «¿De verdad eres tan desgraciada?». Ella respondió que no era nada desgraciada.

Aun así creía que la fotografía revelaba una insatisfacción interior con lo confuso y la falta de atención. La dejó en su sitio con una sensación de remordimiento. Podía ayudarla, si se dejaba, pero ¿le dejaría?

Se acordó de que cuando había querido educarla políticamente lo había rechazado diciendo: «No soporto el pensamiento organizado» y, aclarada su postura, no la había cambiado nunca.

Antes de casarse trabajaba en una galería de arte y sus amigos eran pintores, pobres y sin reconocimiento en su mayoría. Le explicó que, si estuvieran en la Unión Soviética, recibirían honores y recompensas, a lo que ella respondió: «Pero los artistas, para poder producir algo importante, tienen que seguir siendo una comunidad privilegiada. No pueden limitarse a reproducir lo que les cuentan. Tienen que pensar por sí mismos. Por eso los países totalitarios no se los pueden permitir».

Reconocía que Harriet pensaba por sí misma, sin duda. No se dejaba influenciar. Aunque en lo particular resultara femenina e intolerante, tenía una amplia visión general de las cosas. Procedía de la clase más miope y más llena de prejuicios, pero había logrado desclasarse. Tanto más lamentable le resultaba que rechazara la fe que le iluminaba la vida a él. La veía atascada y perdida en la anarquía y en un misticismo infantil.

¿Qué quería Harriet? Una pregunta tanto más difícil para quien estaba satisfecho como él. Guy no quería nada para sí. Las posesiones lo estorbaban, una deslealtad para con su familia, que tenía que sobrevivir con muy poco. En sus tiempos de estudiante trabajaba de profesor por horas. Su madre también trabajaba. Entre los dos pagaban el alquiler y mantenían la familia unida.

No envidiaba a nadie, solo a los hombres que no tenían responsabilidades y podían ir, si querían, a luchar en la guerra española. Esos hombres de la brigada internacional eran sus

héroes. Todavía recordaba con emoción unos versos en su honor:

> De pequeños comienzos grandes fines:
> De llamar rebeldes a generales afines,
> de estudiar en colegios privados,
> de pensar que los demás están enajenados,
> España sangra y Gran Bretaña apuesta con empeño
> por llevar al asesino al matadero.*

La marcha de la Guardia de Hierro de la mañana le recordó a la «Concentración monstruosa» de Camisas Negras en su patria chica. Fue cuando apalizaron a su amigo Simon y comprendió que también le llegaría el día en que tendría que pagar por su credo político.

Simon había llegado tarde y se había sentado solo. Cuando los demás, que estaban todos juntos, intentaron boicotear la concentración, los echaron a la calle a empujones. Simon, con un valor fanático, casi histérico, intentó continuar el boicot sin ayuda de nadie. Aquellos bestias se cebaron con él. Lo arrastraron por una puerta de atrás hasta un garaje, en el otro lado del estadio, y allí lo encontraron más tarde, inconsciente.

En aquella época, lo que se contaba de los actos salvajes de los fascistas solo se creía a medias. Eran una cosa nueva en un mundo civilizado. Ver a Simon con la cara amoratada y destrozada afectó a Guy profundamente. Se dijo que entendía lo que les esperaba y, desde entonces, estaba convencido de que a él también le llegaría su hora.

Estaba todavía sentado al escritorio, pensando en el miedo físico que tenía, cuando la puerta se abrió con una lentitud ominosa. Se quedó mirándola. Apareció una cabeza despeinada.

—¡Hola, compañero! —dijo Toby Lush con una solemnidad retozona—. He vuelto, ya lo ves.

Harriet regresó andando a casa con todos sus miedos intactos y con la firme determinación de remediarlo de alguna forma. Si no podía superar un peligro, tenía que probar con otro. La situación en casa: al menos eso no tenía por qué tolerarlo.

Explicaría claramente a Guy que no podían acoger a Yakimov y a Sasha al mismo tiempo. Él los había llevado, que decidiera cuál se quedaba y a cuál despedía.

Sin embargo, al llegar a la salita se encontró con Yakimov, que esperaba la comida, y decidió por su cuenta: Sasha era el que necesitaba ayuda y protección. Yakimov, en cambio, no se las arreglaba por sí mismo por pura indolencia. Y estaba harta de verlo. Se convenció. Tenía que irse. Y así se lo diría sin rodeos.

Yakimov, despatarrado en el sillón, bebía *ţuică* de la que había comprado Despina por la mañana. Al verla, se movió, incómodo, y, con la mano en la botella, se excusó diciendo:

—Me he tomado la libertad de abrirla, querida niña. He venido andando con mis pobrecitos pies. Este calor me mata. ¿Por qué no tomas un trago tú también?

Harriet dijo que no, pero se sentó a su lado. Como estaba acostumbrado a que ella no le prestara atención, se puso nervioso y le tembló la mano al rellenarse el vaso.

Harriet tenía la idea de darle una orden en ese mismo momento y lugar: que recogiera sus cosas y se fuera, pero no sabía por dónde empezar.

Yakimov cruzó las piernas y uno de sus estrechos zapatos quedó colgando cerca de ella. El pie le tembló. Por el hueco que quedaba entre la suela y la parte superior le vio la punta de los dedos y los agujereados calcetines de seda de color violeta. Semejante estado de ruina fue como un reproche para Harriet. El príncipe se reclinó en el sillón fingiendo indiferencia, pero sus grandes ojos, verdes y planos, iban con aprensión de Harriet a otra parte, así que no consiguió hablar.

—¿Qué hay hoy en el menú? —preguntó, intentando iniciar una conversación.

—Carne no —dijo ella—. Despina ha comprado no sé qué pescado de río.

—Esta mañana —dijo él con un suspiro— me acordé de los *blinis*. Los comíamos en Korniloff's. Te ponían un montón de tortitas, untabas una con caviar, la siguiente con crema ágria, la siguiente con caviar y así sucesivamente. Después las mordías todas juntas. ¡Aaah! —Hizo un ruido gutural como si no pudiera soportar un recuerdo tan delicioso—. No sé por qué no los hacen aquí. Hay caviar de sobra. El mejor es el gris, sin duda. —La miró con expectación, pero como ella no se ofreció a

prepararlos, desvió la mirada y excusó su falta de hospitalidad diciendo—: Reconozco que nada se puede comparar con el beluga ruso. Ni con el de osetra, por cierto. —Suspiró otra vez y, con añoranza, preguntó—: ¿Te acuerdas de los pajaritos? Deliciosos, ¿verdad?

—No sé. La verdad es que no comulgo con matar pájaros pequeños.

—Pero —dijo él, confuso—, ¡comes pollo! Todos los pájaros son aves. ¿Qué más da que sean grandes o pequeños? Lo importante es el sabor, sin duda.

Harriet no tenía nada que añadir a semejante razonamiento y echó una mirada al reloj, cosa que a Yakimov le movió a decir:

—Este muchacho se retrasa. ¿Dónde se mete últimamente?

Por el tono de voz, Harriet comprendió que tenía una sensación de abandono desde que Guy lo había apartado de sus actividades.

—Ha empezado unos cursos de verano —le dijo—. Supongo que echas de menos la diversión de los ensayos, ¿no?

—Era divertido, desde luego, pero nuestro querido muchacho nos hacía trabajar. Y al final, ¿para qué?

—¿Para qué querías que fuera? Es decir, tan lejos de casa y con la guerra por el medio, no tendrías la intención de iniciarte en la carrera de actor, ¿verdad?

—¡La carrera de…! Jamás se me habría ocurrido nada igual.

La idea lo sorprendió tanto que Harriet entendió que seguramente no esperaba más recompensa que comida y bebida gratis de por vida. Lo cierto era que no había madurado nada. En algún momento había creído que era una especie de nebulosa que, bajo la influencia de Guy, había empezado a evolucionar. Pero Guy, después de ponerlo en marcha, lo había abandonado condenándolo a la nada y en esos momentos, como un niño al que desplaza un recién nacido, no sabía lo que le había pasado.

—Ayudé a mi querido muchacho con mucho gusto —dijo.

—No habías actuado nunca, ¿verdad?

—Nunca, querida niña, nunca.

—¿Qué hacías antes de la guerra? ¿Trabajabas en algo?

La pregunta lo ofendió ligeramente y protestó:

—Tenía mi asignación, ya sabes. —Ella supuso que vivía de aparentar que era rico, una estafa como otra cualquiera—. Bueno, hacía algún trabajillo esporádicamente —dijo, procurando mejorar las cosas al ver la cara de desaprobación de Harriet—. Es decir, cuando andaba un poco escaso de fondos.

—¿Qué clase de trabajo?

Estas preguntas lo incomodaban. El pie empezó a temblarle otra vez.

—Vendía coches de vez en cuando. Solo de las mejores marcas, desde luego: Rolls-Royce, Bentley… A mi antigua novia, un Hispano-Suiza. Los mejores coches del mundo. Tengo que recuperar el mío. Te daré un paseo en él.

—¿Qué más hacías?

—Vender cuadros, curiosidades…

—¿De verdad? —A Harriet le interesó el tema—. ¿Entiendes de pintura?

—Yo no diría tanto, mi querida niña. No me considero un profesional. Ayudaba a algún conocido de vez en cuando. Tenía un pisito en Clarges Street. Colgaba un cuadro, colocaba algunas curiosidades, pescaba a algún primo con posibles, le insinuaba que necesitaba vender. «Tu pobre Yaki tiene que despedirse de una pieza del tesoro familiar», cosas así, ya sabes. No era trabajar realmente, una actividad secundaria, nada más. —Lo dijo como si fuera una forma de vida respetable y de repente, al cruzarse con su mirada un momento, su actitud se desintegró. Se enderezó en el sillón y, con la cabeza gacha, mirando hacia abajo, hacia el vaso vacío, murmuró—: Espero que me llegue mi asignación cualquier día de estos. No te preocupes. Os pagaré todo lo que os debo…

Para ambos fue un alivio oír que Guy acababa de llegar a casa. Entró en la salita con una ancha sonrisa, como si fuera a darle a Harriet una grata sorpresa.

—¿Te acuerdas de Toby Lush? —dijo.

—¡Encantado de volver a verla! ¡Cuánto me alegro! —exclamó Toby.

Miró a Harriet con los ojos muy abiertos de emoción y de

admiración, como si hubiera estado en ascuas esperando el reencuentro.

Harriet lo había visto una sola vez y apenas se acordaba de él. Hizo lo que pudo por corresponder a su entusiasmo, pero nunca le había causado una gran impresión. Tenía veintitantos años, huesos grandes y movimientos torpes, las facciones pronunciadas y la piel áspera, aunque la cara parecía blanda y moldeable a voluntad.

Se volvió hacia Guy chupando una pipa y soltó a bocajarro:

—¿Sabes a qué me recuerda siempre tu mujer? A unos versos de Tennyson: «Ella camina envuelta en belleza como la noche de climas sin estrellas» y… no se qué de «los cielos».

—Byron —dijo Guy.

—¡Porras! —Toby se llevó la mano a los ojos en un gesto exagerado de vergüenza—. Siempre me pasa lo mismo. No es que no lo sepa, es que no me acuerdo. —De pronto vio a Yakimov y dijo a voces—. ¡Hola, hola, hola! —y se acercó rápidamente a él con la mano tendida.

Harriet fue a la cocina a decirle a Despina que tenían un invitado a comer. Cuando volvió, Toby estaba explicando, entre carcajadas que no venían a cuento, la situación de la capital de Transilvania, de donde se había evacuado él mismo.

Aunque Cluj había estado en poder de Rumanía veinte años, seguía siendo una ciudad húngara. Los ciudadanos solo esperaban a que expirara el despreciado régimen.

—No es que sean proalemanes —dijo—, solo aspiran a que vuelvan los húngaros y cierran los ojos a la realidad de que, donde van los húngaros, detrás llegan los hunos. Si se lo dices, ponen excusas. Una mujer que conozco, que es judía, me dijo: «No los queremos por nosotros, sino por nuestros hijos». Creen que va a suceder en cualquier momento. —Estaba al lado de una ventana abierta y el resplandor de fuera resaltaba su andrajosa silueta—. Como os lo cuento —continuó—; era el único inglés entre todos esos y no podía perder los estribos. ¿Y qué creéis que pasó antes de que me fuera? Pues que los alemanes nombraron a un *gauleiter*, un tal conde Frederich von Flüegel. Así que me dije: «Lárgate ahora que puedes».

—¡Freddi von Flüegel! —terció Yakimov, encantado con la

sorpresa—. ¡Vaya! ¡Es un antiguo amigo mío! Un amigo muy querido. —Miró a los demás tan contento—. Cuando recupere el Hispano, podemos irnos todos a Cluj a ver a Freddi. Seguro que nos trata a cuerpo de rey.

Toby se quedó mirándolo con la boca abierta y después sacudió los hombros de una forma farsesca, como si tuviera un ataque de risa.

—¡Qué bromista! —dijo.

A Yakimov lo sorprendió, pero se alegró de que opinara eso de él.

—¿Va a quedarse en Bucarest? —le preguntó Harriet mientras comían.

—Sí, si encuentro algunas clases que dar —dijo—. Trabajo por cuenta propia, no me respalda ninguna organización. He venido de allí solo, en mi viejo coche. Ha sido una pequeña aventura. Lo cierto es que si no trabajo, no como, así de fácil. —Miró a Guy con una súplica y una pregunta en los ojos—. Me enteré de que te faltaba personal y llamé a tu puerta.

Evidentemente, ya habían hablado del empleo, porque Guy se limitó a asentir.

—Para contratar a alguien tengo que consultárselo a Inchcape —dijo.

Harriet miró a Toby otra vez, pero no como profesor, sino como una posible ayuda en tiempos de necesidad. Se había fijado en sus gruesos zapatos de cuero. Llevaba unos pantalones grises de franela con las rodilleras dadas de sí y una deformada chaqueta de chevió con muchos parches de cuero. Era el uniforme de muchos civiles ingleses jóvenes, pero en su caso parecía un disfraz. ¡Un hombre entre hombres! La última vez que había recalado en Bucarest, durante una de las habituales alarmas de invasión, venía huyendo de Cluj presa del pánico, pero Harriet ya no condenaba el pánico, no desde que lo había vivido en sus propias carnes. ¿Cómo reaccionaría él ante un ataque repentino de la Guardia de Hierro? Tanto fumar en pipa, tanta virilidad honesta y tanta vestimenta informal sin duda lo obligarían a demostrar, llegado el caso, qué clase de «hombre respetable en aprietos» era. Miró a Guy, que estaba hablando.

—Si Inchcape está de acuerdo, tal vez pueda darte veinte

horas semanales. Con eso irías tirando.

Toby, agradecido, hizo una inclinación de cabeza.

—¿Y conferencias? —preguntó.

—Solo te necesitaría para las clases.

—En Cluj daba conferencias sobre literatura inglesa moderna. La verdad es que me gusta dar conferencias de vez en cuando.

Toby miraba a Guy y, entre el bigote y el pelo que casi le tapaba la cara, parecía un viejo perro pastor que confiara en que le mandaran hacer algo. A Harriet le inspiró lástima. Tal vez se imaginara, como muchos antes que él, que Guy era fácil de convencer. En realidad era inflexible en cuestiones de autoridad. Aunque necesitara a un conferenciante, no elegiría a uno que confundía a Byron con Tennyson.

—El otro día —dijo Yakimov de pronto, lentamente, con tristeza, saliendo de su concentración en la comida—, por extraño que parezca, pensé que hace más de un año que no veo un plátano. —Y la idea le hizo suspirar.

Los Pringle estaban acostumbrados a no reaccionar a sus comentarios extemporáneos, pero Toby se desternilló de risa, como si lo que había dicho Yakimov fuera un exabrupto hilarante.

—Es que me gustaban mucho —aclaró Yakimov con modestia.

Terminaron de comer y el príncipe se retiró a su habitación; Harriet no veía el momento de que Toby se fuera también, pero, cuando por fin se puso en movimiento, Guy lo retuvo.

—Quédate a tomar el té. Cuando vuelva a la universidad te llevo a la oficina y te presento a Inchcape.

Harriet se fue al dormitorio. Decidida a que Guy tomara la iniciativa mientras pudiera incitarlo a ello, lo llamó, cerró la puerta y le dijo:

—Tienes que hablar con Yakimov. Dile que se vaya.

Perplejo ante su actitud de urgencia y sin intención de obedecer, Guy respondió:

—De acuerdo, pero ahora no.

—Sí, ahora. —Harriet se plantó delante de la puerta—. Vete a su habitación y habla con él. Es muy arriesgado tenerlo aquí al

mismo tiempo que a Sasha. Tiene que irse.

—Bueno, si tú lo dices… —se avino él, para tantear el terreno y para ganar tiempo. Hizo una pausa y añadió—: Sería mejor que hablaras tú con él.

—Fuiste tú quien lo trajo a casa, tienes que deshacerte de él.

—La situación es difícil. Me pareció muy bien tenerlo aquí mientras ensayábamos. Trabajó mucho y contribuyó al éxito de la obra. Estoy en deuda con él en cierto modo. No puedo decirle que se vaya ahora que el espectáculo se ha terminado. Sin embargo tú puedes hacerle entrar en razón.

—¿Quieres decir que las cosas desagradables tengo que hacerlas yo?

Guy se vio acorralado y reaccionó con una exasperación inusitada.

—Oye, cielo, tengo otras cosas en que pensar. Sasha está arriba, en la azotea. No creo que Yakimov llegue a verlo y, aunque lo viera, dudo que le suscitara el menor interés. Así que, ¿por qué preocuparse? Bien, tengo que ir a hablar con Toby.

Lo dejó salir consciente de que hablando no sacaría nada en limpio. Y comprendió que iba a ser siempre así. Si había que emprender alguna acción, tendría que encargarse ella. Era el precio de una relación que le daba más libertad de la que esperaba. Libertad; no era una idea fundamental del matrimonio, por cierto. En cuanto a Guy, él no deseaba una vida privada, prefería vivir públicamente. Se dijo: «Es redomadamente egoísta», una declaración que habría asombrado a sus admiradores.

Se asomó a la ventana. Miró la caída de nueve pisos hasta los adoquines de la calle y se acordó del gatito que se había caído por el balcón hacía cinco meses. La escena se disolvió en un jaspeado azul y dorado al llenársele los ojos de lágrimas y la embargó otra vez la pena atroz del momento en que se había enterado de la muerte del animalito. El gato la reconocía, no la mordía, era la única que no le tenía miedo. La inundó el recuerdo: una llamarada rojiza y dorada, una bola de pelo y uñas que había corrido unas semanas por el piso, y lloró: «Mi gatito, mi pobre gatito», como si lo hubiera querido más que a

nadie ni a nada en la vida. Al fin y al cabo, Guy no se dejaba querer de esa forma. No volvió a la salita hasta que oyó entrar a Despina con el té.

—Pero seguro que tarde o temprano alguien invade este país —decía Toby—. Supongo que la Legación nos avisará con tiempo, ¿verdad?

Guy no lo sabía y tampoco parecía que le preocupara.

—Lo importante es no dejarse llevar por el pánico. Es preciso mantener los cursos abiertos.

Toby asintió con vehemencia.

—De todos modos —dijo—, hay que estar con los ojos bien abiertos.

Yakimov se presentó a tomar el té con su viejo batín de brocado, y cuando Guy y Toby se fueron a ver a Inchcape allí seguía él, sin la menor aprensión, comiéndose tranquilamente los dulces y los bocadillos que habían quedado. Bien, era el momento de decirle: «Llevas viviendo a nuestra costa desde Semana Santa. Estoy harta de ti. Por favor, recoge tus cosas y lárgate». Y él, con la más lamentable de sus expresiones, diría: «Pero ¿dónde va a ir tu pobre Yaki?», una pregunta que se había quedado sin respuesta desde hacía cuatro meses… y así seguía. Había perdido todo el crédito que tenía en Bucarest. Nadie lo acogería. Si Harriet quería deshacerse de él, tendría que recogerle las cosas ella misma y echarlo de casa. Y si lo hacía, seguro que él se sentaba en las escaleras hasta que Guy le abriera la puerta otra vez.

Cuando terminó de vaciar los platos, se desperezó y suspiró:

—Voy a darme un baño.

Yakimov se fue y ella no le había dicho nada. Sabía que era tan incapaz de echarlo como el propio Guy, así que pensó en otra solución. Iría a ver a Sasha. Seguramente el chico creía que a ellos, igual que a los diplomáticos, no les afectaba la ley rumana. Podía explicarle que no, que corrían peligro dándole cobijo. ¿Qué haría el joven entonces?

Entre dos situaciones desesperadas estaba la cuestión de la responsabilidad. La única solución sería que Sasha se acordara de algún amigo que pudiera acogerlo, por ejemplo, un compañero de estudios judío. O su madrastra, que reclamaba

una manutención de la fortuna de Drucker. Tenía que haber alguien que pudiera encargarse de él, seguro.

Salió de la cocina. Despina estaba en la escalera de incendios hablando a voces con otras criadas que disponían de una hora libre hasta el momento de hacer la cena. Harriet vio que ahí estaba fuera de lugar y siguió subiendo con sigilo por los peldaños metálicos, pero Despina no perdió detalle.

—Muy bien —le dijo—. Vaya a ver a ese pobre chico. Está muy solo ahí arriba.

Despina había adoptado a Sasha. Aunque le habían dicho que el chico no podía bajar al piso, Harriet los había oído reírse a los dos en la cocina algunas veces. Despina se burlaba del miedo de Harriet y le decía que podía hacerlo pasar por un sobrino suyo. Sasha empezaba a acostumbrarse a la vida allí y, si nada se lo impedía, pronto sería otro Yakimov: una parte inamovible de la casa.

El sol poniente daba de lleno en la azotea, situada muy por encima de los vecinos, y todavía calentaba mucho. El calor caía en el cemento, pero también se desprendía de él.

Una fila de casetas de madera, como las de las playas, se levantaba contra el parapeto del norte, cada una con el número correspondiente a cada piso. Al llegar a la azotea, vio a Sasha sentado fuera de la suya tirándole un palo a un perro. El perro era un chucho blanco que al parecer vivía allí.

El chico se levantó nada más verla y el perro se quedó a la expectativa, moviendo un rabo que parecía una pluma sucia.

—¿Qué tal aquí arriba? —le preguntó a modo de justificación de la visita—. ¿Despina te cuida bien?

—Sí, sí.

Lo dijo con mucho entusiasmo y le dio las gracias por el favor que le hacían. No parecía que se hubiera dado cuenta de que su presencia allí los ponía en peligro.

Mientras hablaban, ella miraba detrás de él, a la puerta abierta de la caseta en la que vivía. No tenía ventanas y se ventilaba por un agujero que había en la puerta. Vio un jergón de paja en el suelo: lo habría pedido Despina para él. Y una manta, unos libros que le había llevado Guy y un cabo de vela.

Antes de irse de Inglaterra, a Harriet le habría parecido

imposible que un ser humano pudiera sobrevivir al frío del invierno y al calor del verano en semejante celda. Pero ya había descubierto que millones de personas en Rumanía habrían considerado un lujo un refugio como ese. Dio un paso adelante, pero el olor y el calor que salían de dentro la detuvieron enseguida.

—Es muy pequeña —dijo.

Sasha sonrió como si tuviera obligación de disculparse. Solo llevaba unos días allí y ya había engordado un poco. Al principio le había resultado repelente por lo escuálido que estaba. En cambio en ese momento, aseado, con una camisa y unos pantalones que le había dado Guy, sin la expresión de terror y con una sombra de pelo en la cabeza, volvía a ser el chico al que había visto por primera vez en el piso de Drucker.

Era bastante feo, tenía la nariz muy larga, los ojos muy juntos y un cuerpo larguirucho y encorvado, pero su actitud, tan sumamente dulce, le confería cierto atractivo y aquel día, en casa de su padre, le había recordado a un animal nervioso que se había vuelto sumiso en cautividad. Por este motivo le resultaba tan familiar. No tenía que guardar las distancias con él y le tendió la mano.

—Vamos a sentarnos en el muro —le dijo.

De un salto se sentó en el bajo parapeto que rodeaba la azotea. Desde allí se veía casi toda la ciudad; los tejados relucían entre la calima, que empezaba a espesarse y a dorarse con el crepúsculo. Sasha se acercó y se apoyó en el muro, a su lado. Le preguntó quién decía que era a los criados que dormían en las otras casetas.

—Despina dice que soy de su pueblo —respondió.

No tenía aspecto de campesino, pero podía ser el hijo de un vendedor puerta a puerta judío. De todas formas, al parecer nadie se fijaba en él. Según Despina, en las cocinas de Bucarest se refugiaban miles de desertores.

—¿Cuánto hacía que habías llegado a Bucarest cuando te encontramos? —le preguntó.

—Dos noches.

Le contó que se había separado de su compañía en Czernowitz y que había viajado de polizón en un tren de

mercancías hasta la capital. La primera noche había dormido debajo de un puesto del mercado, cerca de la estación, pero poco después de medianoche lo habían echado de allí unos mendigos porque era el sitio en el que dormían ellos. Intentó pasar la noche siguiente en el parque, pero habían puesto en marcha una de las redadas habituales en busca de espías. Los policías, celosos de su deber, se habían pasado la noche recorriéndolo y él había tenido que cambiarse de sitio varias veces.

No sabía lo que había sucedido con su familia. Había escrito a sus tías cuando estaba en Besarabia, pero no le habían respondido. Al llegar a Bucarest había ido a mirar las ventanas del piso en el que vivían, pero al ver las cortinas cambiadas entendió que los Drucker ya no estaban allí. Había visto a algunos conocidos por la calle, pero no se había atrevido a abordarlos por miedo a que lo detuvieran otra vez, hasta que encontró a Guy.

Mientras hablaba, la miraba tímidamente de soslayo, sonriendo, sin rastro de pesar en la mirada.

—¿Sabes que tu familia se ha ido de Rumanía? —le preguntó.

—Me lo dijo Guy.

No parecía que le afectara que hubieran huido inmediatamente, sin una última mirada a su padre ni a él. A Harriet le pareció el momento oportuno para hablarle de la posibilidad de que se fuera a otra parte.

—La que sigue aquí es tu madrastra —dijo—. ¿No crees que podría ayudarte? Tal vez desee que vivas con ella.

—¡No, no! —susurró, sorprendido y horrorizado.

—No te haría daño, ¿verdad? No te delataría ni te entregaría, ¿no?

—Por favor, no le diga ni una palabra de mí.

El tono fue de rechazo total a su madrastra. No hacía falta decir más. Quedaba la posibilidad de los amigos.

—Debes de conocer a mucha gente en Bucarest, ¿no? ¿No hay nadie que pueda proporcionarte un escondite mejor que este?

Le contó que como había estudiado en una escuela inglesa

no tenía amigos de toda la vida en Bucarest. Harriet le preguntó por los compañeros de la universidad, pero el chico hizo un gesto negativo con la cabeza. Había conocido a algunos, pero no a fondo. No parecía que hubiera nadie a quien recurrir. A los judíos no se les daba bien hacer amigos. Eran recelosos y cautos en esa sociedad antisemita, y Sasha había estado rodeado por una numerosa familia. Los Drucker tenían su propia comunidad, cuya seguridad dependía del poder de Drucker. Su detención había sido la señal para huir. Si hubieran dudado podían haber sufrido mucho.

Lo miró preguntándose qué hacer con él y vio que sus preguntas lo habían afectado. Tenía otra vez esa expresión temerosa e inquieta de animal acosado. Comprendió que echar a los vagabundos se le daba tan mal como a Guy; peor, en realidad, porque, al contrario que su marido, ella estaba resuelta a hacerlo y había fracasado. De poco le valía la resolución en caso de batallas por una necesidad humana.

Sasha dejó de mirarla y se volvió hacia el perro que, con el palo en la boca, esperaba pacientemente a que le prestara atención. Le tendió la mano.

La absoluta ternura del gesto la conmovió. De pronto supo lo que necesitaba de ella; necesitaba lo mismo que el gatito rubio que había perdido, lo mismo que todos los animales a los que había dado su amor en la infancia porque nadie más los quería. Se preguntó por qué Yakimov no la conmovía de la misma forma. ¿Sería por la falta de inocencia?

—Hay una persona que vive con nosotros en el piso —le dijo—, un tal príncipe Yakimov. De momento se queda porque no tiene adónde ir, pero no confío en él. Ten mucho cuidado, que no te vea en ningún momento. —Se bajó del muro para irse y añadió—: Esta cabaña es un sitio horrible, pero es lo máximo que podemos ofrecerte de momento. Si Yakimov se va, y eso espero, puedes ocupar su habitación.

Sasha sonrió, los temores habían pasado, estaba satisfecho como un animal extraviado que encuentra un sitio en el que descansar y no tiene queja alguna.

A la mañana siguiente solo *Timpul* habló del «goteo de escoria en camisa verde que había provocado risas en Calea Victoriei».

Por la tarde la actitud fue otra. Todos los periódicos informaron de la marcha con asombro e indignación, porque el rey había anunciado que, si se repetía, el ejército recibiría la orden de disparar a los manifestantes.

La Guardia de Hierro volvió a la clandestinidad, pero según la opinión pública no por la amenaza del rey, sino por un discurso de su jefe, Horia Sima, que acababa de volver del exilio en Alemania. Les aconsejó que dejaran las camisas verdes y que cantaran *Capitanul* solo para sus adentros, que el momento de pasar a la acción no había llegado todavía.

Los cabecillas espirituales volvieron a merodear por las calles sin nada que hacer, sombríos, harapientos, malévolos, esperando la llamada. Estos hombres, a los que al parecer solo Harriet había visto en primavera, de pronto se hicieron visibles y significativos para todo el mundo y suscitaron nuevas inquietudes y aprensiones, y un terror mayor entre los judíos.

SEGUNDA PARTE

El capitán

6

Cuando Harriet subió otra vez a ver a Sasha le llevó un cuenco con albaricoques y un ejemplar de *L'Indépendence Romaine*. El periódico anunciaba la fecha del comienzo del juicio de Drucker, pero a esta noticia le hacía sombra otra: el Führer había concedido audiencia al primer ministro húngaro y a su ministro de Exteriores. ¿Qué pretendían los húngaros?

Harriet, mientras cenaba sola, había leído el artículo principal sobre Transilvania: *Le berceau de la Nation, le coeur de la patrie*. No aludía a la antigua reivindicación húngara de ese territorio, pero al final del artículo el periodista se preguntaba si el pueblo rumano no había sufrido lo suficiente en sus esfuerzos por mantener la paz en los Balcanes y si se les iba a exigir otro sacrificio más. Y se respondía que todavía no. Si circulaban rumores de semejante sacrificio había que suprimirlos al instante.

Esa noche, una pareja de judíos que había conseguido el visado para viajar a Estados Unidos quería saber cómo comportarse en el mundo de habla inglesa y había invitado a cenar a los Pringle. Recibían invitaciones de esta clase a menudo. Aunque Guy no sabía de Estados Unidos más que lo que veía en las películas, siempre estaba dispuesto a dar consejos, pero Harriet empezaba a aburrirse de oírle.

—Vete tú. A mí en realidad no me quieren para nada —pero en el fondo, tenía intención de ir a ver a Sasha otra vez.

Subió las escaleras de hierro hasta la azotea y se quedó asombrada al ver la grandeza del cielo, en el que el sol poniente pintaba penachos de color castaño rojizo y carmesí. El cemento brillaba como el mármol, pero a pesar de la maravilla del color, el aire estaba muy cargado, casi como si fuera a tronar, aunque allí no tronaba mucho.

Sasha estaba sentado en el muro, una figura concentrada y solitaria, garabateando algo. Al salir a la azotea lo vio levantar la cabeza y mirar hacia la catedral, que estaba construida en un altozano y dominaba la ciudad. Las cúpulas doradas parecían de fuego a esa hora y el monumento entero se erguía contra la luminosa oscuridad de la parte baja del cielo como una imagen de esmalte en relieve.

Sasha oyó los pasos, volvió la cabeza y se alegró de tener compañía, así que Harriet dejó de pensar en justificar la visita. Le preguntó por el perro.

—No vivía aquí. Despina se lo guardaba a otra persona. Ahora se ha ido a su casa.

—¿Duerme algún criado en estas casetas?

—No, estoy solo.

Tal como se imaginaba, estos «cuartos de segundo criado» que anunciaban eran un mero intento de dar más prestancia a unas viviendas mal planificadas de factura alemana. Nadie necesitaba ni podía permitirse más criados.

Sintió lástima del chico, tan solo ahí arriba. Dejó los albaricoques en el muro y dijo:

—Son para ti. —Después miró el boceto de la catedral que había hecho en el cemento con un fragmento de carboncillo que le había dado Despina—. Está muy bien —le dijo.

—¿De verdad? —preguntó él con entusiasmo—. ¿Le gusta de verdad?

Estaba tan sorprendido y confiaba tanto en su juicio que le dio vergüenza haberlo alabado sin pensar y volvió a mirarlo. Era un boceto atrevido, la superficie áspera del muro distorsionaba las líneas de una forma cómica.

—Sí, está bien.

Ella se reafirmó en su opinión y él sonrió con un regocijo ingenuo.

—Si le gusta esto, también le gustarían algunas cosas que vi en Besarabia. Eran algo fuera de serie.

—¿En qué parte de Besarabia estuviste? —le preguntó Harriet mientras se bajaba del muro.

Había estado en la frontera, en una fortaleza tan desnuda, fría y mal iluminada como si fuera de la Edad Media. No había nada en los alrededores, solamente una aldea con dos filas de cabañas desoladas y un camino de baches y barro en medio; la habían arrasado tantas veces que parecía escoria de un volcán: nadie, sino los más desesperados, habrían formado un hogar allí. En invierno la barrían los vendavales y las ventiscas, y en primavera, cuando se deshacía la nieve, se convertía en un lodazal.

—La aldea era bastante rara —dijo—. Todos los habitantes eran judíos.

—¿Por qué vivían allí precisamente?

—No sé. A lo mejor los habían echado de otros sitios.

Harriet creía que le iba a resultar difícil hacerle hablar de sus experiencias, pero, al parecer, para él ya eran cosa del pasado. Había adoptado a los Pringle en sustitución de su familia, se consideraba protegido de nuevo y podía charlar tranquilamente como si nunca le hubiera sucedido nada que le minara la confianza. Harriet lo escuchaba asombrada ante una forma de ser tan sencilla, tan capaz de recuperarse con tanta rapidez.

—¿Y qué cosas viste que tanto te impresionaron? ¿Dibujos?

—No. Cuadros. Los carteles de las tiendas.

Le contó cómo eran los judíos de los pueblos: hombres fantasmagóricos, demacrados, con túnicas harapientas, y mujeres con peluca negra de lana, pues se afeitaban la cabeza porque sufrían una enfermedad de la piel que ya no existía en el mundo. Eran taimados y serviles, y a Sasha, que solo conocía a los judíos más ricos de la comunidad, le había asombrado descubrir a estos otros, tan degradados.

—Ni siquiera sabían leer —dijo—, eran muy pobres… pero pintaban esas cosas.

—¿Cómo eran?

—Ah, pues… fantásticas. Pintaban personas, animales y cosas con un colorido fuera de serie. Siempre que podía iba a mirarlos.

Hablaba como si los carteles de las tiendas hubieran sido su única distracción, y le preguntó:

—¿Tenías amigos en el ejército?

—Conocí a un chico de la aldea. Su padre regentaba el sitio al que los soldados iban a beber *ţuică*. No era más que un cuartucho mugriento, pero todos los soldados decían que el hombre era un tramposo y que se forraba a su costa.

Le contó que el chico era delgado y pálido y llevaba un solideo negro, bombachos ajustados por debajo de la rodilla, medias negras y botas. En sus tersas mejillas blancas despuntaban los primeros indicios de una barba pelirroja y fina

y desde las orejas le colgaban los típicos tirabuzones, pelirrojos también.

—En mi vida había visto algo tan curioso —dijo Sasha.

—Pero todos los judíos ortodoxos tienen ese aspecto —replicó Harriet—. Has tenido que verlos en Dâmboviţa, ¿no?

Sasha hizo un gesto negativo con la cabeza. Nunca había estado en el gueto ni en sus alrededores. Sus tías no le dejaban ir allí.

—¿Hablaste con el chico? —preguntó Harriet.

—Lo intenté, pero fue inútil. Solo hablaba yidis y ucraniano, y era muy tímido. A veces, cuando me veía por la calle, se iba corriendo.

—Pero ¿no hiciste amistades entre los soldados?

—Pues… —Se quedó en silencio un momento, mirando al suelo y frotándose la palma de la mano contra el borde del muro—. Sí, me hice amigo de uno —dijo, como reconociendo algo doloroso—. También era judío. Se llamaba Marcovitch.

—¿Se escapó contigo?

Sasha hizo un gesto negativo con la cabeza y después dijo:

—Murió.

—¿Cómo murió?

Sasha guardó silencio unos minutos y Harriet entendió que algo a lo que no quería volver se había impuesto a su natural inocencia de una forma antinatural.

—Cuéntame qué paso —le dijo en un tono persuasivo.

—Pues… —empezó él con indiferencia, como si estuviera muy curtido en la vida—, ya sabe cómo son las cosas aquí. Si algo sale mal, dicen: «Por culpa de los judíos». En el ejército también. Echaron la culpa de lo de Besarabia a los judíos. Decían que los rusos habían reclamado el territorio para defendernos de la nueva ley antisemita. ¡Como si pudiéramos hacer algo! —La miró y se rio—. Una tontería, desde luego.

El esfuerzo que había hecho por parecer un hombre de mundo le demostró lo joven que era.

—¿Te maltrataban? —le preguntó.

—No mucho. La verdad es que había algunos compañeros bastante íntegros. Nos habían reclutado a la fuerza, era horrible para todos. Los barracones estaban llenos de bichos. Al principio

me picaron tanto que parecía que tenía el sarampión. Y nos daban maíz o alubias todos los días, pero poca cantidad. Tenían dinero para comida, pero se lo quedaban los oficiales.

—¿Por eso te escapaste?

—No. —Cogió el carboncillo y empezó a repasar las líneas del boceto que habían empezado a desdibujarse con la luz—. Fue por Marcovitch.

—¿El que murió? ¿Cuándo murió?

—Cuando nos mandaron abandonar Besarabia. Estábamos en el tren, él se fue pasillo abajo y no volvió. Pregunté a todo el mundo, pero nadie lo había visto. Mientras esperábamos en Czernowitz (pasamos tres días en el andén porque no había trenes) dijeron que había aparecido un cadáver en las vías medio comido por los lobos. Entonces, un compañero me dijo: «¿Te has enterado de lo que le pasó a tu amigo Marcovitch? Ese muerto era él. Ten cuidado, porque tú también eres judío». Comprendí que lo habían tirado del tren. Me entró miedo. Podían hacer lo mismo conmigo, así que por la noche, cuando todos dormían, eché a correr por la vía y me escondí en un tren de mercancías que me trajo a Bucarest.

Entretanto sonó el toque de retreta, débil y claro, en el patio de palacio. El sol se ponía; las nubes se alargaron, se estrecharon y desaparecieron del cielo dejando una bóveda clara azul turquesa en la que empezaron a aparecer las primeras estrellas. Abajo, en la plaza, además de la luz de las farolas, el cielo proyectaba un reflejo que parecía el brillo del agua.

Harriet pensó que ya le había hecho hablar bastante y que Guy estaría a punto de llegar. Se bajó del muro y dijo:

—Ahora tengo que irme, pero volveré. —Antes de marcharse le dio el periódico—. Dice que el juicio de tu padre empieza el 14 de agosto. Cuanto antes termine, mejor. A lo mejor lo absuelven.

Sasha tomó el periódico, que no podía leer con esa luz, y dijo:

—A lo mejor —pero lo dijo por pura cortesía.

Sabía tan bien como ella que la ley necesitaba condenarlo antes de que sus acciones del petróleo pasaran a manos de la corona. ¿Qué esperanzas de absolución podía tener?

Ella fue hasta la puerta de salida y él entró en la caseta; mientras bajaba, al dar la vuelta en las escaleras, vio que ya había encendido la vela y se disponía a leer el periódico arrodillado en el suelo.

7

Nada más dar doblar la esquina Yakimov vio el gran coche amarillo en la puerta de la Legación. La capota estaba recogida, nada interrumpía la larga y estilizada línea del morro a la parte de atrás. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi gran amor —dijo, sin saber muy bien si se refería al Hispano-Suiza o a Dollie, que se lo había regalado.

El coche ya tenía siete años, pero lo había cuidado más y mejor que a sí mismo. Abrió el capó y miró el motor. Lo cerró de nuevo y dio unos golpecitos cariñosos a la cigüeña que, con las alas extendidas hacia abajo, volaba desde la tapa del radiador. Dio la vuelta al coche, vio que la carrocería estaba un poco sucia, pero nada más, y que la piel de la tapicería estaba en «buena forma». «Benditos sean esos yugoslavos —pensó—. No lo han tratado tan mal.»

Estuvo tanto tiempo regalándose la vista con el coche que Foxy Leverett lo vio desde una ventana y bajó a darle las llaves.

—Es una preciosidad —le dijo.

Ni en los días triunfales de *Troilo* le había prestado Foxy tanta atención; siempre expresaba sus buenos deseos a todo el mundo con la misma displicencia. Pero a partir de ese momento, reconoció al propietario del Hispano-Suiza como un igual y se volvió caprichoso:

—Vuela como un pájaro. Ha sido la peor carretera de Europa, pero se ha sabido mantener a noventa. Si no tuviera el DionBouton te haría una oferta.

—No lo vendería ni por el rescate de un rey, mi querido amigo —dijo Yakimov, y añadió con cierta altanería—: En esta parte del mundo jamás me darían lo que vale. Solo el chasis costó dos mil quinientas libras esterlinas. La carrocería es de Fernández. Una obra de arte. Tuve otro antes, una preciosidad, con la carrocería de madera de tulípero. Si lo hubieras visto… En aquella época tenía chófer, claro, y me lo cuidaba como si fuera un mueble Chippendale.

Yakimov siguió hablando un rato, tan emocionado que no notaba el sol abrasador. Foxy, que tenía el pelo y el bigote del color de las caléndulas y los ojos azules como las muñecas chinas, se puso colorado como una peonía. Cuando Yakimov

hizo una pausa le cortó el discurso diciendo:

—Le puse doscientos litros en el depósito en Predea. Queda más que suficiente.

—Estoy en deuda contigo, mi querido muchacho —dijo Yakimov apaciguado—. No sé a cuánto asciende el total, pero arreglaremos cuentas en cuanto me llegue la asignación.

—Bien —dijo Foxy.

Tanta indiferencia lo animó a probar suerte:

—Me gustaría llevarlo a lavar, mi querido muchacho. ¿Tienes una libra de sobra?

Foxy torció el bigote, pero se vio atrapado y, para salir airosamente del paso, sacó unos billetes y le dio uno.

—¡Mi querido muchacho! —Yakimov lo cogió con agradecimiento—. Si me consiguieras una matrícula diplomática, podríamos traer y llevar toda clase de mercancías. Y no solo dinero, desde luego. Aquí hay demanda de cuerno de rinoceronte… es afrodisiaco, ¿sabes? Se puede comprar en Turquía. Y hachís…

Foxy soltó una carcajada burlona, dio media vuelta y entró rápidamente en la cancillería.

Yakimov montó en el coche y lo puso en marcha —el Hispano era extravagante: a pesar de su tamaño y su fuerza, estaba diseñado para dos personas solamente— y, al mirar los casi dos metros de capota, vio recuperada su categoría y su antigua gloria. Hacía once meses que no conducía. Hizo un trayecto de prueba hasta la Chaussée. Al principio lo descolocó el aullido delirante de los coches que pasaban, pero poco a poco ganó confianza y sintió el impulso de adelantarlos. Dio la vuelta a la fuente del final de la Chaussée y, al volver, apretó el acelerador y vio con satisfacción que rozaba los ciento cuarenta. Sin inmutarse por las bocinas que le pitaban como una jauría hambrienta, entró en la plaza, la rodeó y se detuvo delante del edificio de los Pringle. No había tomado el té y se dio cuenta de que tenía algo de hambre.

Después del té se puso la ropa más aceptable que le quedaba. Por la mañana había visto que adornaban los salones principales del Athénée Palace para una recepción.

Últimamente los rumanos estaban eufóricos porque, al

parecer, los ministros húngaros se habían ido de Múnich con las manos vacías. Cuando se recibió la noticia, Hadjimoscos dijo sobriamente a su círculo: «El Führer les ha dicho: "No olvidéis que yo también soy padre de Rumanía". Es un sentimiento muy gratificante, ¿no les parece? El barón Steinfeld me ha dicho que Alemania nos tiene en tan alta estima gracias a los grandes hombres de la Guardia de Hierro».

Para Yakimov, los hombres de la Guardia de Hierro eran simplemente los asesinos de Calinescu. Le había hecho gracia que siguieran afirmando que su jefe era un joven que llevaba dos años en la tumba. Aprovechó el tema de conversación para soltar un chiste:

—Mi querido muchacho, supongo que se refiere a los seguidores inexistentes de un partido totalmente extinto capitaneado por un fantasma, ¿no es así?

Hadjimoscos lo miró fríamente un momento y después dijo:

—Estas ocurrencias no son de recibo, con los tiempos que corren —e hizo una pausa imponente antes de añadir—: Son incluso una imprudencia.

Yakimov estaba acostumbrado a los cambios de humor de Hadjimoscos y tenía que aceptarlos. Esa mañana había escuchado en silencio mientras los demás hablaban de la recepción con un respeto que lo asombró, puesto que ninguno de los presentes había sido invitado. Iba a ser una recepción de la Guardia de Hierro, que se celebraría, desafiando al rey, para promulgar el poder en alza del partido.

—En estas circunstancias —dijo Hadjimoscos con complacencia y conocimiento de causa— no es de extrañar que personas como nosotros, la antigua aristocracia, no hayamos recibido una invitación oficial, pero estoy seguro de que se nos indicará que cuentan con nosotros.

A Yakimov le extrañó que se pudiera hacer cualquier clase de reunión contraviniendo las órdenes del rey, pero se dijo: «¡Qué vivo es este Hadji! Sabe de qué lado sopla el viento», y por la tarde se preparó para asistir a la recepción también, aunque no lo habían invitado.

El hotel estaba a solo cien metros de casa, pero, al salir, se llevó el Hispano como muestra de un pasado opulento y de

visado para tiempos mejores. Llegó al hotel en el mismo momento que el barón Steinfeld y la princesa Teodorescu, ambos vestidos de gala, y se desconcertó un poco porque no había caído en la cuenta de que la ocasión merecía esa clase de atavío, pero le resultó gratificante que el barón mirase el Hispano con interés.

La princesa no saludaba a Yakimov desde el mes de septiembre, cuando Hadjimoscos lo llevó a su fiesta; pero en este momento levantó la punta de una de sus pieles de zorro plateado y la movió juguetonamente al tiempo que le decía:

—¡Ah, *cher prince*! Llevaba usted mucho tiempo sin dejarse ver.

Yakimov se acercó y le besó la mano, envuelta en un guante de color de rosa. La princesa, famosa por sus modales directos, sin preámbulos de ninguna clase le dijo:

—*Cher prince*, necesito encontrar invitaciones para el juicio de Drucker como sea.

A la tenue luz, las arrugas de su bello y ojeroso rostro parecían rellenas de tinta. Y los ojos, con los párpados muy pintados de oscuro, lo miraban con avidez mientras le explicaba:

—Naturalmente, he recibido las mías, pero mis amigos siempre me piden más y no sé qué hacer. En fin, ya que usted, *mon prince*, es *journalist*, seguro que tiene muchas, ¿no es así? Hágame este pequeño favor. ¡Deme unas cuantas!

Las invitaciones para el juicio se habían repartido entre personas importantes, que las vendían por grandes sumas de dinero a personas menos importantes. Por supuesto Yakimov no tenía ninguna, pero sonrió con satisfacción.

—Naturalmente, mi querida niña; haré todo lo que esté en mi mano. Me temo que he regalado las mías, pero encontraré más. Siempre hay formas y medios. Yaki se encarga de todo.

—¡Ah, qué amable! —dijo la princesa y, en señal de favor, descargó las pieles de zorro en sus manos.

—Mi querida niña —dijo él, encantado con la caliente y pesada carga—, hay que ponerles una correa a estos animalitos —añadió, y la princesa sonrió.

—Es asombroso —dijo el barón al entrar en el hotel— que

los alemanes no hayan invadido todavía las islas británicas, ¿no le parece? —Por el tono, no solo debía de parecerle asombroso, sino también una desgracia. Al ver que Yakimov no decía nada, continuó—: Además hay graves noticias de Inglaterra. Dicen que han suprimido las carreras de caballos según el reglamento del Jockey Club. Evidentemente algo no funciona allí. —Se volvió hacia Yakimov con una mirada suplicante—. Estoy convencido de que ya es hora de poner fin a este necio desacuerdo entre nuestras grandes naciones. Usted es un príncipe de la antigua Rusia: ¿no puede inducir a sus amigos ingleses a que vuelvan sus armas contra los soviéticos?

Yakimov lo miró como si pudiera pero no le pareciera necesario.

—No es conveniente provocar más conflictos, ¿no cree? —dijo. Llegaron a la alfombra roja y pudo cambiar de tema—: Una fiesta por todo lo alto, veo.

—Es una recepción de los cabecillas de la Guardia de Hierro —dijo Steinfeld—. Una gran ocasión. Asistirá Horia Sima.

El vestíbulo estaba forrado de claveles, azucenas y helechos. En un cartel se advertía al público que solo se podía acceder al salón principal con invitación, que ya estaba muy lleno, como podía apreciarse a través de las puertas de cristal. Con la esperanza de ponerse a la altura de las circunstancias, Yakimov dijo:

—Me he enterado de que mi viejo y querido amigo Freddi von Flügel ha sido nombrado *gauleiter* en Cluj. Me ha pedido que vaya a pasar unos días con él.

—¿*Gauleiter*? ¡Sí, claro! Un puesto de poder —dijo Steinfeld.

—Sin duda usted es inglés —terció la princesa, no tan impresionada—. ¿Le parece correcto hacer visitas al enemigo en tiempos de guerra?

El barón desechó la pregunta con un gesto.

—Las personas de nuestra clase podemos prescindir de esas *convenances* —dijo, y Yakimov le dio la razón con entusiasmo.

Se acercaban ya a la entrada del salón, donde hacían guardia unos cuantos jóvenes. Yakimov todavía tenía esperanzas

de entrar bajo los auspicios de sus compañeros y no se separaba de ellos, pero la princesa no estaba dispuesta a consentirlo.

—Bien, *toot-el-ee-ooh*, como dicen ustedes, los ingleses. No se olvide de mis entradas.

Le dio las pieles a Steinfeld y Yakimov comprendió que estaba despedido.

Se quedó mirándolos hasta que llegaron a la puerta del salón. Allí se pararon y tuvieron que enseñar las invitaciones. No se veía bufet dentro, pero los invitados bebían vino.

Decidió que la «fiesta» era pobretona y se fue al English Bar.

En ese momento los Pringle, que cruzaban la plaza, oyeron a su espalda unos bocinazos furiosos e insistentes de un claxon anticuado. Se subieron a la acera. Los bocinazos continuaron. No miraron atrás porque se imaginaron que sería una forma de protestar contra los ingleses. Se rumoreaba que Gran Bretaña quería vender sus acciones del petróleo a Rusia y el gabinete de ministros de Rumanía había anunciado que haría lo necesario para evitar semejante perfidia. Los sentimientos en contra de los británicos iban en aumento.

Los bocinazos se acercaron, reclamaban atención, y los Pringle dieron media vuelta y vieron que se les acercaba un viejo coche del color del barro, con Toby Lush al volante. Toby sonrió. Inchcape había dado el visto bueno a su nombramiento y había empezado a trabajar en la universidad. Paró el coche. Confiando en que sería bien recibido, sacó por la ventanilla su despeinada y pajiza cabeza y gritó:

—¡Eh, hola!

—¡Vaya! ¡Hola! —dijo Guy.

Dubedat iba con él. Entre los dos ayudantes del profesor había surgido inmediatamente una amistad íntima que nadie entendía, menos ellos. A Harriet no solo le parecía asombrosa, sino que no le hacía ninguna gracia. Consideraba a Toby un camarada en peligro y estaba dispuesta a aceptarlo en su círculo, pero a Dubedat no.

Dubedat estaba en el hundido asiento del coche, pero no saludó a los Pringle, sino que miró hacia delante, con el perfil —de nariz fina y ganchuda y barbilla retraída— más tenso y

disconforme que nunca.

Se habían parado en medio de la plaza, al lado de la estatua del antiguo rey, que cabalgaba en un caballo demasiado grande para él. Había coches aparcados alrededor del frontón.

—Dejo el cacharro aquí, vamos a estirar un poco las piernas —dijo Toby.

David había invitado a los Pringle al English Bar y era evidente que los dos profesores de inglés iban a acompañarlos. Harriet miró a Guy y, como él desvió la vista, supo que había invitado a Toby a ir con ellos. Si le hubiera preguntado por qué, seguramente le habría contestado: «¿Por qué no?». Todo el mundo sabía que era mejor beber con varias personas que solo con una o dos.

Guy, encantado de tener más compañía, iba delante con Toby, y Harriet tuvo que quedarse detrás con Dubedat y se preguntó por enésima vez si la vida con su marido no era a menudo más irritante que placentera.

Echó una ojeada a Dubedat, le vio el rastro de una sonrisa todavía en los labios —«como la mugre que queda en la bañera», se dijo— y pensó que sin duda había percibido su irritación. Y eso la irritó más. Él no tenía nada que decir y ella no rompió el silencio.

Dubedat, profesor de primaria y procedente de Liverpool, viajaba «a dedo» por Galitzia cuando estalló la guerra y lo recogió un coche de refugiados, que se dirigían en masa a Bucarest tras la caída de Polonia. Decía que «vivía con sencillez» y había recorrido Bucarest en pantalones cortos y camisa desabotonada hasta que el viento del invierno lo obligó a ponerse una chaqueta de piel de borrego.

Su aspecto había mejorado desde los primeros días. Llevaba ya casi un año dando clases en la universidad y, con la prosperidad, había cambiado el uniforme de «la vida sencilla» por un traje de sarga de color caqui. Parecía muy sucio. Ya no vivía en la zona de Dâmboviţa, había alquilado un piso moderno en el centro de la ciudad. Toby se había instalado con él. Guy excusaba a Dubedat diciendo que en su anterior alojamiento no podía lavarse, pero a Harriet le parecía que seguía oliendo igual que antes. ¿O sería solo una emanación de la inquina que le

tenía?

Toby, que iba delante, andaba a pasos exagerados, soltando carcajadas nerviosas. A pesar del calor no se había quitado la chaqueta de chevió con coderas de piel. Arrastraba sus gruesos zapatos de cuero por el polvo, con un hombro levantado y los puños sobresaliendo en los bolsillos. Lo oyó decir:

—No quiero ser un friegaplatos toda la vida.

—Hasta en estos tiempos —le respondió Guy— es de esperar que un conferenciante tenga un título.

Dubedat, que seguía al lado de Harriet, soltó un bufido de asco al oír esa respuesta.

Llegaron al hotel; el toldo de rayas estaba bajado, la alfombra puesta y una gigantesca bandera rumana ondeaba a lo largo de la fachada. Se había congregado gente para ver los acontecimientos. Llegó un camión del que salieron unos doce jóvenes de traje oscuro, que empezaron a apartar a los dóciles mirones y formaron después un cordón de seis a cada lado de la acera. Antes de que nadie pudiera preguntar por qué, llegó un Mercedes del que se apeó un hombre de baja estatura, delgado, de aspecto inusual. Inmediatamente los jóvenes del cordón levantaron el brazo saludando al estilo fascista, rígidos, como autómatas, nada rumanos, y el recién llegado respondió manteniendo el saludo espectacularmente unos momentos, con la cabeza hacia atrás para que se le viera la huesuda cara demacrada y el lacio pelo negro.

—Creo que es Horia Sima —murmuró Guy.

Fuera quien fuese, se trataba de un intelectual fanático que no tenía nada que ver con los indulgentes y permisivos rumanos que en ese momento paseaban por Calea Victoriei. Bajó el brazo y se dirigió a la puerta giratoria. Le dio un empujón como si fuera un obstáculo sin importancia, pero la puerta no estaba dispuesta a obedecer. Giró despacio sobre su eje y el hombre, a su pesar, tuvo que adaptar el paso a su ritmo. Los jóvenes que entraron detrás de él no tuvieron mejor suerte.

Mientras miraban, Harriet oyó a Toby chupar la pipa nerviosamente.

—En mi vida he visto cosa igual —dijo.

El grupo inglés, muy serio, entró en el vestíbulo del hotel

cuando los de la Guardia de Hierro se fueron al salón principal. David estaba en el vestíbulo y Guy le preguntó:

—¿Era Horia Sima?

—Sí —le respondió—, va a entrar en el gabinete ministerial. Es la excusa para la recepción, desde luego, pero en realidad se trata de un gesto de desafío. No sé cómo se lo tomará su majestad.

David saludó a Dubedat sin ningún entusiasmo y se quedó mirando inexpresivamente a Toby, al que no conocía de nada.

—Toby viene de Cluj —dijo Guy al presentárselo—. He pensado que podía interesarte lo que está pasando allí.

—¡Ah! —dijo David, y cerró la boca.

Fueron al bar y Guy invitó a una ronda. Evidentemente, Toby había oído hablar de David, no se separaba de él y, con los ojos como platos, preguntó:

—¿Es cierto que están abriendo campos de concentración en los Cárpatos?

—Yo no los he visto —dijo David sin apartar la mirada de su vaso.

Toby siguió haciendo preguntas sobre la situación en el campo y el peligro que entrañaba, pero solo le daban respuestas breves y cortantes; a Dubedat, que estaba a un lado, le impacientaban el interés de Toby y la indiferencia de David.

En cuanto Guy entró en la conversación, Dubedat aprovechó para tirar del brazo a Toby, que se volvió sobresaltado y, al ver que lo miraba con el ceño fruncido, le preguntó, aturdido:

—¿Qué hay, chico? ¿Qué te pasa?

Dubedat apretó los dientes de una forma que parecía una rata enfadada y, con un movimiento de cabeza, le indicó que se apartara un poco. Toby, resoplando y farfullando de aprensión, se dejó llevar lejos de los demás.

—¿De dónde has sacado a ese individuo tan imbécil? —preguntó David a Guy.

—Trabaja conmigo —dijo Guy, sorprendido—. No es mal tipo.

—Tengo que decirte una cosa —continuó David bajando la voz—. Klein ha desaparecido.

—¿Se ha ido del país?

—No se sabe. A lo mejor lo han detenido, pero no creo. Sospecho que ha cruzado la frontera de Besarabia. Me han contado que hay una ruta secreta por encima del río Pruth por la que están saliendo miles de personas. Sea lo que sea, dudo que volvamos a verlo.

Guy asintió con tristeza, aunque entendía la fuga, y Harriet pensó en las veces que Klein le había aconsejado esperar y ver cómo se desgajaba el país —«revolución, ruina, ocupación enemiga… todo muy interesante»—, pero él no había esperado. La huida de Klein la desconsoló como si la hubiera abandonado un aliado.

Mientras los demás hablaban echó un vistazo al bar y vio a Yakimov, aunque no quería verlo; estaba con sus amigos rumanos. Clarence se encontraba solo en una mesa. No había vuelto a saber nada de él desde la noche del parque y en el momento en que lo miró él volvió la cabeza a otra parte.

La forma en que lo hizo le recordó a los chicos de los que hablaba Klein, que, después de que los violaran brutalmente los primeros días de cárcel, le cogían el gusto a la indignidad y luego se ofrecían a todo el que quisiera. A Clarence también lo habían violado. La bestialidad física le había quebrantado el espíritu. Harriet hizo un movimiento para acercarse, pero él desvió la mirada y adoptó una actitud huidiza, a la defensiva, como si lo amenazara un castigo que temía tanto como deseaba.

Entró Galpin briosamente seguido por Wanda, su novia; parecía satisfecho y con ganas de broma, y eso significaba noticias frescas. Harriet volvió para ver qué contaba.

El calor del día se concentraba en el bar. Aunque las convenciones rumanas exigían que los hombres fueran siempre completamente vestidos, en pleno verano podían llevar la chaqueta sobre los hombros. En el grupo de Hadjimoscos, el único que se lo permitía era Yakimov. La chaqueta de tusor le colgaba, arrugada, por encima de las escápulas y permitía a sus compañeros advertir lo desgastada que estaba la camisa de seda en la zona de las axilas; era de un tono oscuro de amarillo indio, y no la llevaba con pajarita, sino con un pañuelo granate de terciopelo, que a Hadjimoscos le parecía demasiado atrevido,

pero que toleraba únicamente porque creía que procedía de los sastres más caros de Monte Carlo.

En verano Hadjimoscos se limitaba a cambiar el traje oscuro de lana por uno de alpaca, oscuro también. Decía que era la primera vez que pasaba el verano en Bucarest y a menudo describía el calor como *incroyable*. Esa noche no estaba muy animado, y Palu y Horvatz tampoco. No les habían comunicado que esperaran su presencia en la recepción. Yakimov se había gastado casi todos sus mil lei en bebidas para sus compañeros, pero el desánimo no escampaba.

—Me ha parecido una fiesta muy sosa —dijo.

—Podemos suponer —se quejó Hadjimoscos a Palu y a Horvatz sin prestar la menor atención a Yakimov— que nosotros, la antigua aristocracia, no contamos con su favor.

—Yo no diría tanto —dijo Yakimov—. Han invitado a la princesa.

Por algún motivo, este comentario, que pretendía servir de consuelo, irritó más a Hadjimoscos, que se volvió a Yakimov y le dijo:

—Le aseguro que a la princesa la han invitado únicamente como pareja del barón Steinfeld. Desde que sufrió tantas pérdidas en Besarabia, el barón ha abrazado la causa nazi en cuerpo y alma, y el resultado es que, al contrario que nosotros, la antigua aristocracia, él es *très bien vu* a ojos de la Guardia de Hierro.

—La verdad, mi querido muchacho —protestó Yakimov, asombrado—, no sé por qué les preocupa tanto. Al parecer el rey condenó a la Guardia de Hierro… incluso mataron a unos cuantos o algo así. ¿Cómo van a ser tan importantes ahora? ¿Qué más da que les inviten o que dejen de invitarlos a sus fiestas?

—Créame —dijo Hadjimoscos—, puede que no esté lejos el día en que aquellos a los que no reconocen mueran también.

Impresionado por la solemnidad de Hadjimoscos, Yakimov empezó a pensar seriamente en la Guardia de Hierro por primera vez. Se acordó de que, en su breve época de periodista y siguiendo los consejos de Galpin, había escrito despachos en los que condenaba a los asesinos de Calinescu con un lenguaje

violento. El principal maleante era un tal Horia Sima. No habían permitido que los despachos salieran del país. ¿Qué habría sido de ellos? Un frío atroz le cerró la boca del estómago y, con el vaso vacío en la mano, igual que los demás, se quedó tan apagado como ellos.

—Bien, bien —dijo Galpin, apuntando con el pulgar por encima del hombro—; si esos supieran lo que sé yo, esta noche no celebrarían una recepción.

Todos lo miraron con expectación.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó David sonriendo.

—Han convocado a los ministros rumanos a Salzburgo, y también a los húngaros y a los búlgaros. *Herr* Hitler les ha ordenado que arreglen sus disputas fronterizas.

—¿Eso es todo? —preguntó Harriet.

—Es suficiente —dijo Galpin, cortante—. ¿Qué disputas de fronteras tiene Rumanía? ¡Lo que reclaman otros, nada más! Solo aspira a conservar lo que tiene. Va a haber problemas con esto, y si no al tiempo.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó David, que había dejado de sonreír y parecía asombrado e interesado.

—Hace un momento. Han convocado al gabinete de ministros. Me he encontrado con mi rastreador en la plaza. Tiene un contacto en palacio. La noticia es un bombazo, pero no voy a intentar mandarla. Las autoridades quieren mantenerla en secreto. Míralos —dijo, y todos miraron a los invitados que pasaban por delante de la puerta del bar hacia el salón principal —. ¡Pobres idiotas! Se creen que se han subido al carro de la victoria. Lo llaman Nuevo Amanecer. Y ahí está su Führer otra vez pidiendo un sacrificio en pro de la paz en los Balcanes.

David se rio con disimulo llevándose el vaso a los labios.

—Quizá al Führer no le resulte tan fácil imponer la dictadura en el mundo, a fin de cuentas. Me imagino que, si pudiera, archivaría todas esas disputas hasta que terminara la guerra y después las resolvería a su manera. Pero Hungría y Bulgaria no están dispuestas. Exigen el pago inmediato por su apoyo.

—¿Y Rumanía? —preguntó Harriet.

—No está en condiciones de exigir nada.

Clarence se unió a ellos para saber a qué se debía tanta animación. Cuando Harriet le contó que habían convocado a los rumanos a una conferencia en Salzburgo, se encogió de hombros ligeramente, porque se esperaba algo peor. También a ella le parecía que, en un mundo tan cuajado de peligros, podían dejar a un lado los que no los afectaban directamente.

Clarence se quedó un poco separado del grupo y Harriet, al ver que estaba más alicaído que de costumbre, le dijo:

—¿Qué te pasa?

Él levantó la mirada y reaccionó enseguida a su gesto comprensivo:

—Steffaneski se ha ido esta mañana. Quiere ver si puede reunirse con Weygand. Es el último polaco que me quedaba.

—Todos tendremos que irnos tarde o temprano.

—Era amigo mío —dijo, y bajó la cabeza negándose a que lo consolara.

—Tienes más amigos —replicó ella.

No le respondió, pero al cabo de un momento, señalando a Guy y a David con un movimiento de cabeza, dijo:

—Van a pasarse toda la noche hablando. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo?

Harriet lo entendió como una oferta de paz y, muy a su pesar, le dijo que no.

—David nos ha invitado a salir, así que me temo que…

—¡Ah, no te disculpes! —Clarence volvió la cabeza hacia otro lado—. Si tú no quieres, otra querrá.

—¿Quién, por ejemplo? —le preguntó ella riéndose.

Clarence se sorbió la nariz y sonrió con suficiencia; Harriet, picada, entendió que tenía una sustituta en la manga y vio que esperaba que le preguntara quién era. Lo que hizo fue apartarse de él y prestar atención a otra cosa, y así se encontró atendiendo a las palabras de Dubedat, que ya había tomado varias copas a las que le habían invitado.

Cuando estaba sobrio resultaba taciturno, pero cuando bebía no había forma de cerrarle la boca, y tenía a Toby alejado de los demás, hablando sin parar. En ese momento el tema era la pobreza, su pobreza, condición de la que en otros tiempos hacía gala.

Antes de la guerra había ganado con esfuerzo una beca de estudios de ciento cincuenta libras al año. Se había convertido en maestro de escuela. Harriet se acordó de sus palabras sobre los judíos de Dâmboviţa: «Los más pobres entre los pobres y las únicas personas honradas de esta capital sucia, depravada y dejada de la mano de Dios», y comprendió que su actitud había cambiado igual que su forma de vestir.

—¡Dios, cuánto aborrezco la pobreza! —decía—. No es solo un mal, es una enfermedad y, si no te libras de ella, se vuelve incurable. Te pudre las tripas, te las come. Te arrastras, no das un penique por ti mismo. Cualquier forma de huir de ella es justificable. Cuando se es pobre, uno solo puede relacionarse con gente igual de pobre. Si son idiotas, te aburren. Si son inteligentes, están descontentos, te deprimen y nunca te libras. No puedes sacar la cabeza del agua sucia de la realidad. La pobreza es la fuerza destructiva más poderosa del mundo, es la responsable de la merma o la destrucción de la capacidad intelectual de la mitad del mundo. Nadie sale indemne de ella. Hasta los elefantes llevan su huella en la piel.

Hablaba deprisa, en un tono intimidatorio que Harriet reconoció: el mismo con el que había representado a Tersites en *Troilo*. Había hecho un gran papel y parecía que algo del personaje le hubiera calado hasta la médula. Pensó que Dubedat se había transformado, que había encontrado la elocuencia.

El salón principal debía de rebosar de gente, porque los invitados empezaban a quedarse en el vestíbulo, que no tardó en llenarse también. Los parroquianos del bar se sobresaltaron al oír de pronto un coro cantando en el salón y en el *hall*. ¡Canto coral en la recepción del Athénée Palace!

Se miraron unos a otros al reconocer la canción que, por consejo de su cabecilla, debían cantar solo para sus adentros. *Capitanul! Capitanul*!, cantaban los resplandecientes invitados desde fuera.

Antes de que algún inglés pudiera decir algo, apareció por la puerta del English Bar el hombre al que Galpin llamaba su rastreador. En cuanto entró, se paró a estirarse la arrugada chaqueta de algodón y se acercó a Galpin furtivamente. Galpin se agachó para recibir las noticias y las escuchó con gran

atención, moviendo los ojos a toda velocidad.

—Bien —dijo, cuando el otro terminó—, ¡esto sí que es algo! ¿No os dije que habría complicaciones? Se ha levantado una voz, una sola, pero muy significativa, pidiendo que el rey abdique.

Los que lo escuchaban lo miraron fijamente, tan perplejos que se quedaron sin palabras. Siguió explicando que, al ver llegar al gabinete ministerial, la gente se había congregado a la entrada de palacio.

—Y empezó a filtrarse la noticia. El público entendió que lo siguiente sería Transilvania… y de pronto alguien gritó: *Abdicati*!

—¡Dios mío! —exclamó David.

—¿Y qué pasó luego? —preguntó Guy.

—Nada… eso es lo extraordinario. Todo el mundo dio media vuelta, claro. Seguramente creían que los guardias dispararían, pero no hicieron nada. No se oía ni un murmullo en palacio…

—Pero el rey no abdicará, ¿verdad? —preguntó Wanda con angustia.

Intervenía muy pocas veces y los demás se sobresaltaron y se volvieron a mirarla, mientras ella los miraba a su vez con una exagerada expresión de sufrimiento. Era reportera acreditada de un dominical inglés que no ahondaba mucho en la verdad de lo que publicaba y hacía poco que había perdido el trabajo porque las noticias que mandaba no tenían nada que ver con las que se recibían de otros periodistas. Entonces había recurrido a Galpin en busca de ayuda y habían recuperado la relación perdida.

Llevaba un traje negro de Schiaparelli que parecía muy masculino, de gala, y una alegre corbata de color rosa brillante. Los tacones de los zapatos también eran de color rosa, pero estaban tan gastados que se le torcían los pies. Se había ladeado una miniatura de sombrero sobre un ojo y el pelo le caía por detrás en cascada hasta la cintura, un pelo negro como la pez. Iba más sucia que nunca y estaba muy guapa y, al mirar a Clarence, él la miró con una melancolía sombría y lasciva mientras murmuraba: «No lo sé», que significaba, y Harriet lo sabía: «¿Por qué todos consiguen a las mujeres que para mí son

imposibles?». Cuando miró a David, él soltó una risita y dijo:

—¿Quién sabe? Por lo visto tiene un avión preparado en el patio trasero, por si acaso. En realidad no es de extrañar que estos reyes balcánicos tengan las manos un tanto largas. Nunca saben lo que va a pasar al día siguiente.

Wanda respondió a la frivolidad de David con un gesto de fastidio y se volvió hacia Galpin con una mirada trágica e inquisitiva.

—No hay que preocuparse por Carol —dijo él—. Tanto el rey como su amante tienen grandes fortunas repartidas por el extranjero. De todos modos, los alemanes procurarán que siga aquí. Les hace falta un maleante para mantener unido a este país.

David hizo una mueca de profundo desprecio ante la predicción de Galpin y lo contradijo autoritariamente:

—Los alemanes no lo van a mantener en el trono. No les convence que se haya convertido al totalitarismo. Saben que es simple oportunismo. Los nuevos hombres de Alemania son idealistas en cierto modo. No son como los diplomáticos chapados a la antigua, que no tienen en cuenta la falta de honradez de nadie siempre y cuando les sigan el juego. Son hombres que se entregan a la causa, que pondrían a Carol en manos de un pelotón de fusilamiento sin pestañear.

—Pero es terrible —gimió Wanda—. Es un rey espléndido, con su casco y su capa blanca y ese precioso caballo blanco.

—Tal vez sí —asintió David indulgentemente—, pero él se lo ha buscado. Intentó enfrentar a las potencias en su propio beneficio… y no lo consiguió. En cuanto a nosotros, tampoco lo hemos hecho mucho mejor. Podríamos haber comprado a la Guardia de Hierro en cualquier momento. El partido de los campesinos habría estado con nosotros a la menor señal de reconocimiento que le hubiéramos hecho. Aunque todavía no está todo perdido. Maniu podría iniciar una campaña a favor de Gran Bretaña en Transilvania. Pero lo que preocupa a la Legación en estos momentos es cómo seguir en buenas relaciones con el maldito soberano.

—Eres inglés —lo acusó Wanda, encendida de indignación —. Tenéis un gran imperio y un buen monarca, pero ¿pretendes

que tu Legación provoque una revuelta del campesinado aquí? ¿Cómo es posible? —La excitación le prestó una locuacidad inusitada, miró de nuevo a todos de uno en uno y gritó—: Las últimas palabras que escribí en mi periódico fueron: «A la primera orden, hasta el último rumano se levantará para defender el trono».

Sonriendo con alborozo para sí, David le murmuró a Guy:

—Es lo que harían los polacos, ni más ni menos. ¡Siguen cantando «Polonia no ha muerto todavía»!

Tanto si la noticia de la Conferencia de Salzburgo había llegado a la recepción como si no, la gente seguía cantando. Harriet vio que varios hombres vueltos de espalda en una fila, hombro con hombro en el umbral, tapaban la vista de la puerta del bar.

Fuera se produjo una pausa y al momento las voces de la Guardia de Hierro se elevaron entonando *Horst Wessel*. Alguien dio una orden y los invitados empezaron a sumarse gradualmente a la canción. En el otro lado del bar, Hadjimoscos levantó la voz con respeto y admiración:

—Jamás había visto semejante demostración de fidelidad.

—Creo que deberíamos irnos —sugirió Harriet.

—Esto es un poco siniestro —dijo David, dándole la razón.

Se despidieron de Galpin y se acercaron a la puerta. Guy echó un vistazo a los suyos y vio que Clarence se quedaba atrás sin saber qué hacer.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó.

—No sé. Tengo… —miró a Harriet, pero como esta no se paró a escucharle, se fue detrás de ella.

Llegaron a la fila de espaldas que taponaba la salida. Más allá se adivinaban el relumbrón de las invitadas y las pecheras blancas de las camisas de los hombres. Ahí estaba la sociedad más rica y más frívola de Bucarest, en pie, seria, casi atenta, cantando el himno nazi.

David se inclinó y, acercándose al oído del hombre del centro, dijo:

—*Scuză, domnuli*.

El hombre siguió rígido. David repitió la petición y, como no obtuvo respuesta, le puso la mano en el hombro y lo sacudió.

El hombre volvió la cara, enfadado, y dijo:

—*Hier ist nur eine private Gesellschaft. Der Eintritt ist nicht gestattet.*

A David le hizo gracia y razonablemente replicó:

—*Wir wollen einfach heraus*.

—*Verboten* —dijo el hombre, y volvió la cara.

—¿Cuántos somos? —preguntó David echando un vistazo alrededor. Vio que Clarence, Dubedat y Toby estaban en la retaguardia, hizo un gesto humorístico de resignación y dijo—: Cuantos más seamos, más nos reiremos, supongo. Bien, todos aquí. Apoyad el hombro contra estos tíos y cuando diga «empujad» empujamos todos a la vez.

—Un momento —dijo Harriet—, se me ocurre algo mejor.

Se quitó un gran broche indio de plata y apuntó con el alfiler. Sin dar tiempo a nadie a intervenir (Clarence, horrorizado, gritó: «¡Harry!») clavó el alfiler en la espalda al hombre del centro, que se desmarcó con un grito y liberó un espacio por el que Harriet guio a su grupo.

Los rumanos, al ver el incidente, dejaron de cantar un momento, pero nadie sonrió.

Al llegar al vestíbulo, los hombres querían salir lo antes posible, pero Harriet sentía la necesidad de quedarse un poco más en el lugar del triunfo. Le parecía que era el momento de manifestarse de alguna manera. Se dirigió a la mesa en la que estaban los periódicos.

—¡Harriet! —exclamó Guy a modo de aviso, pero ella siguió adelante.

En otra época, en esa mesa había ejemplares de todos los diarios que se publicaban en Inglaterra; en ese momento, entre la prensa alemana y la rumana todavía quedaba la última copia de *The Times* que había llegado a Bucarest. Era del 12 de junio de 1940. Harriet la cogió y empezó a leer un informe de la retirada francesa del Marne, pero el periódico estaba tan sobado y rasgado que no se sostenía derecho. Las páginas se doblaron, y entonces vio que la miraba una mujer cuyo rostro le resultaba conocido.

—Vamos —dijo Guy, agarrándola por el codo—, estás haciendo el tonto.

La mujer, vestida rigurosamente de negro, tenía un vaso en la mano como si no supiera que lo tenía. Parecía que llevara en la cara, plana, borrosa y descolorida, la huella de un tacón. La rodeaba un aura de desgracia tal que afectaba al aire como un miasma.

—Sí —dijo Harriet—, estoy haciendo el tonto…

Mientras se dejaba llevar por Guy se acordó de quién era la mujer: *Doamna* Ionescu, la mujer del exministro de Información, que antes era probritánica, pero ya no.

La canción cobró fuerza de nuevo, pero todo el mundo miraba al grupo inglés que salía a la calle.

—Bien —dijo Clarence, ya en la plaza—, si esto era Ruritania, ya no tiene ninguna gracia.

Guy buscó a Dubedat y a Toby con la mirada. No se habían parado a dar apoyo a Harriet, habían huido. Dubedat cruzaba la plaza a una velocidad indecorosa y Toby, con los hombros subidos, la cabeza agachada, las manos en los bolsillos y los codos clavados en los flancos, se daba a la fuga como si hubiera un incendio.

8

Algunas veces, cuando Yakimov se levantaba tarde de la siesta, veía que los Pringle se habían ido y que Despina —para fastidiarle— se había llevado el servicio de té. Cuando le sucedía en esos días tórridos de finales de julio, le invadía la sensación de que su vida no podía haberse deteriorado más y le entraban ganas de llorar. En otra época el mundo se lo daba todo: la comodidad, el alimento, la diversión, el amor. Había sido famoso por su ingenio, el centro de atención. Pero en estos momentos hasta el té se le negaba.

Completamente asqueado, se desplomó en el sillón. Nadie lo quería desde que había muerto Dollie. Tal vez no volviera a quererlo nadie en la vida… pero ¿por qué tenía que sufrir tanto en ese piso desgraciado, con ese calor agotador? Quería huir.

Sonó la corneta en el patio de palacio anunciando: «Las mujeres de los oficiales comen flanes y merengues; las de los soldados, gachas», y pensó: «¡Qué pocos flanes y merengues se comen últimamente!». No le echaba toda la culpa a Harriet. En Bucarest, la comida era un horror en todas partes en esos tiempos.

Los dedos del sol se alargaban y le quemaban las espinillas, así que echó el sillón hacia atrás y se preguntó por qué vivía allí, por qué vivían todos allí, en esa llanura expuesta a los cuatro vientos, asándose en verano y congelándose en invierno. Y, por si fuera poco, ¡muriéndose de hambre! No había nada de comer, solo fruta.

¡Albaricoques! No quería ni verlos.

Por la mañana había visto una carretilla cargada de frambuesas: una montaña de frambuesas, y un campesino durmiendo debajo. Seguramente el hombre había pasado la noche andando para llevar su producto a la ciudad, pero el mercado estaría atestado. Las frambuesas se estaban pudriendo con el calor y la camisa se le había teñido de rojo.

De joven, en un país razonable, Yakimov había dicho que podía vivir de frambuesas. En cambio en estos momentos soñaba con carne. La poca que se encontraba era de oveja añeja o de ternera tan joven que era puro cartílago. Lo que deseaba era un filete o un asado de buey o de cerdo… y creía que sabía

dónde podía encontrarlo.

Le había dicho al barón que Freddi von Flügel lo había invitado a su casa, pero había sido «una bromita». No sabía nada de él, aunque eso no era motivo para no ir a hacerle una visita. Dollie había recibido muchas veces a Freddi en su casa. ¿Por qué no iba a devolverle el favor ahora que tenía «una posición de poder» y el pobre Yaki estaba en las últimas?

Prácticamente había decidido ya ponerse en marcha… Lo único que lo retenía era la falta de dinero. Había consultado unos mapas de Transilvania y había visto que el viaje de Bucarest a Cluj era bastante largo. Tendría que pasar la noche en la carretera. Tendría que comer algo. En resumen, tendría que esperar a que le llegara la asignación.

Le había dicho a Hadjimoscos que tenía intención de ir a Cluj y este le había desanimado. Al parecer, en esa maldita Conferencia de Salzburgo se estaban rifando Cluj y podía cambiar de manos de un día para otro. A partir de ese momento empezó a preguntar a Galpin y a Screwby por el progreso de la conferencia y enseguida llegó a la conclusión de que no pasaba nada en absoluto. Y así era. Hasta Hadjimoscos tuvo que darle razón: la conferencia se arrastraría sin más hasta que la guerra pusiera fin a las negociaciones.

Entretanto, él tenía que seguir allí, en el incómodo piso de unos anfitriones que no lo querían; Guy se había aprovechado de él, pero ya no le dedicaba ni un minuto al día. La sensación de infortunio se agravó de repente al oír unas carcajadas que venían de la cocina. Le picó la curiosidad.

No eran las típicas risitas tontas de los criados. Había oído reírse a Despina y también a su marido. Esta otra risa no la conocía. ¿Con quién charlaba en la cocina? Se le ocurrió asomarse y hacer un comentario gracioso sobre el té.

La puerta de la cocina tenía un panel de cristal. Se acercó sigilosamente y se asomó a mirar. Ocultándose detrás de la cortinilla, vio a Despina y a un joven sentados a la mesa, preparando verdura para la cena. ¿Cómo? ¡Un joven! ¡Vaya! El marido de Despina era taxista y pasaba más tiempo en la calle que en casa. ¡Vaya, vaya! Hablaban en rumano. El joven se echó a reír otra vez.

Yakimov abrió la puerta. Al verlo, el joven dejó de reírse al instante. Yakimov tuvo la curiosa de sensación de que el chico sabía quién era y de que lo temía. Sorprendido, probó en inglés —no dominaba el rumano— una primera pregunta:

—¿Nos hemos visto antes, querido muchacho?

—No… creo que no —balbució el joven.

Pálido como la cera, consiguió ponerse de pie temblando como desbordado de miedo. Era tan alto y delgado como el propio Yakimov, e inconfundiblemente judío.

—¿Estás con los Pringle? —le preguntó.

—No —dijo el chico, y añadió—: Es decir, sí. —Un momento después, animado por la cortesía del príncipe, añadió, más tranquilo—: He venido de visita.

Yakimov estaba sorprendido, no porque el muchacho hablara inglés —el inglés estaba muy extendido entre los judíos de Bucarest—, sino porque lo hablaba con acento de colegio privado inglés. ¿De dónde había salido? ¿Qué hacía ahí? Pero antes de que pudiera seguir preguntando intervino Despina en el tono agudo y ofensivo que empleaba con él. Yakimov concluyó que decía que el chico era sobrino suyo.

¿Despina tenía un sobrino judío tan educado? Increíble. Empezó a sospechar. Miró al chico, que asintió a las palabras de Despina mientras recuperaba poco a poco el color, aliviado al oír la justificación de su presencia.

—Hablas inglés extraordinariamente —dijo Yakimov.

—Lo aprendí en el colegio.

—¡Sin duda!

Al quedarse sin excusa para continuar allí, pidió té y se retiró. Despina le dijo a voces:

—*Prea târziu pentru ceai*!

Antes de llegar a la salita la oyó reírse otra vez a mandíbula batiente. Creía que lo había engañado. La sospecha se hizo aún mayor.

Fue al cuarto de baño y llenó la bañera. Una vez dentro del agua reflexionó sobre la presencia del joven de la cocina. Solo podía ser un fugitivo de los malos tiempos que Guy tenía escondido. Lo asaltaron los celos y se acordó del croquis del pozo de petróleo que había encontrado en el escritorio de Guy y

pensó que el chico podía ser un espía británico. Los celos se tornaron en inquietud y desaprobación.

A menudo insinuaba que se dedicaba al espionaje, pero todo el mundo sabía que no era más que una bromita de las suyas. Esto en cambio era un asunto serio. Pensó: «Si pillan a Guy, se pondrá en una situación muy delicada», y enseguida se dio cuenta de que sería peligroso para los tres. El pobrecito Yaki se vería implicado en un asunto muy feo y tendría que sufrir las consecuencias como los demás.

A los espías los mataban. Y si no lo mataban lo obligarían a salir del país y ¿adónde iría? Aunque las cosas estaban muy mal en Bucarest, era el último bastión de la comida europea.

La cocina del Este le sentaba muy mal. No soportaba los platos tibios de Grecia.

Y lo peor de todo, no podría ir a Cluj a ver a su querido Freddi. Ni siquiera podría refugiarse en este piso y, a su edad y sin un penique, tendría que enfrentarse otra vez a un mundo inhóspito.

Se sentó, el placer del baño extinguido por completo, y pensó en la posibilidad de ponerse a salvo si hacía de informador. Pero no, claro, eso no podía ser. «Suerte tiene mi querido muchacho —se dijo— de que Yaki no sea un delator.»

La Conferencia de Salzburgo no sobrevivió a la guerra, sino que perdió pujanza por desacuerdos de todas las partes. Yakimov, como todo el mundo en Bucarest, se convenció de que el asunto se había terminado.

—¿Qué te dije, mi querido muchacho? —preguntaba a las pocas personas que se molestaban en prestarle atención—. He sido periodista, ¿sabes? Tengo olfato para estas cosas, sé cómo van a evolucionar.

Y estaba contento porque nada se interponía entre él y la visita que quería hacerle a Freddi, solo la falta de dinero.

La cuestión de Transilvania quedó en el olvido y la atención se centró de nuevo en el juicio de Drucker. *L'Independence Romaine* predijo que el juicio sería *l'évenement social le plus important de l'été*.

En los cafés y restaurantes a los que iba Harriet se hablaba de Drucker: de sus orígenes, de los de su fortuna y de lo

mujeriego que era. A una la oyó decir que envidaba a su joven segunda esposa, que había vuelto a usar su apellido de soltera para iniciar una relación con el agregado militar alemán y reclamaba, y seguramente recibiría, el cincuenta por ciento de las posesiones de su marido.

Galpin contaba que, al principio, cuando lo encerraron en la cárcel, lo habían puesto en la celda común y entre varios convictos veteranos lo habían tumbado y lo habían violado. Circulaban varios rumores semejantes. Harriet se dio cuenta de que la identidad de Drucker se diluía entre tanta cháchara. Nadie dudaba de la inocencia de este hombre, que no tenía amigos, pero de eso ni siquiera se hablaba. Nadie podía ayudarlo. Era una víctima de las circunstancias.

En cuanto a la guerra, estaba en punto muerto. Al parecer los acontecimientos se habían detenido con el calor opresivo, polvoriento y sin brisa de la canícula estival. La gente creía que lo peor ya había pasado. La euforia, en uno de los paréntesis intermitentes de la enfermedad crónica del miedo, se apoderó de la ciudad. Volvió la alegría.

Y de pronto todo cambió en un momento. Mientras daban un paseo después de cenar, los Pringle oyeron agudas exclamaciones de pánico entre la multitud. Los vendedores de periódicos recorrían las calles anunciando a voces una edición especial. Los que todavía no lo sabían se enteraron de que el Führer había convocado otra conferencia. Se exigía a los ministros húngaros y rumanos que acudieran a Roma para firmar un acuerdo por la vía rápida.

La indignación fue tanto más violenta por cuanto esa misma mañana el nuevo ministro de Exteriores había emitido un comunicado sumamente optimista en la radio. Había destacado que en 1918 los alemanes eran tan débiles como los rumanos y que en la actualidad gobernaban el mundo gracias a su energía y a su determinación. La implicación directa era que los rumanos podían hacer otro tanto… y, sin embargo, de pronto resultaba que tenían que firmar un acuerdo con un enemigo cuya única intención era comérselos vivos.

La gente, enfurecida, gritaba que aquello era una traición. Rusia, Hungría y Bulgaria iban a repartirse Rumanía. Toda

Moldavia pasaría a manos de los soviéticos, era el precio de la neutralidad rusa. Dobrudja sería para Bulgaria, sin duda. En esos mismos momentos los húngaros avanzaban sobre Transilvania.

Se corrió la voz de que el gabinete ministerial se había reunido; después, que el rey había convocado a los generales. La gente se convenció enseguida de que el país lucharía por su territorio y empezó a reclamar la guerra a gritos. Las masas se congregaron en la plaza para manifestar el desafío del momento. Guy y Harriet se fueron al English Bar y encontraron a Galpin muy alborotado. Su rastreador le había dicho que Maniu, el líder de los campesinos de Transilvania, estaba dando un discurso para pedir al rey que desafiara a Hitler y defendiera lo que quedaba de la Gran Rumanía.

—Eso significa la guerra —dijo Galpin—, significa la guerra.

—¿Crees que cogerán las armas? —preguntó Harriet, de vuelta a casa.

—Lo dudo —respondió Guy.

Pero la violencia que se respiraba en la ciudad parecía tan definitiva que se fueron a la cama casi esperando que, al despertar, el país se habría levantado en armas.

A la mañana siguiente todo estaba en calma cuando Guy llamó a David y se enteró de que Maniu había dado un discurso apasionado pidiendo que se defendiera Transilvania por la fuerza, pero que lo habían dejado en ridículo. Los nuevos ministros de la Guardia de Hierro señalaron que, mientras el ejército rumano defendía el frente occidental, Rusia marcharía sobre el norte. Creían que la única esperanza de que Alemania los protegiera de su archienemigo, Rusia, era obedecer implícitamente a Hitler. Ante estas palabras, un viejo estadista rompió a llorar y escandalizó a todos gritando: «¡Antes unidos bajo los soviéticos que divididos por el eje!».

Pero los rumanos, al verse acosados, decidieron acosar a su vez a alguien. Por la mañana, cuando Guy iba a salir hacia la universidad, un mensajero le entregó la segunda orden de salida del país en el plazo de ocho horas.

—No tengo tiempo para esto ahora —dijo, y se la dio a

Harriet—. Vete a ver a Dobson.

—Pero supón que tenemos que irnos —protestó ella.

—No será necesario —dijo él, como la vez anterior.

Pero a Harriet no le parecía que Dobson pudiera garantizarles nada.

—Nos llega mucho papeleo de esa clase últimamente —dijo Dobson con un suspiro cuando Harriet entró en el despacho. Se pasó una mano por los suaves e infantiles mechones de pelo y soltó una carcajada que delató su inquietud—. Me pregunto —continuó, como si el asunto no tuviera gran importancia— si de verdad queréis quedaros. La situación tiene sus dificultades, ya sabes. La infiltración alemana no cesa. Aunque no nos demos cuenta, se están apoderando del país. Dudo mucho que nos permitan reabrir el Departamento de Inglés cuando empiece el trimestre de otoño.

—Se supone que no debemos marcharnos si no recibimos una orden directa de Londres —dijo Harriet.

—Esa es la teoría, en efecto. Pero Guy ha terminado su trabajo aquí…

—Él no opina lo mismo. De momento lleva los cursos de verano y tiene muchísimo trabajo.

—¡Bueno, bueno! — Dobson se frotó la cabeza por última vez y dijo—: Veré lo que puedo hacer. Pero no te hagas muchas esperanzas.

Volvió al piso a esperar su llamada, sin esperanzas, al contrario, preparada para la posibilidad de que no hubiera alternativa y tuvieran que irse. Lo quisiera o no, si se iban, muchas de sus preocupaciones quedarían atrás.

Empezó a dar vueltas por la habitación, a mirar sus pertenencias preguntándose qué llevarse y qué dejar, hasta que encontró en los cajones del escritorio el sobre que decía: *Top Secret*. Se abrió nada más cogerlo y vio que estaba vacío. Tardó unos momentos en recordar lo que contenía.

El invierno anterior, un tal comandante Sheppy —al que Guy llamó «un hombre de capa y espada»— había llegado a Bucarest para organizar un grupo de sabotaje con los jóvenes de la colonia británica. Sus intenciones se vieron truncadas cuando lo detuvieron y lo deportaron. Lo único que había quedado del

«Comando de ataque Sheppy» era un croquis que había entregado a los hombres, y lo que había en el sobre era una copia de ese croquis, una sección de un pozo de petróleo, para enseñar al saboteador dónde debía colocar el detonador. A Guy y a Harriet se les había olvidado por completo. En este momento tenía el sobre en la mano, abierto y vacío. El croquis había desaparecido.

Esto la desconcertó, después empezó a imaginarse cosas y se le heló la sangre en las venas.

—Han robado el croquis del pozo de petróleo que te dio Shep-py —le dijo a Guy en cuanto llegó, a la hora de comer.

Nada más pronunciar estas palabras se acordó de que se suponía que ella ignoraba lo que había en el sobre, pero a Guy se le había olvidado ese detalle y respondió alegremente:

—Pero ¿quién iba a cogerlo?

—Yakimov, quizá.

—Es poco probable.

—Entonces, ¿quién? Despina no, eso seguro, ni Sasha. Eso quiere decir que ha entrado alguien aquí cuando no estábamos. Puede que el casero. Según Despina, está afiliado a la Guardia de Hierro y seguro que tiene las llaves del piso.

Al darse cuenta de este detalle la invadió una penosa sensación de fatalidad y Guy, al verla tan atribulada, cambió de actitud y dijo:

—Podría haber sido Yakimov…

—En tal caso, más vale que hables con él.

—No, no; así el incidente cobraría una importancia que no tiene. Es mejor no decir nada, pero tú podrías intentar ser más amable, que vea que confiamos en él.

—¿Crees que cambiaría algo? —preguntó ella, exasperada de preocupación—. Si Yakimov no nos está agradecido ahora, no lo estará nunca. Y lo que es más, está resentido contigo porque no le haces ningún caso. ¿Por qué no le dejaste que se arreglara por su cuenta? Interfieres en la vida de la gente. Les das una idea falsa de sí mismos, les creas la ilusión de que han conseguido algo. Si emborrachas a alguien, lo más fácil es que te eche la culpa cuando se despierte con resaca. ¿Por qué lo haces?

—¡Por amor de Dios! —reaccionó él ante semejante ataque

—. A lo mejor el croquis desapareció hace meses. No podemos saber quién lo ha cogido… pero fuera quien fuera, si quería hacernos algo ya nos habríamos enterado.

«Un consuelo muy cuestionable», pensó Harriet.

Cuando Guy se fue a la universidad, ella se tumbó en la cama; la oprimía el peso de los acontecimientos, tenía la sensación de que era más de lo que podía soportar. Hacía unos días que Despina le había contado, como si la cosa tuviera gracia, que Yakimov había descubierto a Sasha en la cocina.

—Pero yo estaba preparada para eso. —Le había dicho que el chico era sobrino suyo y él se lo había creído—. ¡Qué imbécil! —exclamó, llorando de risa.

Sin embargo Harriet no creía que lo hubiera engañado tan fácilmente. Esperaba que él le hiciera algún comentario sobre el incidente para explicarle que Sasha era alumno de Guy; pero no le dijo nada y el silencio la inquietaba más que cualquier interrogatorio al que pudiera haberla sometido.

De pronto, pensando en Sasha, se sentó en la cama; acababa de darse cuenta de que, si se iban, tendrían que dejarlo allí. ¿Qué sería de él entonces? ¿Adónde iría?

La sorprendió el afecto que sentía por ese muchacho tan confiado y dependiente, tan necesitado. Sería tan incapaz de abandonarlo como de deshacerse de un niño o de un gatito. Pero no era un niño ni un gatito al que se pudiera poner a salvo; era un adulto que no podía abandonar el país sin un pasaporte, un visado de salida y unos visados de tránsito, un adulto al que buscarían en todas las fronteras.

Había pensado que, si se iban, dejarían atrás un montón de preocupaciones. En ese momento, pensando en Sasha, se le olvidaron todas.

Puso los pies en el suelo impulsada por la necesidad de subir a verlo para insistirle en que pensara en alguien, en cualquier persona a la que pudieran encomendárselo, pero se detuvo. Ya habían tratado ese asunto. El chico no tenía a nadie a quien recurrir, así que ¿para qué alarmarlo?

Seguía sentada en el borde de la cama, dándole vueltas al asunto, cuando sonó el teléfono.

—Ya está —dijo Dobson—. He hablado con *prefectura* y les

he expuesto la cuestión. El embajador requiere la presencia de Guy aquí. Han rescindido la orden.

—Gracias a Dios —dijo Harriet, en un tono fervoroso que debió de sorprenderlo.

—Por cierto —añadió él antes de colgar—, os llaman del consulado. Una formalidad, nada más. No hay prisa. Pasaos por allí cuando queráis.

Al día siguiente por la tarde Guy no tenía clases y se fueron al consulado.

—¡Pasen, pasen, adelante! —les gritó Tavares, el vicecónsul. Exageradamente animoso y falsamente natural, dijo —: Se trata de lo siguiente… —Abrió un cajón, sacó unas hojas de multicopista y se las puso delante—. Todos los súbditos británicos tienen que rellenar esto. Nunca se sabe, con los tiempos que corren, ¿verdad? Necesitamos unos detalles para los archivos: religión, familiares cercanos a los que notificar la defunción, llegado el caso (por así decir), una dirección para mandar efectos personales, etcétera, etcétera. ¡Ya me entienden!

—Sí —dijo Harriet.

Cuando terminaron de rellenar los formularios, Tavares se dio cuenta de que Guy no había puesto nada en la casilla de «Religión». Se rio al descubrirlo.

—¿En qué credo lo bautizaron? —le preguntó.

—No me bautizaron.

Tavares chascó los dedos dando a entender que nada lo sorprendía.

—Hay que poner algo —dijo—. No querrá que lo entierren sin ceremonia. ¿Por qué no pone «baptista»? Los baptistas no se bautizan.

Al final, puso «congregacionalista», porque le habían dicho que los viejos soldados que decían ser de esa iglesia no tenían la obligación de asistir a los desfiles eclesiásticos.

—¿Por qué no me habías dicho que no estás bautizado? —le preguntó Harriet en el camino de vuelta.

—No se me ocurrió. Pero sabías que soy racionalista.

—Pero no se nace racionalista.

—Yo sí, en cierto modo. Mi padre no quiso que me bautizaran.

—Es decir que, si morimos, iremos a sitios distintos. Tú estarás en el limbo.

—No creo —dijo Guy, riéndose—. Estaremos en el mismo sitio, no te preocupes. Dentro de cien años estaremos exactamente en el mismo sitio que hace mil: en ninguna parte.

Pero no la convenció. Harriet se pasó la hora del té pensando en que, después de muertos, estarían separados, y de repente, cuando Yakimov se fue a darse un baño, levantó la tetera y vertió sobre la cabeza de Guy el té frío que quedaba. Mientras él aceptaba imperturbablemente la locura de su mujer, ella dijo:

—Yo te bautizo, Guy, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —que era lo único que sabía de la ceremonia bautismal.

9

Harriet nunca había oído la palabra *abdică* hasta la noche de la recepción de la Guardia de Hierro, pero a partir de ese día empezó a oírla por todas partes. Al rey lo habían depuesto ya una vez por sus fechorías, así que la idea no era nueva para el pueblo, pero se agarraba a ella como si fuera la solución milagrosa de todas sus dificultades. En los días que duró la conferencia, que tanta aprensión producía, no se hablaba de otra cosa.

El rey siempre había tenido enemigos —si alguna vez salía de palacio, lo hacía en un coche blindado—, pero para casi todo el mundo no era más que un bribón como tantos, astuto y divertido, el protagonista de la mitad de los chistes que se contaban. Esta actitud cambió de la noche a la mañana. De repente ya no era divertido. Era la perdición del país. Había sido inteligente, cierto: se había alineado con el eje, pero tarde… muy tarde. Había sido demasiado inteligente. Había jugado a dos bandas y había perdido. Además, Hitler lo despreciaba y no se fiaba de él. El país pagaba por sus pecados. Había que repudiarlo porque, con un hombre así en el trono, lo único que podía esperarse era el desastre.

Estas opiniones se generalizaron tanto que llegaron incluso a las estancias reales.

Lo convencieron de emitir un comunicado por radio, cosa que hacía muy pocas veces y no muy bien. Las furgonetas de las emisoras se encontraban ya en el patio de palacio a la hora en que los Pringle estaban desayunando. Había otra con un altavoz en la cubierta junto a la estatua de Carol I. Habían anunciado que hablaría a las diez; compareció ante el micrófono poco antes del mediodía.

Unos cuantos ociosos pasaron la mañana en los alrededores de la furgoneta del altavoz y, cuando empezó el discurso, acudieron unos cuantos más. Escuchaban sin entusiasmo, como si no tuvieran otra cosa que hacer, y Harriet, que los veía desde el balcón, encendió la radio por el mismo motivo. Hacía un año había oído un discurso del rey (cuando prometió que Rumanía jamás sufriría una derrota) y tenía pocas esperanzas de entender esa forma entrecortada de hablar rumano, pero cuando el

monarca empezó a hablar se dio cuenta de que lo habían entrenado a fondo para la ocasión. Pronunciaba cada palabra con énfasis, con la voz cargada, así que se imaginó que estaría sobriamente abrumado de dolor.

Mientras hablaba, ella se fijó en una fila de jóvenes que salía de Calea Victoriei y cruzaba la plaza con pancartas y repartiendo panfletos. Fuera cual fuera el mensaje, despertó más interés que las palabras del rey, que, supuso, estaba prometiendo a su pueblo que él estaría a su lado y sufriría con ellos, fueran cuales fueren los sacrificios que tuviesen que hacer y los sufrimientos que tuvieran que soportar. Trágicamente, con la voz quebrada de emoción (igual que cuando prometió que Rumanía jamás sufriría una derrota), prometió que jamás abdicaría.

En el momento en que pronunciaba las palabras *Nu voi abdică niciodată*, los jóvenes llegaron a la barandilla de palacio, se detuvieron y allí se quedaron exhibiendo las pancartas frente a las ventanas.

Harriet estaba segura de saber quiénes eran: seguidores de la Guardia de Hierro. No llevaban uniforme, ni marchaban en formación ni cantaban *Capitanul*, pero empezaban a apoderarse de las calles. Había visto a los pocos que habían vuelto de Alemania en primavera, con la amnistía, tan inseguros, y le asombraba la cantidad de ellos que se habían reunido ya, y muy seguros de sí mismos, ganando adeptos entre los indigentes y los afligidos. Esos hombres que habían desaparecido en los callejones se enseñoreaban ya de Calea Victoriei mientras los timoratos peatones se hacían a un lado para dejarlos pasar.

El discurso terminó y Harriet decidió ir a ver de cerca las pancartas de la Guardia de Hierro. El sol estaba en su cénit. La gente se iba de la plaza huyendo de la embestida del calor del mediodía, pero los jóvenes seguían allí sin flaquear. Harriet, que veía muy bien de lejos, se agachó cerca de la estatua y vio que en una de las pancartas se pedía que el rey abdicara. En otra, que se detuviera a Lupescu, a Urdureanu, al jefe de policía y a otros depredadores del país. En la otra se prometía que en cuanto el rey y sus secuaces fueran expulsados, el eje devolvería Besarabia al pueblo rumano.

Harriet no era la única que prefería leer estas reivindicaciones desde una distancia prudencial. La gente que estaba cerca de ella murmuraba, asombrada y alarmada. A ella también le asombraba que se pudiera celebrar semejante manifestación a plena luz del día, delante de palacio, sin que la guardia hiciera nada por impedirlo.

Dentro de palacio, bajaron las claras persianas, que escondieron las ventanas de una en una, tal vez por el sol o tal vez para no ver lo que pasaba fuera. No sucedió nada.

Antes de volver a casa pasó por delante de los jóvenes para que le dieran un panfleto —un manifiesto titulado *Corneliu Zelea Codreanu*—y se lo llevó para leerlo en casa mientras esperaba a que volviera Guy. Se instaló a leerlo con un diccionario.

Ahora podía revelarse la verdad —decía el manifiesto—. A Codreanu no lo habían matado de un disparo cuando intentaba fugarse. Lo habían asesinado por orden del rey. Así era como había sucedido.

La Guardia de Hierro, también llamada la Legión del Arcángel Miguel, había obtenido sesenta y seis escaños en las elecciones de 1937. El rey, envidioso al momento del poder de Codreanu, había disuelto sin demora todos los partidos y se había declarado dictador. Hitler había dicho: «Para mí solo existe un dictador en Rumanía, y es Codreanu». Había sabido ganarse la confianza y el cariño que había perdido el rey, el corrupto instigador de un régimen tan corrupto como él. Codreanu, joven, noble, santo, alto, divinamente bello, había recibido la inspiración directa del arcángel san Miguel para redimir a su país fundando la Guardia de Hierro. Tenía un poder misterioso que percibían cuantos se acercaban a él. Cuando apareció vestido de blanco en su caballo blanco, los campesinos lo reconocieron inmediatamente como el representante del arcángel en la tierra. Tenía la misión de unir a los rumanos en una hermandad, no solo a los vivos, sino también a los no natos y a los muertos…

Pasó rápidamente al trágico final. Se saltó la supresión de la Guardia de Hierro, la prueba de la carta falsa y del juicio farsesco en el que Codreanu fue declarado culpable de alta traición y condenado a la cárcel y llegó a la fría noche de

noviembre en que se llevaron al líder y a trece de sus camaradas en unos camiones, maniatados y amordazados, al bosque de Ploiești, y allí los estrangularon de uno en uno con una correa. En Port Jilava rociaron los cadáveres con ácido; los quemaron y enterraron los restos en una fosa, que taparon con una enorme losa de cemento.

Sin embargo, todas estas precauciones fueron en vano. Codreanu era inmortal. Su espíritu seguía vivo en la tierra, reagrupando fuerzas… inspirando… exhortando… dirigiendo… etcétera, etcétera.

No leyó más. Esta romántica historia de un líder joven asesinado por un rey envidioso le avivó la imaginación y pensó en los hombres de la plaza que le habían dado el panfleto: la cabeza afeitada, la tez oscura, camiseta de tirantes o camisa barata sin cuello… podían ser artesanos. Eran poco más que campesinos. Al ver a los grupos de la Guardia de Hierro por las calles, Guy había dicho: «Con qué rapidez reclutan gente entre los de su clase, como los desesperados, los incapaces, los bestias». Sin embargo, a ella le parecía que eran las únicas personas de esa maltrecha ciudad cuyos ideales pasaban por encima del dinero, de la comida y del sexo. ¿Por qué no se les iba a infundir ideales a los bestias, esperanza a los desesperados y fuerza a los incapaces?

También le estimuló la revelación de una vena mística en este pueblo aficionado a los placeres. Era comprensible que un visionario como Codreanu fuera capaz de poner en movimiento a campesinos famélicos y supersticiosos, pero se suponía que los urbanitas se identificarían más fácilmente con la figura del rey y sus amantes, sus triquiñuelas y su afición al dinero. ¿O es que todo el mundo discrepaba de sí mismo? Fuera lo que fuese, la cuestión era que en Bucarest, en el entierro de los hombres de la Guardia de Hierro caídos en España, la gente había recibido a Codreanu con tal entusiasmo que el rey decidió matar a su rival y prohibir el movimiento de la Guardia.

Cuando llegó Guy, Harriet estaba impaciente por hablar de Codreanu, pero él no tenía el menor interés. Ya sabía toda la historia.

—Reconocerás —dijo ella— que las ideas de la Guardia de

Hierro no están tan lejos de las tuyas.

Guy levantó la mirada bruscamente y, con un gesto, indicó que en ese preciso momento, en lo absurdo de esa afirmación, radicaba el *quid* del problema del mundo.

—Cordeanu —dijo— era un asesino, un acosador de judíos, un matón al que seguían unos inútiles que solo buscaban una cosa: poder a cualquier precio.

—Pero, si con el poder conseguían rehacer el país…

—¿Crees que serían capaces? La incompetencia del gabinete de Carol no sería nada en comparación con la de ese atajo de rufianes.

—Bueno, se les podría dar una oportunidad.

—Antes de la guerra había muchos sentimentales como tú. No se daban cuenta de que, mientras los fascistas los hipnotizaban con los aspectos románticos del fascismo, los obligaban a vender su alma…

Al darse cuenta de las palabras que acababa de pronunciar hizo una pausa, y Harriet, con la sensación de ser una ignorante y de estar un poco chiflada, aprovechó para decir:

—Si los fascistas obligan a vender el alma, los comunistas niegan su existencia.

Guy soltó un gruñido y cogió un periódico. Harriet sabía que no creía en la religión, que la consideraba parte de la conspiración para que los ricos siguieran siendo ricos y los pobres fueran dóciles. No estaba dispuesto a discutir de cosas que no contribuyeran a una mejora práctica de las condiciones de vida de la humanidad. Naturalmente, las teorías de Harriet eran tan simples que carecían de importancia.

De momento, cogió el periódico para escudarse y dejar de hablar de las tonterías de su mujer. Para provocarlo, ella le dijo:

—Según Clarence, no eres más que el hijo rebelde de un padre rebelde.

—Clarence es un zoquete —replicó él, pero bajó el periódico—. Lo cierto es que se puede decir que reaccioné contra mi padre. El pobre hombre era un poco romántico. Creía que las clases adineradas eran las depositarias de la cultura. Decía: «Esa es su función, ¿no? Si no salvaguardan las artes, ¿qué demonios hacen?». Cuando empecé a conocer a gente rica

me impresionó lo ignorante y vulgar que era.

—¿Dónde conociste a esa gente rica?

—En la universidad: los hijos de los dueños de las fábricas. No eran aristócratas, cierto, pero eran ricos, y no nuevos ricos precisamente. Eran terratenientes de las Midlands. Siempre hablaban de los «advenedizos», pero hasta los más inteligentes preferían lo moderno a lo bueno.

—¡Como todo el mundo! —respondió Harriet riéndose—. ¿A cuánta gente le gusta lo más elevado cuando lo ve? Sencillamente lo toleran si se les repite muchas veces que es lo bueno. —Guy le dio la razón, y estaba a punto de volver al periódico cuando ella añadió—: ¿Fuiste a su casa alguna vez?

—Sí. Supongo que me convencieron hasta cierto punto. Al principio no podían creer que yo fuera un auténtico hijo del proletariado. Era demasiado grandote y desaliñado. Según ellos, tendría que haber sido un hombrecito huesudo con traje oscuro y siempre dolido. Cuando descubrieron lo auténtico que era, me adoptaron como su persona favorita de la clase obrera.

—¿Y te molestó? ¿Te gustaban? ¿Te gustaron los Drucker?

Tuvo que reconocer que sí. No podía evitar que le cayera bien la gente a la que le caía bien él. Se hacían amigos suyos para siempre.

—Pero —dijo—, sé que la superioridad del ser humano depende de unas pocas personas con una estructura intelectual y moral, como por ejemplo mi padre, que casi nunca tienen dinero, ni poder ni el menor sentido de su propia importancia.

Dicho lo cual, Guy se fue a dar clase a sus alumnos y Harriet, en cuanto la temperatura bajó un poco, se fue a la azotea a hablar con Sasha.

En una ocasión Guy había dicho de Harriet que, aunque no tardaría en cumplir veintitrés años, todavía tenía mentalidad de adolescente. Tal vez su relación con Sasha fuera de adolescentes.

Guy era un sabelotodo que nunca tenía tiempo para fantasías de ninguna clase, y eso la frustraba. La amordazaba. En cambio Sasha tenía todo el tiempo del mundo. No hablaba mucho, pero escuchaba con los cinco sentidos, como si fuera nuevo en el mundo. Estaba encantado con las visitas, la miraba

con tal calidez y una atención que a ella le parecía que cualquier cosa que dijera era pertinente y emocionante. El chico creía —o, mejor dicho, su actitud comprensiva la hacía creer que él así lo creía— que relacionaba la vida con la eternidad, más que con el tiempo, igual que ella.

Cuando Guy se iba ella también podía ir a un sitio. A lo largo del día tenía bastantes cosas que hacer. Pero el final de la tarde, la hora de descansar, cuando el cambio de luz creaba un nuevo espacio en la ciudad, le daba una sensación de soledad que la hacía pensar en Sasha, que también estaba solo.

Esa tarde, cuando fue a verlo después del té, le habló de Codreanu.

—Amaba a los campesinos. Les dio la idea de una nación unida en la hermandad. Sin duda lo importante es que la gente creía en él, ¿no te parece?

—Pero hizo cosas terribles —dijo Sasha, incómodo—. Empezó los pogromos. A mi primo lo tiraron por una ventana de la universidad. Se partió la columna vertebral.

Esa era la realidad, naturalmente.

—Pero ¿por qué tendría que ser esa la realidad? —dijo ella.

Los ideales estaban bien. Los habían formulado para combatir un régimen corrupto en el que medraban los ociosos, los egoístas, los deshonestos. ¿Por qué, entonces, tenían que degenerar en una realidad de chantajes, persecución y asesinato? ¿El ser humano era tan falible y egoísta que la degeneración era inevitable?

Guy, que había desechado tajantemente cualquier insinuación de coqueteo con la Legión del Arcángel Miguel, sabía cómo combatir la falibilidad del ser humano: un mundo unido en el socialismo de izquierdas. Sasha no lo sabía.

Intentó considerar la cuestión con desapego solo por complacerla, pero su mirada tierna, vulnerable y amorosa se tiñó de desazón.

Harriet se acordó del momento, en la mesa de Drucker, en que una de sus tías preguntó: «¿Por qué nos odian?». Drucker mandó salir del comedor a las niñas pequeñas, pero no a Sasha; había que prepararlo para la realidad. Aunque la riqueza lo protegiera de muchas cosas, de los prejuicios no. Pero, desde

luego, no estaba preparado. Había vivido tan protegido que no podía relacionar las historias de persecución consigo mismo.

—Los campesinos son gente muy sencilla —dijo—. No sería difícil hacerles creer en Codreanu. Creerían en cualquier cosa.

La miró suplicante, como diciendo: «Eso justifica por completo la misteriosa influencia de la Guardia de Hierro y todo lo que conlleva». En resumen: «Hablemos de otra cosa». Seguramente prefería hablar de los campesinos que en algún momento le habían demostrado una amabilidad primitiva. Lo habían respetado porque hablaba inglés, aunque casi no podían creer que hubiera estado en Inglaterra. Ellos creían que Inglaterra era una especie de paraíso, la morada de los titanes.

Le contó cómo aguantaban las guardias con la misma paciencia que sus animales, todo el día, en traje de invierno. Se les había adjudicado un presupuesto para uniformes de algodón, pero se había gastado en otra cosa. ¿Quiénes eran ellos para quejarse?

—¿Dónde hacían guardia? —preguntó Harriet.

—Pues en los puentes, en las estaciones de ferrocarril y en los viaductos. Era una tontería. Cuando llegaron los rusos, los oficiales se metieron en los coches y se fueron. No sabíamos qué hacer…

Vio cómo le cambiaba la expresión cuando, al hablar de la desbandada del ejército, se acordó de Marcovitch. A esas alturas ya le había contado otros sucesos: el del judío ortodoxo al que habían pateado la cabeza como si fuera «una vasija rota» y el del famoso folclorista que, tras ser golpeado por su sargento, al día siguiente apareció con una medalla. «Así que te has condecorado tú solo», le dijo el sargento. «No, me ha condecorado el rey», respondió el académico, y por contestar con semejante impertinencia se llevó un violento bofetón.

A él no le había pasado nada verdaderamente grave, pero no estaba preparado y le había horrorizado que los de su raza fueran siempre el chivo expiatorio de todas las cosas. Por eso se había fugado.

—Aprendí algunas canciones de las que cantaban los campesinos. El folclorista las recopiló.

Mientras el chico hablaba, Harriet miró por encima del

muro y vio a Guy cruzando la plaza en dirección a casa. En los primeros tiempos de matrimonio habría volado escaleras abajo; en ese momento se quedó mirándolo desde donde estaba, pensando en la teoría de Sasha de que la Guardia no había surgido del poder de su fundador, sino de la credulidad de sus seguidores. Le dio la impresión de que el argumento había cerrado un círculo, como suele pasar con los argumentos. La ignorancia y la superstición obraban maravillas. Si se pudiera acabar con ambas desaparecerían las maravillas y quedaría solamente un universo de materia insensible en el que Guy estaría en su propia salsa, aunque ella no. No podía aceptar este recorte de horizontes, pero tenía que reconocer a su pesar que Guy tenía razón casi siempre.

—Me voy ya —le dijo a Sasha, interrumpiéndolo.

El chico sonrió sin protestar ni hacer preguntas, como los campesinos, pero cuando se iba, le dijo con melancolía:

—Ojalá tuviera aquí mi gramófono.

—Deberías estudiar —le respondió ella. Le había pedido a Guy que programara algunos deberes para Sasha: escribir artículos, leer libros… Los libros estaban desparramados por el suelo. Los había abierto, pero dudaba que hubiera leído algo—. ¿Por qué no trabajas un poco?

—De acuerdo —dijo.

Pero, al dar la vuelta en las escaleras para bajar, vio que cogía el carboncillo y se ponía a dibujar en la pared.

10

Una mañana, mientras la ciudad temblaba como un espejismo bajo el calor aplastante del mes de agosto, Harriet se encontró de frente con Bella en Calea Victoriei. Su amiga sonrió y entró rápidamente en una tienda. Es decir, que al final no se había ido a Sinaia, sino que se había quedado en Bucarest, como todo el mundo, prisionera de la incertidumbre y el temor.

La Conferencia de Roma había fracasado. En esta ocasión nadie se imaginó que aquello fuera el final del asunto. Seguro que habría otra. Cuando lo anunciaron, nadie se movió, no se habló en tono desafiante. El nuevo gabinete había proclamado fidelidad completa al Führer y el dictador exigía un acuerdo pacífico. Cualquier acuerdo, fuera el que fuese, solo podía acarrear pérdidas para Rumanía. En los cafés y en los bares la gente empezaba a aceptarlo con una resignación no exenta de humor. ¿Qué se podía hacer, si no? Yakimov, inspirado por el talante de las conversaciones, había ideado un chistecito.

—*Quel débâcle*! —decía siempre que se le presentaba la ocasión—. El suelo se agrieta bajo nuestros pies a cada paso que damos —y hasta Hadjimoscos era incapaz de contradecirlo.

Los jóvenes seguían ante el palacio con las pancartas, apoyados por unos cuantos admiradores. En cuanto al rey, después de su discurso, de su declaración de quedarse en su sitio, había guardado silencio y se empezó a cantar una canción que David versificó lo mejor que pudo:

> Besarabia para ellos. Con su maíz nada queremos hacer.
> El mejor pan de trigo se cuece en nuestro Nuevo Amanecer.
> Que se queden con Dobrudja. Han vendido el palacio del rey, se lo han vendido a la nación por un millón de millones de lei.
> ¿Quién quiere Transilvania? En bandeja la podéis entregar.
> Que saqueen a su antojo. Yo no voy a abdicar.

La última frase, *Eu nu abdic*, era el eslogan de moda. Se hacían bromas con ella. Se inventaban adivinanzas cuya respuesta siempre era *Eu nu abdic*. Era lo más ingenioso que se podía apostillar a cualquier comentario o pregunta, por retorcido que resultase. Siempre provocaba risa.

Ante la amenaza de Transilvania, nadie se hacía mucho eco

del sur de Dobrudja, pero se decía que el antiguo ministro, que había llorado por Besarabia, había llorado también —por costumbre probablemente— cuando se recibió la petición de Bulgaria. Recordó al gabinete que el corazón de la reina Marie se encontraba enterrado en el palacio de Balcic y que ella confiaba en que sus súbditos lo defenderían con su vida. El hombre se levantó gritando: «¡A las armas! ¡A las armas!», pero nadie se lo tomó en serio, ni siquiera él. La reina, que había muerto hacía apenas dos años, simbolizaba una época caballeresca tan pasada de moda como el honor, tan obsoleta como la verdad.

La cesión del sur de Dobrudja se anunció para el 7 de septiembre. Harriet pensó que había sido una solución pacífica de la cuestión de las fronteras, pero cuando se lo dijo a Galpin, este la miró con la fría ironía de quien tiene más conocimiento de causa. Se habían encontrado enfrente del Athénée Palace; Galpin llevaba una maleta.

—Por si acaso —dijo él—, siempre tengo la maleta hecha y el depósito lleno.

—¡Ah!

Cruzó hasta su coche, guardó la maleta en el maletero y en un tono más cordial dijo:

—Me ha parecido muy raro que se hayan conformado con ese trocito mohoso del sur cuando podían haberse quedado con toda la costa.

—¿Quieres decir que se han quedado con toda la costa?

—Ellos y alguien más. Supongo que lo tenían pactado desde hace meses. Cuando los búlgaros se apoderen del sur, los rusos ocuparán el norte. Entre los dos dominarán toda la llanura litoral. Es un complot eslavo. —Al ver que Harriet no se alarmaba tanto como esperaba, añadió de mal humor—: ¿No entiendes lo que significa? Rumanía se queda sin salida al mar. La Legación tiene el plan de evacuar a los súbditos británicos desde Constanza. Tú serás una de las que lo sufran. No habrá vía de escape.

—Podemos ir a Belgrado.

—Mi querida niña, cuando los alemanes marchen hacia aquí, tomarán Yugoslavia *en route*.

—Bueno, podemos ir en avión.

—¿Cómo? ¿Toda la bendita colonia británica? Me gustaría verlo. De todas formas, en situaciones de conflicto, lo que primero cierran es el servicio aéreo. Lo he visto muchas veces. Bueno, yo no me arriesgo. En cuanto soplen aires de invasión, de cabeza al cacharro y adiós.

—Ah, bien —dijo Harriet, procurando aliviar la situación—, ¿nos llevarías contigo?

—Pues no sé —dijo Galpin, con los ojos desorbitados—. Tengo equipaje. Tengo a Wanda. El Austin es viejo. La carretera de los Balcanes es mala. Si se nos rompen las ballestas estaremos perdidos.

Se metió en el coche, cerró la portezuela y se largó como si Harriet hubiera intentado aprovecharse de él.

Cuando llegó al piso, sonaba el teléfono. Inchcape estaba buscando a Guy.

—Dígale que estaré ahí después de comer —le gritó.

Harriet oyó el violento golpe que dio al colgar.

Cuando llegó, los Pringle y Yakimov todavía estaban sentados a la mesa. Guy se había burlado de la teoría de Galpin sobre el complot eslavo alegando que los rusos no se quedarían con ningún territorio al que no tuvieran derecho. Aunque ocuparan el norte de Dobrudja, los británicos podrían irse desde Constanza.

Yakimov soltó su *Quel débâcle*! y parecía que tenía ganas de seguir hablando, pero Inchcape iba de un lado a otro del comedor con tanta impaciencia que por fin Yakimov se dio cuenta de que sobraba. Cuando se fue, Inchcape dio la vuelta a una silla, se sentó a horcajadas y dijo:

—Están intentando sacarnos de aquí. Quieren que nos vayamos.

—¿Quiénes? —preguntó Guy—. ¿La *prefectura* o la Legación?

—La Legación. Quieren reducir la colonia británica, deshacerse de lo que llaman «los chicos de la cultura».

—¿Por lo de Dobrudja? —preguntó Harriet.

—Entre otras cosas. Dobson ha tenido la cara de insinuar que sobramos aquí. Dijo: «Comprenda que tenerlos por aquí es

más trabajo para nosotros». Eso es lo único que les preocupa.

—¿Quieres decir que la orden es definitiva?

—Eso pretenden. —Inchcape encendió un cigarrillo y frotó la cerilla con rabia—. Pero no pueden expulsarnos sin un motivo válido. Lo primero que van a hacer es convencernos de cerrar el Departamento de Inglés. Cuando lo consigan, podrán decir: «¿De qué sirve su presencia aquí?». Pero yo no tengo la menor intención de cerrar.

Guy asintió y Harriet se preguntó si se habría hablado de la Oficina de Información, que ya estaba inactiva en sus mejores tiempos y últimamente agonizaba. Antes de que pudiera preguntar, Inchcape aplastó el cigarrillo en un plato de café —solo había fumado una tercera parte— y dijo:

—Cuando me llamaron de la Legación esta mañana, insistí en ver a sir Montagu.

—¿Y qué pasó? —preguntó Guy.

Inchcape encendió otro cigarrillo con mano temblorosa. Ya no se acordaba de la guerra entre naciones. Tenía su guerra personal con la Legación.

—Está claro que la llamada tenía un solo motivo: hablar de los avisos que no paran de llegarnos para que nos vayamos. Dobson dijo: «Creemos que es mejor que cierren los cursos de verano». Me negué a discutirlo con él y exigí ver al jefazo. Quisieron colocarme a Wheeler. Al final, por increíble que parezca, llegué al gran hechicero en persona. ¿Y qué crees que me dijo? «¿Cursos de verano? ¿Qué cursos de verano?» Le dije que para que dejáramos de trabajar necesitábamos una orden directa de Londres. No creo que se den mucha prisa en cursarla. En Londres nadie tiene una idea clara de lo que hacemos aquí.

—¿Y…?

—El viejo se puso un poco bravucón. Yo seguí en mis trece, así que me dijo: «Si se quedan, será por su cuenta y riesgo. No le garantizo que pueda sacar vivo de aquí a ninguno de sus colegas».

—¿Y qué hay de Woolley y los otros hombres de negocios?

—Dijo que podían arreglárselas ellos solos. Tienen coches. Cuando llegue el momento, pueden ir a Bulgaria. Dijo: «Para ustedes, los que no tienen coche, no será tan fácil. Los trenes

solo llevarán tropas a la frontera. La aviación civil quedará en manos del ejército. Ni siquiera habrá barcos si Constanza pasa a poder de los rusos». Le dije que estábamos preparados para asumir el riesgo —añadió, y miró a Guy pidiéndole una confirmación.

—Naturalmente —dijo Guy.

—¿Por qué? —preguntó Harriet.

—Porque tenemos una función que cumplir —dijo Guy—. No nos moveremos mientras sirva de algo que estemos aquí.

—Exacto —dijo Inchcape. Se sentó otra vez, más tranquilo al saber que contaba con el apoyo de Guy—. Por otra parte —continuó—, tenemos la Conferencia Cantacuzino a la vista. Pinkrose ya está en camino. Le han asignado un vuelo prioritario a El Cairo. Eso no se lo ofrecen a cualquiera. Y pienso estar aquí para darle la bienvenida.

—¿Qué más dijo sir Montagu?

—Intentó persuadirme. «Usted solo puede hablar por sí mismo. Habrá que consultar a los otros hombres», me dijo, y le contesté: «Conozco a mis hombres. Puedo hablar por ellos», y él insistió: «No obstante, deben convocar una reunión para debatir la situación y que Dobson les diga unas palabras». Estaba claro que el muy ladino creía que os iba a dejar en la inopia, así que le dije: «Muy bien, convocaré una reunión esta misma tarde. Será abierta, podrá asistir quien quiera. Conozco a mis hombres y sé lo que van a decir». —Miró fijamente a Guy, que asintió de nuevo con un gesto. Inchcape, satisfecho, se levantó—: Así que, en la sala de profesores a las seis.

—¿Puedo ir? —preguntó Harriet.

Inchcape dio media vuelta para mirarla, le sorprendía que quisiera participar en el asunto.

—Sí, si quiere —dijo, y se dirigió de nuevo a Guy—: Avisa a los demás. A Dubedat, a Lush y a las señoras. Creo que te encontrarás con que todos nos apoyan. Nadie quiere perder su trabajo.

A las seis, la calima estaba muerta y amarillenta como una fina capa de humo en las calles inertes. Hacía un bochorno rancio, sin fervor. Las tiendas estaban abiertas, pero parecían dormidas.

En Calea Victoriei, una acera se cocía al sol amarillo miel,

la otra estaba de color azul de Prusia. Harriet fue por la sombra hasta llegar a la Oficina de Información Alemana y allí se detuvo antes de cruzar la calle. El mapa de Francia había aparecido y desaparecido en menos de un mes, pero el de las islas británicas había estado tanto tiempo allí que la gente había perdido el interés. Harriet era la única que miraba el escaparate. Se dijo: «Jamás llegarán allí», y vio que entre las ciudades rodeadas de llamas se encontraba la suya, en la que había nacido: una ciudad que aborrecía. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

En la otra acera, las gitanas se levantaban por detrás de sus grandes cestas y salpicaban las flores con agua que llevaban en viejas peras de aplicar lavativas. El olor dulce y penetrante de las azucenas llegaba a las escaleras de la universidad.

—*Doamna, doamna* —la llamaron mientras subía.

Al entrar en la oscuridad gótica del edificio oyó la voz de Guy. Todavía estaba en el aula. Fue a sentarse en la balaustrada para mirar la calle que empezaba a despertarse. Cuando salieron los estudiantes le sorprendió que se dispersaran tan deprisa. Siguió esperando, creía que saldrían más, pero fue Guy el que salió a buscarla.

—¿Por qué hay tan pocos estudiantes? —le preguntó.

—Ha bajado la demanda —reconoció—. Es lo normal. Algunos se aburren. Ven, ya ha empezado la reunión.

Echó a andar deprisa delante de ella por el largo pasillo principal, que era muy estrecho para la altura que tenía, y abrió la puerta de la sala común. Inchcape decía:

—… una situación ridícula. El caso es que la Legación quiere cerrar los cursos de verano. Os he convocado a todos para hablar de ello. Al fin y al cabo, es vuestro plato de lentejas.

Iba elegante, con un traje gris de seda, y estaba sentado en la sala de profesores con un pie subido al travesaño de una silla. Sonrió al mencionar a la descarada Legación. Por lo visto ya no sentía rencor, pero agarraba con fuerza el respaldo de la silla y miró fijamente a los Pringle mientras se sentaban.

Clarence, estirado en el sillón del despacho de Guy, miró a Harriet de soslayo cuando se sentó a su lado. Frunció el ceño, resbaló un poco más en el asiento y empezó a morderse un lado

del dedo índice. Toby cruzó una mirada con ella y le sonrió como si hubiera algún entendimiento entre ellos. Las tres profesoras miraron a Guy con cariño. Dubedat miraba fijamente a Inchcape, que, en cuanto la sala quedó en silencio otra vez, dijo:

—Pero resulta que tengo buenas noticias en la manga. Acaban de llegar ahora, cuando me iba de la oficina. —Todo el mundo lo miraba con expectación y sonrió alargando la situación un momento, hasta que continuó—: Cuando llegue nuestro amigo Dobson, es posible que la Legación haya cambiado el tono.

Harriet se preguntó si sería posible que la guerra hubiera terminado milagrosa pero insatisfactoriamente. No, la guerra no podía terminar sin derrotar al enemigo.

—Acabo de saber —continuó Inchcape— que la R.A.F. bombardeó Berlín anoche.

—¡Vaya! ¡Espléndido! —exclamó Guy, y los demás asintieron en voz baja, aunque esperaban algo más, sin duda.

—Sí, espléndido. Significa que estamos contraatacando —dijo Inchcape—. Es la primera vez que la población civil alemana cata esta guerra. No tardaremos en tenerlos tan ocupados en el oeste que la posibilidad de un frente en el este quedará fuera de juego.

—¡Ah! —dijo la señora Ramsden, encantada.

—Pero pueden pasar muchas cosas antes de que llegue ese momento —dijo Dubedat sombríamente.

—No estoy seguro.

Inchcape empujó la silla hacia delante y cruzó los brazos. Sonreía como dando a entender que, si quería, podía justificar esa confianza. Los demás esperaron, pero no dijo nada más.

Al ver que el silencio se alargaba, Guy se levantó. Las profesoras se volvieron hacia él como si fuera a resolver algo.

—Lo importante es que nosotros sigamos aquí —dijo—. Es decir, que no huyamos. Aquí hay mucha gente que necesita nuestro apoyo.

—Estoy de acuerdo —resonó la voz de Clarence con fuerza y magnanimidad desde las profundidades del sillón.

Se abrió la puerta.

—Pido disculpas —dijo Dobson, entrando a toda prisa con el traje de lino arrugado y una gran mancha de humedad entre los omóplatos—. No nos dan un respiro ni de día ni de noche.

No miró a nadie, pero se fijó en los objetos con alegría mientras buscaba un pañuelo. Tenía la cabeza y la cara rojas, y gotas de sudor entre el fino y escaso pelo que le cubría la cabeza. Inchcape estiró las piernas y se puso de pie.

—La palestra es suya —dijo.

Dobson encontró el pañuelo y se lo pasó por la cabeza.

—¡Bien, bien! —Sonrió a los presentes como si tuviera fe en el sentido común de todos ellos—. No hay mucho que contar. Huelga decir que hablo en nombre de su excelencia —dejó de sonreír y se puso serio—. Aquí empiezan a pasar cosas. Pueden verlo con sus propios ojos. Ni su majestad está seguro en su trono. Nadie puede asegurar qué es lo que va a suceder. Nosotros creemos que los alemanes tienen intención de tomar la ciudad. Los sucesos de los últimos días apuntan a un plan bastante coherente. Una quinta columna, la Guardia de Hierro en este caso, provoca disturbios, con lo que las tropas del eje tienen una disculpa para entrar a imponer el orden. Si sucediera esto aquí, tal vez tendrían ustedes una posibilidad de irse, pero tal vez no. Si los avisaran con tiempo, podría ser que no encontraran transporte. En cualquier caso, tendrían que abandonar todas sus cosas. Podría suceder en cualquier momento: la semana que viene, mañana e incluso esta noche… —Miró a los que le escuchaban con gran seriedad y, al encontrarse con expresiones de desánimo, sonrió sin querer—. No deseo asustarlos —dijo, tragándose la sonrisa—, pero no tiene mucho sentido quedarse hasta que sea demasiado tarde. El Departamento de Inglés ya ha puesto su grano de arena. *Troilo y Crésida* fue un esfuerzo sencillamente espléndido. Montar esa obra supuso una inyección de moral en el momento en que más falta hacía —dijo, y soltó una risita—, defendieron ustedes sus posiciones como troyanos. No obstante —continuó, serio de nuevo— su trabajo aquí ha terminado. Tienen que entenderlo. Su excelencia cree que el departamento debe cerrar sus puertas y los empleados, hacer las maletas e irse ordenadamente.

Terminó de hablar y, con una mirada, devolvió el foco de

atención a Inchcape, que no se movió. Miraba hacia abajo, hacia sus zapatos blancos de ante, con las manos cruzadas en el regazo, dando a entender que no quería influir en la opinión de los demás. Tras una larga pausa, dirigió la vista hacia sus colegas invitándolos a opinar con independencia. El inmenso sombrero de la señora Ramsden, ribeteado de plumas de faisán, se movió en busca del siguiente orador y su vestido de tafetán crujió. Al ver que nadie tomaba la palabra, la señorita Turner, la mayor de las tres, dijo con su vocecita quejumbrosa:

—Sabemos que las cosas están mal aquí, pero sin duda, ahora que nuestros aviones han bombardeado Berlín… Es decir, las cosas han cambiado, ¿no?

Dobson le hizo una inclinación cortés y, como si de un niño se tratara, le explicó:

—Todos nos alegramos mucho del bombardeo. Es inmensamente favorable para nuestro prestigio, por supuesto, pero la situación aquí se ha deteriorado tanto que no le afecta. La verdad es que Rumanía está a todos los efectos en manos enemigas y… ¡tenemos que afrontarlo!

La señorita Turner miró a Inchcape con lástima esperando un comentario más favorable, pero Inchcape no tenía nada que decir. Guy volvió a ponerse en pie.

—Hace ya algún tiempo que sabemos que nuestra situación en el país es precaria. Hemos preferido quedarnos a pesar de todo. Es posible que seamos una carga para la Legación, pero la cuestión es…

—Mi querido amigo —lo interrumpió Dobson—, nos preocupa la seguridad de todos ustedes.

—Acabo de cumplir veinticuatro años —dijo Guy—. Clarence, Dubedat y Lush están en edad de reclutamiento militar. Nuestros coetáneos visten de uniforme. No creo que corramos más peligro aquí que en el desierto occidental.

Había decidido lo que iba a decir y habló con firmeza, abiertamente, pero Harriet, que lo miraba, se dio cuenta de que estaba tenso. Apoyó la frente en la parte baja de la mano derecha como si necesitara sujetársela. Había estudiado en una universidad de provincias y procedía de una familia pobre, por eso le resultaba difícil resistirse a la majestad del ministro

británico y su Legación.

Hizo una pausa y a continuación, rápidamente, casi con agresividad, añadió:

—Creo que debemos quedarnos en Bucarest mientras haya trabajo que hacer.

—¡Bien dicho! —exclamó la señora Ramsden.

—Pero ¿hay trabajo para nosotros? —preguntó Clarence en un lánguido tono indeciso—. ¿Qué podemos hacer, o qué puede hacer la Legación, por cierto, si solo somos los restos de una potencia desacreditada en un país prácticamente ocupado por el enemigo?

—Cierto —dijo Guy—, los británicos han fracasado aquí; pero si podemos quedarnos hasta el final, quizá le demos a alguien algo en lo que creer en el futuro. Aquí hay muchas personas que corren mucho más peligro que nosotros. Para ellos somos lo único que queda de la cultura occidental y de los ideales democráticos. No podemos abandonarlos.

—¡Sea razonable, Pringle! —dijo Dobson con suficiente amabilidad—. ¿Qué nos queda aquí en estos momentos? Un puñado de estudiantes judíos.

—Mientras los estudiantes judíos nos sean fieles —respondió Guy— tenemos la obligación de corresponderlos.

Dubedat se hurgaba inexpresivamente un canino con un largo dedo sucio. Toby, que chupaba la pipa justo detrás, se inclinó hacia delante y murmuró algo. Dubedat lo hizo callar con una mirada ceñuda.

Inchcape, amable y sonriente, dio unos pasos al frente y dijo:

—Recordemos que además tenemos pendiente la Conferencia Cantacuzino. El profesor lord Pinkrose ya está en camino.

—¿Quién demonios es el profesor lord Pinkrose? —preguntó Clarence.

Despatarrado, casi tumbado boca arriba, vacilante entre la truculencia y el sentimiento, Harriet vio que estaba más borracho que sobrio.

—¿Alguien necesita que responda esa pregunta? —dijo Inchcape sonriendo, mirando a ambos lados.

—Lo primero son los estudiantes —dijo Guy, empeñado en combatir la indiferencia de la Legación con su causa.

Harriet se enorgulleció de él en ese momento, pero al mismo tiempo le dolió que relegara la seguridad de ellos dos a un segundo plano. Sabía que de no ser por Sasha lo único que la preocuparía sería sacar a Guy de allí a tiempo. Atrapada por la responsabilidad que sentía por él, casi renegaba de Sasha también. Y además, se dijo, era Guy, con su voluntad inmediata y casi irresponsable de adoptar a todo el mundo, el que había llevado a Sasha a casa.

En realidad no se imaginaba que la Legación consiguiera convencerlos de que se fueran «ordenadamente». Tenía fe en la determinación de Inchcape de quedarse mientras tuviera una excusa, pero en ese momento comprendió que había que resolver el asunto de Sasha como fuera. Era necesario que cuando llegara el momento pudieran irse sin escrúpulos de ninguna clase.

—Pinkrose es la flor y nata —dijo Inchcape, dueño otra vez del centro de la sala—. A los rumanos les encantan estas cosas.

Al parecer a Dobson también le encantaban. Empezó a ceder. No le había impresionado que Guy apelara a la fidelidad para con los estudiantes, pero en ese momento, mientras Inchcape magnificaba la importancia social del conferenciante y de la conferencia, asentía respetuosamente. A Harriet le sorprendió que no dijera nada sobre lo inoportuno que era que Londres les mandara a ese profesor. Naturalmente, Inchcape no les había puesto al día de cómo estaba realmente la situación en Bucarest, pero sin malicia, solo por no querer afrontarla. Sonrió con tristeza al pensar de pronto que, únicamente por la vanidad del profesor, lord Pinkrose podía terminar como todos ellos, en un campo de concentración alemán.

—Hay que tener en cuenta la conferencia, estoy de acuerdo —dijo Dobson—, aunque estoy seguro de que su excelencia aconsejaría advertir a lord Pinkrose de lo que puede encontrar aquí. Si supiera a lo que se arriesga, tal vez lo pensara dos veces…

—Lo dudo, lo dudo —lo interrumpió Inchcape afablemente.

—Bien —concluyó Dobson—, supongo que si sus hombres

están decididos a quedarse tendremos que permitírselo, al menos por un tiempo. Pero —se dirigió a la señora Ramsden, a la señorita Turner y a la señorita Truslove— en el caso de las señoras la cosa cambia. Su excelencia dice que no puede cargar con la responsabilidad de las damas solteras inglesas. Es decir, las que no están al cuidado de ningún hombre.

Las tres mujeres protestaron débilmente. Las plumas del sombrero de la señora Ramsden temblaron como si estuvieran montadas en alambres. Miraron a Dobson, que las miraba complaciente a su vez, y después a Inchcape en busca de socorro, pero Inchcape, eufórico por la victoria, estaba dispuesto a renunciar a las profesoras.

—En ese punto —dijo—, estoy de acuerdo con su excelencia. Señoras, sé que no desean ser un estorbo. Aparte de esto, su trabajo aquí ha terminado prácticamente. ¿Cuántos alumnos se inscribieron en los cursos de verano? Unos doscientos. Nos quedan… ¿cuántos? —dijo, mirando a Guy.

—Unos sesenta —contestó este de mala gana—, pero tenemos cinco niveles.

—Se puede reorganizar. La cuestión es —Inchcape miró a las profesoras— que su trabajo va a terminar enseguida. Estarán más seguras fuera del país.

—No queremos irnos —dijo la señora Ramsden.

—Ustedes tienen la última palabra, naturalmente —dijo Dobson con amabilidad—, pero cuando reciban la próxima orden de partir, no podré alegar que su presencia es esencial. Sería mejor para ustedes irse con tiempo, ahora que pueden.

—Pero… ¡oiga! —dijo la señora Ramsden vigorosamente—. Ya sabíamos todo esto cuando empezó la guerra. El señor Woolley dio una orden general de que todas las señoras se fueran de Rumanía. Mandó a su mujer a casa. Muchas otras se fueron al mismo tiempo y la mayoría no ha vuelto. Nosotras tres fuimos a Estambul. Tuvimos que alojarnos en una *pension*, un agujero infecto, sucio y además caro. Fue horrible. Nos pasábamos el tiempo sin nada que hacer ni ningún sitio al que ir. Nos gastamos todos los ahorros… y para nada, como resultó después. Al final volvimos. Este es nuestro sitio. Tenemos nuestro hogar aquí. Somos tres viejas, los alemanes no nos

harán nada.

—Y yo cobro en Bucarest una pequeña pensión —dijo la señorita Turner, que tenía un cutis pálido y azulado como la leche desnatada—. Me la paga el príncipe, ¿sabe? Cuidé a sus hijos veinte años. Ese dinero no lo puedo sacar del país, no me dejarían. Si me voy, me quedo en la ruina.

—Preferimos quedarnos a pesar del riesgo —dijo la señora Ramsden.

—Estimada señora —le explicó Dobson pacientemente—, si vienen los alemanes, no le permitirán quedarse en su casa; las mandarán a un campo de concentración, como el de Dachau, por ejemplo, un lugar de espanto. Podrían dejarlas años allí. No sobrevivirían.

La señorita Truslove se llevó un guante de algodón a los ojos y, con gran esfuerzo, dijo:

—Si tengo que volver a marcharme, me muero… Me muero.

Dejó de hablar y terminó con un gemido. Inchcape le dio unos golpecitos en el hombro, pero no se conmovió.

—En tiempos de guerra —dijo, animoso— tenemos que hacer cosas que no nos gustan.

—Pero usted dijo que… —insistió la mujer, tirándole de la manga— que ese bombardeo en Berlín…

—Por desgracia, eso no es el final de la guerra —sentenció Inchcape, e hizo un breve gesto como poniendo punto final a la cuestión.

La señorita Truslove, al borde de las lágrimas, empezó a pelearse con los guantes y gimió:

—No me los puedo poner. No me los puedo poner.

A Harriet le dio lástima ver a las tres señoras mayores tan desconsoladas, pero comprendía que, por desgracia, Dobson tenía razón. La señora Ramsden podría sobrevivir unos años en un campo de prisioneros, pero para las señoritas Turner y Truslove, frágiles y nerviosas como eran, sería el fin. No pensaban a largo plazo. La señora Ramsden vio que las miraba y dijo:

—Estoy segura de que el señor Pringle no quiere que nos vayamos. Me gustaría hablar con él, pero… —miró tristemente

a Guy, que estaba hablando con Dobson—, supongo que no debo molestarlo ahora.

—El profesor Inchcape —dijo Harriet— sigue al frente del departamento. Me temo que tiene la última palabra.

Se dirigieron a la salida mirando a Guy, con la esperanza de que las viera y las salvara de alguna manera. Pero ¿qué podía hacer? Estaba de espaldas a ellas, seguramente lamentando su situación. Como no tenían excusa para quedarse más tiempo, se fueron.

Detrás de Harriet, Toby hablaba de Cluj, de los peligros que había vislumbrado allí y de lo bien que había hecho marchándose antes de que estallara la crisis. Decía que el profesor había intentado «acosarlo» con amenazas de todo tipo si no cumplía el contrato, pero él sabía que, en su condición de extranjero, podía alegar *force majeure*. Típico de las anécdotas que contaba. Inducía a pensar que siempre había tenido que vérselas con tan tremendos tejemanejes de la política universitaria que solo alguien muy astuto habría podido salir indemne. Al verlo allí con su cara redonda, blanda y carnosa, la blanda barbilla retraída y el bigote, felicitándose porque «hay que sobrevivir», se le ocurrió que seguramente sería capaz de sobrevivir a circunstancias que los demás no soportarían.

De repente Dubedat se acercó a Dobson con brusquedad e interrumpió su conversación con Guy.

—En cuanto a ese complot eslavo —dijo como si no tuviera tiempo que perder—, ¿hay algún motivo real para creer que se nos cerrará el acceso a Constanza?

Dobson se desconcertó un momento, pero enseguida reaccionó y respondió con tranquilidad:

—Ninguno, que nosotros sepamos. —Dio media vuelta otra vez y siguió hablando con Guy—. Lo único que le interesa a Hitler de los Balcanes es la economía; la política le da igual. Ha ordenado a los rumanos que solucionen la cuestión de las fronteras solo para distraerlos hasta que sus tropas estén preparadas para la invasión. Y sucederá en cualquier momento.

Dubedat miró a Toby y le hizo una seña con la cabeza. Luego salió de la sala y Toby lo siguió sin decir una palabra.

Se presentó el conserje preguntando si podía cerrar.

Inchcape se llevó a Dobson, a Clarence y los Pringle fuera del edificio. Se quedaron en la terraza a la luz verdosa del anochecer. La gente empezó a llenar la calle a medida que el calor se soltaba a bocanadas y el aire se movía refrescando el ambiente. Era la hora más agradable de las diurnas. Dobson se ofreció a llevar en coche a quien lo deseara, pero todos preferían andar un poco.

—Entonces me voy —dijo.

Y bajó las escaleras ágilmente echando la cabeza hacia delante. Inchcape esperó a que se alejara lo suficiente para reírse sin que lo oyera y dijo:

—¡Hemos ganado la batalla!

Guy no reaccionó. Tenía arrugas de preocupación en la cara por las víctimas de la victoria.

—¿No podríamos dar a la señora Ramsden y a las otras dos una carta de recomendación para nuestro representante en Ankara? Son buenas profesoras. Podrían serles útiles.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —dijo Inchcape, y al momento añadió—: Bien, ¿qué diversión vamos a procurarle a Pinkrose? Creo que es un tanto maniático.

Harriet se apoyó en la balaustrada y miró abajo, a las cestas de flores. Tal como esperaba, Clarence se le acercó, aunque despacio y a regañadientes, le pareció.

—¿Es que no vamos a irnos nunca? —le dijo ella, cuando llegó a su lado.

—Puedes irte cuando quieras —le respondió él, que no estaba de un humor muy sociable—. No tienes un trabajo que te retenga.

—Tengo marido. Aunque estuviera dispuesta a irme sin él, no podría mantener dos casas.

—Podrías buscar algún trabajo.

—No es tan fácil en un país extranjero. Además, mientras Guy se quede aquí, yo también.

Las gitanas, estimuladas por la afluencia de gente, iban veloces de un lado a otro con sus volantes de gasa y se acercaban a la gente gritando:

—*Domnuli… domnuli… domnuli.*

Harriet vio a Sophie entre las flores; llevaba un vestido

amarillo que le resaltaba el gran pecho y la estrecha cintura. ¿A quién estaría esperando? La joven miró hacia arriba y, al ver a Clarence en la balaustrada, empezó a moverse de una cesta a otra con la peculiar precisión de quien sabe que lo están mirando. Sonreía con admiración a diestro y siniestro, se paró ante una cesta llena de capullos de rosa. Cogió uno, lo olió con fruición y lo admiró estirando el brazo. Harriet casi esperaba que se pusiera de puntillas sobre un pie e hiciera una pirueta, pero se acercó a la vendedora.

El verano anterior la había visto regateando tajantemente por unas violetas. En ese momento era toda ingenuidad y dulzura. Cuando la gitana le dijo el precio, protestó con un leve movimiento de dolor, desamparada en un mundo en el que hasta la belleza tenía un precio, y pagó sin chistar.

Harriet miró a Clarence, que observaba a Sophie con una sonrisa peculiar.

—¿Está esperándote a ti? —le preguntó.

—Eso creo. —Sonrió con malicia, sabía que la había sorprendido—. Por lo visto Sophie me ha tomado apego por algún motivo. El otro día dijo que, cuando me emborracho, parezco peligroso.

—¡Ah! ¿En serio? —Harriet se echó a reír, más irritada que alegre—. Te he visto borracho muchas veces, pero nunca me has parecido peligroso.

Clarence soltó un gruñido y, después de una pausa, dijo:

—Dice que no tienes corazón. Estoy seguro de que se equivoca.

—¿Quieres una mujer con corazón?

—No. Quiero a alguien tan fuerte como unas botas viejas. Lo cierto es que te quiero a ti. Supe que eras mi tipo desde el momento en que te vi. Podrías salvarme.

—Te conviene más Sophie.

Guy llamó a Harriet mientras bajaba las escaleras con Inchcape. Lo siguió con Clarence. Sophie, que estaba abajo, puso cara de sorpresa al ver a Clarence, pero no le sirvió de nada porque Clarence no quiso mirarla. Tuvo que agarrarlo del brazo.

—He tenido una conversación con el señor Dubedat y el señor Lush —dijo—. ¡Ah, el señor Lush es un encanto! ¡Tan

directo y sincero, tan sencillo y con tan buen corazón! Un auténtico representante de Inglaterra diría yo.

Miró a Guy y a Inchcape como insinuando que tenían mucho que aprender del señor Lush y después sonrió a Clarence. Este, avergonzado, les preguntó entre dientes adónde iban.

—Me encanta Capsa's —dijo Sophie—, tiene un jardín precioso.

Clarence miró a Inchcape y a los Pringle, pero no tenía escapatoria. Mientras ellos se iban en una dirección, a él se lo llevaron en otra.

11

El juicio de Drucker se había pospuesto dos veces y de pronto, a finales de agosto, se anunció para el día siguiente.

Cundió la consternación entre los que tenían invitaciones, pues contaban con menos de veinticuatro horas para encargar la comida y los cócteles para la ocasión. La princesa Teodorescu tenía tantos amigos que transportar al juzgado que tuvo que ir en persona al vestíbulo del Athénée Palace y dar órdenes a todo conocido que dispusiera de coche. Entre ellos Yakimov, quien, encantando de participar en la diversión, aunque solo fuera en calidad de chófer, se gastó los últimos cien lei en llevar el Hispano a lavar.

Estaban en plena canícula, a mediodía, el sol parecía la boca abierta de un horno, pero a Yakimov no lo descomponía el calor. No iba andando a ninguna parte, cogía el coche para cubrir la distancia entre el piso de los Pringle y el hotel, aunque el Hispano aceleraba con tanta rapidez que, apenas se ponía en marcha, ya tenía que parar otra vez. Disfrutaba con lo que él llamaba «la esgrima» del tráfico de Bucarest. Había recuperado toda su pericia de conductor. Foxy Leverett, al verlo pararse a la puerta del Athénée Palace, le dijo: «Chico, llevas el coche como si fuera una prolongación de ti». Aunque reconocía que la bebida y la desgracia le habían destrozado los nervios, cuando quería, era capaz de poner a su «querido muchacho» a cien por hora sin inmutarse.

La primera mañana del juicio se levantó temprano, se bañó, se vistió con sus mejores galas y se presentó en el vestíbulo del hotel.

Galpin ya estaba allí observando los preparativos.

—¿Vas al juicio? —le preguntó.

—Sí, claro, mi querido muchacho —dijo Yakimov sonriendo.

Los únicos periodistas que no estaban invitados eran los ingleses, y Galpin, desanimado, dijo:

—Esto va a ser una bufonada, una pérdida de tiempo. Su majestad no sacará un penique de todo esto.

—¿Quieres decir que no podrá confiscar las acciones del petróleo?

—Quiero decir que se va a quedar en la calle.

Yakimov no tuvo tiempo de reaccionar a esta predicción porque el barón Steinfeld lo agarró del brazo y le ordenó que se encargara de las princesas Mimi y Lulie. A las chicas no les hizo ninguna gracia que las relegaran a su cuidado, así que Yakimov esperaba que se consolaran al ver el Hispano recién lavado, con los metales brillantes. Mimi al menos le sonrió con frialdad, pero Lulie volvió la cara, estrecha y delgada, mirando a lo lejos. Incluso guardaron las dos un silencio distante cuando se apretujaron a su lado en el coche. Yakimov encendió el contacto. El motor hizo un ruido y murió. Volvió a intentarlo. El motor hizo lo mismo otra vez. Las chicas miraban por el parabrisas inexpresivamente.

El indicador que decía *essence*, que se había estropeado hacía unos años, siempre señalaba *demi*, pero el depósito estaba vacío. Había gastado los doscientos litros de Foxy y se le había olvidado volver a llenarlo.

—*Quel ennui*! —murmuró Lulie bajando los párpados.

—Bueno, habrá que coger un taxi —dijo Mimi, y miró a Yakimov.

Pero Yakimov no tenía dinero para un taxi. Saltó del coche y les prometió volver «en menos de lo que se da un frenazo»; se fue rápidamente al bar y empezó a buscar a alguien para pedirle prestado. Galpin no prestaba dinero. Nadie tenía nada que darle. Ya no quedaba gente en el vestíbulo. Todos los demás coches se habían ido. Cuando Yakimov salió otra vez sin un penique en el bolsillo las princesas habían desaparecido.

Se quedó un buen rato al lado del coche, lamentándose y pidiendo ayuda a todos los conocidos que entraban o salían del hotel… pero en Bucarest no había nadie dispuesto a prestarle nada.

Al final tuvo que dejar el coche allí, a la entrada del hotel y, al cabo de dos días, el director le ordenó que se lo llevara.

Había suplicado a Dobson que le hiciera un adelanto sobre su próxima asignación, pero este le había recordado que se lo había gastado todo en las visas y en recuperar el Hispano-Suiza de manos de los yugoslavos. Se le encogió el corazón. ¿Cómo iba a llegar hasta Freddi?

—¿No puedes prestar mil o dos mil a tu Yaki?

—No —dijo Dobson.

Guy también se negó. Era el final. Se le habían terminado los días de gloria para siempre. No solo no tenía un penique, además iba prácticamente cubierto de harapos. Solo le quedaban dos cosas en el mundo: el coche y el abrigo forrado de marta cibelina que le había regalado el zar a su padre.

Tendría que vender el coche. Tomada la decisión, lo invadió el júbilo. Volvería a tener dinero. Ganaría una fortuna. Con esta idea en la cabeza se fue a visitar tiendas de coches y confirmó lo que había dicho Dobson. Muy pocas personas podían permitirse un modelo como el Hispano, y esos pocos eran judíos. El ejército estaba requisando los coches a los judíos y era poco probable que quisieran comprárselo.

Por fin un vendedor que tenía el escaparate en el cruce de Calea Victoriei con el bulevar Breteanu le prestó una lata de gasolina para que llevara el coche a la tienda.

—*C'est beau* —dijo al verlo.

No lo compró, pero le ofreció exponerlo en el escaparate e intentar venderlo. Así que Yakimov lo llevó al gran escaparate triangular y allí lo dejó.

En el bar, nadie se compadeció de él por haber perdido el Hispano. Cuando apareció en Bucarest por primera vez, Hadjimoscos se había negado a ir a verlo, dando a entender que había habido muchos coches como ese en su vida. En el bar, le dijo:

—Aunque no requisaran los coches, solo un loco se compraría un Hispano. Traga mucha gasolina y no es nada espacioso. Además, seguro que ahora mismo hay mucha oferta de coches así. Los ingleses, que no han sabido protegernos, ahora corren a protegerse a sí mismos.

—Cierto, mi querido muchacho —dijo Yakimov, desconcertado—. Es verdad que han desaparecido algunas damas de edad, como la señora Ramsden y sus amigas, pero…

—No me refiero a las damas ancianas —dijo Hadjimoscos claramente, con un destello de malicia en los ojos—, sino al señor Dubedat y al señor Lush.

—¿Lush y Dubedat? Seguro que se equivoca, mi querido

muchacho.

—Creo que no. Se los ha visto saliendo de la ciudad muy cargados de equipaje. Dicen que ya no trabajan en la universidad.

Yakimov no sabía nada de eso y solo pudo hacer un gesto de resignación. Cuando fue a casa a comer le dijo a Guy:

—Hay un *canard* por ahí que dice que Lush y Dubedat han hecho las maletas y han volado. Estoy seguro de que no es verdad.

Guy no respondió.

—Siguen aquí, ¿verdad? —preguntó Harriet.

—Me temo que se han ido, sí —dijo Guy.

—No me habías dicho nada. ¿Cuándo se fueron?

—Esperaba que volvieran. Me dijeron que se iban a pasar el fin de semana fuera. El lunes tuve que dar sus clases y el miércoles, al ver que no habían vuelto, mandé al conserje a su piso. No había nadie, pero el portero del edificio le dijo que habían pagado a la criada y se habían llevado todas sus pertenencias. Esta mañana han comunicado al consulado que han encontrado el viejo coche de Toby abandonado en el muelle de Constanza.

—¡Se han fugado! ¡Se han ido a Estambul!

—No se les puede reprochar —dijo Guy un momento después.

—¿Por qué no se les puede reprochar?

—No forman parte de la organización, para ellos era un empleo de temporada. No tenían motivos para correr riesgos.

—¿Y ahora te has quedado sin ayuda? ¡Estás solo en la universidad!

—Me las arreglaré —dijo Guy.

Y no hablaron más del tema delante de Yakimov, pero cuando se retiró, Harriet volvió a la carga.

—Con todo lo que está pasando, me da la impresión de que no nos quedaremos mucho tiempo aquí.

—Ah, no sé. A lo mejor se arreglan las cosas.

—Me preocupa Sasha.

—Está bien ahí arriba, ¿no? —respondió Guy, distraído.

—Sí, está bien. Pero ¿qué va a ser de él si nos vamos?

—Tenemos que pensar en algo. ¿Crees que Bella lo acogería?

—¿Bella? ¡Estás loco!

—Decías que era una mujer amable.

Le hizo gracia que Guy se lo hubiera creído sin más y se echó a reír.

—Y lo es hasta cierto punto, pero no creo que esté dispuesta a acoger a un desertor judío al que ni siquiera conoce. Además, está sola aquí y tendrá sus propios problemas. ¿Y tus alumnos? ¿No hay ni uno que pueda quedarse con él?

—Unos cuantos, seguro —dijo; pero, pensándolo bien, añadió—: No sé si sería justo pedírselo. Por otra parte, están pensando en irse de aquí. Sasha solo cambiaría un refugio temporal por otro.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—De momento, nada. —Un poco irritado por su insistencia, añadió—: Ahora que se han ido Dubedat y Lush, tengo que reorganizar las clases. Podemos hablar de la cuestión de Sasha cuando tengamos más tiempo.

—De acuerdo —dijo ella.

Y se preguntó si en algún momento se habría planteado la cuestión. ¿Hasta qué punto apreciaba a Sasha? Le tenía cariño cuando eran profesor y alumno. Estaba agradecido a los Drucker porque lo habían acogido como a un amigo cuando se encontraba solo en Bucarest. Pero ¿en qué medida se responsabilizaba de él ahora? Le pareció que la cuestión era que Guy apreciaba a demasiada gente. La lealtad era una cosa que escaseaba. Casi pensaba que no era leal ni con ella. Sería tan difícil que se comprometiera con Sasha como con ella misma.

—No te preocupes —dijo Guy al ver que su mujer guardaba silencio—. No nos vamos a ir mañana. Pensaremos en algo. —Como tampoco respondió, fue al otro lado de la mesa, le cogió las manos y la hizo ponerse de pie—. ¡Qué poco confías en mí! —le dijo.

Ella lo ciñó por la cintura y la proximidad y el calor de su musculoso cuerpo la tranquilizaron un poco.

—Claro que confío en ti —le dijo.

Olvidaron las disensiones y se fueron a su habitación. Pero

Guy no podía olvidarse de la hora mucho tiempo. Con todo el trabajo de los cursos de verano en sus manos, ni siquiera se quedó a tomar el té.

—¿No podría dar yo algunas de esas clases? —le preguntó Harriet mientras él se vestía.

Guy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tienes experiencia, te faltan estudios y es más difícil de lo que crees.

12

Cuando Guy se fue, Harriet, inquieta a esa hora insípida del día, salió al balcón a mirar la plaza. El calor formaba ondas en el aire. En la acera, los jóvenes de la Guardia de Hierro seguían intentando provocar una revuelta con sus pancartas y sus panfletos. A pesar del ambiente de rebelión que irritaba los nervios como una tormenta eléctrica que no acaba de descargar, la ciudad estaba aletargada, y el palacio dormía con las persianas blancas bajadas al tedio de la tarde.

La tercera conferencia fracasó y se iniciaron debates en Viena sobre la cuestión de Transilvania. La gente empezaba a creer otra vez que el asunto se zanjaría por falta de solución. Yakimov, repitiendo la opinión del bar, dijo:

—Mi querida niña, todo se resolverá en palabrería y más palabrería.

No eran ni las cinco, pero la luz ya estaba impregnada de otoño. El verano empezaba a quedar atrás. Las dalias del Cișmigiu resplandecían. En la Chaussée, los árboles estaban abrasados, las pocas hojas que les quedaban colgaban como papel quemado, igual que la primera vez que las había visto. Los meses luminosos habían pasado entre temores y la expectación de la partida.

Hacía un año que se había casado. Su matrimonio era de antes de la guerra, como le gustaba decir a Guy. Con una tristeza que parecía emanar del color polvoriento y oscurecido del aire, pensó que tal vez, después de todo, no resultara ser lo que parecía al principio: un matrimonio eterno. Se imaginaba que el vínculo se iba aflojando. Guy le había dicho: «¡Qué poco confías en mí!», sin embargo, cuando cruzó Europa con él tres semanas después de conocerse, no debía de tener motivos para pensarlo. Si ahora no confiaba en él, si buscaba compañía cuando se quedaba sola, la culpa era de él.

En ese momento se acordó de que Sasha le había pedido un favor: que intentara ver a su padre.

Drucker… en esos momentos no se hablaba de otra cosa en Bucarest: la letra «u» de su nombre resonaba constantemente en el aire. El marido de Despina había contado en casa que se había visto al acusado entrando y saliendo por la puerta de atrás

del juzgado a diferentes horas del día. Despina había ido inmediatamente a ver a Sasha para decírselo. Después, cuando Harriet subió a la azotea, lo encontró esperando con mucha emoción. Le rogó que le dejara salir esa misma tarde, que quería ver a su padre en la puerta del juzgado, quizá incluso acercarse a él.

—Es imposible —dijo Harriet muy consternada—. La policía militar te busca. Es posible que estén allí esperándote, y siempre puede haber alguien que te reconozca, sobre todo si hablas con él…

—Puedo ponerme en un sitio en el que no me vea nadie —la interrumpió él ansiosamente—. Solo quiero verlo.

—Te pongas donde te pongas, puede verte cualquiera. Es muy arriesgado.

Estaba acostumbrada a que siempre cediera sin enfadarse y la sorprendió su insistencia, el deseo de ir le animaba el rostro. Razonó con él como si fuera un niño al que hubiera que proteger de su propia imprudencia.

Unos minutos después todo su entusiasmo se vino abajo. Se quedó tan desolado que Harriet tuvo remordimientos y se preguntó hasta qué punto su negativa nacía del deseo de controlar al muchacho. Guy lo había evitado en cierto modo, pero Sasha no era solo su niño mimado y dependiente, también era su prisionero. Fuera como fuese, no podía consentir que se metiera él solo en la boca del lobo.

—Si no me deja ir —le dijo, mirándola—, ¿irá usted? Si lo ve, a lo mejor puede hablar con él.

—Si voy —dijo ella, sorprendida por la idea—, ¿qué le digo?

—Dígale que estoy con usted. Dígale que no se preocupe por Sasha, que ustedes se ocupan de él.

Eso fue el día anterior por la mañana. Aunque no le había dicho que iría, tampoco se había negado. Averiguó que Drucker salía del juzgado a mediodía, volvía a las tres y se iba de nuevo a las seis, pero no intentó ir a verlo en ninguno de esos momentos. Sabía que, aunque fuera, no hablaría con él. En primer lugar, porque seguramente los guardias no se lo permitirían. En segundo, hablar en inglés llamaba mucho la

atención. No podía dar al mundo ningún motivo para que la relacionaran con los Drucker. Aparte de estas cosas, no quería quedarse con la boca abierta delante de un hombre que había sufrido los rigores de nueve meses de cárcel en Rumanía.

Decidió no ir. Por la tarde, cuando Sasha esperaba que le llevara noticias de su padre, no subió a verlo. Mientras se preguntaba cómo justificar semejante negligencia, se le ocurrió de repente que no le había pedido tanto. Se encaró con la foto de Guy y protestó:

—Si tú te prodigas tanto con los demás, ¿por qué no voy a hacerlo yo?

Se puso en marcha nada más tomar el té. Al cruzar la plaza se dio cuenta de que estaban subiendo las persianas de palacio y de que empezaban a entrar coches por las puertas. Los uniformes blancos le indicaron que eran consejeros de la corona. También la plaza empezaba a cobrar vida. Llegaba gente paseando por las calles laterales y se reunía en la acera de las verjas de palacio. Por la forma de andar, no parecía que hubiera un acontecimiento, sino que esperaban que se produjera.

Cuando llegó a la calle principal ya habían salido los vendedores de periódicos. Compró *L'Independence Romaine* y leyó un par de líneas de la noticia más reciente. En Viena se había llegado a un acuerdo. Se anunciarían las condiciones. No se decía cuándo, pero la gente salió a la calle; todo el mundo, por algún motivo, estaba despierto, como esperando buenas noticias.

El juicio quedó otra vez en segundo plano. Los días anteriores, mucha gente acudía a ver a los que tenían invitación y a los famosos cuarenta y nueve testigos convocados por la acusación. Esa tarde apenas había una docena de personas en los alrededores de la entrada. En la parte de atrás, en una zona de pequeños almacenes y talleres donde todavía estaban trabajando, había seis o siete. Hablaban de la noticia del acuerdo de Transilvania y no advirtieron la presencia de Harriet.

El aire olía a pescado en salazón y las estrechas aceras empedradas estaban sucias de arena. Una furgoneta sin ventanillas se detuvo en el bordillo, las puertas se abrieron para

recibir a Drucker: aparecería de un momento a otro. Harriet se quedó detrás de unos oficinistas y, de su conversación, dedujo que el optimismo reinante se basaba en que habían reconocido a Rumanía socia del eje. El Führer se encargaría de que recibiera un trato justo. Uno de ellos dijo que tal vez tuvieran que ceder un par de provincias, pero no más. En su opinión, las minorías alemanas de Transilvania estaban a favor de la causa rumana porque los rumanos, como pueblo, eran más manejables que los arrogantes e independientes húngaros.

Se abrieron las puertas del juzgado y aparecieron dos celadores.

Harriet había visto a Drucker una sola vez, hacía diez meses, y lo recordaba como un hombre fresco, maduro, alto, obeso, elegante y atractivo, que la había recibido con una mirada de admiración.

Lo que salió del juzgado era un esqueleto viejo y encorvado, un cojo que bajaba los peldaños siempre con el mismo pie, arrastrando el otro detrás. Los murmullos que decían «Drucker» le indicaron que, por increíble que pareciera, era él. Después reconoció el traje inglés de chevió que llevaba el día en que los había invitado a comer. El traje ya no era ni la sombra de sí mismo. Cuando el hombre se acercó, vio que los pantalones estaban tan gastados en las rodillas que, al doblarlas, se le transparentaba el hueso blanco de la rótula, aunque se notaba el ancho tejido de espiga entre la roña.

Desde el último escalón sonrió levemente al público como pidiendo disculpas y luego, al ver a Harriet, la única mujer presente, puso cara de perplejidad. Se detuvo y un guardia le dio una patada que lo tumbó en el suelo de bruces. Mientras se levantaba, emanó de él un olor como de ave carroñera. El guardia le dio otra patada y el hombre cayó hacia delante y se agarró a los peldaños del furgón murmurando: *Da, da* con absoluta sumisión.

Tan pronto como se cerraron las puertas del furgón, Harriet se fue rápidamente a Calea Victoriei sin fijarse en la agitación de las aceras. Cuando llegó al final de la calle había decidido que podía engañar a Sasha fácilmente. Seguramente no volvería a ver a su padre nunca más.

En la plaza había bastante gente. Al acercarse a su edificio levantó la vista y vio a Sasha en el muro, mirándola. Llegó arriba y fue capaz de decirle con convicción:

—Tu padre estaba muy bien.

—¿Lo ha visto de verdad? —Saltó al suelo nada más aparecer ella y se pasó el dorso de la mano por las mejillas, pero Harriet vio que había llorado. A continuación le preguntó con ansiedad—: ¿Ha podido hablar con él? ¿Le dijo que estaba viviendo aquí?

—Sí, claro.

—Seguro que le pareció muy bien.

—Sí, mucho. No puedo quedarme, me temo. Guy ha invitado a cenar a un amigo.

Y se fue para que no le preguntara más cosas.

El amigo era David Boyd, al que Harriet no había vuelto a ver desde el último día en el English Bar. Se había ido un fin de semana a observar pájaros, un fin de semana tan largo que Guy había tenido que llamar a la Legación preguntando por él. La secretaria de Foxy Leverett no quiso decirle nada más que: «La Legación no está preocupada por la ausencia del señor Boyd».

A Harriet le alivió su llamada de la mañana, se alegró de que hubiera vuelto sano y salvo; se había convertido en una persona importante para ella como miembro de la pequeña comunidad, cada vez más menguada. Era un hombre bien templado y resultaba reconfortante. Además era amigo de Guy. Estaba segura de que, aunque muchos se fueran del país, David se quedaría hasta el final.

Mientras esperaba a los hombres oyó jaleo en la plaza; iba a mandar a Despina a la calle para que se enterara de lo que pasaba cuando llegaron Guy y David. Este venía hablando en voz alta.

—Es exactamente lo que predijo Klein. ¿Te acuerdas de lo que dijo de un heredero de una gran fortuna? Bueno, pues esto es lo último, y se va por el desagüe. El país se derrumba.

Al llegar a la salita, altos los dos, las diferencias disimuladas por el bronceado, el parecido entre ellos le resultó extraordinario. Solo se distinguían en el color del pelo. A Guy se lo había clareado el sol, David lo tenía tan oscuro como

siempre. Los rizos negros brillaban de humedad, y el sudor se le escurría también por el borde de la grande y oscura barbilla. Los dos llevaban la chaqueta colgada en el pliegue del codo. Habían caminado y traían la camisa empapada. Con ellos llegó un olor a sudor.

—Ya han publicado las condiciones del acuerdo —dijo Guy— . Rumanía tiene que ceder todo el norte de Transilvania, la parte más rica.

—Una parte nada despreciable —dijo David, olisqueando con deleite—, de unas cuatro mil quinientas hectáreas, dos millones y medio de habitantes. Pero es más que eso. Los rumanos son sentimentales con Transilvania, «la cuna de la raza». Esto traerá cola… como su majestad no tardará en descubrir.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó Harriet.

—La gente llora por las calles.

A Harriet le impresionó y le entraron ganas de llorar también. Si se lo hubieran preguntado, habría dicho que ya se lo esperaba, y sin embargo había asimilado las febriles esperanzas sin fundamento que habían animado a los rumanos últimamente.

Mientras cenaban el sol se escondió detrás de las nubes crepusculares, amontonadas, lívidas, del oeste, que proyectaban sombra en la plaza. Parecía que una catástrofe hubiera silenciado a la multitud. Hasta el tráfico había cesado. Harriet, desganada, tenía la misma sensación que después del terremoto, un deseo de salir al aire libre y tocar el suelo.

—Pero ¿los rumanos van a aceptarlo? —preguntó.

—¿Qué van a hacer si no? —dijo David—. Fueron Ribbentrop y Ciano los que dictaron las condiciones. A los ministros rumanos les dijeron que, si no las aceptaban, las tropas alemanas, húngaras y rusas ocuparían el país inmediatamente.

—Podrían luchar, ¿no? —sugirió Harriet.

—Una guerra entre Rumanía y Alemania —dijo David en un tono tolerante ante semejante simpleza y sin dejar de comer con apetito, eufórico por los acontecimientos— sería como la vida del hombre primitivo: cruel, brutal y breve.

—¿Por qué tratan así a los rumanos?

—Seguro que ellos se preguntan lo mismo. Supongo que es el precio por su antigua amistad con Gran Bretaña. También se rumorea que Carol, mientras fingía que colaboraba con Hitler, en realidad estaba intentando formar una alianza militar con Stalin.

—¿Crees que eso es verdad? —preguntó Guy.

—Sea verdad o no, será lo que crean. Carol es un hombre inteligente que ha hecho locuras desde el principio hasta el final. Lo peor de todo es que esta división no va a resolver ninguno de los problemas de Transilvania. Hitler se limita a cortar al niño en dos. Pero ¿qué más le da a él? Lo hace para que se callen los húngaros y, si alguna vez necesita de ellos, seguramente lo ayudarán.

Llevaron el café al balcón; el crepúsculo ya casi se había tornado noche. Habían encendido las luces en las principales habitaciones de palacio. Una gran muchedumbre se congregaba en la plaza. El aturdido silencio de antes empezaba a romperse y el ambiente se tiñó de una sensación de perturbación. Abajo, las sombras se movían: alguien les hablaba; después, una sola voz de tenor entonó las primeras palabras del himno nacional, *Tresca Regili*: ¡Viva el rey!

Apenas pronunciadas, la canción se perdió en un barullo de voces furibundas. La palabra *abdică* se elevó por encima del griterío, otros la recogieron, la repitieron en diferentes partes de la plaza y adquirió volumen hasta que pareció que todas las protestas del país se resumían en una sola exigencia: que el rey dejara de serlo.

13

La semana siguiente fue difícil para Yakimov. Cada vez que pasaba por la plaza de camino al bar o a casa, los manifestantes a favor o en contra del rey, generalmente en contra, lo arengaban y lo zarandeaban. Le ponían en la mano panfletos que condenaban a Carol por traidor. La Guardia de Hierro declaraba que tenían pruebas que demostraban sus intentos de aliarse con Rusia. Esta traición flagrante, decían, había ofendido a sus amigos alemanes y, por lo tanto, la decisión del eje sobre Transilvania había sido justa. El país pagaba por los pecados de su soberano.

Sin embargo, la Guardia de Hierro era la única que hablaba en favor del eje. ¡Así era como el Führer trataba a sus hijos!, contestaba la gente. ¡Este era el pago que recibían por mandarle su ganado, sus cosechas y su petróleo! La verdad era que los intentos de Hitler de invadir Gran Bretaña habían fracasado y, furioso, ¡se había vuelto contra Rumanía! Yakimov había visto incluso arrancar una esvástica de un coche y pisotearla, pero eso solo había aumentado su alarma ante los disturbios.

—*Quel débâcle!* —decía—. *Quel débâcle*! —pero ya no era una gracia suya.

Hadjimoscos lo alarmó más que nadie cuando le contó las terribles consecuencias que acarrearía destronar al rey. La Guardia de Hierro no le hacía el menor caso y, como no podía esperar nada de ellos, se había convertido en un monárquico a ultranza. Según él, si el rey se iba se impondría «la más absoluta anarquía».

—Nosotros, la antigua aristocracia —le dijo—, seríamos los primeros en sufrir las consecuencias. A usted lo detendrían inmediatamente por pertenecer a la clase gobernante inglesa. La Guardia de Hierro es radicalmente antibritánica. No me extrañaría nada que esos individuos levantaran la guillotina. Será *la terreur* otra vez, se lo aseguro. Estamos juntos en esto, *mon prince*.

Y le pellizcó el brazo, porque los rumanos, rabiosos contra los alemanes, añoraban la amistad de su antigua aliada.

Gran Bretaña se había declarado en contra de la división de Transilvania y de repente todo el mundo decía que, a pesar de

todo, Gran Bretaña ganaría la guerra y devolvería a Rumanía todas sus posesiones.

Y tal vez tuvieran razón, pero no llegaría a tiempo de salvar al pobre Yaki.

El domingo por la tarde, como nadie tenía que ir a trabajar, había en la plaza una conmoción muy superior a la normal. Una persona gritaba en el centro y azuzaba los ánimos de tal forma que Yakimov pensó en dar un rodeo, pero estaba muy cansado. Aturdido de la siesta y con la pesadez del calor, se coló entre la multitud y se encaminó más o menos hacia el hotel. Los primeros doce metros no fueron difíciles, pero después empezó a tropezar con masas infranqueables. Cambió de dirección varias veces, pero la presión que notaba alrededor aumentaba a cada paso. Cuando divisó al orador —un joven que se desgañitaba como loco moviéndose por la tarima— se dio cuenta de que no iba hacia donde quería. Intentó retroceder, pero las filas se habían cerrado a su paso. En esa parte, la gente no estaba simplemente apelotonada: cada vez más furiosa y entusiasmada, escuchaba con los cinco sentidos el frenético discurso. Tensa, inflamada, gritando a pleno pulmón, ni veía a Yakimov, que, murmurando disculpas, intentaba salir de allí por cualquier resquicio posible.

De repente le pareció que se volvían todos locos. Además de gritar, levantaban los brazos, agitaban los puños, daban patadas en el suelo, y él, pisoteado y empujado sin que nadie se diera cuenta, solo podía encogerse y suplicar: «¡Calma, mi querido muchacho, calma!». La turbulencia aumentó a su alrededor; de pronto la masa avanzó violentamente y Yakimov con ella, tan encajado entre la gente que no podía levantar los brazos. Se ahogaba, pero no solo por la presión en su frágil pecho y en el estómago, también por el calor y el olor a sudor y a ajo que desprendía la multitud. Los pulmones le fallaban, ni siquiera podía pedir socorro; aterrorizado, sabiendo que si perdía el conocimiento se caería al suelo y lo pisarían, intentó agarrarse al hombre de delante. Era un sacerdote alto y fuerte, de barba negra, cuyo velo había ondeado unos momentos antes encima de los ojos de Yakimov como la chimenea de un barco en un vendaval. El sacerdote gritaba como los demás —algo

relacionado con Transilvania, naturalmente— mientras él, convencido de que iba a empezar la masacre, se agarraba a sus hombros rogándole en susurros:

—Por amor de Dios, sálveme. Sáqueme de aquí.

Estaba pensando: «Esto es el fin de Yaki» cuando notó que el frenesí general amainaba. Se oyeron gritos de aviso que venían de la gente de fuera. En un visto y no visto, el orador se bajó de la tarima y desapareció en el anonimato. La gente tiraba hacia un lado y otro y, a medida que se corría la voz de *politeul*!, los esfuerzos se dirigieron hacia el exterior. Atrapado en este movimiento de masas, medio muerto de miedo por lo comprimido que estaba, se aferró como a un clavo ardiendo al sacerdote que, anclado al suelo por el puro peso de la corriente, no se movía.

Entre la muchedumbre, menos apelotonada ya, Yakimov vio el motivo de la dispersión. La policía estaba preparando mangueras para atacar a los manifestantes. Cuando abrieron los chorros de agua, intentó correr con los demás, pero el sacerdote al que se había sujetado se pegó a él y lo agarró con la mano para que no se cayera, mientras los hombres pasaban por su lado a toda velocidad, chocando contra ellos como piedras de una avalancha. Yakimov, zarandeado como un pelele, tenía la sensación de que se le iba a descoyuntar el brazo. Pidió a gritos al sacerdote que lo soltara, pero el hombre solo lo miraba con una sonrisa amistosa llena de dientes enormes de color marrón grisáceo.

La plaza se despejó. Solo quedaron el sacerdote y Yakimov, que todavía forcejaba por separarse. Estaban empapados. Por fin al protector le pareció que ya podía soltarlo. Sonrió beatíficamente, le pasó la mano por la espalda y lo dejó seguir su camino.

Fue directamente a ponerse a cubierto. Tropezando, temblando, empapado de agua, llegó al English Bar, que a esa hora estaba lleno de periodistas. Galpin y Screwby estaban con el viejo Mortimer Tufton y otros reporteros de las capitales cercanas, que siempre aparecían cuando se agitaba el ambiente.

Yakimov no esperó a que alguien lo invitara a un trago. Fue derecho a la barra y lo pidió personalmente. Se moría por

contar lo que le había pasado, pero estaban todos muy enfrascados hablando de lo sucedido y no se fijaron en el que había estado en medio de la conmoción. Se tomó su *ţuică* y, temblando y sudando, buscando consuelo, se arrimó a su querido Galpin tanto como se atrevió.

Cuando Galpin invitó a una ronda, a Yakimov le llegó una copa por casualidad y se la bebió antes de que vinieran a quitársela. Galpin, al ver que le faltaba una consumición, echó un vistazo para ver en qué se había equivocado; entonces lo vio, estiró el brazo y lo agarró.

—Contigo quería hablar —le dijo.

—¡No lo he hecho a propósito! —exclamó Yakimov, doblemente aterrorizado—. Creía que era para mí.

—Cierra el pico. No voy a comerte. —Sin soltarlo, se lo llevó al vestíbulo—. Quiero que me hagas un trabajito.

—¿Un trabajito, mi querido muchacho?

—Una vez le hiciste uno a McCann, ¿te acuerdas? Necesito que me eches una mano. Supongo que te habrás enterado de que los húngaros marcharán sobre Transilvania el día 5. Debería ir a Cluj a verlo, pero tengo que estar aquí cuando empiece el lío, así que quiero que vayas tú en mi lugar.

Lo primero en lo que pensó Yakimov fue en Freddi, pero todo su entusiasmo se había desinflado.

—No sé, mi querido muchacho —respondió, vacilante—. Es un viaje largo y el país está muy revuelto…

—Estarás mucho más seguro que aquí —lo tranquilizó Galpin—. Lo que pase pasará aquí precisamente. Todo se centra alrededor de palacio. No afecta a Cluj. Buena comida, un sitio encantador, buena gente. Un viaje de placer con todos los gastos pagados. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Qué tendría que hacer?

—¡Ah, nada! Solo abrir los ojos y aguzar el oído. Captar el ambiente. Mirar alrededor, contarme lo que pasa. —Como Yakimov no demostraba ningún entusiasmo, añadió—: Te ayudé cuando lo necesitaste. Quieres ayudarme, ¿verdad?

—Naturalmente, mi querido muchacho.

—Bueno, pues… serán solo un par de noches. Necesito ser yo el que suelte la bomba.

—Iré encantado, desde luego —dijo Yakimov, recuperado al dejarse ganar por el atractivo del viaje—. Te ayudaré con mucho gusto. Y añado que se lo has pedido al hombre ideal. Tengo allí un amigo que ocupa un puesto muy importante. El conde Freddi von Flügel.

—¡Dios santo! ¿El maldito *gauleiter*? —preguntó, con los amarillentos ojos fuera de las órbitas—. ¡No puedes ir a ver a ese hombre! —Al darse cuenta de que Yakimov se desanimaba, añadió rápidamente—: Bueno, haz lo que quieras, por supuesto. Al fin y al cabo es amigo tuyo, y eso es otra cosa. Vete a verlo si quieres, pero a mí, ni nombrarme. —Galpin sacó un billetero—. Te doy cinco mil por adelantado, para gastos. Si no es suficiente, arreglamos cuentas cuando vuelvas.

Yakimov tendió la mano, pero Galpin lo pensó mejor y guardó el billetero otra vez.

—Te lo doy cuando te vayas, es decir, el miércoles. Hay que dejarles un poco de tiempo para que se pongan en marcha. Lo mejor es que cojas el tren de las doce. Paso a buscarte a las once y media, te acompaño a la estación. Ven. —Lo agarró como si fuera a custodiarlo hasta que se fuera—. Te invito a otro trago.

14

El miércoles por la mañana lo despertó la emoción y antes de las diez ya estaba vestido. Solo pensaba en Cluj. Lo único que quería era ponerse a salvo, ver a Freddi y comer bien; el único temor era que cerraran el transporte público antes de que él se pusiera en marcha.

Los disturbios de los últimos días habían sido una tortura: alborotos continuos en la plaza, tiros en palacio, rumores de todas clases. Habían convocado a Antonescu a palacio y le habían ordenado que formara un gobierno, pero se había negado a servir a una monarquía no constitucional y lo habían mandado otra vez a la cárcel.

Yakimov tenía muy pocas esperanzas de llegar vivo al miércoles, pero por fin amaneció el día. La plaza estaba en paz. El rey seguía en palacio y le parecía que todo estaba bien en el mundo.

Se presentó en la salita tan temprano que Harriet todavía estaba desayunando. Acababa de oír en la radio que el juicio de Drucker había concluido la tarde anterior. Lo habían declarado culpable y lo habían condenado a tres penas de cárcel por diversos delitos monetarios: siete años, quince años y veinticinco años, a cumplir consecutivamente. Hizo la suma en el margen del periódico y vio que el banquero pasaría cuarenta y siete años en la cárcel. Y a todo el mundo le daba igual, a nadie le interesaba. Cuando se dictó la sentencia la sala estaba prácticamente vacía. El juicio que iba a ser «el gran acontecimiento social del verano» se había convertido en un trámite apresurado, en una nimiedad precipitada por la crisis y el temor a la invasión.

Harriet se quedó pasmada al enterarse de que Yakimov se iba a Cluj. No le cabía en la cabeza que pudiera irse, aunque solo fuera un par de noches.

—¿Crees que es buena idea salir de Bucarest en estos momentos? —le dijo.

—A Yaki no le va a pasar nada. Tengo cosas importantes que hacer allí, por cierto. Podría decirse que me han encomendado una misión.

—¿De qué clase?

—Me temo que no puedo hablar de ello, mi querida niña. Silencio, silencio, ¿comprendes? Pero, entre tú y yo y estas cuatro paredes, tengo que abrir los ojos y aguzar el oído.

—Bien, pero espero que no termines en Bistrita.

—No asustes a tu pobre Yaki —dijo él con una risa nerviosa.

Cuando acabó el desayuno —una de las míseras comidas que tanto le hacían desear la hospitalidad de Freddi— volvió a su habitación a preparar el equipaje. Casi todo su guardarropa era un puro andrajo. Eligió lo mejor y llenó el maletín de piel de cocodrilo. Al sacar el pasaporte del cajón encontró, doblado entre las páginas, el croquis del pozo de petróleo que había cogido del escritorio de Guy. No sabía qué hacer con él y se lo guardó en el bolsillo. Por temor a que Galvin sospechara, tuvo que dejar el abrigo forrado de marta; pero, llegado el caso, su amigo Dobbie se lo mandaría por medio de la valija diplomática.

Viajó en el vagón restaurante. Aunque hubiera deseado sentarse en otro sitio, no lo habría encontrado. Cuando llegó, todos los vagones del tren de las doce estaban completos, y los pasillos, imposibles con tanto campesino apretujado y con sus bultos entre los pies. El vagón restaurante estaba cerrado. Muchos hombres de aspecto acomodado aguardaban con su maletín en ambas puertas. Unos minutos antes de las doce las abrieron y entraron todos dándose codazos y empujones, y Yakimov con ellos. Encontró un sitio y se sentó tan a gusto.

—Ya ves —dijo Galpin—, vas a hacer el viaje por todo lo alto.

Sirvieron el almuerzo a las once; un almuerzo horrible. Un húngaro se quejó y el jefe de los camareros le dijo a voces:

—Es más de lo que le darán cuando sus amigos alemanes entren en Transilvania detrás de ustedes.

Después sirvieron un café deplorable, y no había azúcar. En Rumanía escaseaba porque exportaban toda la remolacha a Alemania. La comida llegó a su fin y, además del calor, el ambiente del vagón se cargó de humo de tabaco. Eran más de las tres y el tren no se había movido de la estación de Bucarest. Nadie justificó el retraso, pero todos parecían tranquilos. Los

pasajeros se conformaban con saber que estaban en un tren que en algún momento tendría que ponerse en marcha; fuera se agitaba una gran muchedumbre que no tenía tren al que subirse.

Se pagó la comida, se recogieron las mesas; las conversaciones languidecieron con el calor aplastante y poco a poco los viajeros pusieron los brazos en los arrugados manteles, apoyaron en ellos la cabeza y se durmieron entre migas y manchas de vino, Yakimov también. Casi nadie se dio cuenta de que el tren arrancaba.

Se internó en la montaña traqueteando. Yakimov se despertó cuando los camareros sirvieron café y pasteles. Si alguno no lo quería, le ordenaban que dejara el sitio libre.

Se comió los secos pasteles de harina de soja y bebió el café gris contemplando los peñascos y los pinos de los Alpes de Transilvania. El tren se paraba en todas las estaciones y apeaderos. La gente que esperaba en el andén iba muy abrigada, pero el aire del interior del vagón era el mismo, caliente, inmóvil y turbio como la cerveza desbravada. La magnificencia del paisaje lo deprimió, así que se tapó la cara con la polvorienta cortina de la ventanilla y volvió a dormirse.

La tarde se disolvió lentamente en el crepúsculo. Cada media hora, más o menos, servían café, cada vez más aguado. Empezó a preocuparse porque el dinero que llevaba iba mermando. Sabía que tenía que salir del vagón, pero al ver que en las dos puertas aguardaban muchos hombres dispuestos a ocupar su lugar, no se movió de su sitio.

En Braşov quedó un asiento libre y enseguida entró el primero de los que esperaban. Dejó en la mesa un maletín y una bolsa grande y pesada, se quitó el sombrero de fieltro de color plateado y se sentó: un judío con aspecto de persona importante. A pesar de la importancia, no paró de abrir y cerrar el maletín nerviosamente, de sacar papeles, de mirarlos, de volverlos a guardar, hasta que, con tanto trajín, Yakimov se despertó del todo y se irguió en el asiento, bostezó, parpadeó y el judío, mirándolo con ojo crítico, dijo:

—*Sie fahren die ganze Strecke, ja*?

Cuando se dio cuenta de que Yakimov era inglés, cambió a un tono confiado pero arrogante. Sacó un pasaporte rumano y

se lo enseñó.

—¿Ve esto? —dijo—. Lo tengo desde hace dos años. Pagué un millón de lei por él. Y ahora —le dio un golpe furioso con el dorso de los dedos—, ¿qué es ahora? Un billete para un campo de concentración.

—No será para tanto, sin duda —dijo Yakimov.

—Ustedes los ingleses —replicó el hombre con desprecio—, siempre tan simples. No creen las cosas que les suceden a los demás. ¿No ha visto a esos locos de la Guardia de Hierro? ¿Qué hicieron en 1937, eh? Se llevaron a los judíos al matadero y los colgaron de los ganchos de la carne.

—Pero usted va a Cluj —dijo Yakimov—. Cuando lleguen los húngaros puede sacarse un pasaporte húngaro.

—¿Qué? —El judío lo miró con furia, además de con desprecio—. ¿Cree que voy a quedarme ahí a vivir? Le aseguro que no. Voy a cerrar mi sucursal y después me iré a toda velocidad. Los húngaros son terribles, son animales rapaces. Cluj es peligroso ahora.

—¿Peligroso? —preguntó Yakimov, sobresaltado.

—¿Qué cree usted? —le espetó el judío—. ¿Que los rumanos se van a rendir caballerosamente? ¡Claro que es peligroso! Hay tiroteos en las calles. Las tiendas están cerradas a cal y canto. No hay alimentos…

—¿Quiere decir que los restaurantes están cerrados?

El judío se rio. Dio un manotazo en la bolsa y dijo:

—¡Aquí traigo mi carne y mi pan!

Al ver la cara de pena de Yakimov, siguió hablando con deleite de violaciones, saqueos, asesinatos y hambruna. Los rumanos habían hecho la reforma agraria. Con los húngaros, los campesinos tendrían que renunciar a sus pequeñas parcelas.

—Por eso —continuó— hay tanta revuelta en las calles. Han matado ya a mucha gente y los médicos recogen los bártulos y se van de los hospitales. No atienden a nadie. La situación está muy mal. ¿No sabe por qué hemos salido de Bucarest con tanto retraso? ¡Por los disturbios! Temen que destrocen el tren.

—¡Ay de mí! —dijo Yakimov al entender que Galpin se había quedado en el sitio más seguro.

—¿Va usted en viaje de negocios, tal vez?

—No, soy periodista.

—¿Es periodista y no sabe cómo están las cosas en Cluj?

El judío se rio y miró a Yakimov con lástima; entretanto, fuera, un crepúsculo sombrío cayó sobre el paisaje, en el que no se veía señal alguna de vida. Sirvieron la cena. La peor que había comido Yakimov en toda su vida. Lamentó el precio del menú, sobre todo porque apenas le quedaba presupuesto para dormir una noche.

En el mugriento techo del vagón aparecieron unas luces débiles. El paisaje desapareció y ya no había nada que mirar, salvo la cara de cansancio de los otros pasajeros.

Hacia la medianoche empezaron a inquietarse, deseando que el viaje terminara. No habían servido más café desde la cena. La cocina estaba cerrada, pero el tren siguió traqueteando un par de horas más.

Cuando llegaron a Cluj, Yakimov se levantó para despedirse de su compañero, pero el hombre ya había recogido sus cosas hacía un rato y se estaba abriendo camino hacia las puertas. Casi todos los pasajeros del vagón restaurante hacían lo mismo, así que en pocos minutos Yakimov se encontró solo. El andén, cuando por fin bajó, estaba a oscuras y no había oficiales ni mozos. Las oficinas estaban cerradas con candado. Vio en la salida a un soldado armado con un rifle y sus temores se reavivaron.

Al salir de la estación entendió el motivo de tanta prisa. No había taxis, solo cinco o seis *trăsurăs* confiscadas que ya estaban poniéndose en marcha. Los que no habían llegado a tiempo tuvieron que irse andando. Le sorprendió que hubiera tan poca gente. Seguramente el tren se había ido vaciando a lo largo del camino; se puso en marcha hacia la ciudad con unas pocas personas más, que se dispersaron en diferentes direcciones, y poco después supo, por el silencio, que estaba solo.

Esperaba encontrar multitudes y disturbios, pero no había nadie y sintió miedo. Era una calle larga que llevaba al centro, con farolas redondas que se reflejaban en el asfalto. Las aceras estaban a oscuras. Cualquier cosa podía acechar entre los setos. Le alivió llegar a las primeras casas. Enseguida se encontró en la

plaza de la catedral, que, según le había dicho Galpin, era el centro de la ciudad. Allí estaba el hotel principal. Galpin había prometido que llamaría por teléfono para reservarle una habitación. Vio luz en el vestíbulo y, agradecido, se dijo que habían esperado a que llegara.

Entró y dijo su nombre, pero el joven alemán de la recepción hizo un gesto de incomprensión. No podía haber llamado nadie porque estaban desmantelando la instalación, aunque habría dado lo mismo, porque el hotel estaba completo desde hacía días. Todos los hoteles de Cluj estaban completos. La ciudad estaba llena de rumanos, que habían acudido a liquidar los negocios que tenían en Transilvania, y de húngaros, para quedarse con lo que dejaban los primeros.

—Así funciona la toma de poder —dijo el joven—. No hay una cama libre en toda la ciudad. —Sintió lástima de Yakimov, que sentía lástima de sí mismo, y añadió—: Puede ir a dormir a un banco de la estación.

Pero él tenía otra idea. Le preguntó dónde estaba la casa del conde Freddi von Flügel. El joven alemán se alegró de que el viajero tuviera donde refugiarse y se acercó con él a la puerta del hotel para enseñarle una casa húngara del siglo xviii que se levantaba a menos de cien metros.

A pesar del calor, todos los postigos de las ventanas estaban cerrados. El edificio parecía una fortaleza con la maciza puerta y sus tachones de hierro. Llamó y esperó más de cinco minutos, hasta que se abrió una rejilla y el portero le dijo en alemán que se fuera y volviera por la mañana, si tenía que volver. Yakimov puso la mano en la rejilla para que no la cerrara y dijo:

—*Ich bin ein Freund des Gauleiters, ein sehr geschätzter Freund. Er wird entzückt sein, mich zu begrüssen*.

Lo repitió varias veces, cada vez más lloroso, y consiguió lo que quería. La puerta se abrió.

El portero le hizo seña de que se sentara en un banco de piedra: todo el vestíbulo era de piedra y hacía más frío que en una bodega. Esperó veinte minutos. Venía de la noche veraniega con un traje de seda y empezó a temblar y a estornudar. No había nada para distraerse, más que unas fotografías enormes de Hitler, Goering, Goebbels y Himmler, y las contempló con

indiferencia. No significaban nada para él, eran la moneda de cambio de la forma de vida de otros. Si Freddi estaba en eso, mejor para los dos.

Por fin apareció alguien en lo alto de las escaleras de piedra. ¡Por fin! Yakimov se levantó de un brinco y exclamó:

—¡Freddi!

El conde, inseguro, frunció el ceño y empezó a bajar lentamente, pero al reconocer a su amigo levantó los brazos y bajó rápidamente, con el batín amarillo de brocado volando a los lados.

—¿Es posible? —preguntó—, ¡Yaki, *mein Lieber*!

A Yakimov se le llenaron los ojos de lágrimas de alivio. Corrió hacia él y cayó en sus brazos.

—Mi querido muchacho —dijo entre gemidos—, ¡cuántas altas torres han caído desde que nos vimos por última vez! —Lo abrazó con fervor, aspirando el fuerte olor a gardenia que emanaba—. ¡Freddi! —murmuró—. ¡Freddi!

Superada la emoción del momento, Von Flügel dio un paso atrás y contempló a Yakimov con recelo.

—Pero ¿haces bien, *mein Lieber*? Sabrás que ahora estamos en bandos opuestos.

—Estoy en una situación desesperada, mi querido muchacho —respondió, dejando los reparos a un lado con un gesto—. Acabo de llegar de Bucarest y resulta que todos los hoteles están completos. No hay una cama libre en todo Cluj. Comprenderás que no puedo dormir en la calle.

—Claro que no —dijo Von Flügel—. Solo deseo que no te hayan seguido hasta aquí, por tu bien. ¿Has comido?

—Ni un bocado, mi querido muchacho. Ni un bocado en todo el día. Pobre Yaki, muerto de hambre y con los pies destrozados.

El conde lo llevó por las escaleras, abrió una puerta y empezó a encender luces. Unas arañas de cristal veneciano se iluminaron en una habitación inmensa.

—¿Qué te parece mi *living*?

Pronunció la palabra como si tuviera un atractivo exótico. Yakimov, sin mayor interés en esas cosas, echó un vistazo a la sala morada y amarilla y a la enorme chimenea dorada,

flanqueada por negros de yeso de tamaño natural, desnudos, salvo por un taparrabos de gasa juguetonamente colocado alrededor de sus inmensas partes pudendas.

—Delicioso —dijo. Cojeando, se dirigió al sofá y se derrumbó entre los cojines—. Tullido —dijo—, tullido de pura fatiga.

—Lo he decorado yo.

—Y con más hambre que un león —le recordó Yakimov.

Mientras el anfitrión iba de un lado a otro admirando y tocando sus posesiones, Yakimov, impaciente por beber algo, lo miró con ojo crítico. ¡Qué cambiado estaba! Llevaba el pelo, que antes le caía sobre los ojos como la seda, cortado *en brosse*. Las facciones, que nunca tuvo muy marcadas, se perdían en pliegues de carne malva y rosácea, y se había dejado un sorprendente bigotito que destacaba como una postilla amarilla encima del labio. Sus famosos ojos azules ya no eran azules, sino de color rosa. Sin embargo, habría reconocido a Freddi inmediatamente por la forma de moverse, tan fluida y curiosa como siempre.

Von Flügel lo miró a los ojos y soltó una risita, que Yakimov también reconoció. Era lo único, junto con las facciones, que quedaba del chico de oro de 1931.

—¡Qué bien te encuentro! —dijo Yakimov.

—Yo a ti también, *mein Lieber*. Estás tan joven como siempre.

Satisfecho, Yakimov se desató los zapatos y dijo:

—Me están matando. —Se los quitó y, al mirarse los pies, vio que los calcetines estaban rotos y oscuros de sudor, y volvió a calzarse—. Picaría algo —dijo, al ver que Freddi no hacía nada.

Freddi tiró del cordón de la campanilla. Mientras esperaban, Yakimov descubrió una bandeja con botellas.

—¿Qué tal un traguito? —dijo.

—¡Ah, qué descuidado!

Von Flügel sirvió un trago largo de brandy. Yakimov consideró que se lo merecía. Dollie lo había tratado muy bien cuando a ellos les sonreía la fortuna y a él no.

—¿Y qué te trae por Cluj? —preguntó Von Flügel.

—¡Ah! —dijo Yakimov, pendiente del vaso.

—Supongo que no puedo hacer preguntas —dijo el conde, y la sonrisa de Yakimov se lo confirmó.

Llamaron secamente a la puerta. Von Flügel irguió la espalda y bajó los hombros antes de decir: «*Herein*».

Era un musculoso joven de uniforme que, sin asomo de expresión en el rostro, daba a entender un virulento fastidio. A Yakimov no le gustó esa cara, pero Von Flügel se levantó ágilmente, con fluidez, riéndose entre dientes.

—¡Axel, *mein Schatz*! —exclamó; se acercó al joven y habló con él en susurros, persuasivamente, hasta que se pusieron de acuerdo. Cuando Axel salió dando un portazo, Von Flügel dijo—: El pobre chico está un poco contrariado. Lo hemos sacado de la cama. El cocinero es de aquí y se va a su casa después de la cena, así que dependo de los chicos.

Axel volvió con una bandeja de sándwiches, la dejó en una mesa bruscamente, de mala gana, y salió dando un portazo otra vez.

Yakimov, deliciosamente anestesiado con el coñac, atacó los sándwiches, que estaban hechos sin mimo, pero que contenían algunos trozos grandes de pavo, y disculpó a Freddi diciendo:

—El pobre Yaki está acostumbrado a la vida dura.

Después de comer, el conde, que no había dejado de mirarlo con una expresión irónica, se fue a una esquina que tapaba un sofá Recamier.

—Tengo unas cuantas curiosidades muy divertidas que quiero enseñarte —dijo.

Yakimov se levantó sin ganas. Von Flügel apartó el sofá, le hizo una seña para que se acercara y le puso una lupa en la mano. Había unas miniaturas persas colgadas en las paredes del rincón. Yakimov las miró con una risita tonta diciendo: «¡Mi querido muchacho! ¡Mi querido muchacho!», pero no le interesaban esas cosas ni deseaba dedicarles la velada.

—Por aquí, por aquí —dijo Von Flügel, y se lo llevó a otra parte de la sala, hasta un mueble alto de cajones poco profundos —. Tienes que ver mis grabados japoneses.

—¡Madre mía! —dijo Yakimov con los grabados en la mano —. ¡Hay que sentarse para disfrutar de estas cosas!

Intentó volver al sofá, pero Von Flügel se lo impidió llevándoselo de un lado a otro, sorteando sillones morados y amarillos y abriendo cajoneras chinas lacadas para enseñarle su colección de lo que él llamaba «deleitosos *objets*».

A medida que se le pasaba el efecto del brandy, Yakimov además de aburrirse empezó a enfadarse. Se le había olvidado lo idiota que era Freddi.

—Debido al puesto oficial que ostento —dijo—, la discreción es preceptiva, pero algún día espero poder exponer todas mis cosas en este *living*.

—¡*Living*! —exclamó Yakimov—. ¿De dónde has sacado esa horrible jerga de agente inmobiliario?

—¿Es vulgar? —preguntó Von Flügel, tan emocionado que le dio igual—. Tienes que ver mi cerámica mexicana.

Después de enseñarle todas las cosas, Von Flügel se imaginó que era él quien se había ganado un premio. En un tono burlón de queja, dijo:

—Todavía no me has dicho qué has venido a hacer a Cluj.

—Primero —dijo Yakimov, dejándose caer en el sofá— necesito un trago, mi querido muchacho. —Se llenó el vaso y empezó a beber a sorbitos, de mejor humor—. Si te dijera que soy corresponsal de guerra —le dijo— no me creerías.

—¡Corresponsal de guerra! —replicó Freddi, asombrado—. ¿En qué zona?

—En Bucarest, claro, mi querido muchacho.

—Pero Rumanía no está en guerra.

—De todos modos —respondió Yakimov quitándole importancia al detalle—, yo era periodista.

—¡No me digas! —dijo Freddi, y le sonrió para animarlo.

Al ver a Yakimov sentado con las manos en el regazo, le pareció una abuelita bondadosa y se enterneció.

—Dollie y tú —continuó Yakimov soltando una risita— creíais que Yaki no era muy espabilado. Bueno, pues fui yo el que escribió el artículo del asunto de Calinescu en un periódico importante.

Von Flügel levantó una mano en un gesto de asombro y admiración.

—¿Y ahora vienes aquí a informar del regreso de los

húngaros a su territorio?

Yakimov sonrió; encantado con la impresión que le estaba causando, quiso mejorarla un poco más.

—También puedo decirte que este encargo no es más que una tapadera. El verdadero motivo de este viaje es… Bueno, es un asunto muy confidencial.

Von Flügel lo miró fijamente y, como Yakimov no le reveló nada más, dijo:

—Comprendo, ahora eres una persona importante. Pero dime, *mein Lieber*, ¿a qué te dedicas exactamente?

Sin saber qué responder, Yakimov retrocedió por una antigua vía de escape:

—No puedo hablar, mi querido muchacho.

—A ver si lo adivino —propuso Von Flügel maliciosamente —. ¿No trabajarás para la Legación británica?

Yakimov enarcó las cejas, asombrado por la puntería de Von Flügel.

—Entre nosotros —dijo—, de amigo a amigo, estoy dentro. Sé un par de cosillas. Bueno, lo cierto es que hay pocas que no conozca.

—Seguro que trabajas —dijo Von Flügel hablando despacio — para ese tal señor Leverett, ¿eh?

—¡El viejo Foxy!

Yakimov se arrepintió al instante de haber dicho esas palabras, que sin duda delataban su ignorancia. Von Flügel sonrió y no dijo nada. Yakimov, con una incómoda sensación de haber perdido la ventaja, se quedó unos momentos mirando el vaso vacío, hasta que se le ocurrió que disponía de un recurso para recuperar el interés de su amigo. Sacó del bolsillo el croquis que había encontrado en el escritorio de Guy.

—Tengo esto —dijo—, para que te hagas una idea… No debería enseñártelo, pero, tratándose de un viejo amigo…

Le pasó el papel; Freddi, sonriente, lo cogió, lo miró y dejó de sonreír. Le dio la vuelta y lo puso al trasluz.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó.

El cambio de tono lo perturbó y tendió la mano para que le devolviera el papel.

—No puedo decírtelo.

—Me gustaría quedármelo.

—No puede ser, mi querido muchacho. En realidad no es mío. Tengo que devolverlo…

—¿A quién?

Se lo preguntó con sequedad, en un tono exigente que dolió al asombrado Yakimov. Se le había olvidado que Freddi era idiota, pero no tenía la menor idea de que pudiera ser una bestia.

—Todo esto es muy confidencial, mi querido muchacho —dijo, herido en su dignidad—. Me temo que no puedo contarte nada más. Devuélveme el papel, en serio.

Von Flügel se levantó. Sin responder, se acercó a un mueble, metió el croquis en un cajón y lo cerró con llave.

Yakimov, sin saber si se trataba de una broma o no, protestó:

—No hagas esto, mi querido muchacho. Tienes que devolvérmelo.

—Te lo daré antes de que te vayas. —Von Flügel se guardó la llave en el bolsillo—. Entretanto averiguaremos si es auténtico.

—Pues claro que es auténtico.

—Ya veremos.

La actitud seria e intransigente que había adoptado Von Flügel en ese rato volvió a cambiar. Se llevó las manos a la barbilla y se acercó a Yakimov con unos movimientos que eran una caricatura de sí mismo. Esta conducta, que Yakimov solo podía calificar de rara, le dio vergüenza ajena. La vergüenza se tornó temor cuando Von Flügel llegó a su lado y se quedó de pie mirándolo con una maligna expresión de cocodrilo viejo.

—Pero ¿qué te pasa, mi querido muchacho? —le preguntó trémulamente.

—¿A qué juegas? ¿Es que me tomas por idiota?

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Acaso entra uno en la guarida del león y le dice: «Cómeme, tengo una carne muy jugosa»?

La actitud de Von Flügel era amenazadora, pero a Yakimov le parecía una actuación tan deplorable que creía que en cualquier momento todo se resolvería en un estallido de

carcajadas. Sin embargo, su amigo continuó, y en tono cada vez más macabro:

—¿Acaso va uno a un oficial nazi y le dice: «Soy agente enemigo, este es mi plan de sabotaje, por favor, entrégueme a la Gestapo»?

—¿La Gestapo, mi querido muchacho?

—¡Sí, la Gestapo! —Von Flügel imitó brutalmente el tono ofendido de Yakimov—. ¿Qué voy a hacer, si no, con un espía británico?

Yakimov se alarmó de verdad. Parecía que su viejo amigo Freddi hubiera desaparecido del todo. El que estaba a su lado era sin duda un oficial nazi que podía entregarlo a la Gestapo. Este pensamiento casi le hizo desmayarse de miedo.

—¡Mi querido muchacho! —gimió, suplicante.

Freddi, un desconocido muy peligroso, se convirtió en un interrogador implacable.

—¿Qué jueguecito te ha traído hasta aquí? ¿Cómo se llama? ¿El doble farol? Enseguida lo sabremos. En esta casa hay unos cuantos jóvenes fuertes que tienen los puños de acero.

—¡Ay, Freddi! —gimió Yakimov—. ¡No seas así! Era solo una broma entre amigos.

—Ese croquis no es ninguna broma.

—Te he dicho que no es mío. Lo robé solo para gastarte una broma, querido muchacho.

—Has dicho que estás en la inteligencia británica.

—No, mi querido muchacho, no he dicho tanto. ¿Te imaginas al pobre Yaki de agente secreto? ¡Dime!

Encogido en un extremo del sofá y mirando con cara de terror, Yakimov vio incertidumbre en la cara de Von Flügel, pero no convicción. Si Von Flügel podía convertirse en un oficial nazi, ¿en qué no podría convertirse él, con los tiempos que corrían? Poco a poco el desprecio suavizó la expresión de Von Flügel. Se sentó y, en un tono que no admitía más tonterías, preguntó:

—¿De dónde sacaste el croquis?

Yakimov, aliviado, no solo estaba dispuesto a responder, sino a decir más de lo que le habían preguntado. Le contó que se alojaba en casa de Guy Pringle, un inglés que daba clases en la

universidad. Que había encontrado el croquis en el piso y lo había cogido por pura diversión.

—Sin mala intención —dijo—, en realidad no sabía lo que era, aunque tenía sospechas. Por ese piso pasa mucha gente extraña, la verdad… —Siguió hablando de sus sospechas y de la «gente extraña» a la que recibían los Pringle y se acordó de lo mucho que había trabajado en la obra de teatro y de que Guy lo había abandonado cuando terminaron—. En mi opinión, Pringle es bolchevique.

Von Flügel asintió lentamente y preguntó:

—¿Qué clase de gente rara?

—Por ejemplo, un tal David Boyd. Ahora trabaja con Leverett pero nadie sabe lo que hace. Y hay un tipo rarísimo que merodea por la cocina. Dice que es familiar de la criada, pero habla inglés como un caballero. Los Pringle lo tienen de tapadillo. Cuando me lo encontré empezó a temblar como un flan.

Von Flügel se mordió el labio inferior y se quedó pensando. Después preguntó:

—¿Qué haces tú en el piso de esas personas?

—Fui con toda la inocencia, mi querido muchacho. Al principio me parecieron encantadores.

—El encanto —dijo Von Flügel pomposamente— es la moneda de cambio de esa clase de personas. Lo utilizan para que bajes la guardia.

Yakimov asintió. Sí, era cierto, le habían hecho bajar la guardia, y nadie mejor que Guy Pringle para conseguirlo. Le pareció justo contárselo a Freddi, porque era su amigo, un viejo y querido amigo, y lo único que había hecho era advertírselo.

—Cuando vi el croquis me pareció que tenía que enseñártelo.

Siguió hablando alegremente de lo sospechosos que eran todos los que había visto allí y todas las cosas que habían sucedido.

Von Flügel, distante y serio todavía, lo escuchó sin hacer comentarios, pero al final le aconsejó lo siguiente:

—Voy a decirte una cosa: sal de ese piso lo antes posible. Y te digo más: sal de Bucarest, por tu bien.

Yakimov asintió sumisamente. Era lo único que deseaba. Le pareció que, después de haberse vuelto a congraciar con Freddi, podría instalarse con él muy cómodamente. Se reclinó y cerró los ojos. Estaba agotado física y emocionalmente, tenía la sensación de colarse como una pluma por la tierra blanda. Oyó decir a Von Flügel: «Ven, te acompaño a tu habitación», pero no le dio tiempo a contestar porque se quedó dormido.

Por la mañana confirmó lo que había pensado: que podría satisfacer todas sus necesidades viviendo con Freddi. Después de bañarse, se tumbaron en unas hamacas, los dos en batín, a desayunar en el balcón. El café era de antes de la guerra y la comida, excelente. Freddi volvía a ser el mismo tipo encantador. Desafortunadamente, había unos cuantos jóvenes horribles alrededor, pero Freddi solo trataba con indulgencia a Axel. Para los demás era el severo comandante de *das Braune Haus*.

El recuerdo de la víspera le había dejado la incómoda sensación de haber sido un poco injusto con el pobre Guy, pero, tumbado allí lánguidamente como un viejo caduco, no tenía por qué preocuparse en exceso. Al fin y al cabo, Guy no lo había tratado bien.

Terminaron de desayunar y se quedaron al sol de la mañana, mirando un viejo Citroën cargado de muebles y colchones que una mula iba arrastrando camino de la estación. Freddi le explicó que los rumanos que se iban se habían llevado toda la gasolina y que se negaban a mandarles más. «¡Ese pueblo no tiene remedio!», exclamó el conde. En una calle lateral se veía una larga cola de gente a la puerta de una panadería que estaba cerrada. Se oyó un disparo a lo lejos. Yakimov se movió como si fuera a levantarse.

—Debería vestirme —dijo—. Se supone que tengo que tomarle el pulso a la ciudad.

—Entonces, ¿eres periodista de verdad? —dijo Freddi.

—En cierto modo sí. No es una ocupación muy aristocrática, desde luego.

—Esta guerra no es aristocrática —dijo Freddi, mientras Yaki se sentaba con esfuerzo—. ¿Es necesario que lo hagas? —le preguntó—. Las calles no son seguras. No te recomendaría que anduvieras por ahí. Las noticias que haya nos las darán los

chicos. —Tocó una campanilla y al instante apareció un joven —. ¡Ah, eres tú, Filip! Oye, ¿qué noticias hay?

Filip recitó los últimos incidentes. Unos campesinos rumanos habían atacado a un hombre que se parecía al cónsul rumano, le habían sacado un ojo de una patada y lo habían dejado inconsciente. Unas personas que habían estado todo el día haciendo cola en una tienda de alimentación habían descubierto que la tienda estaba vacía y que el tendero se había ido a Braşov; entonces habían prendido fuego al local y la familia que vivía en el piso de arriba había muerto en el incendio. Se habían producido disturbios en el hospital porque los médicos húngaros acusaban a los rumanos de llevarse equipos que en principio eran húngaros; un médico se había partido el cuello después de ser arrojado por la ventana.

Mientras el joven recitaba estos desórdenes Yakimov se retorcía los pulgares nerviosamente y murmuraba: «¡Ay, madre!».

—No te alarmes —le dijo Von Flügel—, son los pequeños inconvenientes del traspaso. No hay comida, no hay gasolina, no hay teléfono, no hay transporte público. Los cafés están cerrados. Pronto cortarán el suministro de electricidad, de agua y de gas… pero no pasa nada. Aquí nos hemos provisto en abundancia de comida y bebida. Abajo hay una gran cocina de leña y tenemos un pozo en el patio. Podríamos resistir un sitio. —Miró a Yakimov—. A lo mejor te interesa tomar notas.

—Se me ha olvidado la libreta.

Von Flügel pidió pluma y papel a Filip. Cuando se los llevaron Von Flügel le explicó que era muy necesario que el control de Transilvania pasara de la manos irresponsables e incompetentes de los rumanos a las de los astutos y trabajadores húngaros. Una hora después Yakimov había escrito un título al principio de la página con su letra irregular: «El traspaso: un gran beneficio». Hecho lo cual, Von Flügel dijo:

—No es pronto para un aperitivo, ¿verdad?

Yakimov dijo que no con entusiasmo. A continuación, como todavía no tenía asegurado el futuro, se puso a hablar de lo agotador que sería tener que volver a Bucarest esa misma noche en el Orient Express.

—Por no mentir —añadió en tono confidencial—, no me apetece nada volver allí. La comida es atroz y hay follón a todas horas. Me aconsejaste que me fuera de Rumanía, así que he decidido que me gustaría quedarme aquí.

—¿Aquí? ¿En Cluj? —Von Flügel lo miró fijamente—. Ni hablar. Cuando los rumanos se retiren esto será prácticamente territorio del eje.

—Tú te ocuparás del viejo Yaki —respondió con una sonrisa persuasiva.

Von Flügel se quedó pasmado un momento, pero enseguida contestó con decisión:

—No, no podría, de ninguna de las maneras. Como miembro del antiguo régimen, tengo que ir con pies de plomo. Me sería imposible proteger a un extranjero enemigo. —Se volvió hacia su amigo con una expresión severa, pero al verlo tan abatido suavizó el tono—. No, no, *mein Lieber*, no puedes quedarte aquí. Vuelve a Bucarest esta noche, tal como tenías previsto. Mandaré a Axel para que te consiga un *wagon-lit*. En cuanto llegues, arregla tus asuntos y ponte a salvo en otra parte sin demora.

—Pero ¿adónde voy a ir? —preguntó Yakimov al borde de las lágrimas.

—Me temo que eso lo tienes que decidir tú solo. Europa ya no es segura para ti. Lo siguiente será el norte de África. O la India, tal vez. Tardaremos un tiempo en llegar allí.

Yakimov se pasó el resto el día comiendo y bebiendo con una triste sensación de despedida de lo que podía haber sido y no fue. Hacia el final de la tarde Von Flügel le indicó que se preparase para el viaje, que Axel le haría unos sándwiches para el camino. La comunidad húngara lo había invitado a una cena en su honor y no podía acompañarlo a la estación.

—Una cosa, *mein Lieber* —añadió mientras Yakimov se levantaba tristemente—, ¿te acuerdas de la tienda de alfombras que hay enfrente de Mavrodaphne's? La última vez que estuve en Bucarest vi una alfombra de Oltenia soberbia. Me pareció un poco cara y, tonto de mí, no la compré en ese momento, pero ahora me arrepiento. Me pregunto si me harías el favor de comprármela y mandármela por medio de la embajada alemana.

—Sí, claro, mi querido muchacho.

—La reconocerás enseguida: cerezas y rosas sobre fondo negro. Di que vas de mi parte y enseguida te la enseñarán. Pedían veinticinco mil, más o menos. ¿Te doy el dinero ahora?

—No estaría de más, mi querido muchacho.

Von Flügel abrió un cajón lleno de fajos de billetes nuevos de cinco mil lei. Quitó la faja a cinco con mucho cuidado y, antes de que Yakimov pudiera cogerlos, dijo:

—Dame tu dirección en Bucarest, por si acaso…

Yakimov se la dio sin dilación y Freddi le entregó el dinero.

—Por cierto —le dijo—, no me has devuelto el croquis que te enseñé anoche.

—Te lo mando mañana por correo. No te olvides de la alfombra. Negra, con cerezas y rosas, una delicia. Y no te quedes en Bucarest. Te digo con la más estricta confidencialidad que Rumanía es la siguiente de la lista.

Los amigos se despidieron amistosamente, Yakimov lamentándolo, Von Flügel con una educación ligeramente teñida de frialdad. Tenía prisa por ir a vestirse y le dijo al chófer que llevara a Yakimov a la estación y que volviera inmediatamente.

Mientras el coche cruzaba la plaza a la luz del crepúsculo, el ala negra de un avión, con el rótulo de *România Mare* desapareció por detrás de la aguja de la catedral. Había grandes grupos de campesinos en las esquinas de las calles, corrían de un lado a otro dispuestos a oponer resistencia, pero les faltaba alguien que los dirigiera. Gritaron al ver el Mercedes de Von Flügel y agitaron el puño.

El chófer, que era sajón, se rio de estos gestos y le contó que los campesinos habían creído que Maniu iría para incitar a la revuelta contra el arbitraje de Viena. Una delegación lo había esperado todo el día en la estación, hasta que se supo que Maniu estaba en su casa, fuera de Cluj, y que se había ido por carretera. Fueron inmediatamente a verlo y se lo encontraron preparando el equipaje. Dijo que no podía hacer nada y les recomendó que se marcharan pacíficamente a casa y que aceptaran la situación.

—Por eso están decepcionados —dijo el chófer con complacencia— y seguro que *domnul* Maniu está triste.

—Sin duda —dijo Yakimov, que también estaba triste.

La larga calle hasta la estación estaba llena de gente de la ciudad y de campesinos que se dirigían a los trenes. Se aglomeraban delante del coche con sus enseres en carros y carretas sin hacer el menor caso a los bocinazos del Mercedes, que tuvo que continuar a paso de tortuga.

—¡Ja, estos rumanos! —exclamó el chófer con desprecio—. En 1918 echaron a los húngaros violentamente y ahora temen la venganza.

La entrada del Orient Express, en el que Yakimov tenía una litera reservada, estaba prevista para poco después de las ocho. El chófer lo felicitó por haber llegado a tiempo, le dio su maletín y allí lo dejó; tendría que abrirse camino él solo entre la multitud que atestaba la entrada a la estación.

Cuando por fin llegó al andén, casi no se podía circular. Había muebles y campesinos por todas partes; se habían instalado como en casa: unos cuantos cocinaban maíz o alubias en unos hornillos de alcohol que habían colocado en mesas y cómodas. Otros dormían entre alfombras enrolladas. La mayoría parecía que llevara muchas horas allí. El tráfico de sillas doradas y de sofás, las preciadas pertenencias de los oficiales desplazados, era incesante. El tren estaba a punto de llegar y se veían escenas dramáticas. Las húngaras que se habían casado con rumanos esperaban para irse y los padres lloraban como en un entierro. Yakimov pasó por encima de dos mujeres que, lamentándose la una con la otra, se abrazaban al borde mismo de la vía. Se abrió hueco entre la *mêlée* hacia el final del andén, donde había menos gente, y allí se quedó a esperar.

Pasó el tiempo. El expreso no llegaba. Una o dos horas más tarde intentó averiguar cuándo llegaría, pero, hablara en el idioma que hablara, nunca acertaba. Cuando preguntó en rumano le contestaron *Beszélj magyarul*, cuando lo hizo en húngaro le dijeron *Vorbește românește* y cuando habló en alemán le respondieron con el silencio. Después se encontró con el judío al que había conocido en el vagón restaurante y así pudo saber que el tren venía con dos horas de retraso. Que tal vez llegaría a las diez. Se retiró otra vez al final del andén y encontró un sillón vacío, una imitación de estilo Luis XIV, nada cómodo, pero

mejor que nada, y se comió los sándwiches.

Se hizo de noche. Se encendieron dos o tres luces que dejaron a oscuras muchas zonas, iluminadas únicamente por las llamas de los hornillos de alcohol. De repente, por sorpresa, llegó un tren… uno de cercanías, de los más humildes. Una energía feroz se desató entre los campesinos, que se abalanzaron sobre las puertas solo para descubrir que estaban cerradas con candado. Sin detenerse, empezaron a romper las ventanillas. Cuando consiguieron entrar, los hombres auparon a las mujeres, a los niños y el equipaje, gritando amenazas de muerte contra cualquier oficial que se atreviera a impedírselo. El aire se llenó de chillidos de furia y temor y de crujidos de madera delgada que se rompía.

Yakimov lo contempló con consternación. Sabía que ese tren no podía ser el expreso, pero se alteró mucho al darse cuenta de lo que sucedería cuando llegara.

El tren de cercanías se llenó en un minuto, los campesinos y sus familias empezaron a subirse a la parte superior. La algarabía era tal que no se oyó el silbido de aviso. El tren empezó a moverse con mujeres y niños colgados por los brazos o las piernas, incapaces de hacer el último esfuerzo muscular para subir más. Sus gritos superaban incluso el clamor de los que quedaban atrás, que corrían por la vía aullando de desesperación, lanzando amenazas, hasta que los detuvieron unos disparos de rifle desde un puente. Cuando el tren desapareció, se oyeron llantos y quejas, pero, al parecer, nadie resultó gravemente herido y todo el mundo volvió al andén y se acomodó para seguir esperando.

A lo lejos un reloj dio las once. Yakimov se levantó con la seguridad de que el expreso llegaría en cualquier momento, pero volvió a sentarse media hora después, más y más aprensivo a medida que pasaba el tiempo. Llegó otro tren de cercanías y se llenó de la misma forma que el anterior. Mientras estaba en la vía, entró otro que se paró en la vía siguiente, oculto detrás del primero. La gente empezó a decir que aquel era el expreso.

Yakimov, temblando de ansiedad, esperaba a que se fuera el de cercanías, pero el tren no se movió, y de pronto una voz dijo que el expreso había arrancado. La gente echó a correr en

ambas direcciones a lo largo de los vagones que cerraban el paso y Yakimov corrió también. Tropezando con montones de escoria y con las vías, dio la vuelta por delante de la ardiente máquina del tren de cercanías y llegó al expreso. Habían cambiado la máquina de vía y los vagones estaban quietos. Encontró el *wagon-lit* y se subió, pero la puerta no se abría. Llamó al cristal y gritó: *Lassen Sie mich herein* a la gente que estaba en el pasillo. Lo miraron, pero nadie hizo nada. De pronto el *wagon-lit* empezó a moverse. Aferrado a la manivela de la puerta, con la maleta entre las piernas, Yakimov desapareció en la oscuridad. Después, el *wagon-lit* se paró bruscamente y casi lo tiró de la plataforma. Estaban en campo abierto y hacía viento. Sabía que si se apeaba se perdería, así que se quedó donde estaba y lloró de miedo, mientras el vagón retrocedía de nuevo como arrastrado por un impacto eléctrico. Se alegró al ver la estación otra vez. El *wagon-lit* se detuvo y él se bajó entre los dos trenes. El de cercanías se puso en marcha en ese momento. El reposapiés le rozó; la máquina, que iba en cola, despidió una rociada de chispas al pasar a su lado y el príncipe gritó despavorido. Los vagones del expreso estaban enganchados otra vez. Fue corriendo hasta el último, donde vio la luz de una puerta abierta. Llegó, tiró la bolsa dentro y subió detrás. Lo aterrorizaba que alguien le impidiera subirse al tren. Era la puerta de atrás del vagón restaurante. Vio la cocina y al cocinero, que parecía un grotesco muñeco negro; estaba cortando carne. Atónito y sumiso como quien llega a la paz después de una tormenta arrasadora, le sonrió. La carne parecía oscura, correosa y dura, pero el cocinero trabajaba en ella con la concentración de un artista. Dulcemente, con cariño, le preguntó si podía pasar por allí. El hombre le hizo seña de que pasara sin mirarlo siquiera.

Las persianas del coche estaban bajadas. Había varios sitios vacíos. Los comensales, todos hombres otra vez, charlaban indiferentes al griterío de fuera. Cuando por fin se sentó sano y salvo, levantó la persiana y miró fuera, a la multitud que corría con desesperación de un lado a otro de la vía. Alguien preguntó a un camarero y este le explicó que el tren estaba cerrado a cal y canto, inviolable, porque los campesinos habían asaltado el

expreso de la mañana sin dinero para pagar el viaje, luego se habían negado a bajarse y tuvieron que llevarlos a Braşov, pero eso no podía volver a pasar.

Una persona de la vía vio a Yakimov mirando fuera, golpeó la ventanilla y gritó lastimeramente que la dejara entrar. Pero él, distanciado como los demás comensales, no le prestó atención. Además, ¿qué podía hacer?

Se oyeron más gritos, disparos y un barullo de patadas. Se pegaban caras a los cristales un momento, como hojas mojadas, y enseguida desaparecían. El tren se puso en marcha. La gente corría al mismo tiempo, gesticulando, abriendo y cerrando la boca, pero no había la menor esperanza para ellos. Algo contundente —una piedra, seguro— dio en la ventanilla de detrás de Yakimov. Bajó la persiana y entregó su pedido al camarero. Después de comer se levantó para ir a buscar su litera, pero la puerta que daba al resto del tren estaba cerrada. Llamó al camarero: nadie tenía permiso para abrirla. Por fin, cansado de discutir, volvió a su sitio, apoyó la cabeza en la mesa y se durmió.

El viaje de vuelta fue más largo aún que el de ida. El expreso tenía que llegar a Bucarest por la mañana, pero no entró en la capital hasta la noche. Yakimov tuvo que pasar todo el tiempo en el vagón restaurante, consumiendo una comida tras otra y pagando con el dinero de Freddi.

En la estación de Bucarest no había mozos ni nadie que recogiera los billetes, solamente los pasajeros recién llegados, que se quedaron en la entrada murmurando entre ellos sin atreverse a salir. Yakimov miró hacia fuera. La calle, que por lo general estaba muy concurrida a esa hora y deslumbrante de faros, se encontraba vacía, pero no vio nada amenazador. Lo peor era que tampoco había taxis ni *trăsurăs*. ¡Otro paseo larguísimo! Se quedó un rato en las inmediaciones con la esperanza de que alguien le diera alguna explicación, pero nadie le dijo nada ni sucedió nada, así que decidió ponerse en marcha y se fue solo.

Los puestos de Calea Grivitei estaban cerrados y abandonados. No había nadie en las aceras. De vez en cuando veía a alguien en un portal, pero se retiraban antes de que él

llegara. La ciudad estaba en silencio, un silencio antinatural. Nunca había visto las calles tan vacías.

Por fin, en el cruce con Calea Victoriei encontró a un grupo de policías militares con el revólver en la mano. Uno de ellos le dio el alto. Dejó la bolsa en el suelo y, alarmado, levantó las manos. Se acercó un oficial y, muy serio, le preguntó qué hacía en la calle. La pregunta lo intimidó; comprendió que los otros viajeros debían de saber algo que él ignoraba. Empezó a explicarle en alemán —lo menos expuesto, tal como estaban las cosas— que acababa de llegar en el Orient Express y que iba a casa andando. ¿Qué había hecho mal? ¿Qué sucedía? El oficial no respondió a sus preguntas, pero le pidió el *permis de séjour*. Se lo entregó junto con el pasaporte. El oficial se los llevó a la luz de una farola y los miró de arriba abajo mientras un soldado lo cubría. Los soldados estuvieron un buen rato debatiendo. De vez en cuando uno se volvía a mirarlo y Yakimov temió que lo detuvieran o le pegaran un tiro accidentalmente. Por fin le devolvieron los documentos. El oficial lo saludó y le dijo que podía seguir su camino, pero que diera un rodeo para no pasar por la plaza principal.

Obediente, se fue por una calle lateral hasta el bulevar Breteanu y, dando un rodeo de un kilómetro, llegó al edificio de los Pringle en un lamentable estado de agitación todavía. El portal estaba a oscuras. Habían reclutado al portero hacía algún tiempo y no habían contratado a otro. Mientras subía en el ascensor se convenció de que había empezado la invasión. La ciudad no solo parecía vacía, sino que lo estaba. La gente había huido. Seguro que los Pringle se habrían marchado también.

Casi se desmayó al pensar que podía encontrarse solo en un país ocupado por Alemania. ¡Y pensar que podía haberse salvado quedándose en el expreso…! Se compadeció muchísimo de sí mismo.

Temblaba tanto que casi no acertaba a introducir la llave en la cerradura. Cuando entró, encontró el piso a oscuras también, pero oyó voces. Tranquilizado, encendió la luz de la salita.

—¡Apaga esa luz, maldito loco! —murmuró alguien desde el balcón.

La apagó, pero le dio tiempo a ver a Harriet apoyada en la

jamba de la puerta del balcón y a Guy y a David Boyd tumbados en el suelo, mirando entre los balaústres de piedra. Había sido David el que había hablado.

—Pero ¿qué está pasando aquí, mi querido muchacho? —preguntó entrando de puntillas.

—¡Cállate! —respondió David—. ¿Quieres que nos peguen un tiro al azar?

Yakimov se agachó enfrente de Harriet y miró a la plaza. Al principio no vio nada. No había nadie, como en las calles; las luces se reflejaban en los adoquines y en el asfalto, en el que solo se veían marcas de neumáticos. El palacio estaba a oscuras.

—Mi querida niña —susurró Yakimov después de un largo silencio—, ¡cuéntale a Yaki qué está pasando, por favor!

—Han sacado el ejército a la calle —le dijo ella—. Se espera un ataque a palacio. Si miras hacia allí —señaló la entrada de Calea Victoriei— verás el cañón de una ametralladora. Hay soldados por todo el palacio.

Yakimov se asomó un poco más y empezó a ver sombras en movimiento. En la primera tienda de Calea Victoriei distinguió unas cabezas en el umbral y más movimiento, cauteloso y en silencio, entre los andamios y los edificios medio derruidos de la plaza. Oyó cantar a lo lejos.

—¿Quién va a atacar el palacio?

Lo dijo en un tono lastimero, tenía la sensación de que nadie quería contarle nada.

—No lo sabemos —contestó Harriet—. Suponemos que la Guardia de Hierro, pero solo hemos oído los rumores y la confusión de siempre.

—No será la revolución, ¿verdad?

—Puede ser cualquier cosa. Pedían la abdicación, después la policía hizo un despliegue para despejar las calles y luego salió el ejército. Cuando ha llegado, David nos ha dicho que corría el rumor de un ataque a palacio. Es lo único que sabemos.

—El rey se niega a abdicar, ¿verdad?

—Espera y verás —dijo David con sorna al oír la pregunta.

Yakimov cogió el maletín y se fue a su habitación. Se tiró en la cama agotado pero incapaz de pensar en dormir. Estaba muy consternado, no solo por las predicciones de Hadjimoscos

sobre la anarquía y la guillotina, también porque la palabra «revolución» siempre lo había alarmado. La revolución había destruido la fortuna de su familia y había mandado a su pobre padre al exilio. Se había criado oyendo las historias de la caída de la monarquía rusa y del terrible fin de la familia real. Se imaginó que dentro de nada, una hora o dos como mucho, los empleados abandonarían los trenes, los aviones y los barcos. Los militares requisarían el petróleo y se quedarían todos atrapados allí.

Freddi le había recomendado que se fuera de Bucarest y le había advertido de que la siguiente de la lista era Rumanía.

Todo el mundo había dicho siempre que Alemania no podía permitirse complicaciones con Rumanía. Un levantamiento sería la señal para que los alemanes la ocuparan inmediatamente. Se le ocurrió que, al haber infundido sospechas sobre Guy —con cierta malicia, desde luego, pero ahora no tenía tiempo para los remordimientos— estas podían recaer también sobre él, porque ahí estaba, uno más de la casa desacreditada, y tal vez no tuviera tiempo para demostrar que no estaba implicado.

Pensó en el Orient Express, del que acababa de bajarse y que siempre se quedaba al menos una hora en la estación de Bucarest. ¿Por qué no volver allí rápidamente? Había podido llegar sano y salvo a casa y podría volver igual. Y, por una vez, no le faltaría dinero gracias a Freddi.

Se dijo: «Ahora o nunca, mi querido muchacho», se levantó de golpe y empezó a sacar las pocas prendas de ropa que quedaban en los cajones. Llenó la bolsa hasta arriba.

Lo hizo todo con sigilo. Sentía la necesidad de irse en secreto, no por miedo a que lo detuvieran, sino por una sensación nerviosa de vergüenza, porque después de haber delatado a Guy se disponía a desaparecer. Si intentaba justificar que se iba, tendría que revelar la delación.

Su ventana daba al balcón. Mientras se movía por el dormitorio oyó murmurar a David:

—Ahí vienen. Ahora sí que vamos a ver algo.

Se oyó un ruido fuera. Se acercó a la ventana y miró a la plaza. Una fila de soldados cerraba los dos extremos de la calle que salía de ella. Llevaban el rifle calado.

El ruido iba en aumento. Era evidente que una muchedumbre se acercaba al palacio. Yakimov solo esperaba que el tumulto de la plaza atrajera toda la atención y las calles secundarias por las que iría a la estación se quedaran vacías.

Antes de irse cogió el abrigo forrado de marta, que estaba colgado detrás de la puerta. Con el abrigo, el maletín y lo que quedaba de los veinticinco mil de Freddi, salió del piso de puntillas. En la calle, oyó disparos de rifle y echó a correr hacia el bulevar Breteanu.

Nadie lo abordó por el camino y llegó ileso a la estación. El Orient Express, que ignoraba los acontecimientos que Yakimov dejaba atrás, estaba esperando a los pasajeros que, curiosamente, no llegaron. Se hizo cargo de Yakimov y, satisfecho, se puso en marcha hacia Bulgaria casi inmediatamente. En la frontera se produjo un leve altercado porque no tenía visado de salida de Rumanía, pero la cosa se arregló con mil lei.

Le asignaron una litera en el vagón dormitorio, que estaba casi vacío, y a la mañana siguiente se despertó sano y salvo en Estambul.

TERCERA PARTE

La revolución

15

A primeros de septiembre Harriet se había acostumbrado al murmullo de la concurrida plaza igual que al del tráfico. Poco después de que Yakimov se fuera de viaje a Cluj, el murmullo se convirtió de pronto en un clamor, se oyeron gritos de *Abdicˇa* y estrépito de cristales rotos. Pensó que finalmente comenzaba el levantamiento. Salió a mirar y vio que la agitación era tremenda y que la policía se disponía a poner las mangueras en acción. La amenaza fue suficiente para acallar los gritos, pero la muchedumbre no se dispersó. En esta ocasión nada la movería de allí. Si no podía hablar, se quedaría allí para mayor vergüenza de los buitres de palacio.

Se acordó de que, cuando alquilaron el piso, le había dicho a Guy: «Estamos en el centro de la vida de la ciudad», y le pareció que en este momento estaban en el centro de los líos.

Poco después, cuando los oficinistas se unieron a la muchedumbre, hubo un brote repentino de alegría. Guy acababa de llegar y estaba con Harriet en el balcón. Ella, gracias a lo bien que veía de lejos, distinguió a un hombre con uniforme del ejército que levantaba la mano desde los escalones de palacio. Guy no alcanzó a verlo, pero oyó los gritos jubilosos de la multitud.

—¿Será el rey? —preguntó Harriet—. ¿Por fin habrá hecho algo para complacerlos?

A Guy le pareció poco probable. Despina entró corriendo en la habitación gesticulando con los brazos y gritando que había pasado una cosa maravillosa. Habían sacado a Antonescu de la cárcel por tercera vez para ofrecerle el mando del gobierno… según sus propias condiciones. Había aceptado y lo primero que había hecho era exigir la dimisión de Urdureanu.

—¡Ahora arreglará el país! —gritó Despina, dándose un golpe en la mano con el puño.

Al parecer todo el mundo opinaba lo mismo. Antonescu se convirtió de pronto en un héroe. Casi no podía salir de palacio en su coche entre la muchedumbre de admiradores. Cuando por fin desapareció en el bulevar Elisabeta la gente empezó a dispersarse como si no tuviera nada más que hacer allí.

A última hora de la tarde se anunció la dimisión de

Urdureanu. Guy y Harriet salieron porque habían quedado con David y notaron un cambio en el ambiente. En vez de furia y motín se respiraba algo muy parecido al júbilo. Y pensaron que era solo el principio. Como había dicho Despina, a partir de ese momento el país se arreglaría. Un hombre, al despedirse de un amigo, le dijo a voces:

—*Eu nu abdic* —y los que lo oyeron estallaron en carcajadas.

El amigo le respondió que Antonescu le haría cambiar de opinión.

David había invitado a los Pringle a comer y estaba esperándolos en el English Bar. Propuso ir al Cina's de la plaza. No podían permitirse ese restaurante muy a menudo, pero se trataba de una noche muy especial.

—Puede pasar de todo —dijo— y, si pasa algo, tendremos un asiento de primera fila.

Había hecho mucho calor durante el día y la noche era tan cálida como en pleno verano. Todas las mesas del jardín estaban ocupadas como si la gente esperase que sucediera algo.

—¿Será la abdicación? —preguntó Guy.

—Parece que es lo que desean —respondió David con sorna.

Les asignaron una mesa al lado del seto. Desde las sillas de mimbre, bajo los añosos tilos, veían pasar a la gente tranquilamente por la plaza. Unas veinte o treinta personas, lo que quedaba de la muchedumbre de la mañana, seguían alrededor de la estatua de Carol I. De repente todo el mundo se puso en alerta. Empezó a acudir gente corriendo hacia el palacio. Los comensales del jardín se alborotaron; inquietos en sus asientos, pidieron información a los camareros, pero como estos no pudieron decirles nada, se quejaron como si les negaran las noticias sin ningún motivo. Varias personas llamaron al jefe de sala, un señor mayor que conocía a todo el mundo. Al entrar en el jardín, levantó una mano y, sonriendo, dijo en tono suave de reproche:

—Un decreto, no es nada más que un decreto.

A continuación, en voz baja, contó los detalles a los camareros, que, a su vez, recorrieron las mesas contándoselos a

la clientela.

El decreto había puesto fin a la dictadura monárquica y el rey se había quedado solamente con el derecho a lucir condecoraciones y a concedérselas a los demás. Cuando se le requirió la firma del decreto, había montado en cólera y había acusado a Antonescu de alta traición, pero al final lo habían obligado a firmar.

—¡Ay del pobre Grande y Bueno! —dijo David—. Lo han relegado a la categoría de florero. ¿Y qué va a hacer el general ahora? No puede gobernar solo. Tendrá que recurrir a la Guardia de Hierro o al ejército, y supongo que conoce muy bien al ejército como para fiarse.

—¿Crees que vamos de cabeza a una dictadura de la Guardia de Hierro?

—No veo alternativa —dijo David encogiéndose de hombros.

Entonces, pensó Harriet, su situación era más frágil que nunca.

Se encendieron luces de colores entre las frondosas ramas. En palacio, donde habían despojado al rey de todo menos de las condecoraciones, se iluminaron galaxias de arañas. Por encima brillaba con fuerza una sola estrella, engastada en el satinado cielo cerúleo. Los tejados relucían con el último resplandor del oeste.

De pronto, en medio del jardín, la tarima de la orquesta cobró vida y los músicos, con blusa blanca y calzón de terciopelo hasta la rodilla, desfilaron entre las mesas saludando a diestra y siniestra. Subieron a la tarima: una nota de violín, una pausa y, a continuación, una música frenética se derramó sobre los comensales.

Harriet se acordó de la última vez que habían cenado allí. Fue en pleno invierno, estaban en una mesa al lado de la ventana de doble hoja, los iluminaba el resplandor del jardín que, bajo un manto de nieve, parecía pequeño e íntimo. En la terraza había dos sillas de mimbre rotas, con cojines de nieve en el asiento. También la nieve delineaba la delicada tracería del respaldo y destacaba la línea irregular del dosel de los árboles. Debajo, encajada entre las ramas, la tarima de la orquesta

cubierta de nieve parecía una obra de artesanía chinesca lacada en dorado y amarillo. ¿Quién diría, al verla en ese momento, con las luces, las hojas y las flores, que dentro de nada se quedaría vacía y abandonada?

El otoño anterior Inchcape le había dicho que el enemigo nunca invadía en invierno: «Pronto nos arropará la nieve y nos pondrá a salvo».

Añoró la nieve, que le inspiraba cierto encanto de la infancia, una seguridad que había conocido antes de que su niñez cambiara. Pero corrían otros tiempos. El otoño anterior los alemanes estaban a dos fronteras del país. El que se acercaba, en cambio, tan pronto como la nieve cerrara los puertos, aislaría a una hueste de alemanes y a toda la Guardia de Hierro.

A la mañana siguiente, cuando los Pringle se despertaron, reinaba el silencio. Los de la Guardia de Hierro habían tomado posiciones en la verja de palacio, pero estaban solos. Los demás habitantes de la ciudad se conformaban con dejar los asuntos en manos de Antonescu.

Despina llegó con el servicio de desayuno hablando con entusiasmo de este paladín, que se había levantado para enmendar los entuertos de todo el mundo. Era el único que se había atrevido a oponerse al rey y había sufrido las consecuencias. Pero al final había triunfado y gobernaría él. En cuanto al rey… Hizo un gesto como si fuera a arrancarse la mano de la muñeca de un tirón. El rey no era nadie.

Tanto si el rey era nadie como si no, pensó Harriet, había sido aliado y protector de la comunidad inglesa. No lamentaba que siguiera en el trono.

Y Guy tampoco. El rey no le entusiasmaba, pero Antonescu, menos todavía; por pura necesidad se había convertido en un símbolo de fuerza y honradez en medio de la perfidia y la confusión. La gente lo consideraba una solución solo porque no había solución alguna. Tal vez tuvieran que lamentar esa ilusión.

El día transcurrió sin incidentes. Muchos creían que la situación se había resuelto, pero al final de la tarde los sorprendió el gran despliegue policial, que mandó a todo el

mundo a casa.

Cuando los Pringle se dirigían al English Bar se vieron rodeados en la plaza. Apuraron el paso para llegar a su destino antes de que los obligaran a volver, pero la puerta giratoria estaba cerrada. No se podía entrar ni salir. Se acercaron rápidamente a la puerta de cristal de la peluquería, pero también estaba cerrada. Harriet vio dentro a Clarence, que los miraba, y lo saludó. ¿No podría conseguir que los dejaran entrar? Asombrado e impotente, les dijo que no con un movimiento de cabeza.

Galpin, Screwby y otros periodistas miraban por una ventana lateral. Un portero se plantó delante de ellos y bajó la persiana.

La plaza vacía parecía enorme, los adoquines reflejaban el brillo rosado del ocaso. En el hotel, en palacio, en Cina's y en otros edificios habían bajado las persianas, que, con su color claro, imponían un vacío sabático a la hora del crepúsculo.

Un agente de policía se dirigió a los Pringle, los únicos civiles a la vista en ese momento, y les dijo que se fueran a casa. Guy preguntó el motivo de la orden y el guardia les explicó que se había proclamado la ley marcial.

—¿Por qué? —preguntó Guy—. ¿Qué ha sucedido?

El policía se encogió de hombros y puso cara de no tener ni idea, pero incapaz de callar lo que sabía dijo que se iba a producir un ataque a palacio.

—¿Por parte de quién?

El agente no lo sabía.

Cuando cruzaban el cordón policial llegaron unos camiones cargados de soldados. Un tanque pintado de azul celeste aparcó enfrente del hotel. Empezaron a montar ametralladoras en todos los sitios posibles. En la calle de su edificio una furgoneta militar con altavoces ordenaba que todo el mundo se quedara en casa, que bajaran las persianas y dejaran los balcones vacíos. Todo el que estuviera en la calle después de las seis y media podría ser detenido.

Volvieron al piso unos quince minutos después de haber salido, pero se alegraron al ver que David había llegado durante su ausencia y estaba mirando desde la puerta del balcón.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Harriet.

—Un *coup*, me imagino —dijo David—, organizado por el general. Ha desautorizado al rey, pero Lupescu y Urdureanu todavía están en palacio esperando el momento oportuno. Lo cierto es que los que saben se ríen del decreto. El rey se limitará a esperar la ocasión de volver a hacerse con el poder. Por eso el ataque a palacio. Es un montaje, pero a lo mejor funciona.

—¿Es una revolución?

—Algo así. Si nos tumbamos en el suelo no nos verán y podremos enterarnos de todo.

No se oía ruido en la plaza. No había tráfico. Cayó la noche, pero no pasaba nada. Los dos hombres atisbaban entre los balaústres de piedra y Harriet miraba pegada a la jamba de la puerta. Abajo no había señales de vida. Todo el mundo, policías y militares, se escondía entre las sombras. El jinete a lomos de su enorme caballo estaba solo. Alrededor de la estatua las luces se reflejaban en un mundo de ébano pulido.

El silencio de la ciudad expectante no tenía matices. Era tan absoluto como el del campo.

Al cabo de un rato Harriet, entumecida y aburrida, se fue a la cocina. Todos los criados estaban en la azotea esperando a ver qué sucedía. Harriet hizo unos sándwiches y los llevó a la salita. Se sentaron los tres a comer en el suelo del balcón, con las piernas cruzadas. Cuando Harriet volvió a su puesto en la jamba de la puerta, dijo:

—Alguien canta.

No era más que una pulsación en el aire. Mientras escuchaban llegó Yakimov. La canción cobró fuerza, acompañada de muchos pies en marcha que provenían del centro de la ciudad. Una orden interrumpió la canción y se empezaron a oír voces. Las voces se acercaron. En la plaza dieron una orden. Las sombras salieron de pronto a la luz.

—Ahora —dijo David—, ahora veremos algo.

Unos soldados con el rifle calado salieron de la oscuridad a la carrera y se alinearon taponando el cruce de Calea Victoriei con el bulevar Elisabeta.

El ruido de voces y pies acercándose llegó como un torrente y enseguida se distinguieron amenazas concretas al rey, a

Lupescu y a Urdureanu. También se pedía la muerte del rey repetidamente.

Los manifestantes estaban ya muy cerca. Se oyó otra orden en la plaza. Los soldados del bulevar Elisabeta levantaron el rifle. Los manifestantes se acercaron. Un oficial dio otra orden. Los soldados dispararon al aire. El estampido de las armas puso fin al griterío inmediatamente. Hubo un momento de silencio y después, barullo de pies en retirada… Pero los manifestantes que se retiraban levantaron la voz para cantar, desafiantes, *Capitanul*!

Los soldados no se movieron ni se oyeron más órdenes. *Capitanul*! se redujo a una pulsación en el aire hasta que desapareció por completo.

Guy y David se pusieron de pie.

—Vamos a tomar algo —sugirió David.

—¿Ya está? ¿Se ha terminado la revolución?

—Ha sido suficiente —dijo David—. Ahora Antonescu puede decir: «Estáis en peligro mortal. No puedo protegeros. Tenéis que iros». —Guy sirvió *ţuică* y David levantó el vaso—. Despidamos al rey. Se habrá ido antes de que amanezca.

Más tarde corrió la voz de que aquella noche Carol escribió en la carta de su cena: *Auf Wiedersehen*, resignado a abandonar, pero seguro de que su país volvería a reclamar a un rey tan perspicaz.

16

A la mañana siguiente Harriet oyó el rumor de la plaza antes de levantarse de la cama. La ciudad estaba de fiesta.

Mientras desayunaba, Despina no paraba de entrar y salir de la habitación repitiendo lo que le contaban otras criadas: el rey no había querido firmar la abdicación hasta las cuatro de la madrugada, y solo después de una discusión sobre la pensión que recibiría. Se lo habían llevado inmediatamente a Constanza en un coche diplomático alemán y lo habían subido a bordo de su yate. Lupescu y Urdureanu se habían ido con él, pero en palacio quedaba un nuevo rey, Michael, que era joven, guapo y bueno y reinaría benignamente, como un rey inglés.

Entretanto la gente acudía a la plaza desde todas las calles convergentes; muchos campesinos habían venido del campo, los hombres con camisa blanca y las mujeres, con los brillantes colores de los vestidos que solo se ponía los días festivos, parecían pájaros orientales. Evidentemente nadie iba a trabajar ese día.

—No tienes que ir hoy a la universidad, ¿verdad? —le preguntó a Guy.

Pero a él le parecía que tenía que hacer acto de presencia y se fue como de costumbre.

Harriet estaba todavía a la mesa cuando oyó que empezaban a cantar *Capitanul*! al pie del balcón. Salió, taza de café en mano, y vio las hileras de hombres vestidos de verde que desfilaban alrededor de la iglesia. Pasaron entre la gente y cruzaron la plaza directamente hasta el palacio, donde los guardias que la noche anterior habían disparado por encima de sus cabezas alzaron ahora las armas saludándolos al estilo fascista.

Eran cientos y se alinearon ante el palacio mientras la multitud se acercaba a besarles las manos y a darles golpecitos en la espalda.

El ambiente era tan jubiloso que a Harriet se le contagió, aunque ¿de qué se alegraba? El nuevo régimen significaba un nuevo comienzo, pero las provincias que habían perdido… ¡perdidas estaban!, y el país tenía que seguir cumpliendo con las exigencias de su voraz aliado.

Volvió a la realidad a los gritos de *Corniţa*. Despina había salido y, radiante con las sensaciones, enhorabuenas y fantasías del mercado, se plantó en la habitación con una mano escondida a la espalda. En cuanto Harriet entró en la salita, sacó la mano haciendo una floritura y le enseñó una pieza redonda de carne.

Era viernes, día de abstinencia de carne.

—Para celebrar la abdicación —dijo—. Y no es ternera, sino buey. —No comían buey desde principios de primavera—. ¡Ahora que se ha ido el rey no habrá más días sin carne! —exclamó—. ¡Comeremos buey asado a todas horas!

Le contó que un campesino, al darse cuenta de que era húngara, no había querido despacharla y que ella le había dicho: *Sitie kiansinlai blogi*, y le había tirado al suelo el cesto de tomates. Y que la gente que lo había visto estaba tan alegre que se lo había tomado a broma.

—¿Nadie lamenta que el rey se haya ido? —preguntó Harriet.

—¡Ni uno! ¡Ni uno! —respondió Despina tronchándose de risa—. El rey no era más que un ladrón, un tramposo, un putero. ¡Que se vaya!

Acompañó las palabras con un gesto grosero de desprecio y dijo que cuando Carol y Lupescu iban a salir de palacio con cajas de joyas y bolsas de oro, Horia Sima los había mandado volando a Berlín, donde los esperaba el Führer para ajustarles las cuentas.

—*O să-le taie gâtul* —añadió, pasándose un dedo por la garganta.

—¿De verdad? —preguntó Harriet, incrédula.

¿De verdad? ¡Pues claro! No se hablaba de otra cosa.

Un clamor en la plaza la hizo volver inmediatamente al balcón, con Despina pisándole los talones. El rey joven —alto y con uniforme militar— se encontraba de pie en el balcón principal de palacio y los ministros detrás de él. Saludó levantando la mano y la gente aulló entusiasmada. Harriet vio por primera vez a hombres y niños trepando por la estatua de Carol el Grande. Los soldados, que abrían paso a los coches que querían entrar en palacio, estrechaban la mano a la emocionada muchedumbre.

Cuando el nuevo rey se retiró, los que estaban más cerca de la verja, animados por la fraternidad del momento, se atrevieron a entrar. Poco después la gente entraba y salía tranquilamente por las puertas y paseaba por los parterres ornamentales con la misma libertad que si de un parque público se tratara.

Despina no cabía en sí de asombro. Decía que jamás en la vida había visto cosa igual.

Harriet sintió una necesidad imperiosa de salir a la calle a ver tantas maravillas de cerca; se disponía a abrir la puerta cuando llamaron al timbre. Era Bella.

Hacía que no sabía nada de ella desde el día en que se habían encontrado por casualidad en Calea Victoriei. Con los brazos llenos de flores se lanzó sobre Harriet, mucho más animada que en cualquier otra ocasión. Le entregó un ramo de rosas como si también tuvieran algo que celebrar y dijo:

—¡Ah, qué emocionante! ¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! — De pronto vio que Harriet estaba con el bolso y los guantes en la mano y añadió—: No salgas ahora. A lo mejor te atacan. Carol era probritánico, así que todo el mundo reniega de los ingleses. Ya se les pasará, claro… pero justo en este momento estás mejor en casa.

—A ti no te han atacado.

—Mi caso es distinto. Tengo documentos rumanos y hablo alemán. Lo hablo tan bien que los tenderos se desviven por atenderme. —Salieron al balcón, se sentó en una hamaca y añadió—: ¿Para qué salir si tienes un asiento de primera fila?

Bella estaba guapísima con la piel de color melocotón y el pelo aclarado por el sol, parecía casi borracha por los acontecimientos de la víspera.

—¡Qué maravilla tener a un hombre fuerte en el poder! — exclamó—. Todo el mundo dice que Rumanía recuperará todos los territorios.

—¿Por qué lo dicen?

—Porque Antonescu es un auténtico dictador. Sabe cómo tratar a Hitler y a Mussolini. Es igual que ellos. Apuesto a que dentro de tres meses este país estará otra vez en pie.

—¿Y qué hay de la Guardia de Hierro? Puede dar muchos problemas.

—No, esa chusma no —se burló Bella—. El general no consentirá sus tonterías. Todos sus cabecillas están muertos. La gente dice que son como las patatas: que los mejores están bajo tierra.

Estaba tan segura que casi la convenció de que no había nada que temer: su mundo volvería a la tranquilidad. La visita la animó mucho y le devolvió el placer de su compañía. En esa ciudad, una mujer no podía ir sola a ninguna parte, pero dos, haciéndose de carabina mutuamente, podían hacer lo que quisieran.

—Cuando termine todo esto —dijo— podemos volver a quedar en Mavrodaphne's.

—Sí, claro —dijo Bella, entusiasmada. Miró con atención a Despina, que había bajado rápidamente a la pastelería y había vuelto con una bandeja de pasteles de crema y café—. ¿Cuánto le pagas a esta chica? —preguntó cuando la criada salió.

—Mil a la semana.

—¡Dios bendito! Gana lo mismo que un director de escuela. La echas a perder. Ya te lo he dicho otras veces. Así nos pones las cosas difíciles a las demás.

Estallaron las aclamaciones otra vez cuando Michael salió al balcón.

—Es un buen chico —dijo Bella—, aunque no tan interesante como su padre. Lo de Carol es una lástima, la verdad. Dicen que rompió a llorar cuando Antonescu le ordenó a voces que abdicase y que alegó que no lo había hecho tan mal. Me dio pena, ya ves.

—Tenía el don de llorar en el momento oportuno —dijo Harriet.

—Era muy viril —replicó Bella, descontenta con el último comentario de Harriet.

—David Boyd dice que todas esas historias de su virilidad se las inventaban en palacio.

—¡David Boyd! —exclamó Bella con desprecio—. ¡Cuánto sabe ese!

—¿Qué crees que habrá sido de Carol? —preguntó Harriet, para que Bella recuperara el buen humor.

—No se sabe con seguridad —dijo, y señaló el palacio con

un movimiento de cabeza—. Es posible que todavía esté ahí.

La Guardia de Hierro salió de Calea Victoriei cantando a pleno pulmón.

—Otra vez esa maldita canción —dijo Bella—. Pero, tiempo al tiempo: en cuanto el general se establezca los reducirá a picadillo.

Un pequeño contingente de la Guardia iba a la cabeza de una larga procesión de sacerdotes y monjas. Bella le explicó que era el día de St. Michael, no solo el santo del nuevo rey, sino también el de Michael Codreanu, el patrón de la Guardia de Hierro. La coincidencia debió de impactar a las masas, porque se quedaron mirando en respetuoso silencio hasta que se produjo otro alboroto. Un hombre salió de palacio a pie. Bella se levantó como movida por un resorte.

—¡Dios mío! —exclamó— ¡Es Antonescu en persona! La gente se vuelve loca. Tengo que bajar a ver la diversión. —Harriet iba a levantarse también, pero Bella le puso la mano en el hombro—. No, tú quédate aquí —le ordenó—. Seguimos en contacto. Te llamaré todos los días para darte noticias.

En cuanto el ascensor desapareció con Bella dentro, Harriet se lanzó escaleras abajo. Evitó la plaza por respeto a los temores de su amiga y dobló la primera esquina hacia el bulevar Elisabeta. Creía que encontraría las tiendas cerradas, pero la vida seguía su curso como de costumbre, aunque con una sensación de mayor actividad. Los campesinos habían acudido a la ciudad con las carretillas cargadas. Los restaurantes estaban abiertos. En el jardín de los cafés había gente desayunando debajo de las sombrillas de rayas.

Sin embargo, en Calea Victoriei se manifestaba una nueva fuerza. Hombres y mujeres jóvenes se abrían paso ruidosamente entre la multitud repartiendo panfletos de la Guardia de Hierro. Un grupo de chicas sofocadas y con un aspecto bastante descuidado, intimidadas sin embargo por su propia importancia, iban de tienda en tienda distribuyendo carteles. En cuanto los entregaban aparecían pegados en los escaparates: un retrato de un joven románticamente atractivo, de pelo largo y grandes ojos oscuros de gitano; al pie, las palabras «Cornelius zelea codreanu: prezent». Era una imagen idealizada del capitán, siempre

presente entre sus seguidores.

Poco después, el rostro del enemigo de Carol, que hasta hacía unas semanas era despreciado por traidor, se exponía en todas partes como héroe nacional, santo y mártir.

Cuando Harriet llegó a la universidad se dio cuenta enseguida de que el edificio estaba vacío o casi. El conserje se había tomado el día libre. Recorrió el pasillo. La sala de conferencias estaba vacía. Nadie había bajado las persianas. El sol del mediodía se derramaba, caliente y pesado, sobre los pupitres vacíos.

Encontró a Guy en su despacho. Estaba corrigiendo unos cuadernos de ejercicios, concentrado al parecer, pero levantó la cabeza bruscamente al entrar ella. Creía que sería un alumno y se sorprendió al verla.

—Todo el mundo se ha tomado el día de fiesta —dijo.

—¿Por qué no has vuelto a casa?

—Esta mañana había tres clases. Era posible que se presentara alguien a alguna.

—La Guardia de Hierro se ha desplegado por las calles.

—Los he oído. No estarías preocupada por mí, ¿verdad? —Le cogió la mano con cariño—. No te preocupes. La Guardia no va a dar disgustos de momento. No quieren echar a perder la posibilidad de llegar al poder.

—Bueno, no tienes por qué seguir aquí. Vamos al parque.

—Acaba de empezar la última hora —dijo Guy, de pie pero mirando el reloj—. Tengo que esperar un poco más. A lo mejor viene alguien.

—No vendrá nadie. Nadie se arriesgará.

Pero Guy no perdió la esperanza. Dio unos pasos por la habitación canturreando para sí y Harriet, preocupada por él, dijo:

—Salgo, te espero en la terraza.

Él se quedó dentro diez minutos más. Después salió y, desenfadadamente, dijo:

—Vamos, sí; demos una vuelta por el parque.

El calor hinchaba el aire y presionaba los sentidos como un edredón de plumas, pero la emoción no dejaba lugar a la modorra. Las gitanas estaban eufóricas entre las cestas de flores

y se hablaban a voces como si fuera el día del triunfo de su raza.

En el parque había muchos campesinos. Como de costumbre, contemplaban en grupos el *tapis vert* con la boca abierta, maravillados. Todavía cortaban y regaban la hierba, pero los bordes empezaban a perder su forma. El descuido general era evidente. Los setos estaban sin podar y las malas hierbas proliferaban entre las flores. Las cannas y los gladiolos, sin soporte, se doblaban sobre los caminos; las dalias, que el año anterior eran una explosión de colores, se perdían en una jungla de follaje y flores secas.

Los Pringle se fueron por el camino que llevaba al café del lago. Había campesinos sentados a la sombra de los castaños, pero tensos, abrazándose las rodillas, vergonzosos en la ciudad, y aunque iban ataviados con sus mejores galas exudaban una muda sensación de resistencia. En otro tiempo, siempre había por allí media docena de hombres vendiendo galletas de sésamo y delicias turcas, pero en esos momentos las golosinas eran caras y escaseaban y solo había un vendedor con una bandeja de cacahuetes.

Cruzaron el puente en dirección al café y se sentaron donde solían, junto a la barandilla. Guy llevaba unas cuantas libretas y, mientras esperaban el vino que habían pedido, sacó la estilográfica y se puso a corregir. A Harriet le habían dado un boletín de noticias *Capitanul* de la Guardia de Hierro. Leyó el artículo principal, que era una loa al general Antonescu. El general había sido testigo en el juicio de Codreanu y le habían preguntado si lo consideraba un traidor. Había cruzado la sala del juicio, había cogido a Codreanu de la mano y había dicho: «¿El general Antonescu daría la mano a un traidor?». A consecuencia de este acto, la Guardia de Hierro lo había declarado uno de ellos.

Dejó el panfleto y se quedó mirando cómo trabajaba Guy. No tenía ganas de protestar ni de interrumpirlo. Empezaba a sospechar que, aunque Inchcape diera la espalda a la verdad, Guy solo lo fingía. Tal vez lo hiciera por ella, tal vez por ella no quisiera reconocer lo desesperado de la situación en Bucarest. De todos modos, entendió que, mientras siguieran allí, él necesitaba demostrar que tenía trabajo que hacer. Necesitaba

creerlo.

Miró hacia el agua sucia y neblinosa. Un año antes, sentados en ese mismo sitio, les parecía que la guerra era una zona compacta en conflicto a cuatro mil o cinco mil kilómetros de distancia.

En aquel momento Rumanía era un país robusto y próspero, una tierra de abundancia. Incluso en ese mismo café, uno de los más baratos, servían una tapa de aceitunas, queso y pepinillos con cada vino que se pedía. Ahora todas esas cosas escaseaban. Creía recordar que el agua era traslúcida como el cristal, pero ahora olía a algas. En la zona más próxima al café estaba llena de botellas, mondas de naranja, cajas de cerillas y bolsas de papel. El propio café reflejaba la decadencia de todo el país en las vigas grisáceas y repeladas, en las sillas cojas, en los sucios manteles de papel.

Suspiró; sentía el tedio del año que se repetía en el calor pegajoso de septiembre. Guy, pensando que se aburría, dijo:

—Ya casi he terminado.

Pero Harriet no se aburría. La obsesión de su marido la condicionaba y había aprendido a recurrir a sus propias reflexiones. De todos modos, las conversaciones con él eran demasiado generales para llegar a la intimidad. Él despreciaba lo metafísico y lo personal. No chismorreaba. Empezaba a creer que lo que le faltaba era un interés fundamental en el individuo, cosa que lo hubiera asombrado de habérselo echado en cara. Pero no se lo reprocharía. En algún momento había creído que encontrarlo a él había sido encontrar el todo, aunque ya no estaba tan segura. Sin embargo, ahí estaban, en un confín de Europa, como dos náufragos en una isla, y ella estaba aprendiendo a guardar sus pensamientos para sí.

Cuando Guy soltó la estilográfica, cogió el boletín de noticias y destacó el nombre del redactor jefe. Era Corneliu Zelea Codreanu. A continuación seguía la lista de nombres de los colaboradores.

—Están todos muertos —dijo—. En todas las reuniones pasan lista y los primeros nombres son estos, y siempre hay alguien que responde: *Presente*. Por algo llaman «la legión de fantasmas» a la Guardia de Hierro.

—De todas formas —dijo Harriet—, tienen una especie de idealismo…

—Cierto, cierto —dijo él riéndose, y se levantó—. Si llegan al poder se cometerán los mismos delitos, pero será por el mejor de los motivos.

Cruzaron el puente hasta el otro lado del lago y siguieron andando por el parque hasta las puertas de atrás, donde se encontraba la estatua de un político desprestigiado. Desde que Harriet estaba en Bucarest esa estatua había tenido la cabeza tapada con una bolsa de tela, pero ahora se la habían quitado. Resultó que el político, de baja estatura, fornido, con la cabeza echada hacia atrás, un pie hacia delante y una mano tendida en un gesto al estilo de George-Jacques Danton, tenía la nariz respingona y las facciones tan juntas que parecía un ramillete de rábanos. No había ningún nombre grabado en el pedestal.

Justo a la salida se encontraba la mansión en la que habían vivido los Drucker. La familia ocupaba todo el piso superior. En sus tiempos, las cortinas de la gran ventana curva de la esquina eran de terciopelo de color granate; las habían cambiado por unas de brocado de color rosa. Todas las pertenencias de Drucker, incluidas sin duda las cortinas, habían sido traspasadas a la corona.

Carol había terminado el juicio a tiempo y había vendido las acciones de Drucker a Alemania. A nadie le preocupó. El asunto había caído en el olvido.

Guy, al verla mirando la ventana del piso de arriba, le dijo:

—He pensado en Sasha. He hablado de la cuestión con David. Me parece que la única solución es llevarlo con nosotros cuando nos vayamos.

—¿Cómo vamos a hacer eso? No lo dejarán salir del país.

—Bueno, claro, tendría que llevar un pasaporte con otro nombre, pero esas cosas tienen arreglo. Clarence tenía todo un departamento dedicado a la falsificación de documentos para los polacos. Seguro que conoce a alguien que nos pueda ayudar.

—¡Cariño, eres maravilloso! —dijo ella, encantada con la idea—. Creía que no ibas a pensar en el asunto ni un momento. —Lo agarró del brazo llena de admiración, como antaño, y dijo —: ¿Vas a hablar con Clarence?

—Será mejor que se lo digas tú. Por ti haría lo que fuera.

Ella no estaba tan segura. Tenía una mala corazonada, pero la solución era tan sencilla que parecía que se hubiera resuelto todo. Fue como si una cerradura que no se abría se le hubiera caído en la mano.

En la calle continuaban unas celebraciones a las que eran completamente ajenos. Al oír la algarabía le dio la impresión de que ellos dos estaban excluidos de esa vida, como al margen de los peligros propios de su pequeña comunidad. Incluso la cuestión de Sasha —que había sido como una reserva de alcohol que se guarda en secreto, un recurso para momentos de desesperación— había desaparecido. ¿Qué les quedaba por hacer? Añoró Inglaterra, donde el peligro podía ser mayor, pero compartido por todos.

David fue a verlos y salieron los tres al balcón. Las masas aclamaban al rey. Aplaudían a todo el que llegaba a palacio. Entre la multitud había alguien que lanzaba fuegos artificiales. Unas furgonetas de la Guardia de Hierro radiaban un discurso de Horia Sima en el que hablaba del *coup d'état* como si fuera otro Nuevo Amanecer.

—¡Por Dios! —exclamó David—. Parece que vamos a tener un nuevo amanecer todos los días. Aunque claro —añadió con sorna—, a fin de cuentas, así son las cosas.

Un cohete subió al cielo; era muy pequeño, se extinguió a la altura del balcón.

—¿Os dais cuenta? —volvió a burlarse—. En menos de dos meses Rumanía ha perdido cien kilómetros cuadrados de su territorio y, de paso, seis millones de habitantes. La caída del producto interior bajará en torno a los quinientos millones de libras esterlinas. No parece motivo de tanto regocijo, ¿verdad?

El cielo se incendió detrás de palacio. Poco después unos jirones de nubes, finas como el humo, humedecieron el fuego de otoño y las luces de las habitaciones reales se encendieron. La puesta de sol se empañó. Sonó la corneta en el patio de palacio. A Harriet la confortaron esas notas conocidas. Los reyes pasaban, las naciones caían, pero los hombres y los caballos tenían que descansar.

17

La mañana siguiente terminó la alegría, solo quedaban unos pocos campesinos en la plaza.

Tal como había prometido, Bella llamó a Harriet y le contó que por la noche los de la Guardia de Hierro se habían emborrachado en su día de gloria y habían invadido el gueto gritando amenazas a los judíos.

—No queremos que se repitan esas cosas —dijo.

A Harriet le sorprendió el comentario, Bella nunca había demostrado mucha preocupación por los judíos, pero puntualizó que le preocupaba por sí misma. En Rumanía, un país de latinos de pelo oscuro, los judíos, al contrario que en otras partes, eran muy rubios o pelirrojos. Por lo tanto ella siempre había sido sospechosa. Y Guy más todavía, porque además tenía fama de ayudar a sus alumnos judíos.

—No sirve de nada decirle a la gente que en Inglaterra es al revés —le explicó—. No te creen. No soportan la idea de que los judíos tengan el pelo oscuro. Bueno, la cosa no es así con los rumanos educados, como nuestros amigos. Ellos han viajado y lo han visto con sus propios ojos. Pero estos de la Guardia son chusma. No saben nada. Son unos ignorantes.

—Sí, pero Antonescu, ¿qué? ¿No es pelirrojo?

—Sí, tiene sangre tártara, pero lo conoce todo el mundo. Nadie pensará que es judío. En mi caso es distinto. La última vez que armaron jaleo yo no salía sola de casa. Así que ten mucho cuidado.

—Pero yo tengo el pelo oscuro —dijo Harriet.

—Procura que Guy no salga de casa.

Antes de que Bella colgara, Harriet propuso ir a tomar un café en algún sitio.

—Hoy no —le respondió Bella—. Todavía no. Esperemos a que se calmen un poco las cosas.

Estaba dispuesta a hacerle una visita, pero que la vieran con ella era otra cosa.

Harriet salió de compras y percibió malos augurios en las calles. Las carnicerías no tenían género. Se habían vendido todas las reservas de la semana siguiente en las celebraciones del día anterior… pero las celebraciones se habían terminado. ¿Cuándo

volvería a haber carne? No se sabía. ¿Qué comería la gente el fin de semana? Quién sabía. La gente preguntaba qué había pasado. Habían cambiado a un dictador por otro: al conocido por un desconocido que podía traer consigo a la Guardia de Hierro.

Para rematar la decepción, declararon el domingo «día de expiación». Bucarest tenía que expiar el asesinato de Codreanu y sus camaradas, el pasado probritánico y también su frivolidad. Las campanas de la iglesia tocaron desde el amanecer hasta bien entrada la noche. Cerraron los cines, los cafés, los restaurantes y hasta el English Bar. Todos los rumanos, dondequiera que se encontraran, tuvieron que arrodillarse a las once de la mañana y pedir perdón a los mártires de la Guardia de Hierro. Hubo procesiones de sacerdotes que, vestidos de negro y con la cabeza gacha, desfilaron todo el día a pesar del calor pegajoso.

Una llamada telefónica de Galpin vino a reforzar el pesimismo de los Pringle. Preguntó por Yakimov. Yakimov no estaba en su habitación.

—¿Dónde se ha metido? —inquirió, muy enfadado.

Harriet no lo sabía. De pronto se dio cuenta de que no lo había visto desde el jueves por la noche.

—¿No lo viste ayer en el bar? —le preguntó ella.

—¡No! ¡Oye! —insistió Galpin en un tono severo—. Le di cinco mil y le pagué el viaje a Cluj.

—Con cinco mil no puede ir muy lejos.

—Más le vale no intentarlo —dijo Galpin, y colgó violentamente.

Harriet fue a preguntar a Despina si lo había visto últimamente. El día que Yakimov había regresado la criada estaba en la azotea, y no lo había visto desde la mañana en que se había ido. Dijo que la cama no estaba deshecha.

Confusa, Harriet se preguntó si de verdad había vuelto o si su breve aparición en la habitación, a oscuras, no había sido más que una ilusión de la noche del drama. Se lo preguntó a Guy.

—Yaki no se marcharía sin decírnoslo —respondió él con toda la confianza.

—Entonces, ¿dónde está?

Antes de que Guy pudiera responder, Galpin llamó a la puerta del piso. Entró en tromba, por lo visto creía que los Pringle lo tenían escondido.

—¡Le di dinero! —gritó a voces—. ¡Y quiero mis noticias!

Fue a la habitación de Yakimov, abrió armarios y cajones y Harriet se dio cuenta de que, aparte de algunas prendas inaprovechables, todas las cosas de Yakimov habían desaparecido, hasta el abrigo de marta que siempre colgaba detrás de la puerta.

—Si pensara volver no se habría llevado el abrigo —dijo.

—¡Qué cabrón! —exclamó Galpin—. ¡Se ha largado! Si lo vuelvo a ver le retuerzo el pescuezo.

—Volverá —dijo Guy a modo de consuelo en cuanto se fue Galpin.

—Bueno, pero aquí no se va a quedar —dijo Harriet con decisión—. Esa habitación es para Sasha.

Guy, dividido entre sus dos protegidos, puso cara de desconcierto.

—Es mucho más seguro para todos que Sasha esté en el piso —dijo Harriet.

Guy le dio la razón. De repente se entusiasmó y, tirando todas las dudas por la borda, dijo:

—Sí, claro; el chico necesita una habitación. No puede pasar el invierno en la azotea. ¿A qué se dedica todo el día? Últimamente no he podido ir a verlo. ¿Sigue estudiando?

—Lee y dibuja, pero es perezoso. Aquí abajo puedes vigilarlo un poco y además tenemos la radio. Le gusta la música.

—Sí, tocaba el saxofón. Tenemos que hacer algo por él. Si pudiéramos pedir un gramófono prestado… —De pronto, agobiado por lo urgente que era el caso de Sasha, dijo—: Que baje ahora mismo —y se fue rápidamente a buscarlo.

Cuando volvió con él, estaba más emocionado por lo que había hecho que por el chico.

Despina había limpiado la habitación.

—Está fenomenal —dijo Sasha y, al sentarse en el borde de la cama, añadió—: ¡Qué gusto tener una cama de verdad!

De todos modos, a Harriet le pareció que le daba igual dónde estuviera, siempre y cuando alguien se interpusiera entre

él y el inquietante mundo exterior.

Mientras colocaba papeles y pinturas en la mesita de noche, Harriet vio que, entre otras cosas, había bajado también el uniforme de soldado.

—¿Tenías algún documento? —le preguntó—. Me refiero al pasaporte o al *permis de séjour*.

—Tengo esto.

Rebuscó en la chaqueta del uniforme y sacó la *carte d'identité* que se entregaba a los reclutas. Contenía lo que Harriet necesitaba, una foto del chico, y dijo:

—Esto es una prueba contra ti. Será mejor destruirla.

Se la llevó a la cocina, despegó la fotografía y la guardó en el bolso. Partió la tarjeta en trocitos y los quemó en un cenicero.

Al anochecer Sasha se sentó con ellos a cenar. Mientras comían oían las noticias, o lo que pasaba por noticias esos días. Esa noche consistían en la lista de cargos de los que se acusaba a Carol, al que se comparaba con la caja de Pandora, de la que habían salido todos los males de Rumanía. Pero a los oyentes se les recordaba que en el fondo de la caja estaba la esperanza en forma de general Antonescu, y que se hallaba en la emisora para dirigirse al país.

Inmediatamente Antonescu se puso al micrófono. Con un sencillo lenguaje bíblico, prometió que el país recuperaría su grandeza tan pronto como expiara sus pecados. Nadie debía albergar ningún miedo. El nuevo régimen no traería derramamiento de sangre ni recriminaciones. Todo miembro útil de la sociedad disfrutaría de una vida ordenada y protegida, fuera cual fuese su raza o su credo.

—¿Crees que podemos fiarnos de esto? —preguntó Harriet.

—¿Por qué no? —respondió Guy—. Todavía no hemos perdido la guerra y es posible que no la perdamos. Se sabe que los británicos tienen una gran capacidad de supervivencia. Antonescu no quiere ponerse en nuestra contra y, mientras la Legación siga aquí, nuestra comunidad goza de reconocimiento.

Harriet preguntó a Sasha qué opinaba su familia de Antonescu. El chico hizo un gesto negativo con la cabeza, por lo visto nunca había oído hablar de él.

—Despina dice que está bastante bien —respondió.

Sasha había visto la revolución desde la azotea. ¿Qué opinaba? Desde luego, no lo había alarmado. Seguramente no se le había ocurrido que los acontecimientos tal vez pusieran en peligro su situación de protegido. En cuanto al futuro de Rumanía, ¿por qué había de interesarle? Aunque había nacido en el país, le inspiraba tan poca vinculación emocional como a los Pringle. Pensando en su acento de estudiante inglés, que lo ubicaba y lo desubicaba al mismo tiempo, Harriet concluyó que, estuviera donde estuviera, el chico no se identificaría nunca con ningún sitio.

El lunes siguiente los alumnos de Guy, confiando en el discurso del general, volvieron a la universidad en masa, pero la tristeza del domingo cargaba el ambiente. Los cines y los teatros seguirían cerrados toda la semana. Se había ordenado que todo el mundo volviera a trabajar, pero miles de personas seguían de vacaciones, aunque a medio gas, y deambulaban por las calles como esperando una señal de que el desorden de su mundo había vuelto a la normalidad.

Bella llamó a Harriet por la mañana; estaba alterada porque había acertado al decir que Carol no se había ido inmediatamente después de abdicar. En realidad se había quedado en palacio veinticuatro horas más y después se había ido en tren cargado de objetos valiosos.

—¡Y todos los cuadros del Greco! —exclamó, escandalizada.

—Pero ¿no los había comprado su padre?

—Sí, con dinero público. Lupescu y Urdureanu se fueron con él, desde luego. Un camarero del tren va diciendo por ahí que no pararon de pelearse entre ellos en todo el camino, que se culpaban unos a otros de lo sucedido. En la frontera los atacó la Guardia de Hierro con una ametralladora y tuvieron que tirarse al suelo. ¡Imagínate! —dijo Bella con una risita.

A Harriet la inquietó un poco que el exrey y sus seguidores hubieran estado veinticuatro horas en palacio oyendo la alegría del pueblo por su caída y lo expresó en voz alta.

—¡Ah! —respondió su amiga—. No pierdas un minuto pensando en esa pandilla. Vivirán como sultanes con toda la pasta que se han llevado. Nikko dice que ha sido un error

dejarlos marchar. Tenían que haberlos detenido, juzgado y obligado a devolver lo robado. Hay que distraer a la Guardia de Hierro de alguna forma, si no, a saber contra quién irá ahora.

Bella ya no estaba tan segura de que la Guardia de Hierro fuera a quedar al margen del poder.

—Por otra parte, no hay nadie más. Manu es probritánico y Bratianu es antialemán. No creo que Hitler se alinee con ninguno de los dos. Y —añadió con tristeza— siguen llegando montones de refugiados que llenan los hoteles y los cafés de la ciudad, y por eso han vuelto a subir los precios.

—¿Qué va a ser de ellos?

—Dios sabrá —dijo Bella.

Los trenes se habían parado dos días cuando la noticia de la revolución llegó a Transilvania, y la mayoría de los refugiados empezaba a llegar a la ciudad en esos momentos. Los que llenaban los hoteles y los cafés eran solo unos pocos afortunados, porque la mayoría, campesinos desposeídos, tenía que buscar refugio al pie de los árboles del parque y en la Chaussée. Llegaban en un momento de cambio de régimen y recibían menos atención que los polacos en el pasado. Nadie tenía potestad para encargarse de ellos. Pasaban el día en silencio delante de cualquier gran edificio en el que pudiera residir el poder. Creían que a la larga se haría justicia con ellos y estaban dispuestos a esperar días y semanas; y probablemente tendrían que esperar, porque todavía no se había formado el nuevo gabinete ministerial. Los cargos importantes de la *prefectura* y de los ministerios estaban vacantes. Los funcionarios civiles más antiguos no hacían otra cosa que asistir todos los días a las procesiones de penitentes que seguían a los sacerdotes y a las monjas por las calles.

Harriet salió de casa y cogió una *trăsură* en la Chaussée que la llevó hasta la fuente que señalaba el final de la ciudad. Iba a ver a Clarence, que vivía en un edificio nuevo de un bulevar inacabado. No había ido nunca a esa parte de la ciudad y le costó un poco encontrar la casa. Podía haber llamado por teléfono y quedar con él en el English Bar, pero le pareció que la urgencia de lo que le iba a pedir lo impresionaría más si lo llamaba inesperadamente.

Cuando preguntó por *domnul* Lawson, la cocinera, una mujer sucia y de actitud maliciosa, señaló el balcón con una sonrisita como diciendo: «Ahí está, donde siempre».

Se lo encontró tumbado en una hamaca con un ejemplar de *Bukarester Tageblatt* en el suelo, a su lado. Llevaba un grueso jersey blanco con la palabra «Leander» bordada en el pecho. Tenía los ojos cerrados. No los abrió hasta que ella dijo: «Hola, Clarence», y entonces, sobresaltado y confuso al verla, se puso a la defensiva inmediatamente.

—Tengo que hacer reposo —le explicó en un tono quejumbroso—. Empieza a hacer frío por la mañana y, con esta debilidad de pecho, tengo que cuidarme.

Daba la sombra en el balcón, que dominaba unos campos de los que llegaba un poquito de brisa. Harriet se tragó un comentario burlón y, sonriendo un poco, dijo:

—Siento haberte molestado.

La miró con suspicacia, pero, al ver lo seria que estaba, dijo:

—Supongo que lo sabrás. Están bombardeando Londres.

Harriet no había oído las noticias. Miró el periódico alemán y preguntó:

—¿Qué dice?

—Según este periodicucho, toda la ciudad está en llamas. Al parecer los bomberos no pueden con todo y los daños son tremendos, miles de muertos y demás. Un puñado de mentiras, seguramente, pero ¿quién sabe?

—Si volvemos, a lo mejor no hay nada a lo que volver.

—¿Un trago? —preguntó él con un encogimiento de hombros.

Mientras iba a la habitación y pedía unos vasos a la criada, Harriet se quedó en el balcón muy impresionada por lo que le había dicho. Al otro lado de la carretera se veía un maizal. Las plantas, la segunda o tercera cosecha del año, no llegaban a los treinta centímetros y todavía estaban de un color verde grisáceo. Las amapolas que salpicaban el campo le daban un aire primaveral, pero a lo lejos se veían las montañas: señal de que la calima estival se difuminaba y empezaba el otoño. Incluso se distinguía algo de nieve en el pico más alto.

Clarence la llamó. Ella entró y echó un vistazo a los oscuros muebles tallados, a las fuentes decoradas y a los pañitos y cojines bordados a punto de cruz en azul y rojo.

—Cosas de campesinos —dijo Clarence—. Se las compré al inquilino anterior por unos pocos miles. También me quedé con la cocinera. Duerme en la cocina con su marido y sus tres hijos. No es el mejor arreglo del mundo, pero si los despido, no tienen dónde ir.

—¿Los campesinos tienen muebles así de buenos?

—Algunos, pero hasta los más prósperos comen de pena.

Le pasó un vaso de *ţuică*. Mirando alrededor, pensó que una habitación tan pequeña, tan expuesta y tan sumamente luminosa como una jaula colgada en una pared, le daría claustrofobia y agorafobia a la vez. Sin embargo Clarence parecía satisfecho.

—Este piso me gusta —dijo—. Vivo, como y duermo en una habitación, pero no me molesta. Me gusta tener a mano todo lo que necesito. Pero lo voy a dejar. Todavía no se lo he dicho a nadie, pero me marcho.

—¿De Rumanía?

—Sí.

—¡Ah! —En el largo trayecto por toda la Chaussée, Harriet había pensado que se alegraba de que Clarence siguiera a su lado en esos momentos de peligro, pero en este instante se desilusionó—. ¿Crees que ha llegado el momento de irse? ¿Que va a pasar algo? —preguntó.

—No es eso lo que me preocupa. Es que no tengo nada que hacer aquí, sencillamente.

—¿Y tu trabajo en la Oficina de Información?

—Sabes tan bien como yo que es una farsa.

—¿Cuándo te vas?

—Ah, no tengo prisa.

«Menos mal», pensó Harriet. Y preguntó:

—¿Adónde piensas ir?

—Puede que a Egipto. Brenda me mandó un telegrama la semana pasada.

Brenda, la prometida de Clarence, estaba en Inglaterra. La primera vez que Harriet la vio, en fotografía, dijo: «Tiene una

cara bonita y agradable», pero Clarence no parecía nada entusiasmado.

—Se ha alistado en no sé qué servicio naval femenino y se va a Alejandría. Quiere que nos encontremos allí y nos casemos.

—¿Por qué no?

—Desde luego, por qué no.

—Bueno, claro, ahora tienes que pensar en Sophie.

—Sophie… ¡al cuerno Sophie! ¿Me condenarías a eso? Al menos Brenda me respetaría.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —dijo Harriet sonriendo.

Satisfecho de haberla movido a la ironía, se repanchingó en la silla y, lúgubremente, la imitó:

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Sacó el labio inferior y dijo—: Hace años que la hiel de la frustración me inunda el cuerpo. Al final me matará.

Se quedó mirándola melancólicamente con doble intención, o eso pretendía, y Harriet tuvo que hacer un esfuerzo para no reírse a carcajadas.

Se decidió a pedirle ayuda antes de que las cosas se deterioraran más. Cambió el tono de voz y, apelando a su generosidad, dijo:

—He venido a pedirte ayuda. Tienes que hacernos un favor antes de irte.

—¡Ah! —Clarence miró el vaso. No se movió, pero se puso en alerta. Después de una larga pausa preguntó—: ¿De qué se trata?

—Tenemos que intentar sacar a una persona del país.

—No será Yakimov, ¿verdad?

—Yakimov se ha ido.

—¿En serio? No devolvió los diez mil que le prestó el fondo polaco.

—No devolvió nada de lo que pidió prestado. Nos preocupa Sasha Drucker. Si tenemos que irnos, ¿qué va a ser de él?

—Os habéis arriesgado mucho metiéndolo en casa, eso para empezar.

—Bueno, sí, lo metimos en casa y ahora tenemos que cuidar de él.

—¿Por qué? No es un niño. Seguro que sabe cuidarse solo.

Él es de aquí, tendrá amigos…

—Ni uno. Además, si los tuviera, serían judíos. No podrían ayudarlo.

Abogaba por él con tanta insistencia que Clarence se enderezó en la silla, serio y ofendido.

—Me imagino a Guy todo preocupado por ese chico, pero tú… ¿por qué te implicas?

Harriet pensó en la complejidad de los instintos que la hacían proteger a inocentes dependientes como Sasha y el gatito rubio, pero supuso que a Clarence no lo convencería ningún intento de explicación que pudiera darle. Unos momentos después dijo:

—No podemos abandonarlo aquí sin más. Tienes que comprenderlo. Se nos ocurrió que, si le conseguíamos un pasaporte o algo, podría venir con nosotros. —Clarence la miró atónito—. Guy dice que conoces a alguien que hacía pasaportes falsos para los polacos.

Al ver por dónde iban las cosas, Clarence sonrió para sí.

—Los hacían polacos para otros polacos. —Se movió en el sillón, puso una pierna encima del brazo y, con paciencia y superioridad le explicó—: Todo el asunto se organizaba desde dentro del ejército polaco con la connivencia del gobierno rumano. En aquellos tiempos, Rumanía era nuestra aliada y los polacos se fugaban para unirse a las fuerzas aliadas en Francia. Los rumanos sacaron una buena tajada. Les pagaban mucho por cada fugado. Y fueron miles. Este chico vuestro es harina de otro costal. Es un desertor del ejército y lo buscarán en todos los puestos fronterizos.

—¿Queda alguien de la gente que tenías trabajando para los polacos?

Clarence hizo un gesto que insinuaba que, aunque quedara alguien, él no estaba dispuesto a arriesgarse.

—Podrías ayudarnos, Clarence. Por favor. Si le consigues un pasaporte y que lo lleven a la frontera con Bulgaria…

Clarence la interrumpió con una carcajada furiosa.

—Mi querida niña, ¿te das cuenta de lo que pides? Si me pillaran con ese chico en el coche, lo más probable es que terminara mis días en una cárcel rumana.

—Al menos consígueme el pasaporte —insistió Harriet con una dulzura persuasiva.

La miró enfurruñado desde la ventana sin acordarse del vaso que tenía en la mano. En una ocasión le había dicho: «Si me trataras bien te daría todo lo que quisieras», pero, naturalmente, tendría que vérselas con la idea que tenía él de «tratarla bien», que cambiaba según le diera el aire.

—Eres encantadora cuando quieres algo —le dijo con frialdad.

—Bueno, no te pido nada para mí. Quiero ayudar a ese pobre chico.

—¿Por qué? ¿Qué más te da a ti Sasha Drucker?

La miró con gran resentimiento, de una forma que le dio a entender que por ella podría hacer algo, pero por Sasha no movería un dedo. Y menos aún si era ella quien se lo pedía. Habría sido mejor que se lo hubiera pedido Guy.

—Lo hemos acogido —dijo ella poniéndose en pie—. Nos preocupa como un niño que tiene derecho a una vida decente. Nada más.

Clarence se levantó lentamente. Ella esperaba que dijera algo, pero no fue así: estaba cohibido, aunque lo sostenían unos celos recalcitrantes. Harriet sacó la foto de Sasha y la puso en la mesa con el siguiente ruego:

—¿Lo pensarás?

—¿En qué quieres que piense? —saltó él, exasperado—. Lo que me pides es imposible. No puedo hacer nada.

Dejó allí la fotografía esperando que hablara por sí sola y se fue sin decir nada más.

Recorrió a pie los tres kilómetros hasta el centro de la ciudad con el vacío de la decepción casi todo el camino, hasta que empezó a sentir la misma ansiedad que antes. Lo que parecía una solución sencilla había fracasado. Después de comer, cuando se quedó a solas con Guy, le contó que no lo había conseguido. Por darle una explicación que no dañara demasiado su propia vanidad, dijo:

—Comprenderás que tiene celos del chico —y Guy se echó a reír.

—Probablemente. Siempre me ha tenido en gran estima, me

adorna con las cualidades que le faltan a él.

—¿Crees que probablemente tenga celos de tu amistad con Sasha?

—Y si no ¿qué?

—A lo mejor tienes razón —dijo ella, y prefirió dejarlo ahí —. Pero ahora ¿qué hacemos?

—Por suerte no dependemos de Clarence, pobres de nosotros si así fuera. Lo intentaremos con otra persona.

—¿Con quién?

—No sé. Hablaré con David. Déjalo en mis manos y no te preocupes.

Hacia finales de semana los Pringle se encontraron con la princesa Teodorescu y el barón Steinfeld cuando iban a entrar en el Athénée Palace. El barón dirigía a una fila de criados del hotel que llevaban bultos a su Mercedes. La princesa miró con furia a la pareja como si su aparición en ese momento fuera el colmo de los ultrajes de un día ultrajante. Sin embargo el barón los saludó como si tuviera necesidad de justificar que se iban.

—Nos vamos a la montaña —dijo—. Nos vamos tarde y con miedo, pero huimos del calor. Si nos quedamos, nos fundimos.

—*Hör doch auf* —dijo la princesa, empujándolo hacia el coche.

A los Pringle les sorprendió que hubieran retrasado tanto la partida, pero más todavía la confusión que la rodeaba, y se lo contaron a Galpin cuando llegaron al bar.

—Conque huyen del calor, ¿eh? —Una sonrisa le retorció los labios—. Seguro que no son los únicos.

Y les explicó que la Guardia de Hierro, después de asaltar la casa de Lupescu, había encontrado por la mañana una caja con cartas que incriminaban a algunas de las personas más famosas del país.

—Esa panda de desalmados había fingido todo el tiempo que estaba con la Guardia. Ahora a Lupescu la llaman «la cerda judía», pero en realidad es ella la que se burla de ellos. Dejó la caja con las cartas abierta en medio de su dormitorio, en el suelo. Las cartas son de gente como Teodorescu, que la llamaba *ma souveraine* y «su majestad» y le decía cosas como que no veía el momento de que la coronasen reina. Es muy gracioso, pero a

la Guardia de Hierro no le hace ninguna gracia. El sentido del humor no está de moda últimamente. Verás como unos cuantos de la alta sociedad de Bucarest se van huyendo del calor.
La prensa anunció que la expiación terminaría el domingo, el día en que la reina Helen, la reina madre, volvía del exilio para vivir con su hijo en Bucarest.

El domingo empezó con gran pompa y ruido de cascos de caballos. El regimiento particular de la reina, relegado desde su partida, galopó uniformado por la plaza, pendones al viento, con sus entorchados, sus alamares y sus altos gorros de piel negra, de camino a la estación, para recibir a su majestad. La ciudad entera salió a la calle a vitorearlos. Antonescu había prometido un nuevo orden, una nueva esperanza, una nueva grandeza, y todos creían que así sería por obra y gracia del regreso de la reina proscrita, que era el símbolo vivo de la exiliada moralidad del país. Era la solución que todo el mundo esperaba.

El ruido sacó a Despina de los fogones. Entró corriendo en la salita para ir al balcón con Guy, Harriet y Sasha y se puso a gritar de placer al ver a los húsares, las banderas y la agitación de la plaza. ¡Era sin duda un nuevo comienzo! Pero cuando el polvo de los caballos todavía flotaba el aire, empezaron a oírse las notas de *Capitanul*, cada vez más fuertes, en la Calea Victoriei.

La Guardia de Hierro no se había manifestado en la semana de expiación. Corría la idea general de que estaban desanimando a sus seguidores y de que Antonescu buscaba otra policía para su régimen. Fuera como fuese, lo cierto era que estaban ahí y que su actitud había cambiado. Hasta el momento, sus desfiles y sus cánticos siempre habían tenido un matiz desafiante, pero ese día ya era exultante. Cuando terminaron *Capitanul* iniciaron el himno nacional, relacionando las dos melodías como si, para ellos, ambas fueran garantía de algo en particular.

—Nunca les había oído cantar el himno.

La muchedumbre aclamó a la Guardia de Hierro, la aceptó automáticamente como parte de las celebraciones del día, pero, a medida que las filas pasaban, serias y con una actitud

despectiva, los aplausos disminuyeron. La gente no sabía exactamente qué se esperaba que hiciera y poco a poco se impuso el silencio.

—Esto tiene mala pinta —dijo Guy; dio media vuelta y entró en la salita.

Todavía estaban desfilando cuando la muchedumbre se reanimó. El anciano metropolita, enjoyado como un príncipe indio, apareció andando bajo palio. Sus seguidores, que llevaban toda la semana desfilando por las calles como penitentes, vestidos de negro, lucían vistosos atavíos dorados. Cuando esta deslumbrante procesión apareció en la plaza la masa se volcó con ella y dejó de prestar atención a la Guardia, que siguió marcando el paso hacia su destino.

Sasha, emocionado por el espectáculo, se inclinaba por encima de la barandilla, y Despina batía palmas dando saltitos y gritando:

—*Frumosa, frumosa, frumosa*.

Un rato después de dar la vuelta a la plaza, vieron a los sacerdotes subiendo la cuesta de la calle de la catedral, refulgentes bajo el sol. Unas salvas anunciaron la llegada de la reina. Al momento lanzaron al vuelo todas las campanas de la ciudad y las aclamaciones de la estación se repitieron entre la multitud de las calles. El repique y el redoble de campanas ahogó a los que desfilaban con la Guardia de Hierro, que irguieron la cabeza para levantar más la voz, esforzándose para que se los oyera.

—Llega la reina —dijo Harriet, asomándose a la habitación.

Guy, que estaba hablando por teléfono, colgó.

—Acabo de llamar a la Legación —dijo—. La Guardia de Hierro ha accedido al poder.

—¿Eso quiere decir que todo el gabinete ministerial es suyo?

—Sí, menos un par de militares y de expertos. Todas las carteras importantes se las ha llevado la Guardia de Hierro.

—¿Qué va a pasar ahora?

—El caos, me imagino.

—Tienes que cerrar los cursos de verano —dijo ella, aprovechando la ventaja que le proporcionó la cara de inquietud

de su marido.

Guy iba a responder cuando los vivas estallaron de nuevo en la plaza; volvieron al balcón a ver a los húsares, que escoltaban la carroza dorada cubierta de rosas en la que iban la reina y su hijo. La carroza cruzó la plaza y después siguió hacia la catedral. De repente se hizo el silencio y a continuación se oyó por los altavoces el murmullo sibilante de la multitud, que se postró de rodillas como si la hubiera barrido el viento. Harriet vio a las mujeres sacar el pañuelo y llorar por exceso de emoción.

Muy a lo lejos se oía todavía la monótona cantinela del *Capitanul*.

18

Hotel Splendide Suleiman Bay,
Estambul.

Mi querido muchacho [escribió Yakimov]:

¿Ha vendido a mi querido amigo? En tal caso, pida a Dobbie que me remita el importe por medio de la valija. Su Yaki está en apuros. Aquí la comida no vale nada. Kebabs y todo eso. Los de la colonia inglesa, una pandilla muy curiosa. Cuando les digo que soy un refugiado de los campos de petróleo no me creen.

No se retrase
con los lei.
Su pobre y necesitado,

Yaki

Al cruzar hacia la esquina del bulevar Brateanu Harriet vio el Hispano todavía en el escaparate, inamovible, como una pieza de museo. Entró para preguntar si alguien se había interesado por el coche. El vendedor hizo un triste gesto negativo con la cabeza.

En todos los escaparates de la tienda había un retrato de Codreanu, y también en cada uno de los vacíos escaparates de la tienda de enfrente, Dragromir's, la mayor verdulería de Europa, en la que esperaban largas colas para comprar lo poco que hubiera.

Los cristales vibraron al pasar por la plaza una flota de motos de la Guardia de Hierro a noventa y cinco kilómetros por hora; se dirigía al bulevar Carol, donde los hombres más ricos de Rumanía se encontraban en arresto domiciliario en espera del resultado de la investigación de Horia Sima sobre el origen de sus respectivas fortunas. No podían sacar nada de casa. Un hombre armado hacía guardia delante de cada puerta.

Había suicidios todos los días. Uno de los primeros fue el del jefe del Movimiento Juvenil, que había sido condecorado por Hitler en el mes de junio. No pudo justificar la desaparición de doce millones de lei y se mató de un tiro. La policía se había declarado en huelga porque consideraban su trabajo demasiado peligroso. Los que un día detentaban el poder al siguiente estaban en la cárcel; los que estaban en la cárcel se encontraban

ahora en el poder. La Guardia de Hierro había tomado las calles y patrullaba con el revólver en la cartuchera.

Cuando pasaron los motoristas, el vendedor levantó una ceja y un hombro. ¿Quién iba a comprar en esos momentos un símbolo de riqueza personal como ese Hispano?

Bella la había llamado por la mañana.

—Esta policía de la Guardia de Hierro es peor que no tener policía. Lo único que hacen es ir de una oficina a otra recogiendo fondos para el partido. Pero no solo a las de los judíos. Les da igual a quién le requisen el dinero. Lo llaman «limpieza de la vida pública», pero si sorprendes a un ladrón en tu casa, no vendrá nadie a detenerlo. No salgas para nada, espera un poco.

Si Harriet hubiera hecho caso del consejo de Bella se habría quedado encerrada en casa, prisionera, como el jefe de policía y el de la policía secreta. Pero, inquieta e insegura, vagaba por las calles e iba todos los días a buscar a Guy al final de su jornada. Se imaginaba que sería menos probable que lo detuvieran si iba con una mujer.

Se decía que habían detenido a miles de personas y ejecutado a otras tantas. A veces detenían a quienes salían del país, a veces solo les requisaban cuanto llevaban y los dejaban marchar.

—Ese tal Ionescu se ha ido —dijo Bella—, el que era ministro de Información. Metió la pata al intentar estar en todos los frentes a un tiempo. Se hizo de la Guardia, pero sabía que iban a por él. Sus hijos llevaban manguitos de pieles. ¡Manguitos, en esta época del año! ¿A quién se le ocurre? Lógicamente despertaron sospechas. En la aduana se los destrozaron y vieron que iban llenos de joyas y de oro. Siempre me pareció que se pasaba de listo.

También se había ido la amante de Ionescu, la cantante Florica. Llegó hasta Trieste, pero dio media vuelta y volvió. Se decía que había declarado: «Pensé en mi país y comprendí que no podía abandonarlo en unos momentos como estos».

Pero, como señaló Bella, era gitana, no rumana de verdad, así que, como era de esperar, su decisión había sido un tanto peculiar.

Recorriendo las calles bajo el pegajoso calor de otoño no vio actos concretos de persecución, ni siquiera entre los judíos de Dâmboviţa. Lo que veía a diario eran desfiles del gabinete de ministros, de funcionarios, de oficiales de las fuerzas armadas, de sacerdotes, monjas y niños, que formaban el séquito de unos entierros impresionantes. Porque la Guardia de Hierro no paraba de desenterrar a sus mártires. Colocaban los cadáveres por grupos a los que daban nombres heroicos, como los Decemvirü o los Nicadorii y los paseaban por toda la ciudad en unos féretros enormes para volver a enterrarlos acompañados de una ceremonia a la que debía asistir todo el que quisiera conservar su puesto en la vida pública.

En el mercado de aves Harriet se encontró con un servicio funerario que se estaba celebrando en el lugar en el que habían caído los asesinos de Calinescu. Un campesino tembloroso que le vendió una col le dijo que, entre los acompañantes del duelo, se encontraban «los hombres más grandes del mundo». Ella le preguntó quiénes eran y el hombre le dijo: «Hitler, Mussolini, el conde Ciano y el emperador del Japón».

Después de la ceremonia acordonaron el lugar; llevaban flores frescas todos los días, con el consiguiente estorbo para el tráfico del mercado.

—El gran día —dijo Bella— será sin duda cuando saquen a Su Señoría de la fosa de Fort Jilawa. Esperarán hasta noviembre, cuando se cumpla el aniversario de su muerte. Dice Nikko que entonces empezará el jaleo de verdad.

Los periódicos anunciaban que la Guardia de Hierro había recibido tantas solicitudes de admisión que habían tenido que cerrar las listas.

El casero de los Pringle, que era además el vecino de al lado, fue uno de los que se pusieron el uniforme de la Guardia. Antes de eso, cuando se encontraba con Harriet en el rellano la saludaba muy amablemente; pero ya no: con su camisa verde, sus calzones por la rodilla y su bigote impregnado de cera, no la miraba, y ella empezó a temerlo. Podía tener copia de las llaves de su piso, casi seguro que sí. Se acordó de la misteriosa desaparición del croquis del pozo de petróleo. Había sospechado de él. Si aprovechaba su ausencia para entrar en el piso, seguro

que descubría a Sasha.

En un par de ocasiones, al salir de casa, vio esconderse a un hombre en el piso de abajo. Se lo contó a Guy: le pareció que podía ser un agente del casero. Quizá le resultara comprometido tener inquilinos ingleses y estuviera buscando una excusa para romper el contrato.

—Cierra la puerta con pestillo —le dijo a Despina—. Si el casero quiere entrar, no le dejes.

—No, no, *corniţa* —le dijo Despina, que parecía entender la situación—. Si viene alguien, hago esto… —Abrió la puerta de la salita una rendija y metió la nariz—. Si es el casero… hago esto: ¡puf! —Cerró la puerta de golpe—. Es malo —añadió a modo de aclaración—. Pega a la cocinera.

Se decretaron cuatro días a la semana sin carne, pero no era fácil encontrarla los otros tres. Despina pasaba dos o tres horas en la calle, haciendo cola en los puestos del mercado, y a menudo, cuando volvía, enseñaba la cesta vacía con un gesto dramático.

—Hoy en el mercado, ni azúcar, ni café, ni carne, ni pescado ni huevos. Nada de nada.

Al ver las procesiones, el boato diario en medio de una confusión total, a Harriet le parecía que el país entero había sucumbido sin oponer resistencia a una autocracia demencial.

—Todo el mundo va detrás en esas exhibiciones de la Guardia de Hierro —le dijo a Guy—. ¿Por qué no se opone nadie a todo esto?

—No hay ninguna posibilidad de hacer una oposición activa —respondió él—. Los únicos con fibra moral suficiente para oponerse a lo que sea están en la cárcel: los comunistas, y no solo ellos, también los demócratas liberales y todo el que sea capaz de mostrar una chispa de revuelta. Están todos en la cárcel.

—¿Y Maniu?

—¿Qué puede hacer? De todos modos, por lo que he visto, no me parece que sea mucho más que un caso raro, el «hombre bueno» de Rumanía. Era el cabecilla de los campesinos de Transilvania, pero Transilvania se ha perdido. Date cuenta de que esta nueva dictadura es mucho más extrema que la anterior.

Ahora no solo hay prisioneros, también hay campos de concentración, y, por si fuera poco, están esos jóvenes que se entrenaron en Dachau y solo esperan la ocasión de dar una paliza a quien haga falta. Sin embargo —añadió Guy—, hay cierta oposición. Una oposición típicamente rumana: la sátira, lo más difícil de reprimir.

Le contó que en Doi Trandifiri, el lugar de reunión de los intelectuales, había pruebas de la supervivencia de la cordura liberal del pasado. Aunque la gente tenía un miedo cerval, allí todavía eran capaces de reírse. Le habían puesto a la Guardia de Hierro el sobrenombre de *le régime des pompes funèbres* y circulaban muchas historias cómicas sobre Horia Sima y sus visiones. Sima estaba en conflicto con el padre de Cordeanu, el cual decía que el espíritu de su hijo no estaba de acuerdo con el jefe del momento y que lo había nombrado a él, su padre, su vicario en la tierra. Condenaron al pobre hombre a arresto domiciliario y, sabiendo que corría el riesgo de que lo asesinaran, decía que prefería no salir de casa, porque dentro se sufrían menos accidentes.

—También hay otra clase de oposición mucho más influyente —añadió Guy—: la del ministro alemán. Está harto de tanto desfile y tanto *Capitanul*. Quiere que el país se ponga a trabajar otra vez. Varias compañías industriales importantes han tenido que cerrar sus puertas porque los directores están en la cárcel y los obreros, afiliados a la Guardia de Hierro. La situación económica es caótica, Carol puso todo el tesoro nacional a su nombre en cuentas de bancos en el extranjero, que están congeladas. Para colmo, la Guardia de Hierro quiere empezar una persecución de los judíos a gran escala.

—¿Los alemanes la apoyarían en eso?

—No. La pureza racial de Rumanía les da completamente igual. Esto es solo una zona de material en bruto. Fabricius le dijo a Sima: «Que los persigan en Alemania puede pasar, porque allí hay diez alemanes eficientes por un judío eficiente, pero aquí es al revés, aquí no hay ni un rumano eficiente por cada diez judíos eficientes. Si conseguimos imponer la ley y el orden, seguramente los alemanes nos lo agradezcan».

19

Ahora que Guy veía a Sasha a diario se consideraba más responsable del muchacho. Tras descubrir que no podía alquilar un gramófono ni pedirlo prestado, compró una armónica, que el chico recibió con mucho más entusiasmo que la propia habitación.

—¡Esto es fenómeno! —dijo, mirándola con emoción—. Absolutamente fenómeno —y se la llevó inmediatamente a su cuarto.

Siempre tenía el dormitorio ordenado y se hacía la cama. Había colgado sus dibujos en la pared. Los libros que tomaba prestados de la salita estaban en una fila en la mesita de noche. Sus cosas —un cepillo y un peine, unos lapiceros, papel y acuarelas—, primorosamente colocadas delante de los libros. Por muy caótico que fuera el mundo exterior, él vivía ordenadamente y estaba contento.

Sentado en el borde de la cama empezó a sacar la melodía de una canción que había oído en la radio y que a Harriet le parecía penosamente comparable a su caso:

Corre, corre, conejito, corre, corre,
que no te encuentre el granjero de la torre.

—He hablado con David —dijo Guy cuando se quedaron solos—. Cree que Foxy Leverett podría ayudarnos con lo de Sasha.

—¿Qué puede hacer Foxy Leverett?

—Por lo visto es aficionado a colar gente por las fronteras. Pero se puede plantear la cuestión de otra forma. Tal como están las cosas, supongamos que los soviéticos quieren invadirnos. Llegarían aquí antes que los alemanes.

—¿Tú crees que los rusos protegerían al hijo de un banquero que trabajó para Alemania y acumuló una fortuna en Suiza?

—No, pero no sufriría peor suerte que los demás. Puede perderse entre la multitud.

Harriet empezaba a sospechar que lo mejor que podían ofrecerle era que se perdiera entre la multitud.

La mañana siguiente Bella la llamó por teléfono, como de costumbre.

—Supongo que anoche no oíste las noticias de la propaganda alemana, ¿no?

—Nunca oímos los programas alemanes.

—Nosotros tampoco. —Bella hizo una pausa buscando la forma de revelarle algo indeseable con el mayor tacto posible—. No quiero preocuparte, pero…

—¿De qué se trata? —preguntó Harriet, inquieta.

—Creo que tengo que decírtelo. Anoche me llamó una amiga, *doamna* Pavlovici. Los Pavlovici oyen los programas alemanes de vez en cuando, para enterarse de las noticias de verdad.

—¿Y?

—Los alemanes dieron una lista de sospechosos ingleses residentes en Bucarest. Era un aviso. Lo que dijeron fue: «Estos hombres tendrán que responder ante la Gestapo».

—¿Algún conocido?

—Pues sí. Foxy Leverett y David Boyd… pero están bien. Seguro que tienen protección diplomática.

—¿Alguno más?

—Inchcape y Clarence Lawson.

—¿Y Guy?

—*Doamna* Pavlovici dijo que había oído el nombre de Guy Pringle… por eso me llamó. Pero es un poco tonta. A lo mejor se ha equivocado.

Harriet no respondió, tenía un nudo en la garganta. Bella, al darse cuenta de que la había dejado sin habla, se apresuró a añadir:

—Prefiero que lo sepas; además, te habrías enterado de todos modos. Creo que tienes que hablar con Guy. Es un poco temerario, ya sabes. Frecuenta ese sitio, el Doi Trandifiri; es peligroso, solo van rojos y artistas. Pronto harán una redada allí, ya lo verás. Y además, los cursos de verano, con tantos judíos… No hace falta que te lo diga…

—Ya no quedan muchos estudiantes.

—No, ya; me lo imagino —dijo, como si fuera algo insoslayable y estremecedor.

Harriet no dijo nada, estaba como vacía y no podía hablar. Bella le contó que había vuelto a comprar un permiso para

Nikko y que se iban a Sinaia a pasar las últimas semanas del verano.

—Estamos hartos de tanto *Capitanul* y demás. Necesitamos un descanso. Así que me despido, querida mía, por si acaso no estás aquí cuando volvamos.

En cuanto Bella colgó Harriet llamó a Inchcape a la oficina. Oír las emisoras alemanas formaba parte de su trabajo y reconoció que la noche anterior había oído su nombre, y el de Guy y el de Clarence.

—Entre otros muchos —dijo—. Dieron una lista de los ingenieros que siguen en puestos clave en los campos de petróleo. Y sí, dijeron algo de la Gestapo. Amenazas huecas, nada más, porque aquí no hay Gestapo y dudo que la manden.

—Pero está la Guardia de Hierro —dijo Harriet—, que se encargará con mucho gusto de hacer el trabajo de los alemanes. Es muy fácil que ahora cierren los cursos de verano. No queda ni media docena de alumnos. Guy está todos los días prácticamente solo en la universidad. Es un objetivo evidente. Y va para nada, ya ves.

—No, para nada no. Los cursos sirven para algo. Son como una bandera, para tocarles las narices. Si cerramos, les daremos la mayor satisfacción. Intentan asustarnos. El viejo truco de ponernos nerviosos, pero no voy a seguirles el juego. Quieren que nos larguemos… pero eso es exactamente lo que no vamos a hacer.

Semejante bravata le paró los pies a Harriet, que se quedó con el teléfono en la mano pensando en algo que decir para conmover a Inchcape, para obligarlo a razonar, pero él no quiso esperar.

—Tengo que dejarte. Hay otros asuntos que requieren mi atención. Acabo de saber que Pinkrose se nos caerá encima cualquier día de estos —le dijo, como si la llegada del profesor fuera lo más inoportuno del mundo.

—Pero ¿no lo estabas esperando? —preguntó Harriet.

Inchcape soltó una carcajada de desesperación.

—Si quieres que te diga la verdad —respondió—, entre unas cosas y otras se me había olvidado el inepto ese.

—No podía venir en peor momento —dijo Harriet

mostrando comprensión, pero Inchcape no estaba dispuesto a aceptarla.

—Tonterías —dijo—. Esas peleas intestinas no nos atañen. Estás muy susceptible, pequeña mía. ¿Crees que el rey Michael traería aquí a su madre si hubiera motivo de alarma?

Inchcape colgó sin darle tiempo a responder. Harriet fue a su habitación a vestirse. Ya no hacía tanto calor y podía ponerse algo menos ligero que algodón o seda. Por primera vez desde principios de primavera se puso un traje azul de lino que había comprado en Inglaterra.

Sasha, al verla, le tocó la manga y sonrió con una adoración imposible de disimular.

—Mi madre tenía un traje como este —dijo.

Aunque todavía era temprano, se fue a pie a la universidad, necesitaba corroborar que la noticia todavía no había traído consecuencias.

La puerta estaba abierta y el conserje, ausente, como de costumbre. Podía entrar cualquiera. Se enfureció con el hombre que, en caso de cumplir con su deber, podría avisar de un posible ataque.

Se sentó en el banco del conserje y se quedó mirando la reluciente calle por el vano de la puerta. Las gitanas, que vendían lo único que abundaba en Bucarest en esos momentos, estaban tan animadas como de costumbre. Corrían tanto peligro como los judíos, pero no lo sabían.

Oyó la voz de Guy, que salía de una puerta abierta en el medio del pasillo. También oyó *Capitanul* a lo lejos, en la calle. Se había acostumbrado tanto al himno que le habría pasado desapercibido de no haber estado atenta por si lo oía en las inmediaciones. La Guardia de Hierro se acercaba a la universidad. Si a alguno se le ocurría asomar la cabeza, echaría a correr para cerrar las puertas con pestillo. Se preguntó si la Legación le permitiría tener un revólver. Empezaba a obsesionarse con la necesidad de sacar a Guy y a Sasha indemnes de la situación. Allí quieta, hipnotizada por su propia inactividad, se puso a pensar en ellos y se los imaginó envueltos en una emanación protectora que provenía de su voluntad de salvarlos.

Se preguntó cuántos alumnos estarían en el aula con Guy. Siempre la habían irritado un poco por la atención que le exigían. Guy creía que tenía una energía inagotable, pero a ella le parecía que, si les daba la ocasión, lo exprimirían hasta dejarlo seco: en esos momentos estaba allí, en peligro, solo por ellos.

Se levantó y se acercó al aula en silencio. Todavía se oía *Capitanul* a lo lejos. No cantaban muchas voces, se imaginó una pequeña patrulla que habría salido a cumplir alguna misión siniestra.

La puerta estaba abierta para establecer un poco de corriente. Se pegó a la pared, desde donde veía sin ser vista. Había tres alumnos, dos chicas y un joven, los tres juntos en primera fila, con el rostro levantado, atentos.

Se movió para ver a Guy. Resbaló en el linóleo sin hacer más ruido que un ratón, pero un estremecimiento conmovió el aula y las tres cabezas se volvieron. Guy bajó la voz. No dejó de hablar, pero miró hacia la puerta. Harriet se quedó inmóvil, casi sin respirar. La clase continuó.

Volvió de puntillas al banco y se sentó, satisfecha por haber descubierto que Guy, a pesar de la aparente despreocupación, estaba tan atento como ella a los peligros que los acechaban.

20

Ese viernes fue el último día de los cursos de verano. El sábado por la tarde Inchcape llamó a Guy para decirle que el ministro de Información había ordenado el cierre inmediato de los cursos y de la Oficina de Información Británica.

—He tenido que ceder con los cursos… No, ninguna posibilidad, ninguna, pero la oficina es parte de la Legación. Acabo de ir a ver a su excelencia, le he dicho: «Mientras la Legación siga aquí, tenemos derecho a la oficina», hay que reconocer que el viejo ha sido bastante amable, tanto que daba pena. Me parece que está aturdido con el giro que están dando las cosas. Me ha dicho: «De acuerdo, Inchcape, de acuerdo. Si quiere seguir con el chiringuito abierto, veré lo que se puede hacer, pero los cursos se han terminado».

—¿Por qué? —preguntó Guy.

—El ministro ha dicho —respondió Inchcape con un encogimiento de hombros— que si no se cierran a partir de hoy, nos mandarán salir sin demora.

—Si retrasan lo de la oficina —replicó Guy, insatisfecho—, pueden retrasar también lo de los cursos.

—No. Aquí pasa algo. Corre el rumor de que los alemanes han emprendido una misión militar. El ministro de la Guardia de Hierro es inflexible. Consideran, y no sin motivo, supongo, que unos cursos británicos son una anomalía en medio de todo esto.

El tono de Inchcape resultaba petulante, pero con un matiz de enfrentamiento que despertó las sospechas de Harriet: probablemente había ofrecido los cursos a cambio de la oficina. «Cerremos los unos y dejemos la otra». Inchcape necesitaba mantener un puesto oficial a costa de cualquier sacrificio. Sin embargo ella agradeció que los cursos terminaran.

—Bien, ya no hay nada que nos retenga aquí —dijo—. Podemos irnos de vacaciones. A Grecia, por ejemplo.

—No podemos ir más allá de Predeal —replicó Guy sin entusiasmo—. Tengo que prepararme para el próximo trimestre…

—Pero si cierran el Departamento de Inglés…

—No han dicho nada de cerrarlo —contestó Inchcape—. Lo

único que han exigido es que se cierren los cursos de verano.

—Pero seguramente se refieren a todo el departamento. Ayer Guy solo tenía tres alumnos. No se puede abrir un departamento sin alumnos.

—Ah, volverán en masa en cuanto empiece el trimestre. Tendrán la sensación de que, cuantos más sean, más seguros estarán. Superaremos un invierno más aquí.

Harriet no hizo el menor esfuerzo por debatir sobre un asunto que pronto caería por su propio peso.

—¿Cuándo nos vamos a Predeal?

—La semana que viene no —terció Inchcape antes de que Guy pudiera responder—, porque llega nuestro distinguido visitante. Es el momento de prepararlo todo. Voy a ir a buscarlo a Baneasa, desde luego, pero espero que mis colaboradores estén a su servicio. Después celebraremos una fiesta, una recepción. No podemos hacer nada hasta saber qué día llega.

—¿Cuándo será la Conferencia Cantacuzino? —preguntó Harriet.

—Se celebra cada dos años —dijo Inchcape mirando a Guy —. Seguro que estabas aquí en la última, ¿no?

—En 1938, a principios de octubre. El primer trimestre que estuve aquí. La conferencia inaugural fue la de Cantacuzino.

—Eso es —asintió Inchcape, y chasqueó la lengua, pensando y mirándose los pies; de repente levantó la cabeza—. Sea como fuere, el viejo ha llegado a El Cairo. Puede que se quede allí atascado o puede que no. Tenemos que estar preparados.

El miércoles por la mañana, a primera hora, Despina despertó a Guy para decirle que Inchcape lo llamaba al teléfono.

—¡Ese viejo idiota llega hoy! —le gritó, como acusándolo —. Levántate ahora mismo y vete al aeropuerto. A mí me es imposible.

—¿A qué hora llega?

—Esa es la cuestión. Mandó un telegrama a última hora diciendo que llegaba el miércoles por la mañana. Puede que haya que estar esperándolo hasta la tarde. Tengo que organizar la maldita recepción. Pauli mandará las invitaciones. Necesitamos a un par de princesas. —La inminencia de la

llegada del auténtico Pinkrose parecía haber trastocado a Inchcape. Estaba tan fuera de sí que le confió—: Si te digo la verdad, creía que no lograría llegar. Creía que se quedaría colgado en El Cairo unas cuantas semanas. Habrá conseguido que la organización le fletara un vuelo. Es impresionante pensar en semejante dispendio de fondos. Y —añadió, en un tono como si Guy tuviera la culpa de la contingencia— no tengo ni idea de dónde vamos a dar la conferencia. La última vez alquilamos los salones de encima del Café Napoleon, pero ya lo han derrumbado. El salón de la universidad es muy pequeño para eso. Todos los sitios donde podríamos hacerlo son ahora sedes de distrito de la Guardia de Hierro. Supongo que nos dejarán una sala del Athénée Palace. La acústica es deplorable, pero da igual, ¿no? Las conferencias de Pinkrose no son para lanzar cohetes. Bueno, ponte los pantalones y vete. Llévate a Harriet. Que parezca algo grande. Seguro que es lo que se espera ese viejo carcamal.

De camino al aeropuerto, los Pringle tenían que reservar una habitación para Pinkrose en el Athénée Palace.

Esa mañana había una leve capa de nubes en el cielo, señal de cambio de estación. Soplaba la brisa. Por primera vez desde la primavera, se podía creer que volvería el frío siberiano y que la nieve cubriría todo el país, que la ciudad perdería el color y parecería el negativo de una fotografía.

—¿Crees de verdad que vamos a pasar otro invierno aquí?

—Imposible saberlo —dijo Guy, sin intentar ser optimista.

El lunes, sin más aviso previo que un par de días de rumores, la avanzadilla de la misión militar alemana entró en Bucarest. El martes llegó una delegación comercial alemana. Toda la zona de aparcamiento de alrededor del Athénée Palace se llenó de coches y camiones militares alemanes, todos con una esvástica sobre fondo rojo. Eran oficiales jóvenes que debían preparar el camino para los miembros veteranos de la misión.

Lo que sucedió fue que Fabricius exigió la desmovilización de Rumanía. «Manden a sus hombres de vuelta a los campos —dijo—. Lo que necesita Alemania son alimentos.» Antonescu, horrorizado, respondió que «soñaba con el día en que su país luchara hombro con hombro con su gran aliado». Finalmente se

avino a que Alemania se ocupara de reorganizar tanto la economía como el ejército del país.

—Tal vez sea la alternativa a la ocupación total —dijo Guy al pasar por las puertas giratorias—. A lo mejor hasta nos dejan en paz.

A esa hora de la mañana no había nadie en el vestíbulo. Inchcape había hecho una reserva provisional sin fijar la fecha y entretanto el hotel se había llenado de alemanes. Guy se acercó al mostrador de recepción casi esperando que lo rechazaran, pero el hotel mantenía sus tradiciones. Siempre había sido el preferido de los ingleses y no olvidaba favores pasados. Recibieron a Guy cortésmente. Había habitación para el profesor Pinkrose.

El aeropuerto se encontraba al sur de la ciudad. El cielo opalescente derramaba una luz pálida sobre la planicie de hierba que se extendía unos cuantos kilómetros hasta el Danubio. El viento que soplaba de los Balcanes parecía aire marino.

No había nada más que la garita de la aduana y se sentaron a esperar en el banco de enfrente. Guy estaba alicaído e inquieto desde que habían cerrado los cursos, echaba de menos el trabajo y no tenía con qué sustituirlo. Le habían dicho que no podía ir a la biblioteca de la universidad ni a ninguna otra parte del edificio sin permiso. A veces iba a la Oficina de Información a leer los libros de Inchcape y a pensar en temas para el siguiente trimestre. En el banco, sacó del bolsillo una novela de Conrad y dos libros de poemas de la Mare, mientras Harriet leía *El arco iris* de Lawrence.

Llevaban menos de una hora de espera cuando aterrizó un pequeño avión gris de las líneas rumanas procedente de Sofía. Harriet cerró el libro y se quedó mirando bajar a los viajeros. Detrás del inevitable rebaño de hombres de negocios con traje gris y maletín nuevo de color café apareció un hombre de baja estatura envuelto en un grueso abrigo. Bajó despacio, con el cuello del abrigo levantado, los hombros encogidos, las manos en los bolsillos, mirando cautamente a los lados por debajo del ala de un sombrero tirolés.

—¿Será ese Pinkrose? —preguntó.

—No creo que llegue en un avión ordinario —dijo Guy, ajustándose las gafas y mirando hacia la pista.

Los hombres de negocios conocían el protocolo y fueron directos a la garita de la aduana; el último pasajero se quedó solo en la pista sin saber qué hacer. Guy se levantó y fue a su encuentro. Volvieron juntos. Guy le explicó que Inchcape estaba ocupado organizando la recepción en su honor y que le había sido imposible ir al aeropuerto.

Pinkrose aceptó la disculpa con un breve gesto de asentimiento y un leve gruñido, como si se reservara algún comentario para después, cuando supiera más cosas.

Era un hombre rechoncho, de hombros estrechos y anchas caderas, que iba redondeándose desde la copa del sombrero hasta el bajo del abrigo. La nariz, roma y grisácea, sobresalía entre el cuello y el ala del sombrero. Los ojos, grises como el agua de lluvia, se movían, atentos y recelosos, como los de un camaleón. Se detuvieron unos segundos en Harriet y enseguida se desviaron hacia el libro que tenía en la mano, el banco en el que se encontraba, la garita que había detrás, el suelo y los mozos que había por allí.

Cuando Guy se la presentó, dijo algo con la boca escondida en el pañuelo y la cara de lado, como si fuera una grosería mirarla directamente.

Los mozos llevaban el equipaje: varias maletas y una pesada bolsa de lona con libros. Cuando lo cargaron todo en un taxi, Pinkrose sacó una mano del bolsillo. Llevaba un guante oscuro de punto, y justo en el centro había una moneda de tres peniques. Después sacó la otra mano, enguantada también, con una de seis. Las miró sin saber cuál de las dos era la que debía dar. Guy solucionó la cuestión dando cien lei a cada mozo.

Mientras volvían al centro de la ciudad, Pinkrose se inclinó hacia delante y la punta de la roma nariz iba de un lado a otro a medida que el hombre miraba las cabañas de madera de los suburbios y la carretera, polvorienta y llena de baches. Al ver los primeros edificios de cemento perdió interés y se relajó.

Guy empezó a hacerle preguntas sobre las condiciones en que se encontraba Inglaterra.

—La situación es intolerable —dijo, sin mirar a Guy, con

una voz fina y característica que Harriet oía por primera vez; después de pronunciarse, de repente añadió—: Agradecí salir de allí.

Harriet le habría preguntado de buen grado por el viaje, pero la inhibía el aura del recién llegado. Le pareció que se tomaría como una impertinencia cualquier pregunta que le hiciera sobre su persona. Quizá Guy sentía lo mismo, porque guardaron silencio hasta que el taxi llegó a la altura de la plaza, donde los detuvo una inmensa procesión de la Guardia de Hierro que venía de palacio.

El espectáculo asombró a Pinkrose. Volvió a incorporarse en el asiento para mirar a todas partes, no solo a los que desfilaban, sino también a la gente que pasaba, como esperando que todos compartieran su sorpresa. Esa mañana, nadie dedicaba ni una mirada a la Guardia de Hierro. Las procesiones ya eran moneda corriente y además un aburrimiento. Sin embargo se oían aclamaciones en el aire, que venían de unos altavoces colocados alrededor de la plaza.

Pinkrose contuvo el aliento al ver que detrás de la Guardia desfilaban una ametralladora antiaérea y dos tanques pintados con esvásticas y adornados con banderas nazis.

—¿Qué es esto? —preguntó sobresaltado.

Guy le explicó que era un desfile de la Guardia de Hierro.

—Creo —le dijo— que están celebrando el nuevo pacto de diez años que se ha firmado entre Alemania y Rumanía.

—¡Dios mío! Creía que Rumanía era un país neutral.

—Sí, en teoría.

La procesión pasó, el taxi cruzó la plaza, Pinkrose no paraba de mover la cabeza de un lado a otro por si se presentaba alguna sorpresa más. Y sí, les esperaba una a los tres. Al apearse del taxi, una bandera gigantesca se desplegó por encima de sus cabezas: una bandera nazi roja, blanca y negra. Pinkrose la miró con la boca de lagarto abierta.

En el pasado, en el Athénée Palace había ondeado en algunas ocasiones una bandera británica o una rumana de tamaño normal. Esta mañana habían colocado una nueva asta dorada en el tejado y la esvástica que ondeaba en ella colgaba desde el tercer piso hasta tocar el pórtico principal.

—¿Qué es este edificio? —preguntó Pinkrose con exigencias.

—El hotel principal de la ciudad —dijo Guy.

Entraron. Los ociosos que llenaban los cafés por las mañanas ocupaban la recepción y el vestíbulo, antes vacíos, y los camareros colocaban mesas pequeñas en todas partes para acomodar a tanta gente. Habían acudido con la esperanza de ver a los oficiales alemanes e intentaban disimular la emoción charlando animadamente unos con otros. Había muchísimas mujeres que, vestidas para impresionar, susurraban entre ellas, tensas y pendientes de todo.

Hadjimoscos, Horvatz y Cici Palu, que solían estar en el bar a esa hora, se encontraban sentados en fila en un sofá, enfrente de las escaleras principales. Como todos los demás, tomaban café y comían unos aparatosos pasteles de harina de soja y crema artificial.

Los empleados del hotel, desbordados con tanto público, ni se percataron de la llegada de Pinkrose. Guy no encontró a nadie para llevar el equipaje a recepción, así que lo transportó él mismo.

—Tengo que ir a llamar a Inchcape —dijo.

Dejó a Harriet con Pinkrose, que, con la boca tapada y las manos en los bolsillos, miraba a todas partes, pasmado ante el ambiente de expectación y nerviosismo.

Todas las cabezas se volvieron hacia las escaleras. Aparecieron media docena de oficiales atractivos, elegantes, uno con monóculo. Bajaron contenida y dignamente, haciendo caso omiso —en apariencia— del público que los admiraba.

Algunas mujeres adoptaron una actitud de graciosa indiferencia, pero la mayoría miraba como hechizada a esos jóvenes tan deseables, tanto más pícaramente deseables por cuanto habían sido enemigos hasta hacía muy poco. Cuando los alemanes pasaron de largo, las mujeres empezaron a hablar de ellos con entusiasmo, con los ojos brillantes y la sensualidad a flor de piel por la proximidad de estos conquistadores del mundo.

Las grisáceas mejillas de Pinkrose se tiñeron de amarillo. Recién llegado de un país en guerra, se encogió al ver al

enemigo tan de cerca por primera vez y le preguntó a Harriet:

—Eran alemanes, ¿verdad?, si no yerro.

—Hay muchísimos en Bucarest —le explicó ella—. Enseguida se acostumbrará.

Guy volvió a toda prisa, agitado, y dijo que le había sido imposible llamar por teléfono porque los periodistas, que mandaban información a sus contactos en Suiza, ocupaban todas las cabinas.

—No sé de qué se trata —dijo—, probablemente tenga que ver con la misión militar. Tenemos que esperar, así que entremos.

Pinkrose y Harriet lo siguieron por el vestíbulo. Al pasar junto a la hilera de cabinas telefónicas, Galpin salió volando de una de ellas y empezó a adelantarlos a codazos, sin verlos, pensando solo en la caza de noticias. Guy lo agarró por el brazo, se lo presentó a Pinkrose, que pareció asombrarse de su aspecto, y después preguntó:

—¿Ha pasado algo?

—¡Dios mío! ¿No te has enterado? —contestó Galpin, mirándolos con los ojos desorbitados—. Han encontrado a Foxy Leverett muerto esta mañana, en plena calle, a menos de cien metros de la Legación. Parecía que se hubiera caído por una ventana, pero la casa más cercana estaba vacía, clausurada en realidad. Han detenido al propietario. La intuición me dice que lo llevaron allí en coche y lo tiraron. Pero da igual cómo llegara, la cuestión es que le habían dado una paliza horrible. Dobson dice que solo lo ha podido reconocer por el bigote pelirrojo.

—¿Quién lo encontró?

—Unos obreros. Poco después del amanecer. Y la cosa no acaba ahí. Ha desaparecido uno de los hombres clave de Ploiești, un tal McGinty. Acabo de enterarme ahora mismo. Está claro que esos cabrones no se van a conformar con asaltar las oficinas de los judíos. ¡Quieren sangre! —Desvió la vista a un lado y, al ver la tensa mirada de Pinkrose, preguntó de pronto —: ¿Cómo se las ha arreglado este hombrecito para llegar a Bucarest?

—El profesor lord Pinkrose —dijo Guy en un tono que invitaba al respeto— ha venido a dar la Conferencia

Cantecuzino.

—¿La qué?

Guy le explicó que la conferencia, que se impartía en inglés cada dos años, formaba parte del programa de propaganda de su organización cultural. Galpin echó la cabeza atrás y soltó una carcajada como un graznido de cuervo.

—¡Por Dios bendito! —exclamó, y salió del hotel a paso vivo.

Pinkrose se volvió rígidamente a Guy como pidiendo una explicación, si no una disculpa, pero el joven estaba tan desconcertado que no dijo nada. Llevó al profesor a un sofá y le preguntó si le apetecía un brandy. Pinkrose, nervioso, dijo que no.

—No bebo alcohol, pero hace mucho tiempo que desayuné. Preferiría un sándwich.

Guy pidió sándwiches y café y volvió a las cabinas telefónicas. Habían encendido la calefacción central al primer indicio de cambio de tiempo. Hacía mucho calor y, unos momentos después, Pinkrose empezó a quitarse ropa de encima. Primero un par de pañuelos de cuello; a continuación el sombrero, bajo el que apareció una frente pelada, alta, gris y arrugada, con unos flecos de color castaño rojizo que a Harriet le parecieron tan ridículos que hizo lo posible por mirar a otra parte.

Al poco rato se quitó también el abrigo. El hombre, rodeado de las prendas exteriores, se quedó en un ajustado traje de espiguilla gris oscuro de corte anticuado, camisa con cuello de frac y una estrecha pajarita de punto. Miró a Harriet dos o tres veces antes de atreverse a hablar con ella de nuevo y por fin le preguntó:

—¿Qué ha dicho ese hombre de un muerto al que encontraron en la calle?

—El muerto era un agregado a la Legación. Creemos que tenía algo que ver con los servicios secretos.

—¡Ah! —asintió Pinkrose con conocimiento de causa—; me parece que esos hombres suelen acabar mal.

Bastante más tranquilo, se dispuso a comer en cuanto llegaron los sándwiches.

Harriet, en cambio, no estaba nada tranquila. Lo que le había pasado a Foxy podía pasarle a Guy… o a cualquiera de ellos, por cierto. Y Foxy era un conocido bastante agradable. Y, por si fuera poco, era el «aficionado a colar gente por las fronteras», el que podía haberlos ayudado con Sasha. ¿A quién iban a recurrir ahora? No creía que Dobson pudiera echarles una mano, y casi no conocían a los hombres importantes de la Legación.

Pinkrose chasqueó la lengua de una forma que devolvió a Harriet a su responsabilidad inmediata. El hombre estaba mirando lo que había en el sándwich. Con una expresión quisquillosa y herida, lo dejó en el plato y dijo:

—No está muy bueno. —Tomó un sorbo de café y puso una cara como si fuera cáscara sagrada—. Creo que, a pesar de todo, tomaré un poquito de jerez.

Guy volvió muy recuperado en ese momento, lo oyó y, en tono de broma, dijo:

—¿No querrá probar un poco de *ţuică*, nuestro ardiente licor nacional?

—No, no —respondió Pinkrose moviendo un hombro con irritación—, ni hablar. Pero no me importaría un poco de jerez, si no es muy malo.

Imperturbable, Guy pidió un jerez, se sentó encima del abrigo del invitado y dijo:

—El profesor Inchcape ya está en camino.

Pinkrose, bastante molesto, movió el abrigo y dijo: «¡Ah!», como diciendo: «Ya era hora».

Guy le preguntó sobre qué versaría la conferencia. A regañadientes, el profesor volvió la cabeza sin dejar de mover el abrigo y dijo que tal vez sondeara a los poetas, desde Chaucer hasta Tennyson.

—Una idea admirable —dijo Guy.

Pinkrose enarcó las cejas. Harriet entendió que la espontánea cordialidad de Guy solo despertaba en el profesor disgusto y suspicacia.

Al principio la sorprendió, pero después empezó a enfadarse, aunque no con Pinkrose, sino con Guy, que siguió hablando con entusiasmo del proyecto no demasiado atrevido

de Pinkrose. No sabía si condenarlo por su falta de sensibilidad o justificarlo por inocente. Y lo que ella consideraba inocencia en realidad podía ser simplemente una falta de voluntad de reconocer que alguien pudiera sentir animosidad contra él. Pinkrose lo escuchaba con desagrado.

Al mirar de nuevo a Guy, vio que estaba despeinado, que tenía manchas de vino en la corbata y restos de la yema del huevo del desayuno en la solapa y en las gafas, cuyo puente estaba roto y pegado con cinta adhesiva.

Se había acostumbrado tanto a su aspecto que no se le había ocurrido pulirlo un poco antes de salir de casa.

Agradeció la aparición de Inchcape, que contribuiría a sobrellevar la carga de Pinkrose. Inchcape cruzó una mirada con Harriet y sonrió como si tuviera una broma escondida en la manga, pero no de las divertidas, y después le dijo a Pinkrose:

—¡Bien, por fin ha llegado usted!

Pinkrose se sobresaltó, se sonrojó muy levemente y, afable y aliviado al ver a su amigo, dijo:

—¡Sí, desde luego! ¡Por fin he llegado! —Sonrió por primera vez y se le puso cara de niño viejo—. ¡Menudo viaje! —añadió.

—Tiene que contárnoslo todo —dijo Inchcape, como si el profesor fuera realmente un niño y él, el director del colegio—. Pero antes necesito un trago. —Se volvió hacia Guy mirándolo como si compartieran la broma, fuera la que fuese, y preguntó —: ¿Qué estáis tomando, *ţuică*? Bien, pues yo, lo mismo. —Se sentó enfrente del invitado, frunció el ceño irónicamente y preguntó—: Bueno, ¿cómo ha logrado llegar hasta aquí?

A Harriet le pareció ofensiva la forma en que trataba a su antiguo amigo —que acababa de recorrer unos ocho mil kilómetros para atender a su invitación—, pero al parecer, Pinkrose la aceptaba. Sonriendo como si de pronto se encontrara como en casa, contó que le habían concedido un vuelo prioritario a Malta.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Inchcape.

—Tengo un amigo influyente —contestó Pinkrose con una mirada como si la diplomacia le pareciera una conspiración—. Después, aunque no pueda creérselo, tuve que viajar en la

bodega del avión, como las bombas, ya sabe. El piloto me dijo: «Más vale que rece lo que sepa. Si tenemos un accidente, usted pringa».

—¿Qué es «pringa»? —preguntó Inchcape.

Pinkrose soltó una risita y no se tomó la pregunta en serio.

—En El Cairo surgieron algunas dificultades. Nadie sabía nada de mí. Tuve que ir a hablar con el embajador, pero ni así podían llevarme más allá de Atenas, no sé por qué. Sin embargo, para mi gran alivio, descubrí que había vuelos regulares de Atenas a Bucarest y… ¡aquí estoy!

—¡Claro, claro! —asintió Inchcape escuetamente.

Aunque Pinkrose contaba su periplo con cierta frivolidad, era evidente que lo había conseguido por pura fuerza de voluntad.

—Últimamente Inglaterra resulta muy incómoda —continuó con inquietud—, y tediosa. Solo se habla de esa horrible invasión, bastante tardía, diría yo. Hasta en la mesa de los profesores se habla de ello. Y la vida en general… ¡cuántas reglas y decretos nuevos y cuántas restricciones miserables! El apagón, las colas… Usted, mi querido Inchcape, hizo muy bien en irse cuando lo hizo. No tengo palabras para explicarle hasta qué punto se ha deteriorado la vida. Para la gente como nosotros, ni con los nazis podría ser peor. Al fin y al cabo, Goering no discutiría conmigo. Siempre he sido un buen hombre de familia.

—¡Ah! —dijo Inchcape secamente—. En tal caso, no se afligirá si le digo que es posible que el nazismo se instaure aquí.

Pinkrose volvió a chasquear la lengua. Inchcape bebió su *ţuică* de un trago y, harto ya, dijo:

—¡Vamos a comer!

El invitado se puso en pie con alegría. Mientras recogía el abrigo, el sombrero y los pañuelos, dijo:

—Lo estoy deseando, se lo aseguro; necesito comer bien. Algunos amigos que han viajado mucho me han dicho que Rumanía es uno de los sitios en los que mejor se come de toda Europa.

—Información atrasada —dijo Inchcape.

—Usted siempre tan bromista —respondió Pinkrose con

una risita.

El comedor estaba vacío cuando llegaron. En el hueco de la ventana había tres mesas grandes reservadas para los oficiales de la Reichswehr. Aunque había otras cuantas sin reservar, nada más entrar condujeron a Inchcape a un rincón discreto, cosa que le hizo gracia y que aceptó con un encogimiento de hombros. Le pasó la carta a Pinkrose y dijo:

—Hoy es día sin carne. Los filetes y los asados que sirven aquí son como el dinero de papel, no cuentan con el respaldo de una moneda fuerte. Elija uno de los tres platos del final de la lista. Le recomiendo el pilaf de pescado.

Pinkrose tardó un rato en convencerse de que no era todo una gran tomadura de pelo.

—Pero ¿no hay caviar? —dijo, angustiado—. ¿Acaso no es un producto rumano?

—Lo mandan todo a Alemania.

—Y pensar —dijo Pinkrose, decepcionado— que era la envidia de mis amigos…

—Esta tarde —le dijo Inchcape para consolarlo— conocerá a la flor y nata de Bucarest, las más bellas e inteligentes damas. He invitado a algunas princesas que son famosas por su hospitalidad. Le aseguro que en su casa no sufren restricciones de carne. Le harán los honores. Entretanto ¡pida un pilaf de pescado!

Inchcape miró a Guy y a Harriet sonriendo ante el fastidio de Pinkrose y después empezó a hablar de la misteriosa muerte de Foxy Leverett.

—Estos agregados jóvenes se buscan las complicaciones ellos solos —dijo—. Se meten en todas partes creyendo que cuentan con protección a todas horas. Pero nadie está salvo de un cuchillo por la espalda. Me han contado que anoche Leverett estaba borracho en el Amalfi, haciendo reír a carcajadas a toda la mesa con su imitación de Horia Sima. Eso no está bien, ya sabe. Hay que respetar el régimen que impere en cada caso, sea el que sea. Y hay que aprender a vivir con él.

—¿Cree que podemos aprender a vivir con la Guardia de Hierro? —preguntó Harriet.

—¿Por qué no? Todo es cuestión de personalidad. Si uno es

capaz de adaptarse, puede vivir con cualquiera o con cualquier cosa. Son las personas incapaces de adaptarse las que lo pasan mal.

—Estoy de acuerdo —asintió Pinkrose con vehemencia—. Además, en cuanto las cosas se calman, el mundo sigue siendo el mismo, gobierne quien gobierne.

A Inchcape se le pasaron las ganas de bromear y miró a su amigo con complicidad.

—Lo importante —dijo— es sobrevivir.

Mientras hablaban entraron los oficiales alemanes. Cruzaron el comedor con el aplomo de los conquistadores y se sentaron en las mesas reservadas.

Ni Inchcape ni Pinkrose hicieron ningún comentario. Por lo visto ya se habían adaptado a cohabitar con el enemigo.

Al final de la comida Inchcape propuso a Pinkrose que descansara un poco antes de la recepción.

—Será lo mejor —dijo—. Me temo que mañana por la tarde tengo un compromiso inevitable desde hace tiempo. Voy a cenar con un joven amigo que quiere contarme sus cuitas —sonrió enigmáticamente a Pinkrose—, espero que pueda entretenerse usted solo.

—Quizá el profesor Pinkrose quiera cenar con nosotros —dijo Guy—. Después podemos ir al concierto de Brahms de la Casa de la Ópera.

—¡Una idea espléndida! —dijo Inchcape sin consultar a Pinkrose.

El invitado parecía no estar de acuerdo, pero Guy, muy animado, no se dio cuenta. Se levantó de pronto y dijo que iba a reservar asientos inmediatamente; Harriet lo miró con compasión, pero furiosa, al verlo salir volando y tropezar con el borde de la alfombra del comedor.

Inchcape había ordenado a Guy que acompañara a Pinkrose a su casa esa noche.

—Y, por amor de Dios, venid pronto y marchaos pronto. No soporto que esas fiestecitas se alarguen.

Lo que sucedió fue que los Pringle llegaron muy pronto al Athénée Palace y tuvieron que esperar a Pinkrose veinte minutos. Bajó por las escaleras con un antiguo traje de noche

corto de mangas y de perneras, con el único botón estirado al máximo en el centro.

—Reconozco —dijo, casi jovialmente pensando en lo que le esperaba— que estoy deseando conocer a esas bellas y cultas damas que, según dicen, son tan hospitalarias.

—Le presentaré a algunas madres de alumnos —dijo Guy—. *Doamna* Blumy y *doamna* Teitelbaum, por ejemplo. Son muy cultas y estarán encantadas de conocerlo…

—No, no —lo interrumpió Pinkrose con impaciencia—. No me refiero a esa clase de personas. Todo el mundo me ha dicho que tengo que conocer a la princesa Teodorescu.

Guy tuvo que explicarle con amargura que esa princesa en concreto ya no estaba en Bucarest.

—Pero aquí hay princesas para dar y tomar, aunque no es más que un título de cortesía: en realidad no significa nada. Seguramente conocerá usted a media docena esta noche.

En la plaza el cielo estaba veteado de amarillo limón y plata, pero los colores aparecían emborronados y el viento que soplaba del parque era fresco, húmedo y ahumado, y olía a otoño.

Harriet tenía la impresión de que últimamente se había apoderado de la ciudad un ambiente desolado, y no solo porque el cambio de estación obligara a refugiarse —el paseo de la tarde, que en general duraba hasta octubre, se había reducido ya casi a la nada—, también por el miedo. Como era lógico, los judíos no se atrevían a salir, pero últimamente no eran solo ellos los que sentían, como el viejo Codreanu, que estaban más seguros en casa.

Le alivió llegar a la salita de Inchcape, donde las lámparas estaban encendidas detrás de sus pantallas doradas. Inchcape no había llegado todavía. Clarence, el primero en presentarse, estaba solo.

Harriet no había vuelto a verlo desde la visita a su piso. Se había retirado de la sociedad unos días, o algo así. Guy le había llamado varias veces por teléfono para salir, pero siempre se había excusado diciendo que no se encontraba bien. Harriet se lo había imaginado tumbado todo el día en el balcón, mirando el campo, lamentándose de lo inútil que era, pero en este

momento, en casa de Inchcape, parecía encontrarse muy bien. Sin embargo, no tenía ganas de hablar.

Cuando le presentaron a Pinkrose se levantó de mala gana y murmuró unas palabras. Pinkrose murmuró algo también. Como ninguno indujo a hablar al otro, se separaron tan pronto como les fue posible y no volvieron a dirigirse la palabra.

Inchcape llegó muy animado. Detrás entró Pauli con una botella de champán descorchada y con la etiqueta cubierta por una servilleta. Mientras lo repartían, Inchcape, sonriendo para sí, sacó su última adquisición: un corazón morado de terciopelo sobre el que se alzaban tres calas de porcelana, todo ello cubierto con una campana de cristal.

—Es divertido, ¿verdad? —dijo—. Lo he comprado en el mercado de Lipscani.

Pinkrose se inclinó a mirarlo son una pequeña sonrisa y dijo:

—Tiene cierto encanto macabro.

Al mirar la cara de los dos hombres mayores, Harriet vio que se parecían y se entendían entre sí.

—Lo llevaré al Dâmbodiţa —le prometió a Pinkrose—. Le encantarán los cachivaches que se pueden encontrar allí. Iconos, por ejemplo. Tengo una buena colección de iconos en mi dormitorio.

El tiempo pasaba. Los demás invitados no llegaban. Por fin llamaron al timbre, pero eran solo Dobson y David Boyd.

Dobson, siempre animoso, estaba muy afectado por la muerte de Foxy Leverett, que era su amigo. Se disculpó porque solo podía quedarse un ratito; había acudido únicamente para conocer a lord Pinkrose.

—He dejado la Legación en un caos total —dijo—. Han encontrado a McGinty esta tarde en un callejón de detrás del juzgado. Está destrozado.

—¿Lo han maltratado? —preguntó Inchcape.

—Lo han torturado. Lo han tenido colgado por las muñecas y lo han golpeado, por lo menos. Tiene la espalda como un cirineo. Debo decir que su excelencia ha actuado con toda contundencia esta vez. Se ha ido directo a ver al ministro de Interior y le ha exigido una investigación a fondo de la muerte

de Foxy y del caso de McGinty. Le ha dicho que no descansaría hasta que se llevara a los culpables ante la justicia. Ha sido como los mejores días de Palmerston y Strarford-Canning. Y el ministro de Interior ha llorado. Se supone que es de la Guardia de Hierro, pero ha dicho: «Ustedes, los ingleses, son un gran pueblo. Siempre los hemos apreciado. Algunos creemos que todavía pueden ganar la guerra. Pero ¿qué podemos hacer? Hay tantos y tantos jóvenes… No los podemos controlar».

—Pero ¿por qué cogieron a McGinty? ¿Qué ha hecho?

—Nada. Pero su nombre estaba en una lista… —Dobson hizo una pausa, tomó un sorbo y, después de todo lo que había dicho, comprendió que no podía seguir hablando. Añadió—: Antes de la guerra, Gran Bretaña, Francia y Rumanía confeccionaron una lista de ingenieros a los que se podía confiar la destrucción de los pozos de petróleo en caso de que Alemania ocupara Rumanía. Esa lista llegó a manos de los alemanes por medio del gobierno de Vichy, voluntariamente, añado, y en ella estaban los hombres a los que han raptado.

—Es decir que McGinty no es el único, ¿no? —preguntó Clarence bruscamente.

Dobson, aturdido, miró a todas partes.

—Oigan —dijo—, no cuenten una palabra de todo esto. No serviría de nada desatar el pánico ahora. Todos esos hombres eran especialistas. Sabían el peligro que corrían. Podían haberse marchado cuando los demás, pero prefirieron quedarse.

—¿A cuántos han raptado? —insistió Clarence.

—A cuatro, incluido McGinty. La Guardia de Hierro cree que existe un complot para volar los pozos. Son un atajo de idiotas torpes. Quieren información. Creen que se la pueden sacar a estos hombres a fuerza de golpes.

—¿Qué hay de los otros tres? —preguntó Guy.

—Todavía no sabemos nada. —Dobson dejó el vaso y, dirigiéndose a Pinkrose con su sonrisa oficial, le dio la bienvenida en nombre de sir Montagu, que estaba «atado al escritorio»—. Me temo que pasamos por un momento delicado —dijo, sonriendo.

—Sí —convino Pinkrose en tono de sorpresa—, parece que las cosas están un poco revueltas…

—Un poco, un poco. Pero su excelencia cree que debemos quedarnos aquí tanto como podamos, que vean que no nos han derrotado todavía.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Inchcape.

Cuando Dobson se fue, David y Guy salieron a la terraza a hablar. Inchcape, que parecía más resignado a la presencia de Pinkrose, empezó a preguntarle por sus conocidos de Cambridge con bastante amabilidad. Harriet se quedó un rato esperando a ver si Clarence quería hablar con ella. Al ver que mantenía la distancia, salió a la terraza y oyó a David resoplando con mucho gusto. Decía:

—Los últimos acontecimientos han impactado muchísimo al pobre sir Montagu. Por lo visto dijo (aunque solo lo sé por boca de Dobson): «En resumen, el joven David Boyd tenía razón. Las cosas se han desatado tal como predijo». —Miró al suelo modestamente. Se sorbió la nariz y, con su acostumbrada tolerancia, añadió—: Un gran detalle por su parte reconocerlo, ¿no crees? Con todo, sigue creyendo que, de un modo u otro, la situación todavía tiene remedio.

—Podría remediarse ahora mismo —dijo Guy— con una ocupación rusa. Aunque a sir Montagu no le haría ninguna gracia.

—No, ni mucho menos. Pero me temo que hay pocas esperanzas de que pase algo así. Los rusos no están nada seguros. No es probable que se anexionen una frontera que tal vez no puedan defender.

Harriet aprovechó el silencio que siguió para hablar de Sasha Drucker:

—¿Qué vamos a hacer, ahora que Foxy ha muerto?

—Yo no me preocuparía —dijo David en su habitual tono imperturbable—. Cuando se va una legación, siempre se suman al tren diplomático unos cuantos compromisos ajenos. Se da por sentado. No se hacen preguntas.

—¿Podrían llevarse a Sasha? Sería maravilloso. Pero, si tuviéramos que irnos antes que la Legación, ¿qué haríamos con él?

—Ya veremos cuando llegue el momento —le dijo Guy, agarrándola del brazo, y se la llevó otra vez a la salita.

El ambiente de la reunión se sumió en el desánimo. No llegaba ningún invitado más. Inchcape empezaba a aburrirse y Clarence seguía en silencio, apartado, en una silla. Cuando llamaron a la puerta Pinkrose se animó un poco, pero no apareció ninguna bella y hospitalaria princesa, sino Woolley. Venía con una expresión lúgubre y su conversación no alegró el ambiente. Igual que Inchcape, creía que Foxy había sido responsable de su propia muerte y que la paliza que le habían dado a McGinty era un aviso de lo que podía pasarles a todos. No se refirió a los otros ingenieros desaparecidos, pero dijo:

—Esto me huele mal. No me gusta nada. La gente se va, y no se lo reprocho. Los Rettison se han ido. Llevaban tres generaciones aquí. Ahora se han marchado a Oriente Medio. Todos estos tejemanejes son malos para los negocios. De la noche a la mañana, ya no sabe uno ni dónde está. —Se quedó un momento pensando en silencio con la larga cabeza oscilante agachada hacia el vaso, después la levantó y miró a su enemiga de siempre, Harriet—. Mi señora se ha ido, que es lo mejor que podía hacer. Su excelencia no quiere señoras por el medio. Ayer mismo me dijo: «Tengo que evacuar a la colonia inglesa, voy a quedarme solo con jóvenes en edad militar».

—Si sir Montagu cree que puede retener a mi marido y deshacerse de mí, le queda mucho que aprender —dijo Harriet, cortante, sin perder un momento.

—Ya veremos —replicó Woolley, mirándola de arriba abajo con amargura, amenazador.

—Sí, ya veremos —contestó Harriet con determinación.

El silencio se alargó hasta que de repente Pinkrose hizo un gesto de impaciencia absoluta con las manos.

—¿Qué es todo esto, Inchcape? ¡Evacuar a la colonia inglesa! ¡Quedarse con los jóvenes en edad militar! ¿Qué está pasando aquí?

—Como habrá notado usted mismo, mi querido amigo —respondió Inchcape en un tono razonable—, las cosas están un poco revueltas por aquí. Tenga en cuenta que ha habido una revolución. Seguro que ya lo sabía.

—Algo sabía, sí. *The Times* anunció que habían depuesto al rey Carol. Pero eso es frecuente en los Balcanes. En ningún

momento se dijo que hubiera nada peligroso en ello.

—¡Nadie dijo que hubiera nada peligroso en ello! —Inchcape miró a los invitados con la boca abierta y preguntó—: ¿En qué pensaban los oficiales de Londres? ¿Acaso están tan inmersos en la cháchara trivial de la administración que no se enteran de lo que pasa en la Europa del Este?

Indignado, levantó la voz a Pinkrose, pero este no iba a amilanarse.

—Tenía que habérmelo advertido, Inchcape. Esto me parece mal, me parece muy mal, francamente.

—¡Por Dios! —exclamó Inchcape cambiando de tono otra vez para poner en ridículo a su amigo—: ¿Es que no estamos en peligro en cualquier parte en estos tiempos? ¿No estaba usted en peligro en Inglaterra? Un peligro muy real, me atrevería a decir. ¿No es fácil que invadan Inglaterra en cualquier momento? Aquí la guerra es solo de nervios. Personalmente, creo que las cosas se pondrán en su sitio por sí mismas. El joven rey y su madre gozan del favor popular. Ayer fueron a Capșa's a comprar pasteles. ¡Sí, fueron a pie, como nuestra familia real! Las cosas no pueden estar tan mal en un país en el que el rey sale a la calle a pie.

—No obstante —dijo Pinkrose, un poco más tranquilo— no se me informó debidamente. Cuando me escribió en primavera, me habló de magníficas comidas, de un ambiente feudal, de una aristocracia antigua, de fiestas opulentas, de todas las comodidades… En resumen, de la vuelta a los buenos tiempos. Pero ¿con qué me he encontrado después de todo un viaje en la bodega de un avión? ¡Ni carne siquiera en el menú! Y, si se me permite la pregunta, ¿qué ha sido de las más inteligentes bellezas de Bucarest? Parece que la recepción que ha organizado no ha tenido mucho éxito.

Inchcape abrió la boca para decir algo y después se contuvo. Harriet lo observaba con interés, era la primera vez que lo veía quedarse en blanco.

—De momento —dijo por fin— los ingleses han dejado de estar bien considerados. Creo que hay una recepción para los oficiales alemanes en el Athénée Palace. Me temo que nuestras invitadas rumanas se hayan ido a acompañar a nuestros

enemigos.

—¡Ah! —dijo Pinkrose y, aplacado por la humildad con que había confesado Inchcape, no añadió nada más.

Woolley, que se había quedado al margen de la conversación, sumido en su propio descontento, dijo de repente:

—Tengo que irme —y, después de dejar el vaso, se fue sin más.

Clarence chasqueó la lengua. No había parado de beber desde el primer momento y el efecto se hizo evidente.

—Parece ser —dijo— que Woolley tiene una amiguita rumana desde que se fue su mujer. —Estiró el brazo con el vaso en la mano y gritó—: ¡Eh, Pauli, otra!

Pauli se acercó sonriendo, los chistes de borrachos ingleses eran recurrentes en Bucarest.

Pinkrose, que también había bebido lo suyo, se llevó a Inchcape a un aparte y le susurró algo.

—Por aquí —le dijo Inchcape bruscamente.

Se llevó a Pinkrose fuera de la salita, volvió solo al momento y se dirigió a Guy, a Harriet y a Clarence como si tramara algo.

—¡Oídme! Tal como están las cosas, no vamos a conseguir público para este carcamal. La cuestión es prepararlo para el golpe. Tenéis que echarme una mano. Empezad a insinuar que no es un buen momento ni un buen lugar para dar una conferencia pública en inglés. Dejad caer que podrían importunarlo. Metedle miedo hasta que se asuste tanto que sea él quien me diga que no quiere darla. ¿Lo entendéis? Pero con tacto, por favor… —y se calló al oír unos pasos que se acercaban. Entró Pinkrose—. Bien —dijo Inchcape animosamente—, hagamos planes para nuestro futuro deleite. ¿Cómo se presenta el fin de semana? Yo tengo un compromiso en Sinaia, hace semanas que reservé una habitación. Necesito un día de descanso antes de que cambie el tiempo. Pero estoy seguro de que nuestros jóvenes amigos, aquí presentes… —Sonrió a Guy, a Harriet y a Clarence—. ¿Qué planes tenéis?

—Nosotros vamos a ir a Predeal —dijo Guy, como era de esperar—. Quizá el profesor Pinkrose quiera venir con nosotros… —Miró a Harriet para que lo apoyara.

—Seguro que el profesor Pinkrose prefiere ir a Sinaia con el profesor Inchcape —dijo ella.

—¿Por qué no, por qué no? —dijo Inchcape frunciendo el ceño y moviendo el pie por encima de la alfombra.

Clarence, tan doblado en la silla que casi tenía el trasero fuera del borde, dijo, arrastrando las palabras:

—Yo también me voy. —Todo el mundo lo miró—. Me voy ahora mismo, ¿me oyes, Inch, tú, el que siempre esconde la cabeza bajo el ala? Me voy ahora mismo, dejo tu maldita organización. Me voy de lo que llamas tu esfera de influencia. Me voy a climas más cálidos y coloridos. ¡Y no puedes hacer nada por evitarlo!

Inchcape hizo una pausa al ver que se dirigía a él.

—¿Qué has dicho? —Clarence repitió casi todo lo que acababa de decir e Inchcape explotó—: ¿Nos dejas? ¿Precisamente en estos momentos? ¡Y sin previo aviso!

Clarence arrastró los pies, tenía el vaso a la altura de la nariz.

—Sin previo aviso no —replicó—. Hace semanas que te dije que estaba harto de andar por aquí sin hacer nada. Me he quedado solo por complacerte. Necesitas cortesanos a tu alrededor. Necesitas mantener la apariencia de que eres alguien importante, de que tienes una serie de subalternos. Pero ya estoy harto. He mandado un telegrama a El Cairo. Me largo en cuanto me llegue la orden.

Inchcape, que miraba severamente a Clarence, se volvió hacia Pinkrose y le explicó lo siguiente:

—A Lawson nos lo transfirió el British Council. No podemos impedirle que se vaya, si lo desea. Pero será una gran pérdida. En estos momentos es imposible conseguir sustitutos.

Pinkrose asintió comprensivamente y también miró a Clarence con severidad.

—No soy ninguna pérdida —dijo Clarence—. Otra cosa sería si fueras tú el que se largara, Inchi, muchacho. El prestigio británico no se recuperaría del golpe.

—En mi opinión —dijo Inchcape, pasando por alto las palabras de Clarence—, un hombre no debe abandonar su puesto por grande que sea el peligro.

—Tú no estás en peligro —dijo Clarence después de soltar una carcajada—. Y tu puesto es de broma.

—Al menos no lo abandono —replicó Inchcape con rabia—. En cuanto al peligro, te recuerdo que asistí al entierro de Calinescu.

—Como todo Bucarest.

Pinkrose, atento y erguido, con las mejillas encendidas, miraba con interés al uno y al otro. Era la primera vez que se divertía desde que había llegado, o eso parecía.

Guy se acercó al piano, en el que se encontraba el juego chino de ajedrez de Inchcape. Empezó a mover las piezas con un interés aparente, pero tenía una expresión triste y arrugada, como la cara de un perro Basenji, y cuando Clarence se levantó para aprovechar la ocasión le dijo:

—Ya basta, Clarence.

—Sí, claro, tienes razón. —Alargó el brazo y cogió a Guy de la mano. Mientras a Pinkrose se le salían los ojos de las órbitas al ver semejante conducta, Clarence añadió—: Eres el único de todos nosotros que puede justificar su presencia aquí. Aunque los cursos de verano no sean gran cosa, al menos plantean un reto…

—Los cursos de verano se cerraron la semana pasada —respondió Guy, y retiró la mano.

Clarence se dejó caer de nuevo en la silla y suspiró profundamente.

—¿Qué demonios importa, en realidad? —murmuró.

Se abrió la puerta y entró Pauli con dos fuentes grandes, una de arroz y otra con algo parecido a un guiso. Empezó a llenar platos y a repartirlos prodigando sonrisas. Se sirvió un vino del país.

Mientras comían, David dijo que también él se iba fuera el fin de semana. Se iba al delta del Danubio.

—¡Ja, el delta! —dijo Clarence con sarcasmo—. ¡Dice que se va al delta!

Pinkrose miró a Clarence con gran asombro. Nadie dijo nada más hasta que terminaron de comer e Inchcape se puso de pie en señal de que la fiesta se había acabado. No fue necesario, los invitados ya se disponían a marcharse.

21

La noche siguiente Harriet fue la anfitriona… una anfitriona desconcertada. La esencia ególatra de Pinkrose se transparentaba a pesar de la capa de sociabilidad, y le daba la impresión de que lo hacía a propósito, como una especie de protesta. Era un invitado, pero a su pesar, y no hacía concesiones a los buenos modales.

Esa mañana no había nada en el mercado. «Solo col», había dicho Despina.

Harriet se fue a Dragomir's, donde podía encontrarse comida si se tenía dinero para pagarla. La afortunada clientela ya no estaba compuesta de hombres rumanos, sino de mujeres alemanas: las de los muchos agregados que las dos grandes instituciones alemanas habían contratado. Eran mujeres de constitución fuerte y muy resueltas, y el cambio de moneda les resultaba tan favorable que iban a la compra con fajos de billetes de mil lei en las manos; eran unas rivales tan formidables que Harriet solo se enfrentaba a ellas en momentos de desesperación. Logró comprar dos pollos delgaduchos. Después buscó una botella de jerez, pero ya no quedaba nada en las tiendas. Al final se llevó un madeira de imitación.

Cuando se lo ofreció a Pinkrose, el hombre miró la botella un momento, enarcó una ceja y dijo:

—En fin, probaré media copa. —Tomó un sorbito y le pareció mejor de lo que esperaba; expresó satisfacción moviendo el culo en la silla y consintió que le llenara la copa—: No entiendo por qué el profesor Inchcape me ha alojado en ese hotel —dijo.

—El Athénée Palace —respondió Harriet, sorprendida— era prácticamente un hotel inglés. Es como un refugio para nosotros, y los periodistas ingleses que se alojan en él prácticamente no salen a la calle.

—Está plagado de alemanes —se quejó.

—El otro, el Minerva, es mucho peor. Ahí están los diplomáticos alemanes. Los oficiales de la misión militar se han ido al Athénée porque el Minerva estaba lleno.

—¡Sí, claro!

Hecho este intento de conversar, Pinkrose se sumió en el

silencio, pero sus ojos hablaban de todo lo que lo rodeaba. Al verlo mirar la gastada tapicería y las viejas alfombras, Harriet dijo:

—Alquilamos este piso amueblado y, por lo visto, los anteriores inquilinos lo habían maltratado bastante.

Entretanto Pinkrose bajó la mirada y se sonrojó levemente. Sorprendido, se le pasó el mal humor un momento y, con un atisbo de amabilidad, dijo:

—Supongo que los libros son suyos.

Ella le contó que casi todos eran de segunda mano, que eran de Guy y que los había llevado a Rumanía en sacos. Él asintió con interés. Aunque no la miraba, toda su atención se dirigía a ella, y cuando Guy intervino en la conversación Pinkrose miró a otra parte con desaliento.

Guy tenía varios libros de poemas y de poetas que había conocido en su época de estudiante. Empezó a sacarlos para enseñarle a Pinkrose las firmas y las dedicatorias, pero no lo impresionaron.

—Estos jóvenes tienen mucho que aprender —dijo.

Guy saltó al momento en defensa de los poetas de su generación y, mientras hablaba, volvió a llenar la copa a Pinkrose. Estaba tan absorto y eran tan corto de vista que no se dio cuenta de que la copa rebosaba y siguió sirviendo madeira hasta que empezó a caer de la mesa a los pantalones del invitado, que, exasperado, chasqueó la lengua. Guy, deshaciéndose en disculpas, quiso frotarle las manchas, pero el hombre volvió a chasquear la lengua y apartó las piernas.

Harriet llamó a Despina; no había cosa que más le gustara que entrar en la salita cuando había visitas, y tardó tanto en limpiar el suelo alrededor de Pinkrose que este, muy irritado, dijo:

—Si no cenamos pronto llegaremos tarde al concierto.

La cena fue rápida y apresurada, y Pinkrose comió con resignación.

Al entrar por la puerta principal de la Casa de la Ópera se llevaron una sorpresa al ver la opulencia general del público. Todo el mundo iba vestido de gala, los hombres con sus condecoraciones, las mujeres, con trajes escotados y cubiertas

de joyas. A Harriet le pareció que algo no encajaba. No era el público rumano habitual. Era gente demasiado alta, todos parecían importantes y todos hablaban alemán. El vestíbulo estaba inundado de flores.

Pinkrose resopló al ver tanto esplendor.

—Últimamente no se ven estas cosas en Inglaterra.

Harriet se dio cuenta de que todo el que los miraba una vez volvía a mirarlos con incredulidad.

—¿Crees que no vamos convenientemente vestidos? —le preguntó a Guy.

Él se rio, le parecía que eran ellos, no su atavío, lo que llamaba la atención.

Las miradas y los murmullos no cesaron mientras se dirigían a sus localidades, hasta que por fin salió la orquesta. Los músicos se colocaron en su sitio y se quedaron de pie; el director miró el palco principal, que sobresalía al nivel del escenario. El público dejó de interesarse por los Pringle para mirar también al palco. Harriet le dijo a Pinkrose:

—Creo que va a aparecer el rey —y Pinkrose arrastró los pies con satisfacción.

Se abrió la puerta del fondo del palco y se vio un destello de pechera blanca. El público empezó a aplaudir. Un hombre alto se acercó a la barandilla y detrás entró un séquito de personas que actuaban con la estudiada cortesía de la realeza. Los Pringle reconocieron la alta, fuerte y sombría figura del doctor Fabricius. La ovación se hizo clamorosa. Una mujer con un vestido dorado, su esposa tal vez, saludó regiamente con la mano y Fabricius hizo una inclinación de cabeza.

—Sin duda ese no es el joven rey —dijo Pinkrose.

Guy le dijo que era el ministro alemán. Pinkrose, decepcionado, abrió la boca, pero asintió; ya estaba preparado para aceptar cualquier cosa.

Mientras entraba el grupo de la Legación, el palco de enfrente se llenó de oficiales de la misión militar acompañados de mujeres esplendorosas.

—Ahí tiene a algunas de las princesas que esperaba usted conocer —le susurró Harriet a Pinkrose sin poder evitar sonreír.

El director levantó la batuta. El público se puso en pie. Los

Pringle y Pinkrose esperaban oír el himno nacional y también se pusieron en pie. Tardaron unos momentos en darse cuenta de que estaban rindiendo honores al *Deutschland über Alles*. Guy volvió a sentarse inmediatamente y Harriet lo secundó, aunque más despacio. Pinkrose, avergonzado por sus acompañantes, se quedó de pie. Terminó el himno y, después de una pausa, llegó el *Horst Wessel*.

Perplejo, Guy miró el programa por primera vez y, volviéndose a Harriet, susurró:

—Gieseking.

Harriet entendió lo que había pasado. Guy, ansioso y corto de vista, había comprado las entradas sin consultar el tablón de anuncios que había fuera del teatro. Se trataba de un concierto de propaganda alemana.

Cuando Pinkrose se sentó, Harriet empezó a explicarle el error, pero él ya lo había deducido por sí solo y la hizo callar con un gesto.

—Disfrutemos de la música, ya que estamos aquí.

El pianista estaba en su sitio y empezó a tocar el concierto número 5 para piano de Beethoven.

Harriet agradeció la actitud de Pinkrose e hizo lo mismo que él, pero Guy se quedó muy contrariado. Estuvo enfurruñado, cruzado de brazos, todo el primer movimiento y, en cuanto terminó, se levantó. Pinkrose, muy irritado, lo miró.

—Es malísimo, me voy —susurró.

A Harriet le había gustado muchísimo y le dijo en voz baja que se quedara, pero Guy siguió adelante; ella pensó que tenía que irse también y se levantó. Pinkrose, alarmado, dijo:

—No quiero quedarme solo aquí.

El pianista, inmóvil, esperó a que terminara la interrupción. El público, tan entretenido como molesto, se quedó mirando a los intrusos ingleses, que salieron del teatro lo más rápido posible.

En el vestíbulo, Guy, sudando a mares, se disculpó por haberlos sometido a semejante situación y por haberlos sacado de allí.

—No podía soportarlo —alegó—. No podía pensar más que en los campos de concentración.

Pinkrose estaba demasiado enfadado para hablar, dio media vuelta y salió muy dignamente de la Casa de la Ópera. Los Pringle lo siguieron, pero el hombre consiguió que no lo alcanzaran en todo el camino hasta el hotel.

Cuando se detuvo ante la puerta giratoria, Guy intentó disculparse otra vez, pero el profesor levantó una mano. Ya había soportado bastante, no quería saber más.

CUARTA PARTE

La invasión

22

El tren subía hacia las montañas con el denso aire de la ciudad atrapado en los vagones. El calor había vuelto a apretar esa semana. Bucarest sufría los últimos coletazos del verano.

En Ploiești, donde el convoy hacía una larga parada, la vida estaba como en suspenso. Un sol pringoso caía sobre la tierra desnuda y centelleaba en las refinerías de metal y en los bidones de almacenaje. Había trenes petroleros en las vías muertas, cada tanque con su dirección de destino: Fráncfort, Stuttgart, Dresde, Múnich, Hamburgo, Berlín.

En el vagón de los Pringle solo se oía de vez en cuando un zumbido de moscas atrapadas. La lujosa tapicería azul oscuro olía a carbonilla y estaba pegajosa. En las cornisas de la ventanilla se acumulaban polvo y gránulos de carbonilla. Los demás viajeros eran oficiales del ejército que, despatarrados en el asiento, adormilados de aburrimiento, iban al puesto fronterizo de un país que había perdido casi todo lo que poseía.

Guy, con una mochila llena de libros entre las piernas, estaba sentado a pleno sol y se subía las gafas cada poco, cuando se le resbalaban por el sudor. Estaba preparando un curso.

Los periodistas ingleses que habían llegado en avión para cubrir la abdicación todavía estaban en Bucarest, retenidos por un ultraje u otro. La Guardia de Hierro había raptado a ocho ingenieros en total. Se había hallado muerto a uno («de ataque cardiaco», decía la prensa) en un callejón de Ploiești. Los demás habían sobrevivido en estado grave por torturas y malos tratos.

Ese mismo día por la mañana también habían encontrado muerto en los bosques de Snagov al antiguo ministro que había preferido unirse a los rusos: le habían arrancado la barba y el pelo y se los habían metido en la boca. Últimamente se había vuelto partidario fanático de la Guardia de Hierro, pero no le había valido de nada.

Galpin no salía del Athénée Palace. Parecía un profeta que viera cumplirse sus peores predicciones y a todo el que entraba en el bar le decía: «Es un simple caso de "¿A quién le toca ahora?"».

Harriet tenía la impresión de que todos esperaban el

colapso definitivo que tal vez acabara con ellos. Todos menos Guy, claro estaba. Pronto comenzaría el nuevo curso y él solo pensaba en prepararlo. Se las arreglaba para estar más ocupado que nunca y Harriet pasaba cada vez más tiempo con Sasha. Se sentaban en el balcón como si fuera una sala de espera y se inventaban rimas absurdas, jugaban a los barcos o al ahorcado, se contaban chistes tontos y se reían juntos como dos niños. No había tiempo para pensar en cosas más serias. Harriet sabía que estaban al borde del caos, pero Sasha… era como si creyera que la vida podía seguir así para siempre, sin grandes acontecimientos, sin preocupaciones.

Ella tenía muchas ganas de salir de la capital, pero ahora que por fin había llegado su fin de semana, estaba más aprensiva que nunca. ¿Qué iba a pasar con Sasha, solo en manos de Despina? La última vez que se habían ido a Predeal el gatito se había caído por la ventana y se había matado. Despina entendió muy bien sus temores y le prometió que no abriría la puerta a nadie. Sin embargo a Sasha le preocupaba tan poco que se fueran como al gatito.

—Tenemos una villa en Sinaia —dijo, como si la villa estuviera allí esperando a que la familia regresara—. Conozco Predeal. Sara iba al colegio allí. Hannah no quería… no quería dejar a papá.

—Me di cuenta de que la pequeña lo adoraba —dijo ella, acordándose de la niña.

—Cuando papá volvió a casarse —dijo Sasha— se pasó la noche llorando.

—¿Tú lo sentiste?

—Lo sentimos todos, pero Hannah más que nadie. No queríamos otra madre.

—Queríais mucho a tu padre, ¿verdad?

—Lo adorábamos. —Sasha todavía se identificaba con los sentimientos de su familia. No reconocía la separación. Añadió —: Ella quería apartarlo de nosotros. Era cruel, era mala.

Harriet se echó a reír.

—De pequeña creía que mi tía era una madrastra mala, pero ahora me doy cuenta de que solo era muy tonta. Decía todo lo que le pasaba por la cabeza. Seguramente se le olvidaba

al momento y creía que a mí también.

Después de una larga espera el tren empezó a salir de Ploiești en dirección al pie de las montañas, unidas por las viejas estructuras de madera de las torres de perforación de los tiempos de los pioneros. Más allá se encontraban las praderas alpinas, pero enseguida aparecieron las rocas y el paisaje se cubrió de pizarra gris y pinos de los Alpes de Transilvania.

Cuando los Pringle dejaron atrás el aire rancio y pegajoso del vagón, el aire cristalino los sobresaltó, un aire puro e inodoro, frío como el éter en la piel. Querían irse a pasear inmediatamente, pero antes tenían que informar a la policía de su llegada. El agente, sin afeitar, sucio y apestando a ajo, apartó una colección de tazas de café usadas y, con gran lentitud, les selló una semana de permiso para quedarse libremente en Predeal; cargaron con su equipaje y se fueron andando por la calle principal hasta el hotel.

El pueblo, gris y montañoso, estaba en sombra, pero en los picos de alrededor todavía resplandecía la luz rojiza del sol del ocaso. Unos glaciares diminutos como vetas de mármol se abrían paso por la superficie de las rocas. Ya había nieve en las cornisas más elevadas. El otoño estaba bastante avanzado en esas alturas. Las hayas, de tonos dorados y tostados, parecían pieles de león entre las manchas negras de los pinos.

Predeal era un lugar de vacaciones en invierno y en verano, y estaba tan fuera del mundo que en el ayuntamiento había un anuncio de una película inglesa.

La increíble quietud del pueblo puso un poco nerviosa a Harriet. Tenía la impresión de que salir de la ciudad en esos momentos había sido una locura. Si se producía una invasión nadie los avisaría. Pero Guy estiró los brazos y se deshizo de años de preocupaciones en un momento. Aspiró el aire ligero y tonificante y dijo:

—Esto es como salir volando de un banco de niebla.

El dormitorio era pequeño y sencillo, tenía una estufa que se encendía por la tarde con leña de pino. Los recibió un olor a humo de madera, delicado y dulce, que confortó a Harriet. Empezó a disfrutar de las vacaciones. En cuanto dejaron las bolsas salieron a pasear y a disfrutar del aire azul y frío. El cielo

se puso de color turquesa. Se encendieron las luces de las tiendas. La calle del pueblo, colgada en la montaña, parecía una cadena de luces. Durante el día todo era luminoso, pero en cuanto cerraban las tiendas, una oscuridad invernal invadía el pueblo. No había más diversiones que el cine, la película se interrumpía varias veces en cada pase y cada interrupción, llamada «intervalo», llevaba un número en la pantalla. En el pequeño hotel para esquiadores no había nada que hacer. Guy sacó los libros de poesía y las novelas de Conrad dispuesto a pasar las vacaciones trabajando.

La primera mañana, mientras elegía unos cuantos libros para llevárselos a los jardines públicos, Harriet le dijo:

—Pero ¿no vamos a ir de paseo?

—Más tarde —le prometió Guy—. Déjame rematar esto primero.

Y añadió que podía ir a ver la famosa *confiserie*, cuyo propietario, muy previsor, había hecho acopio de grandes cantidades de azúcar a principios de verano y ahora llegaba gente de todas las grandes ciudades a comer sus pasteles. A Harriet le entró un hambre voraz de dulces.

Guy se sentó en un jardincito ornamental cuyo césped, verde y húmedo a la suave luz neblinosa, estaba cubierto de hojas rojizas. No había nada que ver allí, solo algunos macizos pequeños de dalias de color ladrillo. Harriet se fue a dar una vuelta por el mercado, que rebosaba de manzanas, uvas negras y tomates apilados en el suelo. Había unos cuantos gitanos *laetzi*, de esos tan famosos, que la miraron con cara de caníbales.

En la *confiserie* no cabía un alfiler. Todas las mesas del interior estaban ocupadas y en el mostrador había tanta gente que todos tenían que sujetar el plato en alto, por encima de la cabeza. Fuera, junto a la barandilla, había algunas sillas libres y Harriet no tardó en descubrir por qué. Todavía no se había sentado cuando se vio rodeada de mendigos: tres niños con unos harapos colgando de sus huesos como trapos de mecánico. Uno tenía una pierna raquítica y andaba a saltos, con la mano apoyada en la espalda de un niño más pequeño. El tercero era una niña que había perdido un ojo. Tal vez fuera un defecto de nacimiento, porque el globo ocular seguía en la cuenca, ciego y

blanco como un relleno de grasa. Dos niñas adolescentes los empujaban hacia delante — aunque no les hacía ninguna falta— y de vez en cuando dejaban de gemir *Foame* y se reían como si perseguir a la extranjera les hiciera tanta gracia que se quedaban sin palabras.

Harriet les dio las monedas sueltas que llevaba, pero no fueron suficientes para librarse de ellos. Se quedaron a su lado pidiendo y gimoteando. Mientras esperaba a que la atendieran, se entretuvo mirando un pequeño escarabajo verde y dorado que se arrastraba hacia un agujero de la barandilla, cerca de ella. Si se desviaba a la derecha, los niños se marcharían. Se desvió a la izquierda, y de pronto le pareció que eran un peligro. Se le pasaron las ganas de comer. Pidió café. Se puso a mirar la carretera y vio salir de un camino a un campesino con un carro y un caballo. Al caballo se le notaban todas las costillas y, al llegar a los adoquines de la calle principal, tropezó. El campesino lo azotó inmediatamente a la altura de los ojos. Le propinó unos latigazos brutales, con toda la intención, como si quisiera descargar una rabia crónica en el desgraciado rocín.

Harriet gritó y se levantó de un brinco, demasiado afectada para preocuparse de si alguien se sorprendía. Cuando llegó a la acera todo había terminado. El caballo y el campesino habían doblado la esquina y se alejaban calle abajo. Sabía que si los seguía su protesta no surtiría efecto porque no hablaba suficiente rumano. Y además el hombre no le haría el menor caso.

Renunció a los pasteles y al café y volvió rápidamente al jardincito. Cuando llegó casi no podía ni hablar. Guy, al verla tan agitada, le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Agotada, se sentó y se tragó las lágrimas. Con la imagen vívida del campesino en la cabeza, de su rudo rostro tan concentrado y horriblemente satisfecho de descargar su furia, dijo:

—No soporto este sitio. Los campesinos son detestables. No puedo con ellos —dijo temblando, ahogada de sentimiento—. Los animales sufren por todas partes en este país… y no podemos hacer nada para evitarlo.

Se le cayó encima todo el peso del mundo y se refugió en el hombro de Guy. Él la rodeó con un brazo para tranquilizarla.

—Los campesinos son brutales porque los tratan como animales. También sufren. Hacen esas cosas por pura desesperación.

—Eso no los disculpa.

—Tal vez, pero así se comprende que sean como son. Hay que procurar entenderlos.

—¿Por qué hay que procurar entender la estupidez y la crueldad?

—Porque hasta eso se puede entender, y desde el momento en que se entiende es posible mejorarlo.

Le apretó la mano, pero Harriet no respondió. Siguió hablando para distraerla, pero ella no quería olvidar el disgusto, como si la hubieran violado y fuera incapaz de recuperarse. Un rato después, Guy volvió a coger el libro.

—¿Por qué no te tomas unas vacaciones de verdad? —le dijo—. De momento podemos permitírnoslo. ¿Te gustaría tomar el barco hasta Atenas?

—¿Vendrías conmigo? —dijo ella, un poco más animada.

—Sabes que no puedo. Inchcape no quiere que salga del país y tengo que preparar los cursos del próximo trimestre. Pero tú podrías ir perfectamente.

—Si vamos, iremos juntos.

Después del té, Guy pensó que ya había trabajado bastante y se mostró dispuesto a dar un paseo. Llegaron al bosque, miró entre los grupos de pinos, erguidos y silenciosos como si contuvieran el aliento, y no quiso entrar so pretexto de que todavía se habían visto osos por allí en los últimos tiempos.

—Sigamos por el camino, es más seguro.

El camino subía por encima del nivel de los árboles y desembocaba en unos campos de rocas. Hacía mucho frío. Había algunas nubecillas en el cielo y de vez en cuando el aire helador era como cristal en polvo. Al principio Harriet creyó que era ceniza de alguna hoguera, pero después se dio cuenta de que se licuaba en la cara.

—Es nieve —dijo, maravillada.

Cuando encontraron el primer nevero, tocó la nieve con la

mano, presionó y dejó la huella de la palma y los dedos. Era mucho más ágil y segura que Guy y, emocionada por el aire tan puro, subió a toda velocidad hasta encontrarse sola en medio del silencio de las laderas más altas. Oyó gritar a su marido, miró atrás y lo vio mucho más abajo, como un oso disgustado, derrotado por las piedras sueltas del camino. Bajó corriendo hasta sus brazos.

Volvieron al hotel, que se levantaba en una hondonada verde cubierta de florecillas. En su ausencia, habían llevado algunas vacas a pastar allí y Guy se detuvo, no quería cruzar entre el rebaño. Todos los animales le parecían enemigos potenciales. Desconfiaba de los coches de caballos de Bucarest y hasta el gatito rubio de Harriet lo asustaba. Ella lo cogió de la mano y lo llevó hasta la primera vaca, que levantó la cabeza para mirarlos sin dejar de rumiar. Al ver cómo movía la boca de lado a lado, Guy dijo:

—Seguramente estos animales serán peligrosos.

—A mí me encantan —dijo Harriet riéndose.

—¿Ah, sí? ¿Estas bestias tan temibles?

—No solo las vacas. Me gustan todos los animales.

—¿Cómo pueden gustarte unas cosas tan absolutamente diferentes de nosotros?

—¿Por qué no? No me quiero solo a mí. Creo que también los quiero porque son diferentes. Son inocentes. El ser humano, que se cree con el derecho divino a destruir todo lo que se le antoje, los caza, los maltrata y los sacrifica.

—Quieres protegerlos —dijo Guy, asintiendo—. Eso lo entiendo. Pero ¿ese amor extraordinario por ellos? No me parece muy razonable.

No intentó explicárselo. Sabía que Guy creía que la única compasión posible en este frío universo era la del ser humano por los de su especie. Ella quería demostrarle que era posible sentir una compasión más desinteresada; una justicia suprema que vengara a todos los inocentes atormentados y desamparados. Temblando de exceso de emoción, alargó la mano hacia la vaca, pero el animal, asustado por la proximidad, se inquietó y retrocedió.

Después de cenar Guy se sentó en la cama, apoyó la espalda

en las almohadas y se enfrascó otra vez en los libros. Harriet, somnolienta después del aire de la montaña, se tumbó con la cabeza apoyada en el brazo de Guy, disfrutando del contacto y del calor.

—No ves mucho a Bella últimamente —le dijo él, haciendo una pausa en la lectura—, ni a Clarence tampoco. ¡Qué pocos amigos tienes en Bucarest! ¿No necesitas más gente?

—No, si estás tú, que no es a menudo —respondió ella.

—Estoy bastante. Si estuviera más te hartarías de mí.

Harriet lo miró, vio que lo decía en serio y le llevó la contraria con una sonrisa, pero él no lo vio porque ya no la estaba mirando. Cerró los ojos y se durmió.

El domingo, cuando bajaron a desayunar, vieron a Dobson sentado a una mesa. Guy lo saludó con entusiasmo. Harriet sabía que habría recibido con la misma alegría casi a cualquier conocido, y podía haber sido alguien peor que Dobson, que también parecía encantado de verlos. Había llegado la noche anterior, tarde, «para respirar un poco de aire fresco» y solo pasaría una noche en Predeal. Propuso ir a dar un paseo después de desayunar.

Harriet dio tiempo a Guy para que se excusara, pero la invitación le resultó apetecible. No solo lo halagó, sino que además era incapaz de negarse a la diversión de contar con la compañía de una persona más.

Al salir del hotel, Dobson dijo que podían ir a ver una iglesia rusa que estaba a unos tres kilómetros.

—A lo mejor oímos algo interesante —dijo—. La última vez que fui tuve una suerte enorme. Estaban cantando el *Cantakion* por los muertos.

Lo dijo con tanto entusiasmo que Guy tardó solo un momento en acceder. Al mismo tiempo miró a Harriet como si pudiera salvarlo, pero ella, un poco dolida, respondió que era lo que más le apetecía.

Subieron una empinada cuesta por detrás del pueblo, entre chalets y villas pequeñas. Era un camino polvoriento y resbaladizo por la abundancia de sílex, flanqueado de castaños añosos cuyas hojas ocres y rojizas formaban sombrillas de colores que encendían las sombras. El suelo estaba cubierto de

cáscaras de castaña y hojas pisoteadas. En un jardín había un serbal enorme, frondosísimo y cargado de bayas broncíneas. Casi todas las villas estaban cerradas y los jardines, descuidados, como si no hubiera ido nadie en todo el verano.

El camino se estrechó, las casas quedaron atrás y salieron a una planicie que se extendía a lo lejos hasta las montañas más remotas. Andaban sin hacer ruido por la hierba corta y grisácea, moteada de campanillas moradas y de escabiosas.

Era agradable oír hablar a Dobson. Su presencia en Predeal alivió a Harriet. Sin duda, como diplomático, gozaba de mayor protección que ellos y no tendría tantas preocupaciones, pero no se habría ido de Bucarest si el peligro hubiera sido inminente. Harriet, que llevaba casi dos días lejos de las tensiones de la capital, empezaba a sentirse como un paciente que puede sentarse en la cama después de una operación; Guy preguntó si había habido novedades en Bucarest.

—Pues —dijo Dobson—, el viernes, como sabréis, fue el aniversario de la muerte de Calinescu. La Guardia de Hierro se pasó el día desfilando por la ciudad.

Avistaron una hondonada de la que sobresalían las cúpulas doradas de una iglesia rusa entre las copas de los árboles.

—Ese convento —dijo Dobson, cambiando bruscamente de tema— empezó a construirlo una princesa rusa, una abadesa que llegó aquí después de la revolución con un séquito de monjas. La reina Marie le cedió las tierras. Acogieron a una multitud de refugiados; muchos viven todavía. Se cuentan algunas historias de intrigas y asesinatos en la comunidad. ¡Menuda novela podría escribirse!

Los Pringle consideraban a Dobson un hombre amable que los trataba, a ellos y a las órdenes de evacuación, con serenidad. En estos momentos, cuando tenía la impresión de que se esperaba algo más de él, les dedicó todas sus atenciones y les pareció encantador.

Al verlo andar delante de ella, con la espalda rellenita y un poco hundida, los hombros suavemente caídos y subiendo y bajando el trasero a cada tropezón del camino, se preguntó por qué desde el principio se había hecho a la idea de que era un hombre difícil de conocer. No podía ser más fácil. Y de pronto

se le ocurrió que era la gran oportunidad de interceder por Sasha. Sin embargo no se atrevió, sin saber muy bien por qué.

Foxy Leverett le había inspirado confianza siempre, instintivamente. Parecía liberal por naturaleza, a pesar de ser informal y un tanto irresponsable. Dobson, aun siendo tan afable, era completamente distinto. ¿Y si el código de los diplomáticos lo obligaba a traicionar al chico? No estaba segura de que no tuviera que hacerlo, así que prefirió no decir nada y temió que Guy se fuera de la lengua. Pero Sasha no salió a relucir en la conversación, seguramente ni se acordaba de él.

Empezaron a bajar por la hondonada; el ambiente era húmedo y cálido, la alta y fina hierba todavía tenía restos de rocío. Dobson los llevó a la sombra de un gran manzanal en el que no se oía nada más que el zumbido de las abejas y el crujido de las ramas, que se doblaban bajo el peso de las manzanas. Lo atravesaron pisando un montón de fruta en descomposición.

Al otro lado del manzanal había un campo llano y un río de orillas planas que corría a ras de tierra. La iglesia estaba rodeada de plateados abedules cuyas hojas amarillas parecían de madera de satín. A Harriet le pareció que aquello tenía un aire muy ruso, no solo por la iglesia, sino también por el río, que reflejaba la luz entre los abedules, y por los árboles que se apretujaban alrededor de los edificios, envueltos en una neblina dorada y rojiza. No era un lugar inhóspito, pero resultaba raro. «Una tierra lejana», pensó, aunque no habría sabido decir respecto a qué. En ese país, fueran donde fueran, siempre estaban lejos de su tierra.

Cruzaron un puente y siguieron por el camino del convento. La iglesia y los edificios principales, todos de piedra, estaban rodeados de sombríos barracones de madera: las viviendas de la comunidad laica. Cuatro mujeres de negro, con la cabeza completamente envuelta en pañuelos también negros, se acercaban a la iglesia por el camino manteniendo las distancias entre ellas. Cuando la primera, una anciana muy delgada, miró con interés a los visitantes, su rostro oscuro, arrugado y desdentado, encogido de sufrimiento, adoptó una expresión obsequiosa y astuta. Antes de tomar la curva hacia la iglesia los saludó con un movimiento de cabeza.

Guy se paró e, incómodo, frunció el ceño, pero Dobson siguió adelante sin mirar alrededor y entró por las macizas puertas de madera.

—Vamos, cielo, a ver cómo es por dentro —le dijo Harriet.

Y se lo llevó detrás de Dobson. Sin embargo, lo único que entrevió fue luz de velas y un sacerdote. El hombre tenía las manos levantadas y hacía gestos por encima de dos monjas que, tumbadas en el suelo a sus pies, parecían muñequitas caídas vestidas de negro. Guy resopló, dio media vuelta y, al salir, soltó la puerta de golpe. Las ancianas de la congregación se sobresaltaron y miraron hacia atrás, el sacerdote levantó la vista y hasta las monjas se movieron.

Harriet, muy asustada, salió enseguida detrás de él. Antes de que pudiera regañarlo, se volvió y le dijo:

—¿Cómo has podido entrar en ese sitio horrible en el que estaban haciendo esa farsa tan macabra?

Unos minutos después salió Dobson tan campante, con una expresión afable, como si nada pudiera sorprenderlo… pero en el camino de vuelta habló mucho menos.

Harriet no abrió la boca, sabía que lo que había hecho Guy podía enfrentarlo a todo el poderoso mundo de la Legación. Él tampoco habló, seguramente le había impactado la escena de la iglesia.

Volvieron por una zona depauperada de hierba irregular y descuidada en la que los escuálidos chalets decían ser *pensions* y sanatorios privados. El camino cruzaba un río poco profundo de aguas transparentes que corrían por encima de latas oxidadas y colchones viejos. Harriet se detuvo a mirar y Dobson, consciente tal vez de lo incómoda que estaba, se inclinó sobre el pretil a su lado y dijo:

—Si fuera usted una gran señora del siglo xviii, por ejemplo, lady Hester Stanhope, se encontraría en la línea divisoria entre los imperios austriaco y turco.

La analogía la hizo sonrojarse levemente y Dobson sonrió con admiración.

A la hora de comer y a la del té se sentó a la mesa con ellos. Después del té los invitó a ir en coche a Sinaia.

Cuando sacó el vehículo del garaje del hotel vieron que se

trataba del De Dion-Bouton de Foxy Leverett. Era de color burdeos con resaltes dorados y un capó pequeño y cuadrado, su largo cuerpo se abría como un tulipán y lucía una tapicería de capitoné en color burdeos. Los faros de latón y la larga bocina relumbraban. Dobson lo miró sonriendo de satisfacción.

—Creo que nos llevará —dijo—. Está en plena forma.

Durante el trayecto estuvo más locuaz que de costumbre. Señaló hacia unas desnudas montañas de escoria que se veían al fondo de la llanura y dijo:

—¿Han visto qué montañas tan pobretonas? Parece que quieran ocultar algo, ¿verdad? Tienen muy mala fama entre los campesinos de los alrededores. Me acuerdo de cuando vine a esquiar con Foxy el invierno pasado; nos apetecía probarlas. Le dijimos a Ileana, la cocinera, que queríamos ir allí y al momento cayó de rodillas y dio un grito desgarrador. «No, no, *domnuli*, nadie va nunca a esas tierras, son muy malas.» Foxy le dijo que se pusiera de pie y que dejara de hacer bobadas. No paró de gimotear mientras nos preparaba los sándwiches y luego nos besó las manos como si estuviera segura de que no volvería a vernos.

»Nos fuimos de todos modos y tuvimos que subir mucho, esas montañas son más altas de lo que parece. La nieve era magnífica. Cuando llegamos arriba, Foxy exclamó: «¡Qué tontería, decir que nunca viene nadie aquí! Fíjate cuántas huellas de perros». Y de pronto lo entendimos. Nos atamos los esquíes y bajamos más rápido que nunca en toda nuestra vida. Cuando volvimos, Ileana había reunido a todas las cocineras del vecindario y estaban celebrando un velatorio por nosotros. Al vernos, se pusieron a chillar como locas. Creían que éramos fantasmas.

Dobson había ido aumentando la velocidad a medida que hablaba y en ese momento señaló con orgullo el indicador.

—Vamos a sesenta y cinco —dijo; el coche temblaba del esfuerzo.

Siguió hablando de Foxy: de cuando fue a la caza del oso en los Cárpatos occidentales, de cuando fue a cazar patos al delta, de cuando cobró «un morral de récord de perdiz nival».

—¡No soporto tanta caza! —exclamó Harriet de pronto.

—Yo tampoco —dijo Dobson animosamente—, pero está muy bien tener una pequeña reserva de carne de ave en la despensa, algo que picar cuando se vuelve tarde a casa.

Adelantaron a una carreta llena de campesinos, que señalaron el De Dion; los hombres se rieron a carcajada limpia y las mujeres, tapándose la boca con la mano. Dobson se rio también y dijo:

—¡Cuánto le habría gustado esto a Foxy! —y siguió con la elegía a su amigo: todo un deportista, un *playboy*, el bromista de la Legación—. ¡El mejor hombre del mundo! Compartíamos un piso en el bulevar Carol.

Y siguió contándoles que hacía prácticas de tiro contra un reloj Luis XIV. Y que una noche disparó al techo, la bala llegó a la cama del casero y el hombre le dijo: «Si hubiera sido cualquier otro en vez de usted, *domnul* Leverett, le diría que esto ya es demasiado».

La carretera estaba flanqueada de restaurantes con jardín. Parecía todo muy urbano, pero en cuanto doblaron una esquina de la carretera principal entraron en un terreno salvaje de altas peñas cubiertas de musgo alpino, sin más vegetación que algunas matas enanas de arándanos. Había un laguito oscuro e inmóvil en cada uno de los huecos que se formaban entre las colinas.

Dobson dejó de hablar y salieron a dar un paseo por el terreno de escoria, entre las peñas. Alrededor de los lagos crecía un poco de hierba y pastaban algunas vacas escuálidas.

—Harriet dice —comentó Guy, señalándolas— que le encantan estos animales.

—Seguramente se las comería tan ricamente —replicó Dobson con su risa fácil.

Harriet agachó la cabeza, consciente de sus debilidades humanas. Guy le pasó el brazo por los hombros y la picó:

—Vamos, cuéntanos por qué te gustan tanto.

—Porque son inocentes —contestó desafiante, pero irritada porque se lo preguntara delante de Dobson.

—¿Y nosotros somos culpables?

—¿No lo somos? —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Somos animales humanos que nos mantenemos a costa de

nuestra humanidad.

—La culpa —le dijo Guy, dándole un apretón en el hombro — es una enfermedad mental que nos han impuesto los poderosos. Pretenden dividir la naturaleza humana, que se rebele contra sí misma. Gracias a eso la minoría domina a la mayoría.

Dobson sonrió afablemente como si estuviera al margen de la conversación de los Pringle, pero Harriet, segura de que los escuchaba con atención, no quiso animar a Guy a que siguiera con el tema.

Llegaron a Sinaia al caer la noche.

—Vamos a comer algo antes de probar suerte —dijo Dobson.

Suponía que los Pringle tenían tantas ganas como él de pasar la velada perdiendo dinero en el casino.

El casino aspiraba a una grandeza que contrarrestaban la apatía balcánica y la dureza de los peñascos de alrededor. La noche había traído un aire helador. Las bombillas amarillentas que iluminaban los jardines del casino, las rocas, los árboles y la ondulante fronda de las matas de hierba de las Pampas no disipaba la melancolía del año que se acercaba a su fin. La humedad brillaba en los caminos.

No había nadie en el gran vestíbulo. La única vida visible se hallaba congregada en el salón principal, en el que solo había una mesa ocupada. Los jugadores, sentados a la luz de unos globos bajos, se encontraban absortos, en silencio, rodeados de penumbra.

Dobson encontró un asiento. Guy se quedó detrás de él mirando el juego y Harriet se fue de puntillas hasta el otro extremo de la mesa, donde se detuvo a mirar los rostros, pendientes de la ruleta. «¡Qué montón de cosas raras!», se dijo, pues parecían setas retorcidas que crecieran en las sillas. Había un hombre de hombros anchísimos que no sobresalía de la mesa ni cincuenta centímetros, con una cara enorme, amorfa, como de gelatina de leche, y un brillo de mala salud; a su lado, una mujer mayor esquelética, que abría una boca torcida y parecía un cadáver desamparado; otro hombre que inclinaba un cabezón de tamaño inusitado, como si sufriera gigantismo; y

unos cuantos rostros sin edad, pero no jóvenes, con el aspecto inmaterial de la decadencia frenada.

Le dio la sensación de que en esa sala sin ventanas, iluminada artificialmente de día y de noche, esas personas, pálidas por una vida de encierro, existían en una burbuja propia, ajenas a la guerra, a los cambios de gobierno y a la amenaza de invasiones, ajenas por completo al mundo exterior, como insectos en una pústula. Si llegara el día del Juicio Final, ni se enterarían. Para esas personas el prodigio de la vida se encerraba en una bolita que daba vueltas en un cuenco de madera.

La bolita cayó en un hueco. Una leve agitación, casi un mero suspiro, rozó a los jugadores. Y cayó en medio de un silencio tan completo que Harriet casi llegó a sentir, como sin duda sentían esas personas, que de existir un conflicto en alguna parte, les quedaba demasiado lejos para preocuparse.

Salió a la luz el rastrillo del crupier para recoger las fichas. Nadie sonrió ni hubo señales de preocupación ni de placer, pero cuando un jugador, al colocar su apuesta, rozó el brazo a otro sin querer, estalló una pelea entre ellos, breve pero brutal, como si se hubieran vuelto locos.

La bolita volvió a bailar. Harriet avanzó un paso para verla mejor y, al momento, el hombre que estaba delante de ella la miró con tal cara de fastidio que la hizo retroceder de puntillas.

Regresó al otro extremo de la mesa, miró a Dobson y se dio cuenta de que Guy ya no estaba con él. Había encontrado a alguien con quien hablar en la zona vacía y en penumbra de la sala. Fue hacia allí y vio que eran Inchcape y Pinkrose. Guy hablaba con la animación de costumbre, pero en voz baja, mientras que Inchcape escuchaba con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada, balanceándose levemente de la punta a los talones. Pinkrose estaba un poco apartado y miraba a Guy con una expresión que indicaba que no olvidaría el concierto de Gieseking así como así. Inchcape levantó la cabeza.

—¡Ah! ¡Aquí estás! —dijo, al verla acercarse—. Vamos a tomar algo. —Echó a andar delante de los demás, mirando hacia atrás en busca de Harriet, y cuando ella lo alcanzó le preguntó —: ¿Has aprovechado bien las vacaciones?

—Muy bien, ¿y tú?

—Mejor no hablar de eso —dijo, y bajó la voz—. No soporto a este pesado.

—Entonces, ¿por qué lo has invitado a venir?

—Nadie más habría estado dispuesto a venir con los tiempos que corren. ¿Qué tal te cae?

—Pues… —Harriet soslayó la pregunta con otra—: ¿Por qué recelará tanto del pobre Guy?

—¡Si solo recelara de él…! —respondió Inchcape con ironía —. Ese hombre no se fía ni del Cordero de Dios.

En el bar, que era grande, desolado, desprovisto y nada concurrido, Inchcape les dijo que había perdido cinco mil lei en fichas.

—Ese era mi límite —añadió—. En cuanto a Pinkrose… ¡Qué agarrado es este cascarrabias! No he conseguido que arriesgara ni un *leu*. —Se dirigió a Pinkrose—. Es usted un cascarrabias muy agarrado, ¿verdad? —insistió, mirándolo con fastidio, como si fuera su mujer y se avergonzara un tanto de ella.

Pinkrose estaba sentado con las piernas y los pies muy juntos y las blancas manitas sobre el estómago; sonrió un poco, como si el comentario de Inchcape le pareciera una señal de admiración, y tal vez lo fuera.

Hacía frío en el bar. Habían tenido las ventanas abiertas todo el día y no las habían cerrado, así que entraban ráfagas de aire húmedo y gélido. De pronto Pinkrose empezó a moverse y se colocó los pañuelos de cuello; parecía abatido, pero antes de que pudiera decir algo llegó el camarero.

—Ya sé —dijo Inchcape con indulgencia—. Tomaremos *ţuică* caliente. Vamos a celebrar la llegada del invierno. A mí me gusta hibernar. Dedicaré estos seis meses a Henry James.

Les sirvieron *ţuică* en unas teteras pequeñas. Lo calentaban, lo azucaraban y añadían granos de pimienta; de esta forma no parecía tan fuerte y daba la impresión de ser mucho más suave de lo que era en realidad. Pinkrose se echó hacia atrás y frunció el ceño cuando se lo pusieron delante.

—No, creo que no, de verdad —dijo.

—Vamos, bébalo —le insistió Inchcape con tanta

exasperación que el hombre se sirvió un poco en la taza y se lo bebió.

—¡Hummm! —exclamó—. ¡Qué calentito y agradable! —tuvo que reconocer.

Dobson se unió a ellos y, cuando se sentó, Guy le preguntó:

—¿Ha habido suerte?

—Ni pizca —respondió alegremente—. Pero nunca se espera ganar, se juega por diversión. ¡Dios mío! —Estiró sus largas piernas y se pasó un pañuelo de seda por la calva—. ¡Cuánto se echa de menos la vida normal! Ya no soy tan joven como antes, pero sería maravilloso poder cerrar los ojos, volver a abrirlos y ¡encontrarme en un baile de presentación en sociedad en el Dorchester o en el Claridge's! —Sonrió a todos convencido de que disfrutarían tanto como él si fuera posible transportarse—. Pero esto es lo que hay… —Dobló el pañuelo cuidadosamente y lo guardó—: Mañana, vuelta al tajo. —Se dirigió a Pinkrose y, amablemente, le preguntó—: ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—No sabría decirle —respondió, estremecido, como si la pregunta fuera estrictamente personal.

—¡Ah! —terció Inchcape—. No tardará mucho en irse. —Sonrió burlonamente a Pinkrose y repitió la frase como si su amigo fuera sordo—: Acabo de decir que no tardará usted mucho en irse.

—¡Por amor de Dios! ¡Si acabo de llegar! —exclamó Pinkrose—. Tuvieron que procurarme un pasaje especial para venir aquí y supongo que tendrán que hacer lo mismo cuando me vaya.

—¿Quién cree que se ocupará de eso? —preguntó Inchcape.

—¿Y qué hay de mi conferencia? —inquirió a su vez Pinkrose, haciendo caso omiso de la pregunta de su anfitrión—. Me gustaría saberlo. ¿No va siendo hora de que fijemos una fecha?

—Tendremos que prescindir de la conferencia.

—¿Prescindir? ¿Lo dice en serio, Inchcape? Pienso repasar el desarrollo de nuestra poesía desde Chaucer hasta Tennyson. Según la central de Londres, ejercerá una influencia considerable en la política rumana.

—Mi querido amigo —dijo Inchcape riéndose entre dientes —, si Chaucer viniera aquí, no ejercería la menor influencia en la política rumana. Ni Byron ni Oscar Wilde encontrarían público en Bucarest para una conferencia sobre literatura inglesa.

—¿Insinúa que debo volver sin haber dicho una palabra? ¡Sería el colmo del ridículo! ¿Qué dirían mis colegas?

—Dígales que tardó demasiado en decidirse. Tenía que haber venido hace seis meses.

—Nadie me invitó hace seis meses. —Le temblaban los labios, por un momento pareció que fuera a echarse a llorar, y de repente sonrió—. Pero está usted de cachondeo, como suele decirse. Quiere tomarme el pelo, ¿verdad?

Miró a los demás inquisitivamente, pero nadie se atrevió a responder.

—Si no va a haber público para la Conferencia Cantacuzino —dijo Harriet, que también tenía preguntas que hacer—, ¿quién va a estar dispuesto a asistir a las clases de Guy?

—No es lo mismo. Los estudiantes son jóvenes, fieles, no están comprometidos y desean aprender… Y lo importante son las apariencias. Tenemos que abrir los cursos.

—¿Se supone que Guy tendrá que encargarse solo de todo el departamento?

—Bueno, si los alumnos se matriculan en masa, tal vez me encargue yo de un seminario.

Hubo un largo silencio. Harriet tenía la sensación de que podía haber dicho más cosas, pero la bebida, caliente y dulce, la ayudó a despreocuparse. ¿Qué más daba que este mundo no fuera el mejor posible? Tal vez llegara más adelante.

Dobson bostezó y les contó que se iba a tomar unos días de vacaciones en Sofía.

—Quiero ir a la ópera —dijo.

—¿Por qué no vas con él? —sugirió Guy de pronto, volviéndose hacia su mujer.

El fugaz bienestar de Harriet desapareció. Se cohibió, se quedó sin habla.

—¡Eres de lo que no hay, cielo! —protestó después—. ¿Por qué crees que a Dobbie le gustaría que lo acompañara a Sofía?

—¡Sería un placer! —terció Dobson, irguiéndose en el asiento para subrayar lo que decía.

—Pues claro que sí —dijo Guy, que no lo dudó ni un segundo; mirando a Dobson, le explicó—: La situación del país empieza a sobrepasarla.

—Jamás lo habría dicho —replicó Dobson, sonriendo como si Guy hubiera hecho un poco el ridículo.

«Y lo ha hecho», pensó Harriet. La molestó muchísimo que, después de haber rechazado la propuesta tan radicalmente, o eso creía ella, volvieran a plantear la cuestión.

Pinkrose había terminado su *ţuică* y se le cerraban los párpados. Dio un ligero cabezazo y, levantándose de pronto, dijo:

—Vuelvo al hotel. Me gusta acostarme temprano.

—Sí —dijo Inchcape, y se puso de pie—. A la cama —añadió con sequedad—. Es el mejor sitio posible en este bárbaro rincón de Europa.

Fuera soplaba un viento invernal entre los árboles. Dobson se enteró de que Inchcape y Pinkrose también volvían a Bucarest al día siguiente y se ofreció a llevarlos en el coche. A Inchcape le habría gustado aceptar, pero cuando Pinkrose vio el De Dion se negó en redondo.

—¡Ah, no, no! ¡No, por Dios! No puedo viajar en un coche descapotable.

—¡Ande, tire, carcamal! —dijo Inchcape perdiendo la paciencia, y le propinó un empujón que lo hizo dar unos cuantos traspiés en dirección al hotel principal.

Hacía mucho frío cuando volvieron a Predeal. Harriet estaba deprimida, algunos aspectos de Guy le parecían intolerables. Cuando llegaron a la habitación, él vio lo resentida que estaba y le pasó el brazo por los hombros.

—No te preocupes —le dijo—. Todo saldrá bien.

—No estoy preocupada —contestó ella con frialdad.

—¿No lamentas haber venido a Rumanía conmigo? —Harriet hizo un gesto negativo con la cabeza, pero se separó de él—. ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

Evidentemente Guy necesitaba que le dijera que no, porque cuando le contestó: «A veces sí», le dolió y preguntó:

—¿Crees que necesitas un marido de otra clase?

—Es posible.

—¿Quién? ¿Clarence?

—¡No, por favor! No, no es nadie al que conozcamos. Quizá nunca llegue a conocerlo.

—¿Eso significa que ya no me quieres? —dijo él, desanimado.

—No, no es eso, pero me parece que no quieres que te quieran mucho. Necesitas espacio para otras muchas cosas y otras muchas personas.

—Pero tengo que trabajar —arguyó él—. Tengo que ver a otras personas, moverme por ahí. Tú también te mueves por ahí…

—Sí, es todo un toma y daca. Te encanta que pase todo el tiempo que quiera con otras personas, por ejemplo con Clarence o con Sasha. Eso te da libertad y sabes que no te arriesgas. Vales tanto que nadie quiere perderte.

La miró con una expresión dolida, como si todo eso fuera demasiado para él, y Harriet entendió que estaban discutiendo en dos niveles distintos. Él era práctico, ella, emocional. Ella quería acusarlo de egoísmo, demostrarle que su deseo de entregarse al mundo exterior era una forma de infidelidad y de complacencia consigo mismo, pero comprendió que jamás lo entendería.

—Nunca me habías dicho que estuvieras descontenta.

—¿No? —dijo ella, riéndose—. La verdad es un lujo. Solo nos la podemos permitir de vez en cuando.

Él también se rio, el desánimo desapareció al momento y, canturreando para sí tranquilamente, sin ningún sentido musical, se preparó para meterse en la cama.

Cuando los Pringle bajaron a desayunar Dobson ya se había ido. El frío de la noche anterior había presagiado un cambio de tiempo. El cielo estaba de color índigo, nuboso. Entre los picos de las montañas flotaba una neblina blanca como el algodón. Fuera, todo parecía desolado y húmedo.

El hotel también parecía desolado y triste. Habían encendido la calefacción central por la mañana, pero hasta el momento solo había conseguido llenar el aire de un olor rancio

a aceite y a óxido. Las sillas de madera y las mesas de bambú de la sala principal estaban húmedas. Los juncos de las macetas desprendían olor a polvo.

Empezó a lloviznar. En Bucarest nadie se acordaba de la lluvia y los Pringle no iban preparados para el agua.

—No creo que quieras salir a dar un paseo ahora —dijo Guy, y se dispuso a enfrascarse en sus libros.

Harriet habría preferido irse a Bucarest con Dobson. Aunque la idea de volver le parecía como zambullirse en una marmita hirviente, tenía ganas de recuperar el calor y el entretenimiento de la capital. Por otra parte, le preocupaba Sasha.

Al ver a Guy tan satisfecho con los preparativos de unos cursos que quizá no tuvieran alumnos se preguntó dónde empezaría y terminaría la realidad para él. Era capaz de dejarse engañar por lo plausible, de decepcionarse engañándose a sí mismo, de impresionarse por tonterías, todo en el nombre de la caridad, por descontado. Pero ¿esa caridad era realmente caritativa?

En otra época se indignaba mucho cuando alguien lo criticaba, pero se dio cuenta de que ahora era ella quien le sacaba los defectos. Y lo que era más sorprendente: podía llegar a aburrirse con él.

Sin embargo se conmovió al verlo allí sentado, completamente ajeno a la crítica y al aburrimiento, tan solidario y tan infinitamente bueno. Reflexionó sobre el proceso de entrega y desencanto que era el matrimonio y pensó que se empezaba sin sospechar nada y, sin sospechar nada, se quedaba uno atrapado.

23

Cuando llegaron a Bucarest también había mucha humedad y el calor había pasado. Las calles daban pena. El edificio de pisos, pensado para reflejar el sol, se veía descolorido y lívido en el aire gris. Hacía un día de esos que irrumpen como una amenaza en el último resplandor del verano, igual que el día del entierro de Calinescu.

En cuanto entraron en el piso oyeron a Sasha tocando *We're Gonna Hang Out the Washing on the Siegfried Line*. Harriet se dijo que habían vuelto a los asuntos no resueltos y sintió alivio, pero el sonido de la armónica la molestó. Parecía un símbolo de aceptación ciega de la protección que le brindaban a Sasha. Entró con la intención de regañarlo por perder el tiempo, pero el muchacho la miró con tanta alegría que se le olvidó el enfado.

> Mi querido muchacho [escribió Yakimov desde la Pension de Seraglio]:
>
> Creen que soy un espía o algo así y quieren abandonarme en la vía del tren. No sé qué pasará ahora. Me dicen que Bucarest está infestado de nazis que gastan lei como si fueran apa. Si alguien le hace una oferta por el Hispano, no la deje escapar.
>
> No se olvide de su pobre y desesperado Yaki.

Sonó el teléfono. Clarence dijo a toda prisa, porque quería ir a verlos, que se alegraba mucho de que hubieran vuelto.

—Sí, ven —dijo Harriet, agradecida por que la distrajera del triste regreso a casa.

Clarence llegó al piso con noticias importantes, era evidente. En cuanto aceptó la copa que le ofrecían frunció el ceño mirando al techo y dijo bruscamente:

—He venido a despedirme.

—¿Tan pronto? —dijo Guy, sorprendido.

—Me voy en el tren de la noche, a Ankara.

La noticia los desconcertó, sobre todo a Guy, porque, pensara lo que pensase, estaba claro que su círculo se estaba desintegrando.

—¿A Ankara? ¿Por qué? —preguntó Harriet.

—Tengo que ir a ver al representante del British Council. Es

probable que quedemos en Srinagar.

—¡Qué maravilla! En una ocasión estuviste a punto de ir a Cachemira.

—A lo mejor esta vez lo consigo, pero también es probable que termine en Egipto.

—¿Dónde vas a reunirte con Brenda?

Clarence no respondió, sonrió levemente, se desperezó en la silla y dijo:

—¡Pobrecita Brenda! No sé qué demonios vio en mí.

—Quizá creyó que la necesitabas.

—¿Quién sabe lo que necesito yo? —respondió con un encogimiento de hombros.

Parecía que quisiera provocarla para que lo ridiculizara y que, por algún motivo, deseara defenderse, así que, con cautela, Harriet le preguntó:

—Bueno, si vas a Cachemira me vas a dar mucha envidia.

Clarence levantó las cejas lentamente y la miró de arriba abajo, después apartó la vista y, en un tono frío y mesurado, dijo:

—Me voy con Sophie.

—¡Ay, Dios! —exclamó ella, sobresaltada.

—¡Vaya! ¡Cuánto me alegro! —dijo Guy; se levantó de un brinco y rellenó los vasos para brindar—. Os casaréis, claro, ¿no?

—Supongo —dijo Clarence sin entusiasmo, encogiéndose de hombros—. Es lo que quiere ella —añadió, y echó a Harriet una rápida mirada de reproche.

«Lo hace para castigarse», pensó ella, pero Guy se puso muy contento y lo felicitó y lo animó.

—Es lo mejor para Sophie —dijo—. No es mala chica. No ha tenido ninguna oportunidad en Bucarest por ser huérfana, medio judía y no formar parte de ninguna comunidad. Irse de aquí le cambiará la vida por completo, ya verás. Será una mujer estupenda.

Harriet tenía sus dudas, y también Clarence, al parecer. No reaccionó al entusiasmo de Guy y, después de que este ensalzara todas las virtudes de Sophie, musitó con desánimo:

—Siempre he querido ayudar a alguien. A lo mejor la

ayudo un poco.

—Puedes hacerlo todo por ella —le aseguró Guy con confianza.

Clarence volvió la cabeza hacia Harriet con una expresión anhelante y desolada, como si todavía pudiera ceder y salvarlo. Pero no lo haría, desde luego. Dejó de mirarla bruscamente, terminó la copa, se enderezó en la silla y dijo:

—Tengo que hacer una cosa antes de irme: devolver las camisas aquellas al almacén polaco.

—¿Te refieres a las que le diste a Guy?

—Ya sabes que no se las di. No eran mías, no podía dárselas. Se las presté. Ahora tengo que devolverlas.

—Pero el almacén está cerrado. Le vendiste todo al ejército rumano.

—La venta no está cerrada todavía. Estos negocios requieren tiempo. Dejo el asunto en manos de un agente, le he dado el inventario y hay que justificarlo todo. Había también unas americanas y un verdugo.

—¡Aquel verdugo tan ridículo!

La indignación que sentía Harriet se convirtió en una risa explosiva. Puesto que lo que Clarence pedía era lo más razonable del mundo, Guy dijo:

—Claro que tenemos que devolverlo todo.

Miró a su mujer como si fuera la única persona que podía saber dónde estaban esas prendas.

Sin más demora, Harriet se fue al dormitorio y empezó a registrar los cajones. Las americanas estaban en la tintorería. Guy había perdido el verdugo hacía mucho tiempo. Volvió a la salita con las camisas.

—Esto es lo que queda, nada más —dijo.

Clarence se levantó para cogerlas con una sensación desagradable de que su requerimiento estaba justificado, pero Harriet no se las dio, sino que salió al balcón y las tiró a la calle.

—Si las quieres, baja a buscarlas.

Clarence salió rápidamente al balcón y miró cómo se posaban en los adoquines húmedos y grises.

—¡Te has pasado de la raya!

Escandalizado, vio que unos cuantos mendigos se

abalanzaban sobre el botín, que desapareció en un visto y no visto.

Clarence miró a Guy en busca de apoyo.

—¡Cielo! ¡No tenías que haberlas tirado a la calle! —dijo, nada seguro de que pudiera regañarla.

Ella, haciendo caso omiso de los dos, animó a los mendigos a recogerlas cuando miraron hacia arriba.

Clarence volvió a la salita muy ofendido, se sentó en el mismo sitio de antes y metió las manos en los bolsillos.

—¿Cómo has podido? —Se quedó apesadumbrado un momento y luego dijo—: Justo cuando te traía lo que me habías pedido.

Sacó un cuadernito del bolsillo. Muy animada porque había hecho una cosa muy divertida, Harriet se lo quitó de la mano y lo hojeó. Hasta que encontró la fotografía de Sasha.

—¿Un pasaporte?

—Sí, para tu amiguito Drucker.

—¡Clarence! —exclamó, y le tendió los brazos; él sonrió como si se lo mereciera.

—Es un pasaporte húngaro —le explicó, de pie, como avergonzado— a nombre de Gabor. En la *prefectura* conocen a casi todos los extranjeros, pero hay tantos húngaros que no pueden seguirles la pista a todos. Le hemos puesto visados para Turquía, Bulgaria y Grecia. Lo único que le falta es el visado de salida, cuando llegue el momento.

Harriet entendió que el pasaporte era un regalo de despedida y también un símbolo de tregua; corrió hacia Clarence y lo abrazó con una calidez a la que él respondió inmediatamente. La retuvo más tiempo del debido y le dijo:

—No me olvides, ¿eh?

—¡Jamás en toda mi vida! —exclamó ella, que no quería ponerse seria.

—Te echaremos de menos —dijo Guy.

—Pronto no quedará nadie aquí —dijo Harriet.

Clarence recogió su pañuelo del cuello y se dispuso a salir.

—No nos despidamos todavía —pidió Guy, que no quería verlo marchar—. Te acompañaremos a la estación.

—No. No soporto las despedidas en el tren. Prefiero hacerlo

ahora.

Lo dijo con rotundidad y Harriet pensó que no quería que lo vieran en manos de Sophie. Y, además, ella tampoco.

—¿Qué vas a hacer con el piso? —le preguntó.

—Se lo queda un inquilino nuevo a partir de la semana que viene, un oficial del consulado alemán. Me alegra decir que se queda también con Ergie, mi cocinera, y con su familia. ¡No sé adónde irían si los echara, pobrecillos!

Salieron al rellano con él.

—Volveremos a vernos —dijo Guy.

—Si tenéis que iros de aquí, ¿por qué no vais a Cachemira? Te buscaremos trabajo.

Clarence apretó la mano a Guy y después agarró a Harriet y la besó nerviosamente. Ella vio que no estaba sobrio del todo y que tenía los ojos llorosos. No quiso esperar al ascensor y, dándose media vuelta bruscamente, echó a correr escaleras abajo a toda velocidad.

24

El tiempo tardó en estabilizarse. Había nubes rasgadas en el cielo, enseguida llegó el crepúsculo y el aire se enfrió.

El trimestre empezaría a primeros de octubre. Guy no tenía noticias de que su departamento fuera a abrir las puertas, pero se preparaba para ello y, un par de días después de que Clarence se marchara, decidió ir de visita a la universidad.

Sería como hacer un reconocimiento del terreno. Tal vez se encontrara con el decano o con algún profesor, o tal vez sus alumnos estuvieran en la sala de estudio, como de costumbre. Fuera lo que fuese, seguro que había alguien que tendría algo que decirle.

Harriet no estaba segura de esta tentativa de entrar en territorio prohibido, pero Guy no se dejó convencer. Consideraba amigos a los que trabajaban en la universidad. Siempre había gozado de buena fama entre sus colegas y de algunos privilegios; estaba convencido de que lo recibirían con los brazos abiertos. La visita le aclararía las incertezas. Al ver que la decisión de ir era firme, Harriet le dijo que lo acompañaría hasta el edificio y que se quedaría esperándolo en Cișmigiu. Cuando se separaron en la puerta del parque, ella se fue por el camino principal con la intención de esperarlo en el café.

Había muy poca gente. Una neblina plateaba el cielo y daba a la luz una suavidad etérea. Las elevaciones que se veían a lo lejos eran una aguada blanquecina y transparente.

En los macizos de flores no quedaba nada más que tallos resecos de plantas marchitas. En los caminos yacían dalias y crisantemos húmedos y sucios. En los largos tallos de los rosales, prácticamente deshojados, se veían algunas flores pequeñas y descoloridas, demasiado prietas para parecer una clase concreta de rosas.

Los palomares estaban abandonados. A lo lejos se oía el graznido triste de los pavos reales blancos.

Las hojas caían, ensuciaban la hierba y se quedaban pegadas en montones al húmedo asfalto, pero a la orilla del lago los árboles conservaban un frondoso follaje que colgaba hacia el agua como alas abatidas de aves de presa gordas y adormiladas.

El café estaba cerrado. Se acercó hasta el puente desde el que se divisaba el muelle y vio las sillas y las mesas recogidas debajo de hules atados con cuerdas para protegerlas del viento invernal. Una sensación de cambio en el que ella no tenía arte ni parte la entristeció de repente. ¿Dónde estarían cuando el café volviera a abrir?

El agua del lago era oscura como el peltre; unas corrientes plateadas la movían en algunas partes y las ánades reales dejaban su estela en la superficie. Detrás de ella, la cascada caía sin alegría, como una cañería rota.

Oyó pasos y, al volverse, se encontró cara a cara con Nikko, el marido de Bella. Pareció desconcertado al verla, pero cuando ella le dijo: «¡Eh, Nikko! ¡Qué alegría verte! ¿Cuándo has vuelto?», él exclamó: «¡Harry-ott!», y se acercó encantado de que sus amigos ingleses siguieran siéndolo a pesar de todo. Le brillaban los oscuros ojos y los dientes destellaron un momento, blancos por debajo del negro bigote.

—Creíamos que cuando volviéramos os habríais ido —dijo —, pero ahora veo que seguís aquí y me alegro mucho.

—Sí, Guy incluso cree que el Departamento de Inglés volverá a abrir. ¿Tú qué opinas?

—¿Quién sabe?

Al ver que no tenía intención de hablar de eso, Harriet cambió de tema y le preguntó:

—¿Qué tal está Bella?

—Muy bien. Las vacaciones le han sentado de maravilla. Pero el verano ha sido terrible. Por lo general lo pasamos en la montaña. ¡Mi pobrecita Bella! Sufre porque estoy fuera mucho tiempo. Me dan pocos permisos y, cuando me llaman otra vez, llora. Cada mes se le hace más difícil. Nuestro gran aliado —hizo un gesto de asco— exige que los oficiales estén siempre alerta. ¿Para qué?, me pregunto. Pero… ¿hacia dónde ibas?

Al ver que él se dirigía a la otra salida del parque, dijo que lo acompañaría.

Cruzaron el puente. A medio camino, un borrón blanco apareció en el cielo y tapó el sol. El lago se volvió de color plata. El aire quieto y húmedo ahogaba el ruido del tráfico y parecía que se movieran en silencio entre cojines.

Al otro lado del puente se extendía un paseo de tilos vestidos de amarillo brillante, en contraste con el aire gris, entre los que paseaban dos oficiales alemanes con gabardina, cuyos faldones se movían al ritmo de los tacones de unas botas de montar que pisaban con fuerza. Daban la impresión de estar muy aburridos.

Nikko, que iba de paisano, los miró y cautamente guardó silencio hasta que los adelantaron un buen trecho; después, en voz baja, dijo:

—Todavía no han ganado la guerra. Harry-ott, te aseguro que estamos hasta el gorro de las exigencias de los alemanes. Nos van a comer vivos. La gente se acuerda de los ingleses, tan honrados, tan dignos y generosos; dicen: «A lo mejor al final vencen los aliados», y yo digo: «¿Por qué no?». Septiembre ya se acaba, no ha pasado nada y nos preguntamos qué ha sido de la tan traída y llevada invasión. Los alemanes la han parado; ponen excusas, aunque lo cierto es que se les ha hecho tarde: no pueden hacerla. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Por qué? —preguntó Harriet, sorprendida y esperanzada.

—¿Por qué? —Nikko la miró con asombro—. Seguro que lo sabes. La niebla ya envuelve vuestras costas. Los alemanes pierden el rumbo.

—¡Ah! —exclamó Harriet, desilusionada—. No creo que podamos confiar en la niebla.

—Entonces —dijo Nikko con más conocimiento de causa—, ¿por qué no os invaden? —Un momento después añadió—: Son un pueblo raro. Me acuerdo de la última vez que vinieron aquí, cuando yo era pequeño. Tuvimos que dar alojamiento a un oficial alemán. No era tan malo, ¿sabes? La gente tenía mucho miedo e hicimos todo lo que pudimos por él. Cuando se retiraron y se llevaron todo lo que pudieron, ese hombre le dio a mi madre un paquete muy grande, así de grande, enorme, y dijo: «Esto es un regalo, se lo doy porque ha sido muy amable». Cuando se fue, mi madre lo abrió y dentro había una colcha de retales. Nos quedamos mirándola, era muy bonita, pero mi madre dijo: «He visto colchas así. Ya tengo una igual», y se fue a buscarla al armario. ¿Y qué crees que pasó? ¡Pues que le había

regalado su propia colcha! ¿No te parece que son muy raros? —Harriet se echó a reír y Nikko añadió—: Me gusta mucho Inglaterra, siempre he querido trabajar allí, aunque tengo que aclarar que solo aceptaría un trabajo de primera, porque mis cualificaciones son de primera. Antes leía *Punch* y *The Times*; ahora no, claro, porque no llegan, pero he pagado la suscripción. Y, como puedes observar, domino vuestro idioma a la perfección. Pero la guerra me ha cortado de raíz.

—¡Como a todos! —replicó Harriet riéndose.

—Creo que el Departamento de Inglés volverá a abrir, sí —dijo Nikko con convicción, recuperado el entusiasmo por Inglaterra—. ¿Por qué no? Lo abrirán porque quieren mucho a Guy. Es un gran hombre.

—¿Tú crees? Bueno, sí, quizá, en algunos aspectos…

—¡Es un gran hombre! —insistió Nikko, nada dispuesto a admitir reservas—. ¿Y por qué? Pues porque es él mismo. Aquí han venido muchos ingleses para hacerse los importantes: *sahibs*, como les llamaban. Iban a enseñar a estos extranjeros a gobernar el mundo. Pero Guy no. Él vino como uno más… un compañero, podríamos decir, un ser humano. Justo el otro día, al volver a Bucarest, le dije a Bella: «Me habría gustado mucho conocer mejor a Guy Pringle. Ahora se habrá ido y ya jamás lo conoceré».

Todo ese reconocimiento, que no había oído nunca, la hizo sonreír, pero no dijo nada.

—Como comprenderás —insistió Nikko, al darse cuenta de que dudaba de su sinceridad—, tuve pocas oportunidades antes de que vinieras tú. Guy y Bella no se llevaban muy bien. Lo invitó una vez a un cóctel, pero no se presentó y ella dijo: «Ese joven no es un buen ejemplo de caballero inglés. No tenían que haberle dejado venir aquí. Viste mal, es amigo de los judíos, habla sin pensar… A los ingleses importantes no les cae bien». A lo mejor era verdad, pero a mí me cayó muy bien y le dije: «Invítalo otra vez. Siempre tiene mucho que hacer…».

—Mucho, sí, demasiado —dijo Harriet.

—Pero no quiso volver a invitarlo hasta que viniste tú. Tú sí que le caíste bien.

—¡Ah! —dijo Harriet, sin saber muy bien cómo tomárselo.

—En cambio yo admiraba a Guy —continuó Nikko, que no había agotado el tema—. Lo admiraba porque hablaba con cualquiera y vestía fatal. Llevaba un abrigo viejo… ¿Te acuerdas de aquel abrigo? ¡Ni muertos veríamos aquí a un inglés con un abrigo semejante! No, no, ellos tienen que impresionarnos. Pero no hace falta, ¿sabes? Las cualidades de los ingleses ya nos impresionan bastante. Aquí sabemos que ser inglés significa ser honrado. Hacéis cosas que no os favorecen solo porque sabéis que son buenas. Es admirable, te lo aseguro. Por eso os queremos.

—No sé, no estoy segura —dijo Harriet, que necesitaba introducir un poco de sobriedad en la conversación—. A veces tengo la impresión de que los rumanos recelan de nosotros y nos guardan rencor.

—Un poco, puede —reconoció Nikko, y no insistió en ese aspecto—. Os tenemos envidia. Sois una gran nación, una nación rica. Creemos que nos despreciáis, pero aun así os queremos. ¡Fíjate! —Se detuvo ante una zona vallada de hierbas sin cortar entre las que crecían algunas flores a su aire—. Esto es el jardín inglés.

Harriet miró asombrada. Se había preguntado alguna vez qué sería esa parcela acotada, a la que jamás habría llamado jardín de ninguna clase.

—Sí, sí —insistió Nikko—. Es un auténtico jardín salvaje al estilo inglés, conque ya ves —asintió, como si eso demostrara lo que decía—, tenemos un bar inglés y un jardín inglés.

—Sí —dijo Harriet.

Llegaron a las puertas y ella se detuvo antes de decirle que tenía que dar media vuelta. Nikko le cogió la mano.

—Adiós, Harry-ott. Espero que este invierno nos veamos más a menudo. Convence a Guy de venir a cenar con nosotros.

Se lo prometió. Nikko se quedó satisfecho, como si viera ante sí una amistad de larga duración, pero Harriet percibió un matiz definitivo en la despedida.

Cuando llegó al lago vio a Guy andando a paso vivo entre los macizos de crisantemos con una expresión de disgusto y más desaliñado que de costumbre. Lo llamó y él la miró, pero sin sonreír.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Tengo que ir a ver a Inchcape. ¿Me acompañas?

De camino a la calle principal le contó que había encontrado todas las puertas del departamento cerradas con llave, incluso las de su despacho. Al entrar en el edificio se había percatado de que el conserje, un hombre que le había tomado mucho aprecio, desaparecía furtivamente al verlo llegar. Entonces quiso hablar con él y empezó a buscarlo hasta que lo encontró en el cuarto de calderas, en el sótano. El anciano, avergonzado, tartamudeó:

—¿Qué iba a hacer un pobre campesino como yo? ¡Corren malos tiempos, *domnule*! Unos hombres perversos se han apoderado de nuestro país y nos han separado de nuestros amigos.

—¿Eso te dijo? —preguntó Harriet con admiración.

—Más o menos —contestó Guy—. Dijo que no tenía las llaves de mi despacho, que se las había llevado todas el ministro de Exteriores.

—¿Tienes muchas cosas en el despacho?

—Algunos libros míos, muchos de Inchcape y el abrigo.

—¡Ah, bueno! —dijo Harriet, pensando que podía haber sido más grave.

Guy suspiró, abrumado, al parecer, por un rechazo que a ella no le sorprendía en absoluto.

—¿Crees que Inchcape podrá hacer algo? —le preguntó.

—No sé.

Siguieron andando hacia la Oficina de Información, pero Harriet casi no podía mantenerse a la altura de Guy. No deseaba que reabrieran el departamento, pero se acordó del día de la abdicación del rey, cuando se compadeció de él porque esperaba a unos alumnos que no se presentaron. Su principal preocupación era su marido: hiciera lo que hiciera, sería por puro sentido de la responsabilidad y por la necesidad de mantenerse ocupado.

Al llegar a la calle principal vieron que había sucedido algo. Una multitud se congregaba enfrente de la Oficina de Información Británica, pendiente de lo que sucedía en el interior; sin embargo en la acera de la entrada no había nadie y

los que se acercaban un poco enseguida se desviaban como si emanara algo contagioso de dentro. La gente había invadido la calzada y había provocado un embotellamiento de coches. Como consecuencia, la barahúnda de bocinazos era abrumadora.

Guy y Harriet cruzaron la calle hacia la oficina conscientes de que los miraban. La acera estaba sembrada de astillas, cristales y cartones rotos en trocitos. Habían reventado el escaparate y habían destrozado el descolorido muestrario. Habían machacado salvajemente, a martillazos, la maqueta de la cabeza de playa de Dunquerque. Habían arrancado los carteles de *Britain Beautiful* y los habían arrugado. Se veían restos de fotografías de barcos y de soldados por todas partes.

A pesar de la confusión no había ni rastro de policías ni de ningún otro agente de la ley y el orden.

—Espera aquí —dijo Guy—. Voy a entrar a echar un vistazo.

Pero Harriet lo siguió. La puerta quedó entreabierta. Inchcape estaba solo en el despacho de abajo. Sentado en la silla de la secretaria se apretaba un pañuelo contra la comisura de los labios. Saludó a los Pringle con una sonrisa torcida.

—No es nada —dijo—, apenas me han tocado.

Al hablar, un hilo de sangre se escurrió desde la comisura de los labios hasta la barbilla. De una herida de la cabeza salían también sangre y suero, que llegaban hasta la oreja izquierda. Su habitual palidez había adquirido un tinte verdoso.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Guy—. Hay que llamar a un médico…

Fue al teléfono, pero Inchcape lo detuvo con un gesto.

—No es nada, de verdad.

Se oyó un estrépito de puertas de coche en la entrada; a continuación entraron Galpin y Screwby con otros tres periodistas del English Bar. Galpin se acercó a Inchcape, lo miró detenidamente, abrió una libreta y le preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué le han hecho?

Inchcape lo miró con desagrado.

—Un par de golpes fortuitos. Entraron con la única intención de sabotear el trabajo que hacemos aquí. El ataque no duró más que unos minutos. —Se dirigió a Galpin en particular

y, cambiando el tono de voz y sonriendo, dijo—: Le llamé al piso, pero como no lo encontré, llamé a Dobson. Viene hacia aquí.

Galpin se puso a revisar las condiciones en las que había quedado la oficina.

—Han hecho un trabajo concienzudo. —Miró a sus colegas y añadió—: Mi rastreador, aquí presente, dice que llegaron unos gamberros, sacudieron a este hombre, rompieron las ventanas, destrozaron las cosas… a plena luz del día, en una calle llena de gente. Y nadie levantó un dedo. Todo el mundo pasó de largo a toda prisa. Y míralos ahora. —Señaló a la multitud de la acera de enfrente—. Cagados de miedo. —Se dirigió de nuevo a Inchcape y, como si hablara con una persona corta de entendederas, dijo—: Vamos a pedirle una declaración. Cuéntenoslo con sus propias palabras, cuándo sucedió, cómo fue y quiénes cree que eran los asaltantes.

Inchcape volvió la cabeza poco a poco y miró a Galpin directamente.

—Estoy esperando al señor Dobson —le explicó remedando el tono del periodista—. Todo lo que tenga que declarar lo sabrá cuando llegue él.

Desconcertado, Galpin retrocedió un paso y chocó con Screwby, que estaba avanzando hacia delante para decir con rotundidad:

—Señor, reconozco que admiro su valor.

Inchcape respondió al halago moviendo un poco los labios, pero se estremeció de dolor y volvió a salirle sangre.

—En fin —murmuró Galpin con resentimiento—, solo espero que alguien haya llamado a un médico. Las cosas pueden ser más graves de lo que parecen.

—No, no hemos llamado al médico, no lo necesito —dijo Inchcape y, mirando a Harriet de soslayo, añadió—: Que Dios me libre de caer en manos de médicos rumanos.

Dobson llegó, miró a todas partes y dijo:

—¡Ay, Dios mío! —Aturdido, sin saber qué hacer, empezó a quitarse los guantes y de pronto se puso en marcha—. ¿Los que han hecho esto iban de uniforme?

—No.

—¡Ah! Un ataque extraoficial. Cuando protestemos, nadie sabrá nada. Si insistimos, es posible que se disculpen, pero nada más. Las autoridades no pueden hacer nada, eso seguro.

—Ninguno podemos hacer nada —dijo Galpin, que empezaba a impacientarse—. ¿Qué hay de la declaración? —preguntó.

Todo el mundo se quedó a la espera, pendiente de Inchcape, que se estaba limpiando la boca otra vez. Después, les dedicó su típica sonrisa irónica y dijo:

—Estaba arriba, en mi despacho, leyendo a la señorita Austen inocentemente, cuando oí un estrépito aquí abajo. Habían entrado unos seis jóvenes y estaban destrozándolo todo. Oí gritar a mi secretaria. Cuando bajé, había echado a correr, y bien que hizo, sin duda; en cualquier caso, habrá cambiado de opinión sobre lo justo de la causa aliada. —Hizo una pausa y sonrió para sí como recordando lo sucedido con una actitud filosófica y bastante sentido del humor—. Al verme —prosiguió —, uno de los individuos esos cerró de un portazo y echó el pestillo. Eran siete u ocho. Dos o tres se centraron en mí y los demás siguieron destruyéndolo todo frenéticamente. Me cayó en la cabeza un retrato de nuestro respetable primer ministro, con su marco y todo…

—¿Fue a propósito? —preguntó Galpin.

—No lo sé. El golpe me tumbó de espalda en esa silla. Cuando iba a levantarme, uno me agarró por los hombros y me lo impidió. Entonces, a otro, el jefe, supongo, le pareció oportuno interrogarme.

—¿Qué le preguntaron? —inquirió Dobson.

—Pues lo normal. Querían saber quién era el jefe de los servicios secretos británicos. Les dije que era sir Montagu y se quedaron perplejos.

Inchcape se rio al recordarlo, pero Dobson frunció el ceño y, como un niñito contrariado, se quejó:

—No hacía ninguna faltar meter a su excelencia en esto, la verdad.

—Sabe perfectamente que no pueden tocarlo. Y si lo intentan, cuenta con una buena protección.

Parecía que Dobson iba a replicar, pero se contuvo al ver

los cambios que se obraban en la cara de Inchcape. Aparecieron unos moratones como sombras de plomo en la frente y en las mejillas. El pañuelo estaba empapado de sangre. Guy le ofreció otro, pero lo rechazó.

—No es nada —dijo.

—¡Seguro que lo han golpeado! —los interrumpió Galpin en tono acusador.

Inchcape, sometido a una tensión mayor de lo que estaba dispuesto a reconocer, tomó aire y respondió con sardónica brevedad:

—Puede que un poquito.

Aunque no podía admitir que había sufrido un ataque indigno, no engañó a los periodistas y uno de ellos dijo:

—No es creíble que unos pocos roces fortuitos lo hayan dejado en estas condiciones.

—¿Insinúa que miento? —replicó Inchcape bruscamente.

—Está bien —dijo Galpin. Cerró la libreta con una goma elástica y la guardó. Se abrochó la chaqueta y miró a sus colegas como si ya tuviera todo lo que quería y necesitara ir a atender otros asuntos—. Nos vamos.

Se dispusieron a salir. Guy dijo que llevaría a Inchcape a su casa y salió a buscar un taxi. Galpin, ya en la acera, decía:

—En mi opinión, se lo ha buscado él solito.

—¿Cómo? —preguntó Guy.

—A pesar de todos los consejos —dijo, señalando la oficina con el pulgar— ha insistido en no cerrar. Pero seguro que han pasado más cosas. Apuesto a que los autores del asalto sabían quién era. Es decir, que lo conocían muy bien. Por eso él no dice ni pío. Siempre ha sido un cerdo rastrero. Juraría que los asaltantes tenían algo contra él.

—¡Qué estupidez! —exclamó Guy con rabia—. Esta atrocidad es obra de la Guardia de Hierro, evidentemente.

Galpin soltó una risotada, se metió en el coche y, a modo de despedida, gritó:

—Cada cual tiene que pagar por sus placeres, ya sabe.

Inchcape llegó hasta el taxi con un despliegue de vigor poco convincente. Tropezó al entrar y Guy tuvo que sujetarlo.

Pauli, al ver a su señor, gritó angustiado y agitó los brazos

en el aire. Inchcape se lo quitó de encima con un gesto de impaciencia cariñosa y le dijo:

—Haznos un té bien fuerte para todos, anda.

Mientras lo tomaban, Inchcape comentó con regodeo lo acertado que había estado al decir que el jefe del servicio secreto era sir Montagu.

—¡Tenías que haberles visto la cara! Sabían que ese viejo brujo está fuera de su alcance. Y como ya tenían la respuesta que buscaban, no se les ocurrió preguntar nada más.

Antes de que los Pringle se fueran, Inchcape les dijo:

—Os ruego que no contéis una palabra de esto a Pinkrose. Le entrará pánico. Así que prometedme que no abriréis la boca.

Se lo prometieron.

25

A la mañana siguiente, Pauli llamó a Guy y le dijo que le preocupaba la salud de su señor. Por la noche, aunque había insistido en que se encontraba perfectamente, no había podido conciliar el sueño hasta que tomó veronal. Por la mañana estaba mucho peor, sin fuerza ninguna. Según Pauli, estaba muy enfermo y además preguntaba por Guy.

Cuando se produjo la llamada Harriet se encontraba en el cuarto de baño. Guy le dio una voz para advertirle de que volvería a la hora de comer y se fue sin darle tiempo a preguntarle adónde iba. Cuando salió al balcón lo vio cruzar la plaza a paso rápido.

Lo cierto es que Guy estaba más alterado que de costumbre, y no solo por lo que le pudiera pasar a Inchcape. La noche anterior necesitaba un trago y se había ido al English Bar; Galpin había dicho que, según cierta «información interna», después de la misión militar llegaría la Gestapo. Los alemanes ya habían nombrado a un *gauleiter*, que era la comidilla de la ciudad. Decían que estaba paralítico de la cintura para abajo. Aunque se pasaba el día en cama sin ver a nadie más que a sus agentes, lo sabía todo de todo el mundo.

—Toda la colonia alemana está cagada de miedo con ese cabrón —había dicho Galpin—, incluso Fabricius; y los rumanos también. Dicen que una delegación de estadistas rumanos fue a ver a Fabricius anoche para que rogara al Führer que mandara un ejército de ocupación. Dijo que Alemania no tenía intención de ocupar Rumanía todavía. Bobadas. Todo indica que pueden ocupar el país en cualquier momento.

Harriet, que había estado jugando a los barcos con Sasha, no había acompañado a Guy al bar, y este, cuando volvió, no le contó nada de lo que había oído.

El estallido de Harriet en Predeal lo había inquietado y por primera vez empezó a temer por ella. Siempre se la había imaginado como un modelo de valor, siempre más fuerte que él y, por lo tanto, no era necesario preocuparse por ella. Pero empezaba a darse cuenta de que era una mujer audaz, aunque poco resistente. Él afrontaba las situaciones echándose el peligro a la espalda. Ella, en cambio, lo tenía muy presente para que no

la pillara desprevenida. Vivía en un perpetuo estado de alerta que le causaba más tensión de la debida. Se dijo que tenía que protegerla de sí misma. Le ahorraría el susto, incluso el de ver a Inchcape en pleno colapso, algo que quizás no era tan grave.

Pero su alteración se debía también a otros motivos. Él mismo estaba asustado. La radio alemana los había nombrado a los dos, a Inchcape y a él. Eran presas naturales no solo para la Guardia de Hierro, también para la Gestapo, que, según los rumores, estaba a punto de instalarse en el país.

Se convenció de que se acercaban tiempos difíciles y procuró decirse que sabía exactamente lo que iba a pasar. Lo atacarían sin previo aviso, unos matones le darían una paliza. Pero intentar estar siempre en guardia era simplemente lo que hacía Harriet y ¿para qué? Para ponerse al borde del colapso. Solo podía confiar en que, cuando le llegara el momento, el orgullo lo ayudaría a seguir en pie, como había ayudado a Inchcape. Lo peor era que le tenía un horror particular a la violencia física y no podía prever cómo reaccionaría. Hasta Harriet, que le llegaba por el pecho, lo asustaba cuando se ponía de mal humor. En el momento en que le hacían daño se encogía y gritaba. Después se recuperaba, pero ese primer instante siempre era igual, una traición a sí mismo.

Pasara lo que pasase, tenía que ponerse a salvo de la mirada penetrante de Harriet.

Pauli le abrió la puerta y levantó una mano como avisándolo en silencio de lo que se iba a encontrar. Guy no dijo nada, pero se dirigió a toda prisa a la habitación de Inchcape. Temía encontrárselo postrado y lo alivió verlo sentado en la cama, pero el alivio se le pasó en cuanto Inchcape volvió la cabeza. Dándose cuenta del cambio de expresión de Guy, dijo:

—No me han dejado más guapo, ¿verdad?

—Podría ser peor.

—¿Mucho peor?

Inchcape se estremeció al tratar de sonreír. Tenía los dos ojos morados, uno completamente cerrado, con el párpado muy hinchado; un moratón enorme se extendía desde el pelo hasta la mitad de la cara; los labios sobresalían y las demás facciones, normalmente pálidas y delicadas, estaban tan deformadas que,

en contraste con las sábanas blancas, parecían una máscara tribal grotesca.

A Guy nunca se le había olvidado la cara sangrante y estupefacta de Simon… pero Simon había sido víctima de unos aficionados. La brutalidad había progresado desde entonces.

—Aparte de los moratones, ¿te han herido en alguna otra parte? —le preguntó.

—Me duele un poco la espalda. Tómate algo. —Inchcape alcanzó una botella de brandy de la mesita que tenía al lado y después, como si hubiera perdido apoyo, se cayó sobre las almohadas y soltó un quejido. Miró a Guy, tragó saliva y dijo— : ¡No te quedes ahí como un pasmarote! ¡Siéntate, por Dios! —exclamó, intentando remedar su impaciencia de costumbre, pero no era ni la sombra de sí mismo.

—Te pongo un trago —dijo Guy, y sirvió brandy antes de sentarse.

La habitación era pequeña, con una sola ventanita medio tapada por las ramas de un plátano. En las paredes había unos iconos tan oscuros que para Guy no significaban nada. Se preguntó si Inchcape no parecería tan enfermo debido a la persistente oscuridad.

Inchcape tomó un traguito y un momento después empezó a hablar.

—He llamado a su excelencia esta mañana. Le he dicho que no consentiría coacciones de esos gamberros y que estaba decidido a abrir la oficina otra vez, pero, por lo visto, la han cerrado oficialmente las autoridades rumanas. De todos modos, no me voy a quedar de brazos cruzados. Lucharé.

Clavó los codos en las almohadas e hizo otro esfuerzo por sentarse, pero fracasó de nuevo.

Era un hombre mayor, pero hasta entonces se había mantenido vital y juvenil; ahora, sin embargo, había perdido la fuerza interior que lo sostenía. El cuello, flaco y arrugado, le salía de la casaca del pijama. Todo él parecía haberse debilitado y envejecido de la noche a la mañana.

—Dobson me llamó hace un rato —dijo—, tan amable como siempre. Me ha aconsejado que me vaya a Turquía. Le he dicho que ni en sueños. No me van a asustar tan fácilmente.

Guy hizo un gesto de asentimiento. Sin embargo, con el Departamento de Inglés y la oficina cerrados, ¿no sería mejor que se fuera? Siempre había creído que la presencia de la Legación garantizaba su seguridad. Bien, pues ya no podía hacerse ilusiones. Su trabajo había terminado en nada. Lo habían utilizado. Solo le restaba la determinación de quedarse mientras no se fuera sir Montagu.

—De todos modos —dijo Guy—, no hay motivo para que no te tomes unas semanas de permiso, con lo que te ha pasado.

Inchcape lo miró con el único ojo visible y Guy se sobresaltó. ¡Conque esa actitud desafiante no era ya más que una farsa! Lo único que quería Inchcape era que lo convencieran, aunque, si no, seguramente se quedaría por puro orgullo. De pronto vio que Harriet y él podían irse sanos y salvos, porque si Inchcape se iba, nadie podía exigirle que se quedara.

—Al fin y al cabo —dijo Guy—, Dobson está en Sofía.

—Eso es cierto, aunque no puedo decir que me parezca bien. Y, según me han contado, hasta el viejo hechicero alquiló un avión y se fue a Corfú a pasar una semana. Muy bonito, sí, con los tiempos que corren.

—Pues no sé. —Guy, por temor a que Inchcape se empeñara en oponerse, cayó en los típicos clichés—. Es bueno poner distancia con las cosas… te permite ver la situación con más claridad.

Inchcape se agarró a las justificaciones de Guy y consintió en darle un poco de razón.

—Claro que esos viajes sirven para más cosas que las aparentes. Quién sabe con quién y de qué hablaría allí sir Montagu. He pensado muchas veces en llamar a nuestro agente de Beirut y ponerlo al día de un par de cuestiones. Sigue en contacto telefónico directo con la oficina de Londres. Y alguien debería hacerles entender que aquí las cosas están cambiando. Por ejemplo ¡lo mucho que ha subido el coste de la vida! No podemos seguir indefinidamente con sueldos de antes de la guerra.

Guy nunca había oído hablar de ese agente, pero estaba dispuesto a creer que existía. La organización mandaba hombres

a la Universidad Americana de Beirut.

—Seguramente haya servicio aéreo entre Estambul y Beirut —dijo.

Inchcape abrió la boca, pero no dijo nada. Hizo una pausa seguida de un gesto de asentimiento. A Guy le dio la impresión de que lo del viaje estaba prácticamente hecho. Estaba a punto de comentar que, mientras Inchcape iba a Beirut, Harriet y él irían a Atenas, pero vio que a Inchcape le temblaba la mano sobre la blanca colcha de satén. Se acongojó al pensar que estaba atormentando a ese hombre viejo y solitario para sacarlo del único lugar del mundo que tenía importancia para él; le cogió la mano y se la apretó.

Con el contacto, a Inchcape le temblaron los labios y una lágrima se escapó entre los hinchados párpados.

—No podemos rendirnos, Guy —dijo—. No podemos huir. No podemos perder la representación.

—Nosotros no nos vamos —le aseguró Guy—. Tú solo te vas de permiso, que bien merecido lo tienes. Yo me quedo aquí como representante tuyo.

—Cierto.

Inchcape dejó caer la cabeza atrás, consciente de que admitía la derrota, y se echó a llorar sin freno.

Guy, abrumado por el derrumbamiento de un hombre que hasta el momento había sido inflexible, comprendió que siempre lo había considerado según las apariencias, que lo había aceptado como jefe y lo había obedecido honorablemente. Siempre había sabido que gran parte de su temeridad se basaba en el autoengaño, pero lo horrorizó que esa temeridad se hubiera hecho trizas en el momento en que había irrumpido la realidad. Tal vez lo que lo había destruido fuera la indignidad. La oficina entera debía de parecerle contaminada por el asalto que había sufrido él. Era lógico que quisiera irse.

Guy se quedó en silencio, sin saber qué hacer al verlo llorar; un rato después, al darse cuenta de que le había cedido la iniciativa, dijo:

—Y otra cosa; hay que comunicar a la central de Londres que nos enfrentamos al final de nuestra estancia aquí. Es solo cuestión de tiempo. Deberían decirnos dónde tenemos que ir y

lo que habrá que hacer cuando lleguemos. No queremos convertirnos en refugiados sin empleo.

Inchcape asintió de nuevo. Encontró un pañuelo, se enjugó suavemente las lágrimas y se sonó la nariz.

—Tienes mucha razón —dijo—. No es que sea aconsejable que me vaya, es que no hay más remedio. Y no hay tiempo que perder.

—No. Tienes que irte en cuanto estés en condiciones de viajar.

—Bueno, estoy bien. —Hizo algo que no fue tragar saliva ni reírse y, con un esfuerzo, logró sentarse—. No estoy paralítico. Cuanto antes me vaya, antes volveré. Enseguida lo preparo todo: una muda, unos pocos libros, una bolsa y un maletín. Me gusta viajar ligero de equipaje. Si no hay avión a Beirut, habrá un tren o algo. Un viaje abominable, supongo, pero interesante. Si no se interpone nada de mayor importancia, puede que coja el Orient Express el domingo por la noche.

—¿Crees que estarás en condiciones?

—No me pasa nada. Son solo unos pocos moratones.

Habiendo resuelto las cosas, Inchcape pareció recobrarse en gran medida. Apartó las mantas, bajó las piernas al suelo y empezó a buscar las zapatillas con movimientos débiles. No las encontró y volvió a meterse en la cama, pero miró fijamente a Guy.

—No le habrás dicho nada a Pinkrose, ¿verdad?

—No. No lo he visto desde el asalto.

—Mejor. No creo que se entere por las buenas. Tiene a gala «guardárselo todo para sí». Anoche, cuando llamó por teléfono, Pauli le dijo que estaba en cama con fiebre. Eso lo mantendrá a raya. No se arriesgará a contagiarse.

—¿No crees que habría que decirle que te vas?

—No, ni mucho menos. Le daría un ataque de nervios, o de corazón. O, lo que sería peor, se empeñaría en acompañarme y no lo soportaría. —Miró a Guy con una expresión lamentable—. No estoy en condiciones de soportarlo.

Guy se preguntó qué harían con Pinkrose cuando Inchcape se fuera, pero como no quería plantear dificultades que le hicieran arrepentirse, dijo:

—Muy bien.

—No se lo cuentes a nadie. Volveré antes de que se den cuenta de que me he ido.

De camino a casa, Guy comprendió que Inchcape lo había llamado solo para que lo convenciera. No consideraba que hubiera hecho gran cosa, pero se enorgulleció, e incluso sintió una alegría relativa por haber hecho lo necesario para convencer al pobre hombre de que se pusiera a salvo. Al parecer, los más resueltos eran más débiles de lo que parecían.

Entonces se le ocurrió que, si manipulaba a Harriet de esa misma forma indirecta, podría convencerla con la misma facilidad. Aunque las condiciones eran completamente distintas. Inchcape se había derrumbado al primer bofetón de la realidad, pero Harriet nunca la perdía de vista. Cuando decía que no se iría, veía el peligro de quedarse con la misma claridad que Guy, e incluso más aún. Pero no se desanimó: también sabía ser obstinado. Si se proponía algo podía ser tan astuto como el que más.

Harriet tenía dos puntos débiles por los que podía atacar: Sasha y él mismo. Si conseguía convencerla de que se fuera a Atenas por él… O mejor aún, de que lo hiciera como amiga y protectora de Sasha.

Hacía tiempo que sabía el cariño que le había tomado al chico y no se lo reprochaba. Se alegraba de que se lo pasaran bien juntos. Y no se hacía ilusiones respecto a sí mismo. Era demasiado sociable, estaba siempre muy ocupado, procuraba no crearse ataduras… Si tuviera que acusarla de que le hacía poco caso, ella tendría muchos argumentos que oponer. Si necesitaba un amigo y compañero, mejor que fuera una relación inocente que otra que pudiera no serlo tanto. Y había que hacer algo con Sasha. Aunque no estuviera en peligro, la vida que llevaba con ellos no le servía de nada. Nunca había sido un alumno destacado, pero sí muy dispuesto. Sin embargo, la cautividad lo había vuelto perezoso y no se dedicaba a los deberes que le ponía. Ni siquiera quería leer. Lo más provechoso que hacía era jugar con Harriet o llenar de dibujos infantiles largas tiras de papel barato. A veces, como máximo, se entretenía ayudando a Despina en la cocina, pero todo se quedaba en chismorreos y

risitas.

Cuando Harriet le había enseñado el pasaporte falso, lo había mirado sin entender. Ella le explicó que eso significaba que podía salir de Rumanía y el chico, consternado, había dicho:

—Pero es que no tengo adónde ir, ¿no le parece?

—Ahora no, claro —dijo ella—. Pero si nos vamos… podrías venir con nosotros.

La expresión de Sasha había sido de temor al cambio, a cualquier clase de movimiento, aunque fuera con ellos. Quería pasar la vida como un animal de compañía en una jaula.

Cuando Guy entró en la salita encontró a Sasha y a Despina poniendo los cubiertos en la mesa. Se reían de algo.

Despina, que trataba a Harriet con familiaridad y a Sasha maternalmente, conservaba la tradición del Este de que el hombre de la casa era un déspota en pequeño. Al ver a Guy se retiró.

—¡Qué graciosa es Despina! —dijo Sasha—. Estaba imitando a la cocinera de abajo, que se cuela en nuestra cocina y roba azúcar. Si la sorprenden, se echa a llorar diciendo: «¡Por favor, por favor! ¡Solo he venido a ver si me puedes prestar un cuchillo de trinchar!».

Guy sonrió, pero pensó que Sasha, aunque hablaba como un crío, ya era todo un hombre. Muchos rumanos estaban casados a su edad. La única esperanza era obligarlo a ser independiente. Si Harriet y él viajaban juntos, había que hacerle asumir el papel de protector, no de protegido.

En cuanto pudo hablar a solas con Harriet le contó el estado en que se encontraba Inchcape.

—El domingo se va a Beirut.

—¿Para siempre? —preguntó ella, levantando la cabeza de pronto, con el rostro brillante de emoción.

—En principio no, pero dudo mucho que vuelva.

—Entonces nosotros tampoco tenemos por qué quedarnos aquí. Podemos irnos. A Atenas, por ejemplo, y Sasha también, con nosotros. Podemos ir los tres juntos.

—No —dijo Guy, obligado a cortar el entusiasmo de su mujer—, yo no puedo irme todavía. He tenido que prometer a Inchcape que me quedaría. Si no, no habría consentido en

abandonar. Quería dejar aquí a algún representante. Y además está Pinkrose. Pero, oye —le cogió las manos al tiempo que ella agachaba la cabeza—, oye —insistió—, hazme un favor.

—¿Qué?

—Vete a Sofía con Dobson.

—No —dijo ella y, ofendida, se soltó—. Además no quiero ir a Sofía; al único sitio que iría sería a Grecia, pero contigo.

—De acuerdo, mejor todavía, vete a Atenas y llévate a Sasha. Yo iré más tarde. Oye, cielo, sé razonable. Debes irte por dos motivos. Creo que hay que sacar a Sasha de aquí cuanto antes. Si viaja en avión con Dobson y contigo contará con vuestra protección. Seguramente ni siquiera preguntarán por qué se va. Lo tratarán como a un viajero con preferencia. Si surgiera alguna complicación, Dobson ejercería su influencia.

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo porque estoy seguro de que os cuidará a los dos. Será como una madre para vosotros.

—¿Y el otro motivo? —preguntó Harriet, sin aceptar ni rechazar la oferta.

—Si voy a Turquía, seguro que me mandan a Oriente Medio. No soporto tanta arena y tanto calor, quiero ir a Grecia, como tú, y si tú ya estás allí, será la excusa perfecta para reunirme con vosotros. —Antes de que Harriet volviera la cara a otro lado, Guy vio que se mordía el labio dudando, planteándose el viaje como una misión—. Y si las cosas se calman aquí, podéis volver —añadió.

—Esa es una cuestión que puede tardar meses en resolverse —dijo ella, resistiéndose aún—. Además, no tenemos dinero…

—Marchaos aunque solo sea una semana —la interrumpió con apremio—. Vete a ver al jefe de la organización en Atenas. Dile que quiero trabajar allí. Sabes que puedes hacerlo. Si le caes bien, seguro que me hace un hueco, y así, cuando pueda irme tendré adónde ir.

A Harriet se le hacía todo muy raro, parecía una conversación irreal, pero empezaba a vencerle la resistencia. Desconcertada, casi convencida, dijo:

—Si quiero volver, a lo mejor no me dejan entrar. Expulsan a gente todos los días.

—Si te dan un visado de vuelta antes de irte, tienen que dejarte volver.

Todavía no quería dar su brazo a torcer y siguió argumentando, pero al final se avino a solicitar el visado de regreso. Con eso podía llevar a Sasha a Atenas y volver sola si Guy no se iba también. Aunque casi la embriagaba la idea de escapar, se resistía a dejarse convencer.

En tiempos de peligro, los hombres como Woolley consideraban a las mujeres una «carga». Había mandado a su señora a Inglaterra al principio de la guerra y recientemente a otra parte. Harriet, que era de otra generación, se consideraba una igual y una camarada. No pensaba dejarse enviar a cualquier sitio así como así… y, sin embargo, en contra de su voluntad, se había dejado convencer.

Para Guy fue un día de victoria modesta. Mandando fuera del país a Harriet, a Sasha y a Inchcape, ese viejo que se engañaba a sí mismo, no solo los protegía, además despejaba el terreno para la acción en una guerra que él mismo había elegido emprender: la guerra contra el despotismo. Lo que consideraba el compromiso definitivo estaba a la vuelta de la esquina y, solo, estaría en condiciones de afrontarlo.

26

Harriet no quería hacer preparativos para el viaje. Ni siquiera le contó el plan a Sasha. No haría nada hasta que le concedieran el visado que le garantizaría poder volver. Se alegró hasta cierto punto al ver que probablemente no se lo darían.

Tuvo que hacer cola para el visado de salida, y se lo dieron al momento. Para el de regreso, la mandaron a un despacho en el que no había empleados ni nadie esperando. Se quedó allí un rato, después preguntó y le dijeron que el encargado no estaba, que tal vez volvería a las cinco.

Por la tarde regresó a la *prefectura*, pero el despacho seguía vacío. Solicitó ver al oficial al cargo. Cuando por fin llegó, le cogió el pasaporte y la tuvo esperando veinte minutos hasta que se lo devolvió. Le darían el visado para volver solo si presentaba una carta de recomendación de la Legación.

Se fue a la Legación desanimada por el cansancio y la indecisión y, en una calle lateral, oyó un organillo que tocaba una vieja canción rumana cuyo título no había logrado averiguar. Era sencilla, hipnótica y misteriosa, y le recordó al día en que había paseado en trineo en lo alto de la Chaussée con Guy y Clarence. Se acordó del brillo de las luces en la nieve y sintió una profunda nostalgia del invierno. Se dijo que no iría a la Legación, que no podía dejar a Guy. Ni siquiera quería salir de Bucarest.

Siguió andando sin rumbo, cruzó la plaza y vio a Bella, que se dirigía al Athénée Palace. Se encontraron frente a frente al pie de la bandera nazi.

Había hecho un día soleado de otoño y Bella llevaba un traje nuevo de lana con pieles de visón desde los hombros hasta los codos. Era la primera vez que se veían desde que su amiga había vuelto a Bucarest.

—¡Iba a llamarte por teléfono! —le dijo al verla—. ¿A que no sabes a cuánto estaba hoy el cambio en el mercado negro? A más de seis mil la libra, y sigue subiendo. ¡Dios! ¡Somos ricos! He comprado todo lo que he encontrado. Porque nunca se sabe, ¿verdad? Acabo de encargarme un abrigo nuevo, de cordero persa, por supuesto. He elegido personalmente las pieles que quería. ¡Qué cositas tan monas! Y he puesto mi nombre por

detrás en todas, para que no me hagan trampas. He pedido media docena de trajes nuevos para Nikko, del mejor tweed inglés. Lo bueno es comprar todo lo que quede. Y zapatos también, una docena de pares para cada uno. ¿Por qué no, eh? Tenemos dinero para dar y tomar. —Eufórica por el cambio de fortuna, miró hacia arriba y sonrió a la bandera y al claro cielo de más arriba—. Me encanta esta época del año —dijo—. Es deliciosa, después de los calores del verano. Se siente una más viva. —Relucía de vitalidad, casi bailaba con sus zapatos nuevos verdes de piel de lagarto. Al ver que Harriet no reaccionaba, la miró más atentamente y se le ocurrió preguntar—: Pero ¿qué tal estáis vosotros? ¿Qué opináis de las cosas?

—¿No te molesta eso? —dijo, mirando la esvástica.

Bella volvió a mirar la bandera y soltó una risa insegura.

—Pues no lo sé —dijo—. Me hace sentir a salvo en cierto modo. Me gusta saber que los alemanes me protegen. Y, ya sabes —añadió, seria, con un brillo de mal humor en los ojos—, a Rumanía se la ha tratado muy injustamente. Los aliados se comprometieron a defenderla y no hicieron nada. ¡Nada! Hubo un complot para volar los pozos de petróleo y siempre ha habido no sé qué intereses foráneos controlando Ploiești. Ingenieros extranjeros por todas partes. No me extraña que hayamos quedado en una posición difícil. No se puede reprochar a los rumanos que quieran que los extranjeros se vayan.

—Y cuando se vayan, ¿qué harán los rumanos?

—Traer expertos alemanes, supongo.

—Entonces ¡los intereses de Ploiești seguirán en manos de extranjeros! ¿O es que ya no se considera extranjeros a los alemanes?

Bella, resentida, levantó la barbilla como espantando la ofensa. Se movió, parecía que iba a irse, pero un recuerdo de su anterior amistad la retuvo, miró a Harriet con fastidio y compasión a la vez y dijo:

—Pero ¿qué hay de ti? ¿No estás nerviosa en Bucarest? Porque, claro, mi caso es distinto. Tengo pasaporte rumano. —Una idea repentina le devolvió el buen humor y soltó una carcajada—: La gente cree que soy alemana, ya lo sabes. Puedo comprar todo lo que quiera.

Harriet no le había contado que se iba porque no quería poner de relieve lo sola que iba a quedarse en Bucarest, pero entonces se dio cuenta de que esa euforia no tenía nada que ver con la histeria. Había encontrado la forma de justificar su situación: Bella se estaba alejando de su identidad al tiempo que aceptaba al enemigo en cierto modo.

—Guy quiere que vaya a Atenas unas semanas —le explicó —, pero es difícil conseguir el visado de regreso.

—Querida mía —dijo Bella, agarrándola por el brazo, muerta de risa—, eso lo puedes conseguir en un abrir y cerrar de ojos. Solo tienes que plantearlo correctamente: mete un billete de cien lei en el pasaporte. Pero ¿para qué quieres un visado de vuelta? Lo más sensato es que te quedes allí y no vuelvas.

—Pero tengo que volver. Se supone que Guy no puede irse si no se lo ordenan.

—¡Ah! Lo tendré vigilado. Procuraré que no haga nada malo.

Bella se estaba divirtiendo. Ahí estaba, tan segura y cómoda, mientras los demás tenían que exiliarse. Gozaba de ventajas y se permitía dar consejos.

—A lo mejor quieres que cuide algunas cosas tuyas —dijo —, por ejemplo esas fuentes húngaras que tienes. No me costaría nada darles un hogar.

—Si al final nos vamos, puedes quedarte con lo que quieras.

—Bueno, te dejo —y se tapó los brazos con las pieles—. Tengo que hacer unas cuantas cosas esta tarde. Quiero comprar guantes. Oye, llámame y dime qué tal te ha ido con el visado. Iré a verte antes de que te vayas.

Y se fue despidiéndose alegremente. Harriet volvió a la *prefectura* y preguntó de nuevo por el oficial al cargo. Cuando el hombre vio el billete de cien lei lo cogió tan rápidamente que Harriet casi no se dio cuenta. Y le puso el sello del visado.

—*Doamna* es muy intrépida —le dijo en inglés—. En estos tiempos, los ingleses que se van no desean volver.

Sonrió y le devolvió el pasaporte con una leve inclinación de cabeza.

Harriet se preguntó cómo se tomaría Sasha la noticia del

viaje. La aceptó sin inmutarse. Al fin y al cabo, pensó Harriet, vivía como lo había hecho su familia durante generaciones: recluido, con temor a tener que huir, pero preparado para ello.

—¿Qué va a hacer Guy? —preguntó.

—Irá a reunirse con nosotros en cuanto pueda.

Los Pringle habían acordado seguir ayudando a Sasha hasta que encontrara trabajo. La sorprendió lo clara que tenía su situación en cuanto salieran del país. Le dijo que, tan pronto como estuviera fuera de Rumanía, dispondría de la fortuna que tenía a su nombre en un banco de Suiza.

—Voy a ser muy rico —dijo—. Si necesita dinero, puedo dárselo.

—Tendrás que demostrar tu identidad.

—Eso lo harán mis parientes, seguro.

Harriet sonrió y le dijo que sí, pero se preguntó dónde estarían esos parientes.

Como no sucedió nada importante, Inchcape fijó su partida para el domingo. Solo tenía cuatro días para arreglar sus asuntos, pero los arregló con muchas ganas. Decidió renunciar al piso.

A Guy le dijo que, cuando volviera, viviría en una *pension*.

—No sirve de nada cerrar los ojos —dijo—. Tarde o temprano tendremos que irnos todos, y seguramente de la noche a la mañana. Más vale estar preparados. Por otra parte, siempre es más seguro vivir en una pensión que solo en un piso.

Cuando los Pringle fueron a buscarlo el domingo por la tarde, Pauli les abrió la puerta y parpadeó: tenía los ojos enrojecidos. Los llevó por el vestíbulo, que estaba lleno de cajas, hasta la desordenada salita, en la que brillaban todas las luces con pantallas doradas, y empezó a lamentarse del disgusto que tenía.

Dijo que el mayor deseo de su vida era seguir al profesor dondequiera que fuese. Pero ¡ay! Tenía mujer y tres hijos. Él estaba dispuesto a dejarlos, pero el profesor, el más clemente de los maestros, había insistido en que su deber estaba en Bucarest.

Pauli no creía que el profesor fuera a volver ni se molestó en fingirlo. Había demasiadas cosas en contra. Al pensar en que se separarían para siempre se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y se le conmovieron los hombros. Sacó un pañuelo

húmedo, hecho una bola, y se frotó la cara.

—Cuando se acabe la guerra —le dijo Guy, dándole palmaditas en el hombro— nos volveremos a ver.

—*Dupa răsboiul* —repitió Pauli, como si se diera cuenta por primera vez de que la guerra podía terminar, y se animó al instante. Asintió, se sonó la nariz, repitió una y otra vez—: *Dupa răsboiul* — y se fue rápidamente a anunciar la visita a Inchcape.

—*Dupa răsboiul*! —repitió Harriet también, pensando en la guerra que, como un mar, los separaba del progreso y del provecho del mundo. El esfuerzo conjunto de sus vidas podía perderse al intentar cruzarlo—. ¿Y qué quedará después? —dijo —. Quizá hayamos perdido la juventud y hasta la ambición. Quizá no se acabe nunca. Quizá nunca tengamos un hogar. — Dio unos pasos entre las cajas, se detuvo en las mesas y examinó el cuenco de fruta artificial de Inchcape. Había un higo de malaquita, una ciruela morada, un palosanto del color del fuego. Levantó una pera hacia la luz y, al ver la lentejuela que contenía, dijo—: ¿Crees que me daría esto, si se lo pido?

—No, creo que no —dijo Guy, asombrado solo de pensarlo y, al oír los pasos de Inchcape, añadió con apremio—: ¡Déjalo donde estaba!

Las contusiones de Inchcape habían cambiado del verde al violeta. No parecía haber mejorado mucho desde la mañana después del asalto, pero había recuperado su actitud sardónica. Se acercó a un armarito chino y sacó tres botellas en las que quedaba algo de licor.

—Terminémoslas —dijo—. ¿Qué preferís, brandy, ginebra o *ţuică*?

Llevaba el abrigo puesto y se oía a Pauli amontonando bultos en el recibidor, pero él no parecía tener prisa. Después de servir las bebidas dio una vuelta por la habitación retocando la pantalla de las lámparas y deteniéndose a mirar el efecto. Una ficha del ajedrez se había caído. La puso en su sitio. Miró sus pertenencias con satisfacción y dijo:

—Pauli lo empaquetará todo primorosamente, lo pondrá a buen recaudo y lo vigilará.

No parecía afectarle mucho dejar allí todos sus tesoros, pero no era un hombre pobre, precisamente, así que podía

sustituirlos por otros.

Entró Pauli para anunciar que había encontrado un taxi y había bajado el equipaje. Cuando salieron de la habitación, estaba junto a la puerta sorbiéndose la nariz. Al verlo tan disgustado, Inchcape perdió la actitud altiva y se puso muy serio. Lo agarró por los hombros y, por unos momentos, pareció que fuera a decir algo.

—Adiós, querido Pauli —se despidió por fin.

Pauli no lo pudo resistir, cayó de rodillas con un grito de angustia, le cogió la mano y se la besó con insistencia.

Inchcape volvió a sonreír e intentó salir, pero Pauli se arrastró detrás de él sin soltarle la mano hasta que alcanzaron el rellano. Inchcape se deshizo de él con un movimiento rápido y suave y bajó las escaleras a toda prisa. Guy y Harriet bajaron detrás, seguidos por los desgarradores gemidos de Pauli.

Recorrieron en silencio el largo trayecto por las oscuras callejuelas laterales hasta llegar a la estación. Inchcape iba cabizbajo, con una expresión sombría en la cara; de repente levantó la cabeza y dijo:

—No le habréis dicho nada a Pinkrose, ¿verdad?

No, no le habían dicho nada; aunque cada vez que lo veían solo en el hotel les remordía la conciencia. Si se les hubiera acercado con una mínima demostración de amistad, les habría resultado muy difícil no desvelar el engaño, pero el hombre los evitaba y prefería «guardárselo todo para sí».

—No podría soportar encontrarme a ese carcamal en el tren. —Miró a Guy—. Mañana le comunicas que me han llamado por un asunto urgente. No le digas dónde me he ido, pero sí que voy a volver; y, si quiere irse él también, anímalo a arreglar la salida. Aquí no puede hacer nada. Si va a Atenas, a lo mejor encuentra un barco griego que lo lleve a Alejandría.

—¿Dónde podría ir desde allí? —preguntó Guy.

—Dios sabrá —dijo Inchcape con una risita—. Que organice él su vuelta. Hizo lo imposible por llegar hasta aquí. —Sonrió pensando en su amigo y después, en un tono de negación mayúscula, añadió—: No es par del reino, por supuesto. Es un título escocés, creo, aunque no tiene ni rastro de sangre escocesa. Ese título que ostenta es de pega. Yo no lo usaría. Y

heredó muy poco dinero. Ya de joven era un bicho raro. Llegó a Cambridge y allí se quedó. Encontró todo lo que deseaba. —Se rio para sí—. Le encanta contar la anécdota del catedrático al que Napoleón concedió una entrevista: «Un hombre notable, sin la menor duda», dijo el catedrático después, «aunque es evidente que no se puede comparar con los de Cambridge».

Después se quedó un rato en silencio, moviendo el cuerpo como si se riera por dentro, tal vez de la anécdota o tal vez de Pinkrose, pensó Harriet, o quizá, más probablemente, porque él se iba y el otro se quedaba y tendría que sacarse las castañas del fuego él solo.

Se necesitaron tres mozos para trasladar todo el equipaje al tren. Al ver que Harriet observaba el desfile de maletas, le explicó:

—Me llevo la ropa de verano y algunos objetos valiosos para depositarlos en algún sitio seguro. No quiero perder hasta la última de mis posesiones.

El expreso estaba en la estación, pero había muy poca actividad alrededor. Casi todos los vagones iban vacíos. Nadie viajaba por gusto en esos tiempos. Los pocos pasajeros que estaban en el andén parecían perdidos en la sonora oscuridad. Había un grupo de ingenieros ingleses de la compañía telefónica. Guy se paró a hablar con ellos y se enteró de que les habían ordenado salir del país hacía unas horas. Lo habían consultado en la Legación y les habían aconsejado que aceptaran el despido y se fueran.

Inchcape, que ya tenía una litera asegurada y el equipaje en el tren, se quedó en una ventanilla del pasillo. Sonrió a los Pringle, que estaban en el andén sin saber si debían irse o quedarse y solo eran capaces de decir: «Bueno, descansa todo lo que puedas y diviértete», y un poco después: «Cuídate mucho».

—Cuando llegue, les voy a plantear nuestro caso, se lo voy a meter con un embudo —dijo Inchcape—. Exigimos una subida de salario y el derecho a abandonar el barco cuando nos parezca aconsejable, ¿qué te parece?

Hubo una larga pausa. El ambiente no estaba nada animado. Quizá a Inchcape le pareció que había algo de desolación en la joven pareja que lo había acompañado, porque,

como si se justificara, dijo:

—Saldréis de esta. Sois jóvenes.

—¿Es que la edad tiene algo que ver? —preguntó Harriet.

—Tiene todo que ver. Antes de los cuarenta nunca se piensa en la muerte; después no se piensa en otra cosa. —Se echó a reír, pero, mientras los miraba a la débil luz, a Harriet le dio lástima, parecía viejo y enfermo—. En Inglaterra estaríais peor —añadió.

—Prefiero que me bombardeen con mi propia gente que quedarme aquí aislada.

—Eso es lo que tú te crees —replicó Inchcape, riéndose otra vez.

La conversación volvió a decaer; Inchcape miró hacia atrás, a la puerta abierta en la que se veía su litera, ya preparada, y dijo:

—Oye, no tiene sentido que sigáis aquí. Quién sabe cuándo saldrá este tren. Últimamente está todo manga por hombro. No me encuentro muy bien, así que me despido y me voy a reposar. —Sacó los brazos por la ventanilla y le dio una mano a cada uno sonriendo sardónicamente, como siempre, pero una lágrima solitaria le resbaló por la descolorida e hinchada cara—. Adiós, adiós. Volveré antes de que me echéis de menos.

Los soltó, dio media vuelta bruscamente, entró en el compartimento y cerró la puerta.

Harriet le dio la mano a Guy. Mientras salían de la oscura y cavernosa estación, con sus olores a carbonilla y a vapor y su desolador ambiente de despedidas, Harriet pensó que al cabo de dos días también ella se iría y Guy se quedaría solo.

27

Aunque Guy estaba inquieto por falta de trabajo, no le apremiaba explicarle las cosas a Pinkrose. Tenía intención de ir al Athénée Palace el lunes por la mañana, pero lo retrasó tanto que llegó la hora de comer y prefirió dejarlo para la tarde.

Cuando se disponían a comer sonó el teléfono. Era Dobson, para contarles que Pinkrose se había presentado en la Legación muy alarmado. Por la mañana Galpin lo había cogido por banda en el vestíbulo del hotel y se había empeñado en contarle el ataque que había sufrido Inchcape. Había ido corriendo a casa de su amigo y Pauli le había dicho que el profesor se había marchado de Rumanía. Presa del pánico, se había presentado en la Legación exigiendo que le fletaran un vuelo inmediatamente para volver a casa.

—Por cierto —se interrumpió él mismo—, ¿eso es cierto? ¿Inchcape se ha ido?

—Sí.

—¿Por qué tanto secreto? —Dobson hablaba en un tono ligero, casi riéndose, pero con cierto matiz. No esperó respuesta y enseguida añadió—: Bien, querido amigo, el noble lord está ahora en sus manos. Se ha pasado aquí más de una hora haciendo perder el tiempo a todo el mundo, reclamando pasajes especiales y demás como un cretino. La verdad es que no tenemos tiempo para atenderlo. Su excelencia le ha dicho que se vaya en avión a Persia o a la India, pero ha contestado que no tiene dinero. Le he propuesto Atenas, donde no encontraría ningún impedimento, pero sí algunas almas gemelas seguramente. De todos modos, le he conseguido el visado de salida. Puede ir donde quiera. Entretanto, hágame el favor de quitárnoslo de encima. Procure convencerlo de que, al contrario de lo que cree él, el movimiento de la Guardia de Hierro en pleno no dirige, repito, no dirige sus actividades contra su persona.

Terminó con una carcajada, pero colgó bruscamente.

—Iré inmediatamente después de comer —dijo Guy, sentado a la mesa.

Cuando terminaron no hizo ningún movimiento. Sabiendo lo peliaguda que se le presentaba la entrevista con Pinkrose,

Harriet no le metió prisa. Se iba al día siguiente, así que fue a la habitación para elegir la ropa que quería llevarse. Unos minutos después entró él un tanto abatido y dijo:

—¿Vendrías conmigo? A lo mejor se tranquiliza al ver que todavía estás aquí.

—De acuerdo, pero antes tengo que hablar con Sasha.

Le había comprado una maleta pequeña y barata para la ropa que le había dado Guy. El chico quería llevarse algunos dibujos y, como tenían que guardarlos sin doblar en el fondo del baúl de Harriet, fue a su habitación a decirle que los seleccionara. Lo encontró encogido en la cama como un gatito.

Ella se había quejado del ruido constante de la armónica y en ese momento el chico la tenía entre las manos; tocaba sin emitir casi ningún sonido.

Sus pertenencias estaban perfectamente preparadas en la mesa y los dibujos, listos para que ella se los llevara.

—¿Qué es esa canción tan tonta que estás tocando? —le preguntó.

—*Hey, hey, hey, Ionesculi* —contestó él, apartando el instrumento de la boca—. La canta Despina.

—Cuando llegues a Atenas —Harriet trató de ponerse seria — tienes que dedicarte a estudiar de verdad.

Él sonrió y volvió a llevarse la armónica a los labios.

Aunque era la hora de la siesta, cuando Guy y Harriet entraron en el hotel la recepción y el vestíbulo estaban abarrotados. Igual que el día de la llegada de la misión militar, los camareros del hotel no encontraban sitio para toda la gente que había ido a tomar el café después de comer.

Galpin, que contemplaba a la muchedumbre con mala cara, les contó que corría el rumor de que iba a llegar un alto oficial alemán, un tal Speidel.

—Todavía es joven y atractivo, o eso dicen. ¡Fíjate en esas malditas mujeres! Parecen gatas en celo. Y ahí está otra vez esa zorra, más salida que una mona, como siempre.

La princesa Teodorescu acababa de entrar en el hotel. Había vuelto a Bucarest confiando, como todos los de su clase, en la protectora influencia alemana contra la Guardia de Hierro. Se decía que ya había encontrado un amante entre los oficiales

jóvenes, varios de los cuales la rodeaban mientras ella hablaba con furia, moviendo los hombros y gesticulando exageradamente. Llevaba un abrigo nuevo de piel de leopardo. Harriet se preguntó si podía haber algo más repelente que una mujer estúpida, ególatra y codiciosa vestida con la piel de un animal mucho más espléndido que ella.

Hadjimoscos estaba por allí. Andando como si flotara con sus zapatos de cabritilla, con su cuerpecito rechoncho que parecía blando, como si estuviera relleno de serrín, iba de un oficial a otro hablando con entusiasmo, levantando su cara tártara, plana y blanca, como en éxtasis, y posando de vez en cuando la blanca manita almohadillada encima de una manga alemana. Se les unió un hombre fuerte, de pies planos, que caminaba como un halcón peregrino: un relevante financiero alemán al que habían enviado para asesorar sobre la maltrecha economía rumana.

—Pero —dijo Galpin, volviéndose lentamente y señalando el mostrador de recepción con un gesto de la cabeza— todavía no habéis visto nada. Mirad quién está ahí.

Los Pringle siguieron la dirección de su mirada y vieron que había dos tipos con cara de perro y uniforme negro de la Gestapo observando la escena con mucha atención.

—¿Cuándo han llegado? —preguntó Guy inexpresivamente.

—No se sabe. Pero no son los únicos. Han venido por docenas. ¿Sabéis lo de Wanda?

—No —dijeron los Pringle, sabiendo que tenían que ir a buscar a Pinkrose, pero deseando que los retuvieran.

—¡Ah! —Galpin levantó la larga y huraña cara de hombre poco honrado y los miró con una expresión de tragedia—. La han expulsado, los muy cabrones.

Otra cara más del círculo inglés que había desaparecido.

Cuando Guy llamó a la puerta de Pinkrose, este, en un tono agudo y agitado, dijo:

—*Entrez, entrez*!

Lo encontraron de rodillas, metiendo la ropa en la bolsa de viaje de cualquier manera. Llevaba un quimono de algodón con estampado de flores, de los que usan en Japón las chicas de los salones de té. Levantó la cabeza bruscamente, pero no encontró

nada que decir y siguió guardando ropa.

Guy intentó explicarle por qué se había ido Inchcape.

—Espera volver enseguida —dijo.

Parecía que Pinkrose no lo escuchaba. Se puso de pie, se quitó el quimono y también lo metió en la bolsa. Llevaba una camisa, unos pantalones y varias chaquetas de lana. Se puso la americana rápidamente y dijo:

—Voy a coger el tren a Constanza, me voy en barco.

Siguió recogiendo las últimas cosas, manteniendo las distancias con los Pringle como si temiera que quisieran hacerle llegar tarde.

—Esto me ha sentado mal, Pringle —dijo, casi sin resuello —. Me ha sentado muy mal. No lo olvidaré. Pero Inchcape me va a oír, ya lo creo que me va a oír. Su hombre me mintió. Me dijo una y otra vez que estaba en cama, enfermo, mientras él planeaba marcharse y ponerse a salvo… abandonándome aquí, a mí, un invitado en una ciudad extraña en la que pueden atacarme unos rufianes en cualquier momento. Es imperdonable. Viajé muchos miles de kilómetros para impartir una conferencia importante y…

Mientras recordaba otra vez los detalles de su viaje resaltando el peligro y la incomodidad, guardaba un montón de frasquitos y cajas en un botiquín de viaje.

—Y usted, Pringle —dijo, mirándolo malévolamente—, usted ha puesto su granito de arena en todo esto. Lo he visto en el hotel más de una vez. No le pareció bien hacerme saber lo que pasaba. Tuve que enterarme por un desconocido.

Como Guy, que mantenía una actitud de culpabilidad y tristeza, no hizo el menor amago de defenderse, Harriet lo interrumpió para decirle:

—El profesor Inchcape no quería alarmarlo. Ordenó específicamente que no se le contara nada hasta que se fuera.

Pinkrose empezó a ponerse pañuelos en el cuello y aspiró entre dientes, pero no dijo nada más. Una sonrisita amenazadora le rondaba por los labios.

—La oficina central será informada de todo el asunto —dijo unos momentos después—. La junta lo juzgará. Entretanto me voy obligado a pagar el viaje a Grecia de mi bolsillo. Espero que

me lo reembolsen; y espero recibir de la oficina de Atenas la cortesía y la consideración que tan lamentablemente se me han negado aquí.

El tren salió a las tres y media. Pinkrose lo cogió por los pelos. Este detalle y las malas condiciones en que podía estar el mar Negro en esa época del año ayudaron a Guy a recuperar el habla.

—¿Por qué no espera a mañana? —dijo—. Mi mujer va a Atenas mañana, en avión, y Dobson también…

—No, no —lo interrumpió Pinkrose con impaciencia—. Me apetece el viaje en barco. Me sentará bien.

Cogió el abrigo. Guy se adelantó para ayudarlo a sujetarlo, pero el profesor dio media vuelta como si la buena voluntad del joven no fuera más que otro síntoma de su hipocresía.

Entró un mozo a recoger el equipaje. Pinkrose había pedido un taxi, que lo estaba esperando ya en la puerta.

—Buen viaje —dijo Harrriet.

Pinkrose le echó una mirada; al parecer no la consideraba culpable e hizo un movimiento hacia ella que, de haber tenido tiempo, tal vez se hubiera convertido en un apretón de manos, pero no pudo ser. Y se fue sin dirigir la palabra a Guy.

Los Pringle se quedaron como un par de intrusos, solos en la habitación. Harriet abrazó a Guy por la cintura.

—Cielo, ¿cómo voy a irme mañana y dejarte solo aquí?

—Vas a buscarme trabajo, que no se te olvide.

El abatimiento que Harriet sentía se aligeró un poco al dar la curva en las escaleras y ver a David abajo, en el vestíbulo. Había ido «al delta» —no se sabía con qué motivo— cuando ellos se habían ido a Predeal y no habían vuelto a verse desde entonces. En el fondo, Harriet había sospechado que no volvería a Bucarest. Esos viajes misteriosos que hacía, estando la situación como estaba, podían terminar fácilmente en desastre. O, sabiendo que se les acababa el tiempo en Rumanía, podía haberse ido hasta la frontera. Sin embargo ahí estaba, y parecía tan tranquilo y confiado como siempre; por eso Harriet se animó al verlo. Guy, encantado, bajó rápidamente a saludarlo y David esbozó una sonrisita porque el entusiasmo de su amigo le hacía gracia. Estaba a punto de firmar el registro y dijo:

—Esta mañana, cuando volví, descubrí que el Minerva me había dado por perdido. Un miembro de la raza superior ocupaba mi habitación. Se habían llevado mi equipaje a la bodega. Por suerte, al llegar aquí acababa de quedar una habitación libre.

—La de Pinkrose, supongo —dijo Guy.

Entonces le contó el ataque que había sufrido Inchcape y la subsiguiente «huida de los profesores».

—Sé de unos cuantos —dijo, riéndose al imaginarse a Pinkrose en quimono japonés— que habrían pagado por verlo. Pinkrose tiene una de las casas más magníficas de Cambridge, pero nadie la ha visto nunca por dentro. Vive prácticamente como un recluso. Lo más triste es que sospecho que Inchcape es el único amigo de verdad que tiene. —Al enterarse de que Clarence también se había ido sonrió con indulgencia—. Me gustaba Clarence —dijo, y soltó una risa de sorpresa al reconocerlo—. No creo que ninguno podamos quedarnos mucho tiempo.

Y los Pringle, conscientes de que no podía contarles nada más, no hicieron preguntas.

Se dirigieron a la salida y de pronto David contuvo la respiración al ver por primera vez las negras siluetas de la Gestapo. Levantó una ceja mirando a Guy, pero ninguno hizo comentarios. Salieron del hotel con la sensación de no tener nada que hacer, más que esperar el final. No querían separarse.

David tenía que ir a la Legación y les pidió que lo acompañaran.

En el bordillo de la acera, mientras esperaban a que la *trăsură* se detuviera en el hotel, vieron una flota motorizada de la Guardia de Hierro, con chaquetas de cuero nuevas y gorros de pieles. Pasaron haciendo mucho ruido, muy serios y decididos, como si fueran a una ejecución o a un interrogatorio por traición, pero después de dar la vuelta a la plaza a toda velocidad, espantando a los peatones y obligando a los coches a arrimarse a las aceras, desaparecieron por donde habían venido.

—No es que tengan una ocupación muy útil —dijo Harriet —, pero se lo pasan en grande.

Esperaron en la *trăsură* mientras David informaba de su

regreso. Harriet cogió la mano a Guy.

—Ya has oído lo que ha dicho David. A lo mejor me tengo que ir antes de lo que creemos —le dijo él para tranquilizarla.

—Hum.

Harriet temía que tuviera que quedarse un poco más de lo justo y no pudiera salir; pero no quiso discutir con él porque sabía que se creía en la obligación de ver las cosas hasta el final, pasara lo que pasara.

—Tengo que ir a ver a una persona, pero no ahora mismo —dijo David cuando volvió—. ¿Vamos hasta la Chaussée?

El sol declinaba. Habían bajado la capota de la *trăsură* y la brisilla fresca que les daba en la cara se recrudecería a lo largo de las semanas siguientes hasta convertirse en el viento que traería la nieve. El ambiente ya olía a invierno en la Chaussée. Los árboles, agostados después de los calores del verano, habían perdido todas las hojas. Habían recogido los restaurantes de los jardines y retirado los toldos y las sombrillas de los cafés; algunos habían cerrado por completo. Estaban en octubre y la vida se replegaba al interior de las casas.

—Corre la idea de que Alemania tiene planes importantes para Rumanía —dijo David—, que le devolverán su sitio en Europa —añadió sorbiéndose la nariz.

—¿Y qué opinas? —le preguntó Guy.

—Creo que los alemanes devorarán este país sin contemplaciones. Ahora quieren imponer el servicio militar obligatorio. La prensa no dice nada, desde luego, pero me han contado que se están llevando a los campesinos en camiones de ganado para recibir instrucción en Alemania. Pobres hombres, van voluntariamente porque los oficiales les dicen que van a luchar por Inglaterra. Y preguntan: «Cuéntenos algo de esos ingleses, ¿cómo son?».

—¿De verdad piensan que los alemanes son ingleses? —preguntó Harriet.

—No piensan. Cuando llegue el momento, les dirán: «Ese es el enemigo. ¡Luchad!», y lucharán y morirán.

Estaban ya en campo abierto y los bosques de Snagov se avistaban a los lejos como una neblina de color ciruela. El lago Snagov reflejaba un cielo gris metálico. De vez en cuando se

veía el brillo de una ventana, pero los campos, llanos y vacíos, parecían desolados en el luminoso resplandor de otoño.

—He quedado en el club de golf —dijo David.

—¡En el club de golf!

—Es una reunión secreta —añadió, riéndose—, por eso se eligió el club de golf.

—No he estado nunca allí —dijo Harriet.

—Venid a verlo ahora. A lo mejor no se os vuelve a presentar la oportunidad.

El club, protegido por una barricada de arbustos perennifolios, se había construido en los años veinte y era obra de prósperos hombres de negocios ingleses. Con mucho arte, habían reproducido en ese clima de condiciones extremas el ladrillo oscuro, el césped musgoso y los caminos húmedos de una mansión inglesa del siglo xix. La puerta de entrada estaba abierta. Parecía que no había nadie en la casa. Entraron hasta la sala de estar, que ocupaba toda la parte trasera del edificio y tenía dos grandes ventanales que daban al campo de golf. Estaba llena de sillones tapizados de cretona descolorida y de mesitas atestadas de periódicos ingleses.

Fuera, la luz cambió. El sol se hundió detrás de los árboles y todo el campo quedó en sombra. Por las puertas abiertas entraba un olor a tierra fría y húmeda. Arriba, en alguna parte, sonaba el timbre de un teléfono.

Los Pringle no preguntaron a David con quién había quedado, pero él dijo:

—No hay motivo para tanto secreto. El hombre al que espero es el presidente de un nuevo comité asesor que se ha formado en El Cairo. Viene en avión con mucho empeño en hacer algo, seguro que se imagina que aún es posible… ¡a buenas horas! La diplomacia está tan lejos de la realidad que su excelencia todavía no sabe con exactitud qué fue lo que se torció, y me ha pedido que intente explicárselo yo. —Dos hombres habían dado la vuelta al edificio—. Ahí están —dijo David, y salió a su encuentro.

Uno era Wheeler, un cargo importante de la Legación con el que los Pringle habían coincidido en algunas fiestas; al otro no lo conocían; era bien parecido, de estatura media y de edad

media, y llevaba un abrigo oscuro, sombrero hongo y un paraguas cerrado.

Al ver que David —que se les acercó con seguridad y con cierta deferencia— era mucho más joven que ellos, se detuvieron. Cuando llegó a su altura empezaron a pasear juntos lentamente, unos cincuenta metros o así, en una dirección, y después dieron media vuelta y deshicieron lo andado. La hierba, verde tras las primeras lluvias, luminosa bajo la luz incierta, despedía una humedad que oscurecía los setos lejanos y se enrollaba en las piernas de los paseantes a medida que avanzaban.

Harriet se acordó de la época de la caída de Francia, cuando se reunía a diario con otros ingleses en el jardín del Athénée Palace, en el que no había vuelto a entrar desde entonces. Ahora, en unos momentos tensos también, estaba en el club de golf por primera vez y probablemente nunca habría una segunda. Dejó de mirar por la ventana y dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

Tenía la sensación de que Guy y ella eran dos personas abandonadas en un mundo vacío. Todo era suyo. Podían hacer lo que quisieran, pero no había nada que hacer. Empezó a dar vueltas por la sala cogiendo revistas y volviéndolas a dejar. Al fondo había una barra de bar cerrada a cal y canto. En las paredes se veían cornamentas, cuernos y otros trofeos de caza de segunda mano. También escudos y lanzas cruzadas procedentes de alguna tribu africana.

—¿Así se imaginaban que eran las casas en Inglaterra? —preguntó.

—Vamos fuera —dijo Guy, cogiendo un *putter* que estaba en un rincón.

Se acercaron al primer *green*. A una distancia más que prudencial de los tres hombres, Guy empezó a jugar con una bola imaginaria. Harriet no tenía nada que hacer, más que mirar.

Se oía el zumbido de los saltamontes en el aire. El sol se había puesto y el crepúsculo empezaba a cubrir la tierra cuando los Pringle vieron que el presidente, con David y Wheeler detrás de él, caminaba hacia ellos con una expresión de buen humor.

Sin esperar a que se los presentaran, se dirigió a Guy en un tono amable y sencillo, el de un hombre condicionado por su importancia.

—Creía que estaba matando serpientes.

—No —dijo Guy riéndose, ligeramente sonrojado—, solo estaba matando el tiempo.

Al presidente le encantó la sencilla e ingeniosa respuesta y miró a Wheeler que, procurando imitar el buen humor del presidente, miró a Guy como si fuera alguien inusitadamente interesante.

—Guy Pringle. Daba clases aquí, en la universidad —dijo, y el verbo en pasado habló por sí mismo.

—¡Ah! —dijo el presidente con un gesto de comprensión.

Le presentaron a Harriet. El presidente, que se llamaba sir Brian Love, se puso el paraguas detrás de él y, apoyándose en él, levantó la cara —era suave y sonrosada gracias a la buena alimentación y la llevaba maravillosamente afeitada—, y olisqueó el aire húmedo y leñoso de la noche.

—¡Qué agradable es esto! —dijo, disfrutando de un ambiente de bienestar.

Wheeler, un hombre delgado de boca fina y mejillas arrugadas, esperaba inquieto con una llave de coche en la mano.

Los tres jóvenes también esperaban la despedida, pero sir Brian no parecía tener prisa por irse del club.

—Huele igual que Inglaterra —dijo—. En El Cairo hace calor, no hay el menor indicio de otoño todavía. Dudo que tengan otoño, siquiera. —Se rio y le dijo a Wheeler—: ¿No podríamos ir todos a alguna parte a tomar algo?

—En realidad no tenemos tiempo, sir Brian —dijo Wheeler, sobresaltado por la sugerencia y preocupado después—. Su excelencia cena a las siete y, como usted se va esta noche…

Sir Brian asintió, pero siguió sin dar señales de querer moverse. Miró las oscuras ventanas del club.

—No hay mucho movimiento aquí —dijo.

—Ya casi no quedan socios —explicó Wheeler.

—De todos modos, es una delicia, en comparación con Oriente Medio.

—¿Ha estado últimamente en Inglaterra, señor? —preguntó

Guy.

—Hace menos de un mes. A mi parecer ha cambiado mucho, ya verá. Es decir, ha mejorado.

Mientras Wheeler, con el ceño fruncido, se concentraba en sacar la llave de la anilla, sir Brian hablaba a sus anchas de un nuevo sentimiento de camaradería que, según él, traspasaba la conciencia de clase entre los ingleses y unía a la gente.

—El secretario me llama Brian y el ascensorista dice: «Estamos todos en esto». Y me gusta. Me gusta mucho.

De vez en cuando, mientras hablaba, miraba a Wheeler de soslayo con una expresión traviesa, y así se ganó la confianza de los otros tres, como si él fuera uno más y estuviera de su parte y en contra de los prejuicios que imponía la Legación.

Wheeler, ajeno a la conversación, suspiró. La llave se salió de la anilla; la miró, perplejo, y se puso a meterla otra vez, tarea bastante más difícil.

—Después de la guerra vendrá un mundo nuevo —dijo sir Brian sonriendo a los jóvenes, que lo miraban con una expresión de embeleso y nostalgia—. Un mundo sin clases, diría yo.

A Harriet se le hizo extraño estar allí, con esa luz tan melancólica, escuchando a esa persona tan importante, que había llegado en avión por la tarde y volvería a marcharse por la noche: una visita irreal en un mundo que debía de parecerle irreal. Sin embargo, fuera real o no, los demás se quedarían corriendo el riesgo de que los encarcelaran, los torturaran y los mataran.

—Así que aquí se ha terminado todo, ¿no? —interrumpió sir Brian su discurso sobre Inglaterra—. Nos ha vencido la geografía. El dado estaba cargado en nuestra contra. No hay culpables. Son cosas inevitables.

Habló en un tono concluyente y se enderezó, preparándose para la despedida.

—En mi opinión —se adelantó David—, esto se podía haber evitado.

—¡Ciertamente! —dijo el presidente, sorprendido.

—Perdimos este país hace meses por culpa de una maldita política absurda de apoyar a Carol por encima de todo, sin tener en cuenta lo que podía costarle al resto de la comunidad. Los

mejores elementos rumanos se negaron a servir a semejante rey. Maniu y los demás liberales se habrían aliado con nosotros, pero no supimos sacar el provecho debido. Mantuvimos en el poder a un atajo de sinvergüenzas. No es extraño que el país quedara dividido contra sí mismo.

—¡Ah! —exclamó sir Brian sin decantarse: era un hombre justo y estaba preparado para oír a todas las partes—. ¿Cuáles son los hechos, a su parecer?

Wheeler se frotó la frente con desesperación.

—Una Rumanía unida —dijo David hablando con autoridad, sin pizca de deferencia ya—, es decir, una Rumanía que se hubiera granjeado la fidelidad de las minorías tratándolas bien, podría haberse opuesto a las exigencias húngaras. Podría haberse enfrentado incluso a Rusia. Si se hubiera mantenido firme, se le habrían unido Yugoslavia y Grecia, e incluso Bulgaria, tal vez. ¡Una *entente* balcánica! Quizá no fuera gran cosa, pero lo suficiente para que nadie la menospreciara. Con un país sólido y una política interior razonable, la Guardia de Hierro no habría podido recuperarse de ninguna manera. No habría llegado al poder de esta forma.

Sir Brian, con las dos manos en el paraguas como si fuera la culata de un rifle, irguió la espalda con la cabeza agachada como si estuviera de duelo.

Wheeler carraspeó preparándose para detener la dura crítica, pero David no cedió tan fácilmente.

—Y —prosiguió—, además estaban los campesinos, una fuerza formidable, si hubiéramos decidido organizarlos. Se les podía haber entrenado para levantarse en armas a la menor señal de infiltración alemana. Y le aseguro que los alemanes huyen de semejante enfrentamiento. No habrían intentado controlar a Rumanía por las malas. Pero, ya ve, el país se ha roto en pedazos, la Guardia de Hierro detenta el poder y han invitado a los alemanes a pasearse por él a sus anchas. En resumen, nuestra política ha llevado al país directo a manos del enemigo.

Sir Brian levantó la cabeza bruscamente y, con sequedad, preguntó:

—¿Ya es demasiado tarde?

—Demasiado tarde —asintió David.

El presidente miró a Wheeler, pero sin malicia esta vez. Había preguntado por los hechos, pero estaba claro que se les habían ido de las manos. También Wheeler empezaba a perder la paciencia.

—Creo sinceramente… —empezó a decir.

—¡Dios mío! ¡Sí, claro! —Sir Brian le dio la mano a David, a Guy y a Harriet zanjando así el debate—. Ha sido muy interesante. ¡Muy interesante, ya lo creo!

Todavía resultaba encantador, pero había perdido algo por el camino. Echó a andar hacia un lado de la casa y los demás lo siguieron. Continuó hablando afablemente, pero solo para Wheeler.

Ya era casi de noche. No se veía señal alguna de vida ni de luz en el edificio, pero la puerta seguía abierta y Harriet entrevió la chaqueta blanca de un criado que hacía tintinear las llaves en la mano. Estaba esperando a que ellos, los últimos ingleses, se fueran para cerrar.

Mientras Wheeler abría su portezuela, sir Brian se volvió a mirar a los tres jóvenes y, antes de entrar en el coche, se levantó la punta del sombrero con el cayado del paraguas. No sonrió. Wheeler no dijo nada, pero cerró con un golpe furioso y arrancó. Mirando cómo se alejaban las luces rojas traseras, Guy dijo:

—Conque estamos todos en esto, ¿eh? ¡Será cabrón!

—¡La doble cara del oficio! —dijo David, indulgente—. Y Wheeler es un imbécil redomado. En una ocasión me dijo: «Si la diplomacia fuera tan fácil como parece desde fuera, mi querido Boyd, no habría guerras».

Se quedaron los tres con una sensación de reprimenda a su sensibilidad juvenil y, en el viaje de vuelta, reaccionaron riéndose a carcajada limpia por la oscura y desierta *grădinăs*, con todo el frío viento en la cara. Se alegraron de llegar a las calles iluminadas.

Al entrar en la plaza, Harriet miró el gran escaparate brillante de la esquina con el bulevar Breteanu y vio que no había nada en exposición. El Hispano, que había estado allí dos meses como un monumento, había desaparecido. Guy pidió a la

trăsură que se detuviera al lado de la tienda y entró a preguntar. Le informaron de que lo había comprado un oficial alemán y de que había pagado los sesenta mil lei sin rechistar, porque el cambio del marco alemán estaba tan alto que al oficial le había salido más barato que un juguete en Alemania. Había mandado el dinero a la Legación a nombre del señor Dobson.

David preguntó dónde iban a cenar. Harriet quería ir al Cina's o al Capșa's para despedirse y decidieron ir a este último.

Los principales restaurantes siempre se renovaban cuando se recogían en el interior del local para los meses de invierno. Se creaba un ambiente de cambio de estación que prometía nuevas emociones. Después de recorrer las calles vacías en la fría y abierta *trăsură*, llegaron helados al Capșa's, que con sus mullidos asientos rojos, sus dorados y sus enormes arañas de cristal, les pareció deslumbrante.

En esos días, la comida, además de escasear, era a menudo de mala calidad, como si el racionamiento hubiera incitado el acaparamiento y esto hubiera provocado la descomposición de los alimentos. Pero el Capșa's, frecuentado por los alemanes, había conseguido mantener cierta categoría. Las mejores carnes se reservaban para los altos mandos alemanes y sus invitados, por supuesto, pero en el menú solía haber pollo o conejo, liebre confitada e incluso algo semejante al caviar. El comedor se llenaría más tarde, pero en ese momento había muchas mesas libres.

Cerca de la puerta se encontraban las princesas Mimi y Lulie acompañadas por dos jóvenes oficiales de la misión. Se quedaron de piedra al ver a los ingleses. Su aparición provocó cierta agitación en el comedor. El jefe de camareros los interceptó con una inquisitiva mirada de sorpresa, como si fuera posible que no hubieran ido allí a comer sino a otra cosa.

David pidió una mesa en rumano y el jefe de camareros le contestó:

—*Es tut mir leid. Wir haben keinen Platz*.

—Pero si la mitad de las mesas están vacías… —protestó en inglés.

—Están todas reservadas —respondió el hombre en la misma lengua, por la antigua fuerza de la costumbre—. Ahora

hay que reservar con antelación.

David abrió la boca para discutir, pero Harriet intervino y dijo:

—Da igual, la comida aquí es deplorable. Vámonos al Cina's.

Dio media vuelta con la altivez de los acosados y, al pasar al lado de las princesas, vio que uno de los jóvenes alemanes la miraba con risueña comprensión.

—Bien, pues al Cina's —dijo David fuera del restaurante.

—No —dijo Harriet, al borde de las lágrimas—, nos harán lo mismo. Vamos a un sitio en el que no nos conozcan.

Decidieron ir al Polișinel, un restaurante de la época de los boyardos que había estado de moda en otros tiempos y que Guy y David frecuentaban cuando Guy estaba soltero. Encontraron otra *trăsură* y pusieron rumbo al Dâmboviţa.

El Polișinel, construido cuando la tierra era barata y abundante, rodeaba una gran zona ajardinada. Entraron en el salón principal, iluminado con unas pocas bombillas casi marrones, que se extendía muchos metros en penumbra. Allí solo estaba el propietario cenando con su familia. Al ver a los foráneos se levantó encantado y, dándose importancia, llamó al camarero a voces. Seguramente los había tomado por alemanes, pero los ingleses, ante semejante recibimiento, se sintieron como en casa y se olvidaron del mal trago anterior.

Un camarero viejo salió a atenderlos, los colocó en una mesa al lado de una ventana que daba al jardín y se fue rápidamente a encender más luces. Les llevó una carta larga y sucia, escrita a mano en tinta morada, y susurró: «*Fiptură*, ¿eh?». No era día de abstinencia de carne, pero el hombre les habló como insinuando un placer prohibido, y lo tres aceptaron de buena gana.

A otra voz del propietario entró una empobrecida orquesta gitana que, al ver la calidad de la clientela, atacó con brío.

—¡Ay, Señor! —exclamó David—. Creen que somos ricos.

—Lo somos en comparación con ellos —dijo Guy.

David dio la vuelta a la silla para ponerse de espalda a los sonrientes músicos e hizo todo lo posible por hablar más alto que la música.

—Dicen por ahí que Horia Sima y sus muchachos fueron al Santo Sínodo a pedir que santificaran a Codreanu. El capitoste le dijo: «Hijo mío, se tardan doscientos años en santificar a un hombre. Vuelve por aquí y lo hablamos cuando pase ese tiempo».

Cuando todo el mundo dejó de estar pendiente de los extranjeros y de su riqueza, David se acomodó y felizmente se olvidó de la música. Los dos hombres empezaron a hablar de Rusia. Ninguno de ellos había estado en ese país que, según sus esperanzas, regeneraría el mundo, pero la primavera anterior, cuando se rumoreaba que las tropas soviéticas se estaban reuniendo para invadir Besarabia, David había ido hasta la frontera rusa. Desde la orilla del Dniéster había mirado al otro lado, donde había algunas cabañas. La única señal de vida era una vieja campesina que trabajaba en la huerta.

Que les contara algo de sus viajes por Rumanía era una señal de que sus andanzas tocaban a su fin, y también la vida de los tres allí.

—¿Pudiste cruzar al otro lado? —preguntó Harriet.

—No, no había barcas ni puentes, no se podía cruzar.

No había nada más que agua fría y gris, rizada por el viento helado, y al fondo, leguas y leguas de tierra amarillenta y nieve hasta el infinito.

Harriet les contó lo que le había dicho Sasha de la aldea judía.

—¿Todos los habitantes de Besarabia serían tan desgraciados? —se preguntó.

—Tal vez no —dijo David—, pero lo eran bastante. La mayoría se alegró de que llegaran los rusos. Los rumanos no han aprendido a gobernar convenciendo en vez de por la fuerza. Se merecen perder a las minorías, aunque a su propio pueblo tampoco lo tratan mucho mejor. Siempre han robado a los campesinos. ¿Por qué iban a querer trabajar si les quitan todo lo que producen? Los despluma todo el mundo: el cobrador de impuestos, el prestamista, su propio ejército y quien sea. Ahora dan de comer a los alemanes. No los han librado de la condición de siervos, pero creo que si les hubieran dado la oportunidad habrían demostrado lo inteligentes, creativos y trabajadores que

son. En mi opinión, lo mejor que le puede pasar a este país es justo lo que más teme: que lo invada Rusia y le imponga la estructura social y la economía rusas.

Guy sonrió ante esa idea, que le parecía demasiado buena para ser verdad.

—¿Alguna vez llegará ese día?

—Tal vez antes de lo que te imaginas. Los rumanos creen que con el apoyo alemán recuperarán Besarabia. Si lo intentan, es posible que los rusos ocupen todo el país e incluso toda la Europa del Este, quizá.

Se acercó una niña con una cesta de flores, dejó en las mesas unos pomos de caléndulas y dalias pompón y se retiró a una distancia prudencial mientras los comensales decidían si comprar o no. Guy le dio lo que la niña le pidió —una pequeña cantidad—, pero a la niña le sorprendió. Ella solo había propuesto un precio para empezar el regateo.

Aspirando el olor amargo y punzante de las caléndulas, Harriet miró el jardín, lleno de guijarros y cargado de estatuas de piedra. Había varios árboles añosos que superaban los tejados de los edificios circundantes y, vencidos por su excesiva altura, se doblaban y susurraban con el viento. Al fondo del jardín se encontraban los antaño famosos *salons particuliers* con todas las luces encendidas. Algunos tenían las cortinas corridas, como si hubiera gente dentro. Otros las tenían recogidas con gruesos cordones y se veían la paredes blancas y doradas y las arañas con bombillas rotas y sin brillo. En el más cercano vio una mesa puesta para dos y un sofá cubierto con satén verde, un verde claro como de nenúfar, mugriento seguramente. Esas habitaciones no habían cambiado en cincuenta años y se decía que tampoco las habían limpiado. La enterneció esa grandeza decadente que se arrastraba en la vida como podía mientras todo se derrumbaba alrededor de Guy y ella.

—No le parecen importantes las cosas que pasan —dijo Guy, al darse cuenta de que Harriet no estaba atenta a la conversación.

—Solo hay que dejar que pasen y pierdan toda la importancia —replicó ella riéndose.

—También puede uno pasar con ellas —añadió David con

una sonrisa seca y sombría.

La comida tardaba en llegar. Les habían servido sopa; unos veinte minutos después llegó el camarero con tenedores y cuchillos y, por fin, la *friptură*.

—En sus buenos tiempos —dijo David—, aquí servían el mejor filete de Europa.

—¿Qué te parece que es esto? —preguntó Guy.

—Me parece —dijo David riéndose por lo bajo— que alguna *trăsură* ha perdido el caballo.

Los dos hombres se pusieron a recordar la primavera y el principio del verano del año anterior, cuando frecuentaban el jardín del Polișinel y hablaban de la guerra que se avecinaba. A las doce de la noche seguían llegando comensales, que se quedaban allí hasta que las primeras luces del alba asomaban entre los árboles. Mientras hubiera un cliente los músicos tocaban una serie de melodías sentimentales, banales y bonitas, pero, según pasaban las horas, tocaban más suavemente y a menudo dejaban una frase a medias para empezar otra cosa distinta o hacían sonar una sola nota de vez en cuando a modo de recordatorio, mientras esperaban su recompensa pacientemente.

—¿Cómo se lo pagamos ahora? —preguntó Guy, y sacó un billete de mil lei, extravagancia que Harriet y David miraron de reojo—. Por los placeres pasados —dijo, y se lo dio a los músicos.

Cuando llegaron al piso de los Pringle eran poco más de las once y a David le pareció bien subir a tomar el último trago. El vestíbulo estaba a oscuras. Habían reclutado al portero hacía tiempo y no habían puesto un sustituto. El ascensor estaba estropeado.

Harriet percibió algo raro en el edificio… tal vez la falta de ruido. Los rumanos eran trasnochadores. Por lo general, en las escaleras siempre se oían voces y música hasta altas horas, pero en ese momento todo estaba en silencio. Empezaron a subir de rellano en rellano, a oscuras, y no se oía nada más que sus propios pasos. En el octavo piso vieron una luz que venía de arriba.

—Es de nuestra casa. La puerta está abierta.

Se pararon a escuchar. El silencio era total. Unos momentos después Guy empezó a subir sin hacer ruido, con David detrás. Harriet no se movió, tanta quietud la desasosegaba, y también ver la puerta de su casa abierta de par en par. Dentro no se oía nada. Subió dos escalones para poder atisbar a los dos hombres en el vestíbulo. La puerta de la salita estaba entreabierta y las luces encendidas.

Guy oyó sus pasos en las escaleras y le dijo que esperara. Dio un empujoncito a la puerta de la salita, que se abrió. No había nadie.

—Está claro lo que ha pasado aquí —dijo David.

—Nos han asaltado —le dijo Guy a Harriet.

—¿Dónde estarán Sasha y Despina?

—Escondidos en alguna parte, seguro.

Recorrieron todo el piso entre papeles, basura, libros, ropa y cristales rotos. Habían vaciado los cajones, habían deshecho las camas, habían tirado los libros de las estanterías, habían destrozado los cuadros, habían levantado la moqueta del suelo. Entendieron que no había sido producto de un ataque de destrucción, sino un registro sistemático. El destrozo y el desorden eran puramente accidentales. Pero ¿qué estarían buscando? Algo que se podía esconder en un cajón o debajo de un colchón… es decir, no buscaban a Sasha. Aunque quizá fuera lo que habían encontrado.

No había ni rastro del chico. Su habitación estaba hecha un desastre, como el resto del piso.

Guy fue el primero en ir a la cocina; la puerta de la salida de incendios estaba abierta. Habían vaciado los cajones; el suelo estaba cubierto de latas de té, de café y de legumbres.

Harriet miró en la habitación de Despina. No había nada. Sus cosas habían desaparecido.

Salieron a la escalera de incendios. A esa hora el patio de la parte trasera de la casa, al que daban las cocinas, solía estar en plena ebullición de gritos, peleas y risas incluso. Sin embargo en ese momento todas las puertas estaban cerradas, menos la suya. No había luces. Las cocinas parecían abandonadas.

Harriet subió a la azotea. Las puertas de las casetas de los criados estaban cerradas. Abrió la que había ocupado Sasha. No

había nadie y los llamó: «¡Sasha! ¡Despina!», pero no hubo respuesta.

Volvieron a la habitación de Sasha. Las mantas y las sábanas estaban en el suelo; Harriet se agachó a recogerlas y apareció la armónica. Se la dio a Guy como prueba de que se lo habían llevado por la fuerza. Debajo de la cama encontró el pasaporte falso partido por la mitad… como riéndose, parecía.

Se acordó de los animalitos que se le habían muerto de pequeña rompiéndole el corazón.

—Lo matarán, sin duda —dijo.

—No —dijo Guy—, ¿por qué lo iban a matar? Iré a la Legación por la mañana. Investigarán lo sucedido. No te preocupes, no lo dejaremos pasar.

Harriet negó con un gesto de la cabeza, incapaz de hablar. Sabía que nadie podría hacer nada. Las autoridades rumanas tenían muy poco poder frente a la Guardia de Hierro. La Legación británica, menos aún. En cualquier caso, Sasha era un desertor. Podían detenerlo legalmente, no tenía derechos.

—Creo que debemos irnos de aquí. Es fácil que vuelvan —dijo David.

Salió al rellano a vigilar mientras Harriet llenaba rápidamente su maleta. Guy metió unas camisas y ropa interior en la mochila y cogió unos cuantos libros en la salita. Habían pisoteado varios y les habían roto el lomo; se veían huellas de botas y de taconazos en las páginas. Reconoció la violencia contra la que se había declarado y dijo:

—Ha entrado la bestia.

Se alegró de que Harriet se fuera al día siguiente. A partir de ese momento podía pasar cualquier cosa.

Consiguió meter unos veinticinco libros en la mochila y seis en los bolsillos. Se llevó uno más bajo el brazo. El de los sonetos de Shakespeare.

Antes de irse cerraron la puerta de atrás y apagaron las luces. No tenían tiempo de arreglar el desastre. Lo dejaron tal como lo habían encontrado. Llegaron a la calle con la sensación de haberse librado por muy poco.

—Me he puesto bastante nervioso ahí arriba —dijo David.

—¡Dios! —exclamó Guy—. Yo no he tenido más miedo en

mi vida.

Harriet no abrió la boca hasta que llegaron a la plaza, y entonces dijo:

—No puedo irme mañana. Y ahora ya no hay motivo para que me vaya.

—¡Ah, tienes que irte! —dijo Guy—. Tienes que buscarme trabajo. Si te quedas, no podrás hacer nada. Y Dobson te espera en el aeropuerto.

En la habitación de David había dos camas. A Harriet se le cayó encima todo el cansancio de repente, se tumbó en una y se quedó dormida al momento. Los hombres, demasiado inquietos para dormir, pasaron casi toda la noche hablando, bebiendo y jugando al ajedrez.

28

Cuando Harriet se despertó la mañana siguiente y recordó lo sucedido, le sorprendió no sentir nada. Se preparó para el viaje, ya le daba igual irse que quedarse.

A David lo llamaron de la Legación y se despidió de ella en el vestíbulo. Al salir del hotel con Guy vio a Galpin metiendo el equipaje en el coche. Guy le preguntó si se iba. Galpin negó con un gesto.

—Algo flota en el ambiente —le dijo—, me da en la nariz que el globo va a despegar.

—¿Crees que es cuestión de días?

—Es cuestión de horas. De todos modos, estoy preparado. Te llevo, si quieres.

—Harriet se va a Atenas esta mañana. Yo tengo que quedarme.

—¿Quedarte? ¿Para qué? ¿Quieres ganarte una bala en el cuello o en la cabeza?

—Tengo trabajo que hacer —dijo, con una rara expresión obstinada.

—Bien. —Galpin se separó y echó a andar poniéndose la gabardina al mismo tiempo—. Este que no quiere arriesgarse se despide afectuosamente —dijo, y se fue hacia el hotel a toda prisa.

Dobson ya estaba en el aeropuerto cuando llegaron los Pringle. Hacía una mañana heladora y el diplomático llevaba un abrigo con cuello de astracán. Le habían dicho que Harriet iría con un alumno de Guy.

—¿Dónde está el joven?

Guy le contó lo sucedido la víspera y que el alumno era Sasha Drucker… ya no tenía sentido ocultarlo. Añadió que su intención era informar del asunto a la Legación y pedir colaboración a Fitzsimon, que había hecho el papel de Troilo.

Dobson lo escuchó con una expresión comprensiva pero intrigada, como si le preguntara qué era lo que quería de él. Si la Legación británica ya no podía proteger a sus propios ciudadanos, ¿qué iba a hacer por un joven judío desacreditado que había desaparecido en el caos?

—Hay gente como Sasha Drucker por toda Europa…

Hizo un gesto de desesperación por el inmenso sufrimiento que se había convertido en cotidiano.

—Estoy seguro —dijo Guy mirando a Harriet— de que Fitzsimon hará lo que pueda.

Harriet desvió la mirada. Creía que habrían acabado con Sasha y solo deseaba olvidar todo lo que tuviera que ver con él.

—Será mejor que ocupemos nuestros asientos.

—Mándame un telegrama en cuanto llegues —le dijo Guy, preocupado por la falta de emoción de su mujer.

—Sí, claro.

Harriet se puso a disposición de los oficiales del aeropuerto y uno de ellos se llevó su pasaporte. Protestó, pero le dijeron que se lo devolverían en el avión.

Cuando Guy la abrazó para despedirse con un beso, ella solo pensaba en terminar de una vez con el adiós. Dobson la agarró del brazo y se la llevó procurando distraerla de los últimos y corrosivos momentos con comentarios alegres sobre el viaje que les esperaba.

—Siempre me encanta dar estos saltitos por encima de los Balcanes —le dijo.

Cuando el avión estaba a punto de iniciar maniobras entró un oficial, saludó a Harriet y le entregó el pasaporte. Se cerraron las puertas y el avión empezó a deslizarse. Al despegar miró hacia abajo, y al ver la solitaria figura de Guy que la buscaba con la mirada, se le clavó un pensamiento en el corazón: «Es posible que no lo vuelva a ver». Quiso bajarse al instante y lanzarse a sus brazos. Abrió el pasaporte y vio la palabra *anulat* sellada encima del visado de regreso.

—Me han anulado el visado —dijo, consternada, desaparecida la indiferencia. De repente le entró pánico ante la realidad del viaje y dijo—: Tengo que volver. No pueden separarme de mi marido.

—Puede pedir el visado en Atenas —le dijo Dobson para tranquilizarla—. El cónsul rumano es un muchacho encantador. Hará todo lo que sea por una dama —y se puso a hablar del Danubio, que sobrevolaban en ese momento y parecía una ancha cinta con embarcaciones y filas de negras barcazas petroleras—. ¿Sabía que en los mapas del 400 antes de Cristo

señalaban el nacimiento del Danubio en los Pirineos?

—Pero no nace en los Pirineos, ¿verdad?

Dobson se rio de su ignorancia con tan sana alegría que ella empezó a sentirse a gusto. Agradecía mucho su compañía. Antes de la guerra, cuando viajaba sola, había disfrutado de la independencia. En cambio en ese momento prefería estar con Dobson, era como un recuerdo de la vida normal con Guy. Se animó pensando que tenía una misión que cumplir. Iba a buscar trabajo para Guy y un refugio para los dos. Empezó a pensar en Bella: sería la única inglesa de Bucarest en cuanto sus amigos ingleses se fueran. Se lo contó a Dobson, que sonrió con despreocupación.

—Le dije que la Legación la sacaría del país si teníamos que irnos —le explicó—, pero no mostró el menor interés.

—No creería que iba a abandonar a Nikko…

—Lo habríamos sacado a él también. Los dos hablan varios idiomas y podrían sernos muy útiles. —Y se rio con un matiz de fastidio—. Lo cierto es que cree que estará mucho mejor donde está.

Al otro lado de la frontera no había nada que ver, más que un mar de nubes por el que sobresalían como islotes las cimas de las montañas, oscuras y azules. Al avanzar la mañana, las nubes se disiparon y dieron paso a una vista de resecas mesetas balcánicas. De vez en cuando el avión encontraba turbulencias, descendía en picado y se distinguían piedras, grietas y flores alpinas con todo detalle.

Apareció Sofía entre sus montañas, una ciudad pequeña, gris bajo un cielo gris. Al parecer, era el destino de casi todos los pasajeros.

—Ojalá me quedara aquí —se lamentó Harriet, y Dobson sonrió ante tamaña tontería.

—Atenas es una maravilla —dijo— y conocerá a gente encantadora.

Se estaba preparando para dejarla y no entendía que no se alegrara de seguir el viaje sola.

Cuando el avión aterrizó, Harriet fue con Dobson hasta la barrera. Lo esperaba un chófer y, al pasarle el equipaje, miró hacia atrás y vio que habían bajado su maleta a la hierba. Su

avión estaba circulando por el césped. Y dio un grito.

—¡Se van sin mí!

—Seguro que no —dijo Dobson, pero el avión despegó en ese momento.

Dobson habló con el chofer búlgaro; el hombre fue hasta la garita de la aduana y volvió para decirles que habían anunciado que el avión rumano no proseguía el viaje y que los pasajeros con destino a Atenas debían seguir en un avión alemán de Lufthansa.

—Pero ¿por qué? —preguntó Harriet, alarmada. Se acordaba de las palabras de Galpin: «En situaciones de conflicto, lo primero que cierran es el servicio aéreo»—. ¿Qué ha pasado?

Nadie le respondió.

—Probablemente —dijo Dobson— se habrán asustado por algún rumor. Ya sabes cómo son los rumanos.

—No puedo ir con Lufthansa —dijo Harriet.

Tenía miedo de verdad. En Bucarest se rumoreaba que a algunos hombres de negocios británicos afincados en Turquía y que, en contra del protocolo, viajaban con Lufthansa, no los habían llevado a Sofía, sino a Viena, y allí los habían detenido y los habían internado.

—Por mi parte —dijo Dobson sonriendo ante los temores de Harriet—, viajaría más seguro en un avión de Lufthansa que en uno rumano.

—Pero está prohibido.

—En general, nada más. Aquí no te dejarán pasar la barrera y no puedes volver a Bucarest, así que no te queda más remedio que ir con el único transporte posible.

El gran avión de Lufthansa esperaba en la pista; había un oficial alemán al pie de las escaleras. Harriet se puso mala al verlo.

—Por favor, espere conmigo hasta que me vaya —le rogó a Dobson, impresionada por el apuro en el que se encontraba.

—Me temo que es imposible —dijo él—. El ministro me espera a la hora de comer.

—Son solo veinte minutos —suplicó al borde de las lágrimas.

—Lo siento —murmuró Dobson sin rastro de optimismo, y

Harriet percibió algo inflexible en el tono en que le dijo—: No puedo hacerle esperar.

Cuando Dobson se fue, ella se sentó un rato en el banco que había al lado de la aduana y se quedó mirando el avión alemán. Empezaron a embarcar pasajeros y comprendió que sería inútil retrasar el momento. Tal como había dicho Dobson, no podía quedarse allí ni volver por donde había venido. Y supo lo que era ser una apátrida sin hogar.

Cinco hombres ocupaban las escaleras del avión y los cinco le parecieron hostiles. Justo delante de ella subía un anciano menudo que tiraba de un perro de juguete atado con una cuerda; parecía una hucha. La miró y sonrió, y al verle el lacio pelo entrecano y rubio, la sonrosada cara chata y los húmedos ojos azules, le pareció más siniestro que los demás. Sin embargo, cuando llegó a la altura del oficial de las escaleras, enseñó un pasaporte británico y dejó de parecerle tan siniestro. Miró por encima de su hombro y vio que era un cónsul retirado que se llamaba Liversage, con domicilio en Sofía, nacido en 1865. Los alemanes trataron a los dos ingleses con fría cortesía y ella, al final, agradeció la presencia del anciano y de su perro de juguete.

Cuando entraron en el avión el hombre se apartó para que Harriet eligiera sitio y, cuando se sentó, se puso a su lado. Se subió el perro de juguete a las rodillas y, acariciándole el gastado lomo, le dijo:

—Hago colectas para los hospitales. He recogido cientos de libras, ¿sabe? Miles, en realidad. Llevo más de quince años haciendo lo mismo.

El viaje ya no la asustaba. Se preguntó si serían capaces de desviar un avión solo para capturar a una joven inglesa y a un anciano de setenta y cinco años.

Mientras sobrevolaban las montañas, el señor Liversage no dejó de hablar, interrumpiéndose solo para oír la respuesta a alguna de las preguntas que le hacía. De dónde era, adónde iba, qué hacía en ese rincón del mundo…

—¿Su marido es académico?

Se lo preguntó en un tono agradable, pero para él la pregunta tenía importancia. La respuesta la situaría en su

esquema mental. Harriet meditó si un profesor de universidad de provincias podía considerarse un académico.

—Sí —decidió responder, y el señor Liversage se quedó satisfecho.

Cerca de la frontera búlgara el cielo empezó a despejarse. Cuando sobrevolaban Macedonia el avión salió de repente a un aire brillante y casi al momento avistaron el Egeo, que agitaba sus azules y verdes de pavo real contra la dorada costa de Tracia. Pasaron junto a una montaña que parecía un caldero invertido y Harriet quiso hacer un comentario, pero el señor Liversage no dejaba de hablar y la montaña quedó atrás. Mientras miraba abajo, a las Espóradas, ribeteadas de algas moradas, entre aguas poco profundas de color jade y azul turquesa, él le contaba su vida en Sofía, donde tenía «un bonito palacete, un bonito jardín y vivía muy feliz». Pero le habían aconsejado que se fuera. También Bulgaria estaba amenazada por la guerra, que iba extendiéndose hacia el este como un río de lava gris… para cubrirlo todo.

—¡Pues ya hemos llegado! —dijo, acariciando la rabadilla al perro con una anciana mano de piel floja y llena de manchas —. Voy a Atenas; seguramente me instalaré ahí. Qué divertido, ¿verdad?

Tal vez. Harriet sonrió por primera vez desde la noche anterior, cuando llegó al piso asaltado. El recuerdo se había desvanecido a medida que se alejaban del mundo balcánico dejando atrás el rastro del otoño y volviendo al verano. Todo lo que se veía abajo parecía de un dorado sonrosado. El sol entraba a chorros por las ventanillas y era cada vez más cálido a medida que avanzaba el día.

Durante el resto del viaje, que se prolongó hasta el final de la tarde, el señor Liversage llevó al perro en las rodillas. Tenía un paquete de sándwiches, que compartió con Harriet. A veces, mientras hablaba, se le tensaban las manos encima del perro y los nudillos sobresalían, brillantes, pero su actitud, natural y animosa, daba a entender que estaba acostumbrado a que lo desarraigaran de un sitio para llevarlo a otro y no tenía motivos de queja. El avión se dirigió al sur, no parecía que fuera a cambiar de rumbo. Y así fue, porque Harriet se percató

enseguida de que estaban sobrevolando Atenas.

—Volveremos a vernos —le dijo el señor Liversage cuando empezaron a descender.

Al distinguir las fachadas de mármol y las colinas de alrededor a la luz rosada y violácea del anochecer, Harriet dio gracias por ir a descansar a un sitio tan maravilloso.

29

Al día siguiente después de comer se encontró con Yakimov y se llevó un gran susto.

Había estado paseando por las calles desconocidas como transportada, sin la carga de todo lo que había dejado atrás. La tarde anterior había ido al cine y en el noticiario no había visto el poder inexorable de las divisiones panzer alemanas, sino a un puñado de zapadores británicos poniendo una mina entre unos matorrales resecos en alguna parte del norte de África. En el fondo estaba decidida a volver a Bucarest, pero entretanto se solazaba en ese mundo nuevo en el que ser inglesa significaba ser bien acogida.

Yakimov, subido como un saltamontes en una bicicleta antigua, interrumpió su sueño recordándole el pasado. Al verla, se bajó de la bici de un salto y se acercó corriendo cuesta abajo y exclamando:

—¡Mi querida niña! ¡Qué maravilla! ¿Qué noticias me traes del Hispano?

—Lo han vendido.

—¡No! —Se puso a su lado sin resuello y empezó a enjugarse la cara muy emocionado—. ¡Justo cuando tu pobre Yaki se preguntaba de dónde sacaría algo de líquido! ¿Cuánto le dieron?

—Sesenta mil.

—¡Mi querida máquina!

Se le salían los grandes ojos claros de las cuencas de puro placer, así que Harriet no tuvo valor para decirle que sus sesenta mil no valían ahora ni diez libras.

Llevaba el traje de tusor y la camisa de color amarillo indio —las marcas oscuras de las axilas más oscuras todavía, con un reborde de cristales de sal— y una cartera de cuero colgada al hombro, llena de hojas de multicopista. Le preguntó por qué iba en bicicleta, con el calor que hacía a primera hora de la tarde.

—Tengo que entregar todo esto —dijo—, son boletines de la Oficina de Información. Es un trabajo importante. Me contrataron en cuanto llegué. Seguramente sabían que había sido corresponsal de guerra. No pude negarme. Tenía que aportar mi granito de arena. Bueno… —Se preparó para montar

otra vez con la bicicleta a cierta distancia, como si además de inmanejable fuera cruel—. Se puede decir que os habéis ido justo a tiempo.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó Harriet, agarrándolo del brazo.

—Bueno, corren rumores de una ocupación alemana.

—Pero Guy todavía está en Bucarest.

Yakimov parpadeó y la miró desconcertado, con un pie en el pedal.

—No te preocupes, mi querida niña, ya sabes lo que son esos rumores. —Se sentó en el sillín y, haciendo eses, intentó despedirse a su estilo infantil—. Volveremos a vernos —dijo—. Estoy siempre en Zonar's.

Harriet se quedó en la carretera mirándolo. En unos minutos, toda la inquietud de antes la invadió de nuevo, y se preguntó cómo iba a averiguar lo que había pasado en ese país desconocido del que no entendía ni el abecedario. Estaba en un hotel pequeño, sobrio y barato, un refugio de residentes ingleses. Quizá encontrara a alguien que pudiera decirle algo.

En la sala de los residentes había cuatro mujeres, cada una en un rincón. La demacrada que tomaba té solo podía ser inglesa, pensó, y aunque siempre se cohibía con las personas desconocidas, se dirigió a ella sin pedir excusas.

—¿Sabría usted decirme si hay novedades en Rumanía?

La mujer se sobresaltó y después puso mala cara por la falta de formalidad de Harriet. Hizo una pausa antes de responder.

—Casualmente acabamos de oír las noticias de la radio. Los alemanes la han ocupado.

Era evidente que a esas mujeres no les preocupaba el asunto. Comprendió que solo ella conocía la realidad que había detrás de ese anuncio, y de pronto estalló:

—Mi marido está allí —y se acordó de que había pensado que tal vez no volviera a verlo.

—Lo llevarán a un campo de concentración —dijo la mujer —. Se lo devolverán cuando termine la guerra. Mi marido ha muerto.

Y, después de ofrecerle tan parco consuelo, se sirvió otra taza de té.

Harriet fue al vestíbulo y preguntó al recepcionista la dirección de la Legación británica. Recorrió el camino por las calles desiertas en plena tarde, entre muros cegadores, blancos como la sal, y descubrió que a esa hora no había nadie en la Legación, solo un celador maltés. Le contó el caso.

—No hay forma de saber qué harán los alemanes con mi marido. Está en una lista de gente a la que busca la Gestapo.

Se llevó las manos a los ojos y se los apretó, atragantada de angustia, con un horrible sentimiento de culpa por haberlo abandonado sin pensar en la situación en que lo dejaba.

El celador, amable y dispuesto a ayudar, le dijo:

—Tal vez no le haya pasado nada. Ya sabe que siempre circulan toda clase de rumores. Mire, voy a hacer lo siguiente: llamo a Bucarest por teléfono. Hablo con la Legación y pregunto qué ha pasado. Y sobre todo pregunto por su marido.

—¿Cuánto tardará?

—Una o dos horas. Vaya a un café a tomarse algo. Dese un paseo y, cuando vuelva, seguro que tengo buenas noticias para usted.

Pero cuando volvió no había noticias. El celador no había podido hablar con Bucarest.

—Han «bajado el telón» —dijo, procurando sonar optimista, pero ella notó inseguridad en su voz.

Este «telón» aislante era la prueba de que había pasado algo en el país o de que estaba a punto de pasar. Le prometió intentarlo de nuevo y Harriet se fue a pasear otro rato, primero en una dirección, después en otra.

Al final de la tarde volvió a la Legación. El celador hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Más tarde lo intentaré otra vez.

Estaba cansada para seguir paseando y prefirió sentarse en un banco en la cancillería, a ver entrar y salir a la gente. Los empleados habían vuelto a sus puestos y el celador tenía obligaciones que atender. Nadie le dirigió la palabra; tampoco ella tenía ganas de hablar. No serviría de nada molestar a los atareados oficiales. Si había novedades, el celador la avisaría. Por la noche, el hombre salió de su cuarto y la miró. Se cohibió porque no tenía nada que decirle.

—Es mejor que se vaya a casa —le sugirió—. Vuelva por la mañana. Tal vez podamos hablar con alguien a lo largo de la noche.

—¿Hay alguien aquí por la noche?

—Siempre hay alguien.

—Entonces, ¿puedo volver más tarde?

—Si quiere… Pruebe a las once.

Tuvo que irse a la calle otra vez; necesitaba contárselo a alguien y solo se le ocurría Yakimov. De pronto lo vio como un amigo… un viejo amigo: conocía a Guy, no como las mujeres del hotel, y comprendería su aflicción.

Bajó la cuesta hasta el centro de la ciudad. Se puso a buscar en los cafés de la calle principal sin distinguir unos de otros. Antes, durante el día, había gente sentada en las aceras, pero la noche estaba fresca y las sillas estaban vacías. Entró en los cafés, uno tras otro, miró alrededor buscando casi con frenesí. Cuando encontró a Yakimov temblaba de angustia, una angustia que rozaba la desesperación.

—Mi querida niña, ¿qué te pasa, por Dios? —dijo él, asustado, al verla en esas condiciones.

Harriet intentó hablar, pero no quería echarse a llorar y solo pudo hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Siéntate —le dijo—. Toma un trago.

El hombre que estaba con Yakimov era mayor, fornido, y su pelo blanco parecía aún más blanco en contraste con la oscura piel de color ciruela. Para darle tiempo a reponerse, Yakimov dijo afablemente:

—Te presento a Mustafá Bey. Mus, mi querido muchacho, esta es la señora Pringle, de Bucarest. En realidad no quiere mucho al pobre Yaki. —Dedicó una sonrisa a Harriet—. ¿Qué quieres tomar? Nosotros estamos tomando brandy, pero aquí puedes pedir lo que te apetezca, whisky, ginebra, *ouzo*… lo que prefieras. Paga Mus.

Eligió brandy y, después de beber un poco, se recobró lo suficiente para poder hablar.

—Lo de la ocupación alemana seguro que es cierto —dijo —. Han «bajado el telón», y ya sabes lo que significa eso.

—Es cierto —dijo Mustafá Bey con un gesto de

asentimiento.

Harriet contuvo el aliento y preguntó:

—¿Qué le va a pasar a Guy?

—Guy no es tonto —dijo Yakimov—, sabe cuidarse, desde luego.

—La noche antes de que me fuera asaltaron nuestro piso.

Harriet vio que a Yakimov le temblaba la cara y se acordó del croquis del pozo de petróleo. Ese temblor lo delató. Ella sabía quién había cogido el plano, pero ya no tenía la menor importancia. La ocupaban otras preocupaciones mayores.

—La Legación se hará cargo de mi querido muchacho —dijo Yakimov —. Han sacado de Francia y de Italia a todo el que han querido. Dobbie es un buen hombre y aprecia a Guy. No será capaz de abandonar a un colega.

—Dobson está en Sofía —dijo Harriet.

—¡No! ¡Ay, Dios! —Pensando sin duda en sus sesenta mil, le dijo a Mustafá Bey—: Me tomaría otro, mi querido muchacho.

Mustafá Bey levantó una larga mano de color malva e hizo una seña al camarero. Les sirvieron más brandy.

Con la preocupación en suspenso, Harriet se sintió de golpe terriblemente cansada. Miró el reloj que había en la pared detrás de Yakimov mientras él hablaba de los placeres de Atenas; según decía, había comida en abundancia.

—Y tenemos aquí a muchos amigos, por ejemplo, Toby Lush.

—¿Toby Lush está aquí?

—Sí, y en un puesto muy influyente, según me han dicho. Y su amigo Dubedat. Y un tal lord Pinkrose, que acaba de llegar de Bucarest. Te encontrarás como en casa en cuanto te instales.

Harriet asintió. Pensaba en Guy y en Sasha. Se preguntó si alguna vez volvería a estar como en casa sin ellos. Preguntó a Yakimov cuánto tiempo llevaba en Atenas.

—Una semana.

Había recuperado la actitud de grandeza sencilla con la que al principio había asediado a la sociedad de Bucarest y parecía a sus anchas en su nueva guarida, donde todavía no habían descubierto quién era en realidad.

Para cuando las manecillas del reloj se acercaron a las once,

Harriet casi no podía respirar, y de repente, incapaz de esperar más, se puso de pie y dijo:

—Tengo que volver a la Legación.

—Te acompaño —dijo Yakimov, y se levantó también.

—Por favor —dijo ella, sorprendida—, no te molestes. Ya me has ayudado bastante y…

—Pues claro que te acompaño, mi querida niña. Tu pobre Yaki no es tan malo como crees. Soy un caballero, ya lo sabes, un caballero. —Tenía el abrigo de marta colgado en el respaldo de la silla. Se lo puso sobre los hombros con elegancia y despreocupación y le dijo a Mustafá Bey—: Vuelvo enseguida.

Mustafá Bey asintió con una solemnidad plúmbea.

—Un sitio encantador —dijo Yakimov cuando iban por la calle— y una gente estupenda. Mustafá es un antiguo amigo muy querido. Dollie y yo estuvimos con él cuando tenía su casa en Esmirna. Era millonario o algo. Ahora está en la ruina, como tu pobre Yaki.

Recordando tiempos mejores, subió con ella la cuesta hasta la villa de la Legación. Al llegar a la puerta, Harriet dijo: «¿Entras tú a preguntar?». Le parecía que el impacto sería menos brutal si le llegaba por medio de otra persona.

Yakimov entró con paso alegre, como para demostrarle que no había nada que temer. Harriet se apoyó en una farola. No había nadie en la calle, ninguna señal de vida, solo la luz de la cancillería. Miró la puerta por la que había entrado Yakimov. Apenas había desaparecido por allí cuando volvió a salir sonriendo como si fuera un portador de regalos. Harriet se animó de pronto al oírle decir alegremente:

—Tal como pensaba, mi querida niña. Todo está bien. La calma reina en Bucarest. Es cierto que se espera un ejército de ocupación, pero todavía no hay señales de nada. La Legación continúa en su puesto y dicen que se respetará a los ciudadanos británicos. Seguro que tu querido niño estará contigo en un abrir y cerrar de ojos.

Libre de malos presentimientos y muy cansada para hablar, se echó a llorar. Lloró por Sasha, por el gatito rubio, por Guy, solo en el aeropuerto, por el piso abandonado, por los libros estropeados que se habían quedado en el suelo, por la guerra,

por el sufrimiento infinito y por el caos del mundo.

Sin decir nada, Yakimov la llevó lentamente calle abajo. Cuando empezó a sorberse la nariz y a sonarse le preguntó dónde se alojaba.

—Que tengas un sueño reparador; mañana lo verás todo de otra manera —le dijo en la puerta del hotel.

—Has sido muy amable conmigo —respondió ella—. No sé cómo agradecértelo.

—¡Vamos, mi querida niña! —exclamó él, modesto y asombrado—. Acuérdate de lo que hiciste tú por mí. Me acogiste, me diste un hogar. Es lo máximo que podías darme.

—En realidad fue idea de Guy.

—Pero tú me diste de comer y permitiste que me quedara.

Harriet se avergonzó porque lo había hecho a regañadientes.

—Veo que conservas tu precioso abrigo —le dijo.

—Sí —contestó él con entusiasmo. Dio la vuelta al bajo delantero y, a la luz de la puerta del hotel, le enseñó el deteriorado forro de marta—. ¿Te había dicho que fue un regalo del zar a mi pobre padre?

—Creo que sí, que me lo dijiste una vez.

—Si me necesitas —dijo, y le besó la mano—, siempre me encontrarás en el Zonar. —Le dio unos golpecitos en la mano antes de soltársela—. Buenas noches, mi querida niña.

—Buenas noches.

Saludó con la mano, dio media vuelta y echó a andar arrastrando por el suelo el bajo descosido del abrigo.

«Nuestra época es fundamentalmente trágica, por eso nos negamos a tomárnosla trágicamente. La catástrofe ya ha sucedido; estamos entre las ruinas, intentando construir pequeños y nuevos espacios habitables, creando pequeñas y nuevas esperanzas. Se trata de un trabajo arduo: ya no quedan caminos llanos hacia el futuro y sorteamos o superamos los obstáculos con dificultad. Tenemos que seguir vivos, no importa cuántos cielos se hayan desplomado.»

D. H. LAWRENCE

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *La ciudad expoliada*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Olivia Manning nació en 1908 en Portsmouth, Inglaterra, y pasó gran parte de su infancia en Irlanda del Norte. Se formó como pintora hasta que se trasladó a Londres, donde decidió dedicarse a la escritura. En 1938 publicó su primera novela, y un año después se casó con Reginald Smith, profesor del British Council al que acompañó cuando fue destinado a Bucarest y posteriormente, a medida que los nazis avanzaban hacia el este de Europa, a Grecia, Egipto y Jerusalén, donde vivieron hasta el final de la guerra. Durante la década de los cincuenta, Manning escribió numerosas obras, pero el éxito le llegaría con *La gran fortuna* (1960; Libros del Asteroide, 2020), la primera perteneciente a su serie de novelas protagonizadas por Guy y Harriet Pringle, cuyas personalidades y experiencias están inspiradas en las de la propia autora y su marido. Estas seis novelas, agrupadas en dos trilogías, la Trilogía balcánica (*La gran fortuna*, *La ciudad expoliada* y *Friends and Heroes*) y la *Trilogía del Levante*, serían posteriormente recopiladas bajo el título *Fortunes War* (1982) y adaptadas a la televisión en 1987. Todas ellas están consideradas actualmente entre las mejores obras de ficción sobre la segunda guerra mundial. Manning regresó a Londres después de la guerra, ciudad en la que vivió hasta su muerte en 1980.

* En alemán, «paz en primavera». *(N. de la T.)* (Todas las notas son de la traductora, salvo si se especifica otra cosa.)

❄ Referencia al poema de Lewis Carroll «La morsa y el carpintero», incluido en *Alicia a través del espejo* (1865).

* Muchas gracias al señor Edgell Rickworth por permitirme generosamente incluir sus versos aquí. *(Nota de la autora.)*

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *La ciudad expoliada*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Todo en vano, Walter Kempowski
El final del affaire, Graham Greene
Lejos de Egipto, André Aciman